

Juan Andrade (1897-1981)

Juan Andrade
(1897-1981)
Vida y voz de un revolucionario

Pelai Pagès, Jaime Pastor y
Miguel Romero (eds.)

LOS LIBROS DE
viento **SUR**



LA OVEJA ROJA

Juan Andrade (1897-1981). Vida y voz de un revolucionario,
edición de Pelai Pagès, Jaime Pastor y Miguel Romero, 2011

Diseño original de la colección: Jérôme Oudin

La Oveja Roja - colección Viento Sur
www.laovejaroja.es
Apdo. 2008 sucursal 2
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

ISBN: 978-84-937973-6-2
Depósito Legal: NA-1732-2011
Impreso en España

Tanto el autor como el editor de este libro permiten y alientan la reproducción y difusión de esta obra, independientemente de los medios técnicos por los que se realice y siempre que se cite al autor y la edición de origen.

El papel que sirve de soporte a este libro cuenta con los certificados ecológicos PEFC, FSC (gestión sostenible de los bosques) y ECF (sin cloro).

Sumario

Prólogo: Pasión por la revolución, de Pelai Pagès.....	9
Introducción: Memoria y homenaje, de Jaime Pastor y Miguel Romero.....	25
Escritos de Juan Andrade	
1. En torno a la fundación del PCE. Entrevista de Javier Maestro a Juan Andrade	35
2. El <i>pablismo</i> y la burocracia ugetista	49
3. La revolución española y el POUM	69
4. Las colectivizaciones y la revolución económica durante la guerra civil	103
5. El proceso contra el POUM. Declaraciones de Juan Andrade	117
6. Andrés Nin. Ofrenda y recuerdo	143
7. Reflexiones sobre el hambre. De los recuerdos de un preso político.....	177
8. Crítica de <i>La crisis del movimiento comunista</i> , de Fernando Claudín	193
9. Socialismo y libertad.....	211
10. Homenaje a André Breton	221
11. Ante la reaparición de <i>Comunismo</i>	225

Prólogo

Juan Andrade. Pasión por la revolución

Cuando el 1 de mayo de 1981 falleció en Madrid Juan Andrade, después de una larga enfermedad, M^a Teresa García Bannús, su compañera de toda la vida, tuvo especial interés en colocar en la lápida del cementerio civil, donde debían reposar sus restos, una leyenda que definía y al mismo tiempo sintetizaba lo que había sido su vida: «Es más fácil morir por la revolución, que dedicar toda la vida a la revolución». Porque, efectivamente, Andrade formaba parte de aquella generación, hoy prácticamente extinguida, que subordinó toda su trayectoria vital a la realización de un ideal, de un sueño, de un proyecto social y político o, si queremos, de una utopía: nada más y nada menos que transformar la sociedad capitalista —o quizás con mayor propiedad cabría decir destruirla— para crear un mundo nuevo en el que los trabajadores fueran dueños de sus vidas, de sus trabajos y de sus destinos. Una utopía y un proyecto al que muchos, centenares y miles de hombres y mujeres a lo largo de los siglos XIX y XX, habían dedicado su vida, con la conciencia de que sin este proyecto nada o casi nada tenía sentido.

Pero ¿quién fue Juan Andrade, hoy sin duda uno de los grandes olvidados de la historia del movimiento obrero español?

Militancia socialista y orígenes del comunismo

Juan Andrade Rodríguez había nacido en Madrid el 3 de febrero de 1897 y, como huérfano de padre que era, a los 7 años entró a estudiar en el colegio de San Ildefonso. Empezó a trabajar a los 14 años como botones de una notaría, hasta que con 16 años pudo entrar en el ministerio de Hacienda como funcionario. Este acceso al mundo laboral coincidió con el inicio de una aún muy juvenil militancia política. Efectivamente, fue en estos momentos —aproximadamente en noviembre de 1914— cuando entró a militar en las Juventudes Radicales de

Madrid, en las filas de aquellos «jóvenes bárbaros», seguidores de un todavía radical Lerroux, que pronto abandonaría su demagogia social y anticlerical, pero que aún era capaz de entusiasmar con su discurso republicano y revolucionario a muchos jóvenes españoles. Durante los años 1915 y 1916 Andrade llegó a ser redactor jefe del periódico *Los Bárbaros*. En sus memorias, escritas durante uno de los períodos en que sufrió prisión, calificaba muy bien las características de esta militancia inicial: «Éramos los jóvenes bárbaros rebeldes vulgares sin ninguna noción de la lucha social. Teníamos ideas destructivas pero no constructivas. Nuestro pensamiento estaba condensado en el célebre artículo de Lerroux titulado “¡Rebeldes!”, que es un monumento perfecto al nihilismo. Fogosos de temperamento, buscábamos la acción por la acción y las juventudes radicales nos la proporcionaban»¹. Una militancia de estas características no satisfizo durante mucho tiempo a Andrade, de tal manera que en 1916 pasó ya a militar en el Grupo de Estudiantes Socialistas, dentro del cual enseguida también destacó, puesto que colaboró en *Nuestra Palabra* y durante los años 1919-1920 dirigió el periódico de las Juventudes Socialistas *Renovación*.

Paralelamente, en 1917 —un año emblemático desde muchos puntos de vista— inició una trayectoria cultural que ya no abandonaría a lo largo de su vida. Efectivamente 1917 fue el año de las Juntas Militares de Defensa que pusieron al Estado de la Restauración al borde de la quiebra, de la Asamblea de Parlamentarios, que puso de relieve la falta de democracia existente en el sistema parlamentario español, y fue, finalmente, el año de la huelga general revolucionaria del mes de agosto, que evidenció la incoherencia de las clases dominantes españolas y su falta de voluntad en querer reformar las obsoletas estructuras sociales que existían en España. En octubre tuvo lugar, en la lejana Rusia, la revolución bolchevique.

En este contexto, Andrade ingresó en el Ateneo de Madrid, y según contaba M^a Teresa, su compañera, a la que conoció justamente en el Ateneo, pudo abonar la primera cuota como socio de la nueva entidad «con una paga extraordinaria

¹ Juan Andrade, *Recuerdos personales*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983, p. 105.

por haber triunfado la huelga de las Juntas de Defensa del Ministerio»². El hecho es que muy pronto se implicó en la política cultural del Ateneo madrileño. En marzo de 1918 firmaba, con otros ilustres ateneístas madrileños —desde Manuel Azaña hasta Luis Araquistáin, pasando por Ernesto Jiménez Caballero, Julio Álvarez del Bayo o Pedro Salinas, entre muchos otros— una nota de protesta contra el ministro de la guerra La Cierva³. Y al año siguiente, en junio de 1919, era elegido para formar parte de la Mesa de la Sección de Ciencias Morales y Políticas. En concreto era designado secretario cuarto de la sección que presidía el futuro ministro del gobierno de la República Augusto Barcia⁴. Destaco lo que denominó «militancia cultural» porque su apego al Ateneo —que, en definitiva, reflejaba un afán de cultura— no lo abandonó el resto de sus días.

Sin embargo, la pasión de Andrade pasaba por la política. Y los años del radicalismo juvenil muy pronto se concretaron en el entusiasmo que manifestó al conocerse las noticias procedentes de Rusia sobre el triunfo de la revolución bolchevique en octubre de 1917. Fue de los jóvenes socialistas que optaron por romper con la socialdemocracia europea y con el Partido Socialista Obrero Español, cuando desde la recién creada Internacional Comunista se hizo un llamamiento a los socialistas de todo el mundo partidarios de la revolución rusa para que creasen los nuevos partidos comunistas. Cuando en 1919 llegaron a España Manabendra Nath Roy y Mijail Borodin, los dos delegados de la Internacional, para ver las posibilidades que había en España de crear un partido comunista, Andrade se entrevistó con ambos y empezó a preparar la escisión que culminó el 15 de abril de 1920 cuando las Juventudes Socialistas se transformaron en el primer partido comunista español.

A partir de estos momentos la vida militante de Andrade se funde con las vicisitudes por las que atravesó el comunismo

² *Ibid.*, p. 16.

³ «El Ateneo: una protesta contra La Cierva», *La Correspondencia de España*, 9/03/1918.

⁴ *La Correspondencia de España*, 16/05/1919, en la página dedicada a las informaciones de Madrid.

en el Estado español. En el nuevo partido Andrade fue miembro del Comité Ejecutivo y director de *El Comunista*, el primer portavoz del partido. Sin embargo, los primeros pasos de este primer PCE no fueron fáciles. El partido de los «cien niños», como fue denominado por la extrema juventud de la mayoría de sus miembros, tuvo que enfrentarse muy pronto al sector del PSOE, encabezado por Isidoro Acevedo, Virginia González, Oscar Pérez Solís, etc., partidario de la revolución rusa y que confiaba en poder arrastrar al conjunto del partido a sus posiciones. Y cuando fue evidente que no lo conseguirían acabaron constituyendo, un año más tarde que los jóvenes, el Partido Comunista Obrero Español (abril de 1921). Sólo las presiones que realizó la Internacional Comunista forzaron la unificación de ambos partidos, que culminó con la formación del definitivo Partido Comunista de España, formalmente constituido el 14 de noviembre de 1921. En el nuevo partido Andrade compartió la dirección de *La Antorcha* con Manuel Núñez de Arenas, y fue confirmado como miembro de su Comité Ejecutivo.

En estos momentos, Andrade había sufrido ya prisión en diversas ocasiones. Como le contaría años más tarde a su amigo, el hispanista holandés Gerardus Johannes Geers, que había vivido en Madrid durante los años 1919 y 1920: «Al poco tiempo de dejar tú este país comenzaron las persecuciones. Yo fui de las primeras víctimas. Al ir a dar un mitin en Pueblonuevo del Terrible (Córdoba) fui detenido por la Guardia Civil y llevado a conducción ordinaria (que quiere decir por carretera) hasta la cárcel de Córdoba. Recorrí diecisiete cárceles de pueblo hasta llegar al punto de destino. En Córdoba estuve preso dos meses y después me trasladaron a Madrid, donde estuve preso un mes. A los pocos días de salir mataron a Dato. Otra vez volvieron a encarcelarme durante dos meses. Después, en junio de 1921, se inventó un gran complot contra nosotros y fui encarcelado nuevamente. Estuve preso cuatro meses y me pusieron en libertad porque caí enfermo en la cárcel de tal gravedad que creían que me moría. En el mes de febrero de 1922 fui de nuevo encarcelado y deportado a la provincia de Soria...»⁵.

⁵ La carta a Geers, escrita el 22 de marzo de 1928, puede consultarse en Juan Andrade, *Recuerdos personales*, Ed. del Serbal, Barcelona, 1983, p. 175.

Lo cierto es que durante estos años iniciales Andrade fue un propagandista muy activo en las filas del comunismo español. Si hemos de creer las noticias aparecidas en la prensa, participó en múltiples mítines y en conferencias del más diverso tipo. Así, por ejemplo, el 2 de julio de 1922 lo encontramos en un mitin en el teatro de la Casa del Pueblo de Madrid, que tenía por objetivo «dar a conocer a los trabajadores, muy especialmente a los metalúrgicos, la grave situación por que atraviesan nuestros compañeros de Asturias y Vizcaya, creada por la clase patronal, con el malsano propósito de rebajar los salarios y aumentar la jornada de trabajo, llevando el desaliento y desmoralización al seno de las organizaciones obreras»⁶, y en agosto del mismo año dictó la conferencia sobre «La Internacional Juvenil Comunista, su historia, sus principios, sus hombres», con motivo de la octava semana internacional de los jóvenes que había organizado la Internacional Juvenil Comunista⁷. A lo largo de 1923 tomó parte en actos tan diferentes como eran el mitin contra la guerra de Marruecos que tuvo lugar en la Escuela Nueva en febrero; la conferencia que unos días más tarde pronunció en el Centro de Divulgación Social sobre «El Tratado de Versalles y la ocupación del Ruhr»; el mitin que pronunció en Madrid, en julio, para tratar sobre la situación de Barcelona y para «protestar del terrorismo y de la represión que se realiza en la ciudad condal»; el mitin en el que participó en el teatro Euskalduna de Bilbao, en septiembre, para protestar sobre la situación que se estaba viviendo en el País Vasco; o el acto en el que daba a conocer, en noviembre, a las «figuras actuales de Rusia»⁸.

Pero a finales de 1923 la situación iba a experimentar un cambio radical en la vida política de Andrade. De entrada, porque la instauración de la dictadura de Primo de Rivera, en el mes de septiembre de 1923, iba a propiciar un nuevo ciclo represivo que le afectaría directamente. En octubre de 1923 volvió a

⁶ *La Libertad*, 2/07/1922.

⁷ *La Libertad*, 22/08/1922.

⁸ Véanse, sucesivamente, *La Libertad*, de los días 10 de febrero, 18 de febrero, 5 de julio, 1 de septiembre y 6 de noviembre de 1923. El mitin de Bilbao también está recogido en *La Correspondencia de España*, 1/09/1923.

ser encarcelado durante nueve meses. A su salida de la cárcel, dos meses más tarde volvió a sufrir prisión durante ocho meses y no salió de la cárcel hasta junio de 1925. Permaneció en libertad hasta que en agosto de 1926, como consecuencia de la «conspiración de la noche de San Juan» volvió a ser detenido. Como le recordaba a su amigo Geers en 1928, desde que inició su militancia comunista había estado detenido en once ocasiones, que sumaban un total de veintiséis meses⁹.

Además de estas vicisitudes vivenciales, Andrade, como el conjunto del movimiento comunista, estuvo influenciado por los cambios que progresivamente tendrían lugar en la URSS a partir de la muerte de Lenin en enero de 1924, de la lucha por el poder que se produciría de forma casi inmediata y del inevitable influjo que estas luchas iban a tener en todos los partidos comunistas. De hecho, tras la unificación comunista de noviembre de 1921, Andrade estuvo apartado durante unos meses de la dirección a raíz de unas divergencias internas que aparecieron en el seno del Comité Ejecutivo, hasta que se reincorporó nuevamente en mayo de 1922 y en julio de 1923, en el II Congreso del PCE, fue nombrado de nuevo miembro de su Comité Nacional y responsable único de *La Antorcha*. En ambas responsabilidades se mantuvo hasta principios de abril de 1926. Al mismo tiempo, cuando se lo permitía su libertad, fue corresponsal de las dos revistas que publicaba la III Internacional, *La Internacional Comunista* y *La Correspondance Internationale*. Y cuando podía seguía preocupándose de la dirección del periódico, como lo muestra la carta que le mandó Andreu Nin, desde Moscú, en respuesta a otra que le había escrito el día 6 de septiembre. La carta de Nin decía:

«Moscú, 29.9.24.

Compañero Juan Andrade.- Secretario General del Comité Central del Partido Comunista.- Madrid.

Estimado camarada.- A mi regreso del Cáucaso, donde he pasado mes y medio, me encuentro con tu carta del 6 de septiembre. Me encargaré con gusto de solicitar los autógrafos que os interesan para la campaña a favor de *La Antorcha* diario. Realizar esta labor resulta difícil porque la mayor parte de compañeros se hallan fuera de Moscú; pero prometo ocuparme de la cosa tan pronto regresen.

9 Véase la carta a Geers, mencionada en la nota 5.

Por el próximo correo mandaré la literatura que os interesa.- Saludos comunistas.- Andrés Nin.

P.s. En el Profintern no se recibe *La Antorcha*. No dejéis de mandarla a la dirección habitual de Berlín o directamente por correo.»¹⁰

La crisis del comunismo y su adscripción al trotskismo

Pero, como he destacado, muy pronto reaparecerían las divergencias políticas en el seno del PCE, como resultado de los cambios que se estaban operando en la Unión Soviética. La aprobación de la política de «bolchevización» realizada en el V Congreso de la Internacional, en junio-julio de 1924, pronto se concretó en el caso español, cuando, en plena crisis represiva provocada por la dictadura, José Bullejos, que se hizo con el control del partido a partir de mediados de 1925 empezó a expulsar a militantes comunistas a quienes consideraba excesivamente inactivos. La oposición de Andrade a esta política le acabó llevando al ostracismo. Como él mismo le contaba a Geers, «la I.C. envió hacia el año 1925 a España a un tipo como delegado que era el perfecto aventurero político. De primeras éste quería imponernos como mandato de la Internacional el que desencadenásemos un movimiento revolucionario. Aquello era totalmente estúpido porque nuestras fuerzas estaban constituidas por 800 miembros en toda España. Nosotros nos negamos a ello. Entonces un grupo de *declassés*, anhelosos de hacer carrera política, aceptaron las indicaciones de la Internacional Comunista y pasaron a ocupar la dirección del partido. Desde entonces estos individuos ocupan la dirección. Con los fondos de I.C. en sus manos han estado operando durante dos años hasta que hace poco han sido detenidos por la policía y se encuentran en la cárcel de Madrid.

»Yo no podía solidarizarme con semejantes tipos. A los antiguos elementos directores del partido, los expulsaron. A mí no me echaron porque siendo bastante querido por la masa del partido temían que se produjese una escisión. Pero me quitaron de todo cargo. Se dedicaron además a hacer la campaña

¹⁰ Véase mi libro Pelai Pagès, *Andreu Nin: una vida al servicio de la clase obrera*, Laertes, Barcelona, 2011, p. 145.

más canallesca de denigramiento que puedas figurarte, es decir, sí te lo figurarás porque son los métodos corrientes de la I.C. Ahora estoy en una situación inactiva, como te decía al principio, porque estimo que no hay posibilidad de hacer la menor labor»¹¹.

Esta inactividad en la vida política y las dificultades económicas con que se encontró al salir de la cárcel en 1926 le forzaron a buscar trabajo en el mundo de la prensa, que tan bien conocía desde hacía ya algunos años. En primera instancia trabajó como traductor de francés para una revista financiera, después siguió en la revista *Alrededor del Mundo*, hasta que en enero de 1927 pasó a trabajar en el diario *El Sol*. Al mismo tiempo iniciaba la publicación de la revista *Postguerra*, que, dicho sea de paso, el propio Andrade consideraba bastante mala. En ella hacía crítica de cine y firmaba con el seudónimo de Juan Méndez.

Al mismo tiempo publicó un libro extraordinariamente emblemático, *China contra el imperialismo*, que tuvo un cierto impacto mediático¹². Ciertamente, no deja de ser significativo que un periódico, publicado en Mahón, como *La Voz de Menorca* publicara un amplio extracto en primera página¹³, o que otro periódico republicano como *El Luchador*, que se publicaba en Alicante, lo calificara en un artículo sobre Confucio, escrito por J. Díaz Fernández, como una obra «documentada, airosa, sintética, actual»¹⁴. Y es que el tema de China, sin lugar a dudas, interesaba enormemente a la opinión pública internacional, y también a la española, tras los conflictos acaecidos a lo largo de los años 20.

La tarea cultural desempeñada por Andrade durante estos años finales de la dictadura de Primo de Rivera se concretó también en el mundo de la edición. Hasta tal punto que fundó la editorial Cénit, las Ediciones Hoy e inspiró las Ediciones

11 Véase la carta a Geers mencionada en la nota 5.

12 Lo publicó Ediciones Oriente, de Madrid, en 1928.

13 *La voz de Menorca. Diario republicano*, 8/06/1928. Reproducía el capítulo dedicado al problema agrario y al movimiento campesino en primera página, después de un artículo de Marcelino Domingo.

14 J. Díaz Fernández, «Confucio, estadista», *El Luchador. Diario republicano*, Alicante, 17/05/1928.

Oriente, justamente la que había publicado su primer libro¹⁵. La editorial Cénit fue fundada en 1928 por Rafael Giménez Siles, Graco Marsá y el propio Andrade, y el primer libro que publicaron fue uno de Ramón J. Sender, de hecho el primero que también publicaba el escritor aragonés, *El problema religioso en Méjico*, que llevaba un prólogo de Valle-Inclán, que en realidad lo había escrito el propio Andrade¹⁶. Un tiempo más tarde, a mediados de 1930 Andrade se separó de Cénit y recibió el encargo de dirigir las Ediciones Hoy, que tiró adelante la Compañía Ibero Americana de Publicaciones¹⁷.

Pero, a pesar del interés por la cultura, Andrade no abandonó nunca su pasión por la política. Aunque en 1928 fuese expulsado oficialmente del Partido Comunista «por inactividad», le confesaba a Geers, en la carta tantas veces mencionada, que «estoy en comunicación con la gente de la oposición trotskista de Francia y Alemania, pero por ahora no hago ninguna labor en ese sentido»¹⁸. Pero esta situación no duró mucho tiempo, puesto que en 1930, durante los meses de transición que van de la caída del dictador Primo de Rivera al fiasco general de la monarquía, Andrade se había decantado ya abiertamente por la Oposición Comunista de izquierda que encabezaba Trotsky. Efectivamente, es muy significativo que el diario *El Orzán*, que se publicaba en La Coruña, reprodujera un artículo aparecido en *La Voz de Guipúzcoa*, en noviembre de 1930, en el que se hablaba del «llamado peligro comunista» que se vivía

¹⁵ Sobre Ediciones Hoy se puede consultar el artículo de Víctor Fuentes «El grupo editorial Ediciones Oriente y el auge de la literatura social-revolucionaria (1927-1931)», publicado en las *Actas del cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*, coordinadas por Eugenio Bustos Tovar, v. 1, 1982, pp. 545-550.

¹⁶ Sobre la editorial Cénit véase el artículo de Gonzalo Santonja, «Breve perfil de la editorial Cénit (Madrid, 1928-1936)», *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, v. 5, 1983-84, pp.129-139. La información sobre el prólogo firmado por Valle-Inclán y escrito por el propio Andrade me la confirmó el mismo Andrade, ya que se trataba del primer libro que publicaba Sender y querían darle una relevancia significativa.

¹⁷ Véase el capítulo que Gonzalo Santonja dedica a las Ediciones Hoy y al papel desempeñado por Andrade en *La República de los libros: el nuevo libro popular de la II República*, Anthropos, Barcelona, 1989.

¹⁸ Cfr. nota 5.

en España y, tras pasar revista a las numerosas deserciones que se habían producido en el Partido Comunista de los primeros tiempos y caracterizar la dirección actual de «triunvirato de mediocridades», hacía referencia al destino de los valiosos intelectuales que existían en el PCE en sus orígenes: «la mayoría de estos intelectuales —Andrés Nin y Juan Andrade, por ejemplo— comulgan en las ideas opositoristas de Trotsky y comparten su actitud crítica»¹⁹.

De hecho, en septiembre de 1930 Andreu Nin había regresado ya de la Unión Soviética y unos meses antes, en febrero de 1930, en el exilio de Lieja, en Bélgica, se había celebrado la I Conferencia fundacional de la Oposición Comunista española, animada por Francisco García Lavid. En el proceso de reorganización que se estaba operando en España entre las fuerzas republicanas y el movimiento obrero, tras la marcha del dictador, y ante la crisis del movimiento comunista, tanto a nivel internacional como en España, los partidarios de Trotsky, que había iniciado un proceso de reorganización con la creación de la Oposición Comunista de Izquierda, habían iniciado también los primeros pasos hacia su consolidación orgánica. Y Andrade tuvo un papel muy importante en este proceso.

Ciertamente, junto a García Lavid («Henri Lacroix»), que pronto abandonaría la Oposición, y Andreu Nin, que a su llegada a Barcelona estuvo trabajando unos meses con Joaquín Maurín y la Federación Comunista Catalano-Balear, Andrade fue la persona más importante de la Oposición Comunista española y un mes después de proclamarse la República, en mayo de 1931, inició la publicación, de la cual fue el director, de la revista *Comunismo*, sin duda la revista teórica marxista más importante y de mayor nivel que se publicó durante estos años en España. En ella Andrade escribió artículos utilizando no sólo su nombre y apellidos, sino múltiples seudónimos, como Emilio Ruiz, Andrés Hurtado, Dionisio Luna, ICE o JAR. Completaba sus labores intelectuales dirigiendo las Ediciones Comunismo y colaborando con la revista que dirigía el socialista de izquierdas Luis Araquistáin, *Leviatán*.

En la nueva organización, que en junio de 1931 celebró su II Conferencia y en marzo de 1932 pasó a denominarse Izquier-

¹⁹ *El Orzán. Diario independiente*, La Coruña, 4/11/1930.

da Comunista de España, Andrade siempre desempeñó, además, tareas directivas, formando parte de su Comité Ejecutivo. Eran los años en los que el movimiento trotskista, tanto a nivel internacional como en España, intentaba enderezar las directrices estalinistas de la Internacional Comunista, y orgánicamente se planteaba como una «fracción» del movimiento comunista capaz de volver a las esencias del marxismo de la primera etapa de la revolución. En España, además, desde la proclamación de la República el proceso revolucionario había avanzado muy rápidamente, hasta provocar un primer punto de ruptura en las revoluciones que se produjeron en octubre de 1934, especialmente en la revolución asturiana, que puso de manifiesto el fracaso de la política reformista de la República y el peligro de una involución fascista, ya muy presente en los proyectos de numerosos sectores de la derecha española.

Los años de la militancia en el POUM

Fue en esta nueva coyuntura —y en un momento en que el trotskismo internacional cambió su táctica orgánica y propugnó el «entrismo» basado en que sus militantes se afiliasen a los partidos socialistas y así influenciasen a las tendencias socialistas de izquierda— que en Cataluña y en el conjunto del Estado se planteó la necesidad de potenciar un proceso de unificación marxista tendente a simplificar el fraccionamiento existente para enfrentar con posibilidades de éxito las tareas que se presentasen ante un próximo proceso revolucionario. Las conversaciones para la unificación se iniciaron a partir de enero de 1935 y culminaron en septiembre del mismo año con la fusión de la Izquierda Comunista y el Bloque Obrero y Campesino de Maurín, para dar lugar a la creación del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).

Durante este proceso Andrade vivió momentos dolorosos, como fue la ruptura con Trotsky y con el trotskismo. Ciertamente, en septiembre de 1934 Andrade publicó en *Comunismo* el editorial en el que la Izquierda Comunista española se desmarcaba de la política que su organización preconizaba a nivel internacional y dejaba muy claro que «por triste y penoso que nos resulte, estamos dispuestos a mantenernos en

estas posiciones de principio que hemos aprendido de nuestro jefe, aun a riesgo de tener que andar parte de nuestro camino hacia el triunfo separados de él»²⁰. Y cuando en 1935 publicó su segunda obra *La burocracia reformista en el movimiento obrero*, una obra crítica sobre todo con la socialdemocracia, le envió un ejemplar a Trotsky, con una dedicatoria en la que destacaba las enseñanzas que había recibido de él. La reacción del viejo bolchevique no pudo ser más hiriente: le devolvió el libro a Andrade con una nota en la que decía «yo no enseño la traición»²¹. Sin duda, la experiencia fue amarga, porque, a pesar de las divergencias políticas y tácticas que le podían separar de Trotsky, Andrade siempre había conservado una sentida admiración y afecto por el revolucionario ruso.

En el POUM, y siempre desde Madrid, Andrade pasó a ser miembro del Comité Central y Secretario del Comité Regional de Madrid, en un momento en que el POUM madrileño, procedente mayoritariamente de la ICE, estaba formado por militantes de gran valía, como eran Enrique Rodríguez, los hermanos Fernández Granell —Eugenio, Mario y Julio—, Agustín Lafuente, Rodolfo Mejías, Jesús Blanco, entre muchos otros. También es significativo que cuando en junio de 1935 —en pleno proceso de unificación— reapareció *La Batalla*, el órgano del prensa del BOC y que después lo sería también del POUM, Andrade colaboró ya en el periódico²². Pocos meses después de la fundación del nuevo partido, Andrade representó al POUM en las conversaciones para formar una candidatura unitaria de todas las fuerzas republicanas, de izquierdas y obreras, ante la eventualidad de una convocatoria general de elecciones. Y el día 15 de enero de 1936 el nombre de Juan Andrade aparece en representación del POUM, en la firma del programa de Frente Popular, que se constituyó para las elecciones que se celebraron el 16 de febrero del mismo año.

A los pocos días de estallar la guerra civil, Juan Andrade fue llamado por Nin desde Barcelona. Las tareas que había plan-

²⁰ Véase el editorial de *Comunismo*, septiembre de 1934, pp. 54-55.

²¹ El libro de Andrade fue publicado en Madrid por la editorial Gleba.

²² Véase Juan Andrade, «El problema de las generaciones en el movimiento obrero», *La Batalla*, 28/06/1935.

teado la puesta marcha del proceso revolucionario en Cataluña, la soledad en que se encontró Nin, tras la desaparición de Maurín en zona franquista, la necesidad de disponer de un apoyo político y teórico sólido y de confianza, requerían sus servicios en Barcelona. Y Andrade no dudó en viajar a Barcelona, junto a su compañera M^a Teresa en agosto de 1936. En la ciudad condal pasó a formar parte del Comité Ejecutivo del POUM, su experiencia en el mundo editorial hizo que se ocupase de las publicaciones del partido, haciéndose cargo de la Editorial Marxista y, desde finales de noviembre de 1936, publicó en *La Batalla* una «Nota política diaria», en la cual se puede hacer un seguimiento de todo el proceso político vivido por la República durante los meses que desde estos momentos —cuando ya se había iniciado un proceso involucionista, claramente contrarrevolucionario, en el retaguardia republicana— culminaron en las jornadas de mayo de 1937, en Barcelona²³.

Escritas a vuela pluma, «aprovechando un momento en el quehacer cotidiano, exponían mi comentario sobre los hechos que iban sucediéndose», como dijo años más tarde el propio Andrade²⁴, estas «Notas» representan uno de los análisis políticos más lúcidos de los que se escribieron durante el proceso revolucionario español. La defensa de la revolución, la denuncia del estalinismo —sobre todo cuando inició su campaña de calumnias contra el POUM— y de los retrocesos sucesivos que estaba experimentando el país, el papel del anarquismo, los temas militares y sindicales, la intervención internacional, etc., pocos eran los aspectos que dejó de tratar Andrade en sus análisis del día a día.

Cuando el 3 de mayo de 1937 Barcelona se cubrió de barricadas —como había sucedido tantas veces a lo largo de su historia— y se inició la lucha callejera que enfrentó a la CNT-FAI y al POUM contra el gobierno catalán, la Esquerra Republicana y el PSUC —el partido comunista catalán, recién

23 Estas «Notas políticas diarias» fueron recopiladas por mí mismo en Juan Andrade, *La revolución española, día a día (1936-1937)*, Trazo-Nueva Era, Barcelona, 1979.

24 En el prefacio a Juan Andrade, «Algunas “Notas Políticas de la Revolución Española” (1936-1937)», suplemento del número 171 de *La Batalla*, París, 1969, p. 2.

fundado al iniciarse la guerra—, Andrade fue designado por el Comité Ejecutivo para iniciar las negociaciones con la FAI a fin de coordinar la lucha y crear un Frente Revolucionario que enderezase la situación. En uno de los textos que presentamos en la antología *La revolución española y el POUM*, Andrade narra las conversaciones que mantuvo y las propuestas que, en nombre del POUM, hizo a la FAI y destaca la miopía de los dirigentes anarquistas, convencido «de que el confusionismo anarquista culmina siempre en las mayores catástrofes políticas».

Lo cierto es que no pasaron demasiados días, tras los acontecimientos de mayo, hasta que el PCE-PSUC inició la campaña definitiva contra el POUM, acusándolo de haber provocado los enfrentamientos de mayo y, tras la crisis del gobierno de Largo Caballero y la formación del gobierno Negrín, a partir del día 16 de junio de 1937, el POUM fue sometido a una represión atroz. Como el resto de miembros del Comité Ejecutivo del POUM, Andrade fue detenido el mismo día 16 y permaneció detenido el resto de la guerra. En la detallada crónica que escribió desde la cárcel del estado de Barcelona, en noviembre de 1938, en recuerdo de Andreu Nin, relata las vicisitudes de la detención, las horas amargas que siguieron a la detención de este día, la incógnita en que se hallaron las familias durante varios días hasta que se supo el paradero de los detenidos y, sobre todo, la tragedia que vivió Nin después de su detención y hasta que se supo —por convicción profunda— su asesinato. Andrade incluso llegó a escribir el folleto «L'assassinat de Andrés Nin. Ses causes. Ses auteurs», que publicó la revista *Spartacus*, en París, en junio de 1939 y que apareció sin nombre de autor. En octubre de 1939, como el resto de dirigentes del POUM, Andrade fue juzgado y condenado a 15 años de cárcel por el delito de querer «suprimir la República democrática para instaurar un régimen según sus propias concepciones sociales». En el interrogatorio a que fue sometido durante el juicio demostró las convicciones profundas que siempre había defendido y que en ningún caso quedaron mermadas por la vía de la represión. En el momento de empezar el juicio había colocado una fotografía de Nin en el banquillo de los acusados.

No fue la última prisión que sufrió Andrade a lo largo de su vida. Con la guerra ya perdida por parte de la República, consiguió escaparse de la prisión poco antes de la entrada de las tropas franquistas en Barcelona y en febrero de 1939 inició su largo exilio francés. Vivió en París hasta que el inicio de la guerra mundial y el avance alemán le obligaron a trasladarse hasta Toulouse. Allí, en febrero de 1941, y ya bajo el control del gobierno colaboracionista de Vichy, fue conducido al Grupo de Trabajadores Españoles n° 53 de Seix (Ariège), donde poco después fue detenido y conducido a Montauban, junto a otros dirigentes del POUM acusados de «actividades comunistas». Fue juzgado por un tribunal militar en noviembre de 1941 y condenado a cinco años de prisión. Hasta que fue liberado por un maquis de la resistencia, formado por militantes del POUM y por anarquistas, el 24 de agosto de 1944, había pasado por las cárceles de Montauban, Eysses, Mauzac y Bergerac.

Tras la hecatombe mundial, instaló su residencia en París, donde prosiguió de manera inalterable el compromiso político que había contraído en su más tierna juventud. Siguió vinculado al partido de Nin, a quien siguió teniendo como referente. A partir de mediados de los años sesenta empezó su combate particular en favor de la memoria, dictó conferencias sobre los años iniciales de su militancia comunista, polemizó —y a veces de manera contundente— con quien creyó necesario hacerlo, reivindicó con todas sus fuerzas —aun asumiendo errores— la política que desarrolló el POUM antes y durante la guerra y la revolución, y en 1971 compendió y prologó los artículos escritos por Nin durante los años 30. Muerto Franco, en 1977 realizó el primer viaje a España desde el fin de la guerra, hasta que se instaló definitivamente en Madrid. Su casa siguió siendo lugar de encuentro con las jóvenes generaciones que querían aprender de su experiencia. Murió en una fecha emblemática: un 1 de mayo de 1981.

Pelai Pagès
Universidad de Barcelona

Introducción

Memoria y homenaje

«No puedo decir si Andrade se dio cuenta de que se moría en un Primero de Mayo, pero de haber sido así, estoy segura de que debió sentir una especie de reconocimiento, de satisfacción como si fuera una gran recompensa, y de haberlo podido expresar, lo hubiera hecho con una sonrisa un tanto irónica, ante los insoportables fines del destino.»

María Teresa García Banús

«Juan Andrade, primer Aniversario»

1 de mayo de 1982

Es muy probable que a la mayoría de jóvenes que en este país y en el primer decenio de este siglo XXI han ido entrando en la acción política y aspiran a cambiar el mundo de base no les diga nada el nombre de Juan Andrade. Quizás quienes hayan dado un paso más y busquen retomar el hilo rojo de las luchas emancipatorias a lo largo de la historia y en el Estado español sepan algo de la experiencia del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), gracias a películas como *Tierra y Libertad* de Ken Loach o a documentales como *Operación Nikolai*, e incluso conozcan a su figura más emblemática, Andreu Nin, víctima del estalinismo. A esto está ayudando la reedición de distintas publicaciones suyas o dedicadas a su vida y su obra, como las de Pelai Pagès y José Gutiérrez Álvarez, entre otros. Lo mismo podríamos decir de Joaquín Maurín, amigo de Nin y dirigente del Bloc Obrer i Camperol (BOC) en Catalunya y también del POUM. Habrá también quienes hayan llegado a leer *El POUM en la historia* (Los libros de la catarata, Madrid, 1998), de Wilebaldo Solano, último secretario general del POUM, fallecido el 7 de septiembre de 2010.

Pues bien, Juan Andrade Rodríguez, cofundador del Partido Comunista de España (PCE), de la Izquierda Comunista de España (ICE) y del POUM y militante incansable contra todo

tipo de injusticias hasta ese último Primero de Mayo de 1981, merece también ser rescatado de un injusto olvido y ocupar un lugar al lado de Nin, Maurín y Solano. Andrade tuvo en su larga vida muchas y grandes responsabilidades de dirección, pero nunca se consideró un «dirigente» sino un militante revolucionario. Escribió una obra muy extensa pero no se consideró un «pensador» o un «teórico» sino, ante todo, un periodista. Esta modestia engrandece el valor de su lucidez sobre las decisiones que debía tomar su partido, incluso en circunstancias muy complejas (como la política respecto al Frente Popular o en mayo del 37) y la calidad y originalidad de su obra, siempre atenta a la realidad concreta, y que mantiene una coherencia admirable durante un larguísimo y tumultuoso período de nuestro tiempo. Por todo eso queremos reivindicar su vida, su obra y su memoria. Ése es el propósito que aspiramos modestamente a cubrir con la selección de textos que presentamos en este libro, precedida por el prólogo de Pelai Pagès y esta introducción.

Porque Juan Andrade fue un genuino representante de la nueva generación que entró a la lucha política en Madrid justamente cuando se producía el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 y, luego, triunfaba la revolución rusa en octubre de 1917. Es durante esos años cuando vive su rápida transición de rebelde a revolucionario, identificándose con la minoría de la Segunda Internacional reunida en Zimmerwald contra la «Gran Guerra» y, más tarde, con los fundadores de la Tercera Internacional, como él mismo cuenta en la entrevista con Javier Maestro que reproducimos en este libro.

Su militancia inicial en el ala izquierdista de esa nueva Internacional Comunista (IC) y su intransigencia en los debates (los delegados enviados a Madrid por la IC le califican como «el Robespierre del PCE»²⁵) le lleva a marcar sus distancias con Lenin para luego, frente al ascenso de Stalin, oponerse

25 En su informe del 18 de enero de 1922 así lo definía Antonio Graziadei, delegado de la IC: «me ha dado la impresión de tener una hermosa inteligencia y una seria cultura comunista. Parece tener un carácter obstinado». Sobre este período y el nacimiento del PCE, además de la entrevista que publicamos en este libro, se puede consultar *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*, de Gerald H. Meaker, Ariel, Barcelona, 1978.

a la «bolchevización» del joven PCE. Esto le costaría su destitución como director del órgano de ese partido, *La Antorcha*, en abril de 1926 y su posterior expulsión del mismo. Empezaría desde entonces un camino político convergente con la Oposición de Izquierdas Internacional encabezada por León Trotsky, coherente con su rechazo al estalinismo que va imponiéndose en la URSS y con su convicción de que la mejor forma de impedir su triunfo definitivo es la extensión de la revolución a otros países.

Buena prueba de esto último es su obra *China contra el imperialismo*, publicada en 1928 por la editorial Oriente. Recordemos que desde 1925 —con la primera movilización obrera en Shanghai— hasta 1927 —cuando se produjo la represión contra una sublevación popular en Cantón— un nuevo movimiento obrero irrumpió con fuerza, pero chocó muy pronto con los límites que le quisieron marcar los dirigentes del movimiento nacionalista hegemónico, el Kuomintang. En este trabajo vemos reflejadas no sólo una interpretación de esos acontecimientos sino también un análisis documentado de la economía china, del significado del imperialismo (con la necesaria referencia a obras como las de Hobson y Lenin) y de la lucha de las grandes potencias occidentales por el control de la región del Asia-Pacífico. Sus conclusiones eran muy claras: durante esos años se estaba forjando «una especie de Santa Alianza Occidental contra el despertar del movimiento revolucionario de Oriente» y había que hacerle frente siguiendo el camino marcado por el Congreso de los Pueblos Coloniales, reunido en Bruselas en febrero de 1927.

Ese internacionalismo militante va unido a su dedicación plena, con la llegada de la Segunda República, a la construcción de la sección española de la Oposición Internacional y, luego, de la Izquierda Comunista, sobre todo desde su responsabilidad como director de la revista mensual *Comunismo*, una publicación minoritaria pero muy leída y respetada por las otras corrientes de la izquierda. Andrade era el alma de la revista, en la que escribió un buen número de artículos, con su nombre o con seudónimos sobre distintos temas, destacando los referentes a la situación internacional y en especial al ascenso del nazismo en Alemania, un proceso menospreciado hasta el último momento por el estalinismo. Del recuerdo im-

borrable que deja esta etapa de la revista es él mismo quien da testimonio en la carta que nos dirigió en octubre de 1977, reproducida en este libro, y en la que decía:

«Desde el punto de vista que podría llamar sentimental, *Comunismo* me recuerda la mejor época de mi vida de militante. A los ochenta años de edad, cuando me asomo ahora a mi pasado, aquella modesta revista de cubierta roja, se me aparece como mi mayor orgullo, y como la prueba de que aquel esfuerzo no fue completamente baldío, puesto que dejó un impacto del que de momento no nos dábamos cuenta, pero que ahora sirve de referencia para muchos de las jóvenes generaciones.»

Paralelamente, desde su juventud Andrade fue un crítico radical del socialismo oficial español, representado por lo que entonces se conocía como «pablismo» por referencia al principal dirigente del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Pablo Iglesias. Pero no hizo su denuncia del proceso de burocratización que tras varias décadas estaba ya sufriendo ese partido desde un marco estrechamente nacional. Iba más allá del mismo buscando insertarlo e interpretarlo dentro de un contexto internacional que le llevó a documentarse y a analizar con precisiones e incluso anécdotas significativas fenómenos similares que se estaban desarrollando en sindicatos y partidos socialdemócratas de otros países, desde Estados Unidos de Norteamérica hasta Alemania pasando por Francia o Inglaterra. Se apoyó en obras dedicadas a ese tema, como la clásica de Robert Michels, y estudió y criticó las de aquéllos a quienes consideraba exponentes intelectuales de esas capas dirigentes de la clase obrera, como Henri de Man, sin por ello olvidarse de aportaciones procedentes de las minorías críticas dentro del sindicalismo de tradición socialista. Resultado de todo ese esfuerzo fue *La burocracia reformista en el movimiento obrero*, publicada en 1935 por la editorial Cénit. En esta selección de textos sólo hemos podido reproducir un capítulo, el dedicado al caso español, considerado además relativamente específico por el predominio entonces de «los administradores sindicales» de la Unión General de Trabajadores (UGT) sobre el propio PSOE. Creemos no obstante que en esas páginas queda suficientemente ilustrado el conocimiento detallado que

muestra el autor del proceso de burocratización de esa corriente y del amplio espacio que dejó así abierto para el desarrollo del anarquismo.

Pero ya en el año en el que salió esa obra el país se hallaba bajo la influencia de la revolución de octubre de 1934 y de la dura represión que afectó al movimiento obrero, especialmente en Asturias. Desde entonces, los debates principales giraban en torno a qué política unitaria desarrollar contra la derecha reaccionaria y fascista y qué partido de la clase obrera construir. Ambas cuestiones fueron objeto de duras controversias tanto con el socialismo y el comunismo oficial como con el propio Trotsky. Andrade fue uno de los protagonistas de esas polémicas, siempre con un punto de vista propio que incluso le llevó a diferenciarse de Nin, como recuerda él mismo en el texto *La revolución española y el POUM*, que se publica por primera vez en este libro.

Llegarían luego el inicio de la revolución social y de la guerra civil en julio de 1936 y con ellas nuevas experiencias revolucionarias y contrarrevolucionarias que finalmente conducirían al secuestro y asesinato de Nin y a la represión contra el POUM, acabando Andrade en la cárcel en junio de 1937. A lo largo de todo este período su serie de artículos «Nota política diaria», publicada regularmente en el diario *La Batalla*, ha quedado como testimonio vivo de sus posiciones ante esos acontecimientos y son textos de referencia imprescindibles para comprenderlos. Su lectura muestra análisis llenos de matices que ayudan a combatir tantas simplificaciones y calumnias que ha padecido la política del POUM durante esos años. Por ejemplo, Andrade escribió lo siguiente sobre la cuestión militar el 14 de marzo de 1937:

«La guerra no ha terminado todavía, ni puede preverse por completo su resultado. Están empeñados en triunfar en nuestros frentes no sólo la reacción militar fascista española sino todo el fascismo internacional. Adquiere la lucha, pues, unas proporciones imponentes que obligan a fortalecer el frente militar, a extremar la organización y la disciplina en la guerra. Partiendo de esta imprescindible necesidad, hay que resolver los problemas militares con una severidad máxima que garantice el triunfo. Aun sin tener el poder político, la clase trabajadora se ve obligada a sostener sin límites todos los problemas de

la guerra. En este sentido, una actitud contraria no sólo sería suicida sino contrarrevolucionaria. Las necesidades inmediatas no pueden aplazarse.

Pero paralelamente a la acción en los frentes de batalla se libra también combate político en la retaguardia (...). El impulso más fuerte, que puede hacer del miliciano un luchador indomable, se lo dará el saber que ofrece diariamente su vida por una sociedad que garantizará el porvenir suyo y de su clase. Por eso marchan unidos los dos objetivos de ganar la guerra y hacer la revolución.»²⁶

Pero al margen de las réplicas necesariamente constantes frente a las acusaciones tan aberrantes de ser «agentes del fascismo» y «contrarrevolucionarios», procedentes de sus adversarios políticos en el campo republicano, una de las preocupaciones principales de Andrade fue siempre la de tratar de influir en lo que él mismo definió como el «instinto revolucionario» de un amplio sector del proletariado español que se reconocía en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Vivió el problema muy dramáticamente desde el mismo 19 de julio de 1936 y en nuevos conflictos clave a medida que las tensiones entre el proceso de recomposición de las instituciones republicanas y la nueva revolución social se agudizaban. Uno de los artículos más significativos de esa preocupación probablemente sea el que publicó en una revista francesa, titulado «Marxistas revolucionarios y anarquistas en la revolución española» y en el que entre otras cosas escribía:

«Por otra parte, debe tenerse en cuenta que es siempre preferible para los marxistas revolucionarios conscientes, que aspiran a intervenir directamente y eficazmente en los acontecimientos, hacer concesiones a la confusión revolucionaria instintiva que a cualquier fracción pequeño-burguesa o reformista. El instinto revolucionario

26 «El marxismo y los problemas de la revolución española», en Juan Andrade, *La revolución española día a día*, Ed. Nueva Era y Publicaciones Trazo, Barcelona, 1979, pp. 291-292. Esa posición coincidía con la mantenida por muchos anarquistas, como la que expresó Camilo Berneri en su carta del 14 de abril de 1937 a Federica Montseny criticando su participación en el gobierno republicano, en donde entre otras cosas sostenía: «El dilema: guerra o revolución no tiene ya sentido. El único dilema es éste: o la victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria o la derrota» (Camilo Berneri, *Humanismo y anarquismo*, E. Cañada ed., La Catarata, Madrid, 1988, p. 144).

puede llegar a ser consciente; el reformismo no se puede transformar de ninguna manera en revolucionario.»²⁷

Sin embargo, tras la derrota de la alianza CNT-POUM durante las jornadas de mayo de 1937, propiciada por el estalinismo pero a la que no fue ajeno el comportamiento de los dirigentes anarquistas presentes en el gobierno central, su decepción con esa corriente fue grande y empezó a ver ya imposible un cambio de rumbo.

Pero la persecución sufrida por el POUM y su posterior recorrido por distintas cárceles y campos de internamiento no le harían abandonar nunca (como en cambio ocurriría a otros dirigentes de ese partido con la llegada de la «guerra fría» y su adhesión al «mundo libre») las tesis defendidas entonces y sus convicciones marxistas y antiestalinistas. Buena prueba de lo primero está en artículos como el dedicado a las colectivizaciones durante la guerra civil (que reproducimos aquí en castellano por primera vez) o el comentario crítico (originalmente publicado por Ruedo Ibérico y parte ahora de esta antología) a un libro de Fernando Claudín que a finales de los años 60 tuvo amplia repercusión en la izquierda española.

En cuanto a la continuidad de su ideario, sus artículos en *La Batalla* durante el exilio son buena muestra de sus tomas de posición ante muchos de los conflictos que transcurrieron hasta comienzos de los años 70: desde la denuncia de la «no intervención», modalidad 1945 para España, hasta la crítica del «populismo reformista» de Santiago Carrillo en 1972, pasando por la firme reivindicación de un socialismo con libertades y libertario frente al estalinismo (en artículos como «Socialismo y libertad», incluido aquí, con páginas de enorme actualidad²⁸),

²⁷ Ese artículo, publicado originalmente en *La Révolution Espagnole*, 15, 15/04/1937, apareció en castellano, traducido por Pelai Pagès, en Juan Andrade, *La revolución española día a día*.

²⁸ En ese artículo, escrito en 1945, hay también una reivindicación ética de la superioridad del socialismo en párrafos como éste: «Sin embargo, el socialista, aun debatiéndose en medio de las trabas de la sociedad capitalista, debe esforzarse por ser como una imagen del hombre de mañana. Su conducta debe estar inspirada en nociones éticas y en costumbres totalmente diferentes de los imperantes en una sociedad de clases. Si se trata de superar las maneras y los hábitos del régimen burgués, no es utilizando éstos y rivalizando con la burguesía en su empleo como los socialistas pueden llevar

el saludo esperanzador a la Conferencia Internacional en La Habana que se celebró en 1967 o la denuncia de la ocupación de Checoslovaquia por las tropas del Kremlin en agosto de 1968. No faltaron tampoco análisis de la evolución de la situación económica, social y política española y de la aparición de Comisiones Obreras o su elogio de luchas obreras ejemplares, como la protagonizada por los trabajadores de Bandas de Echávarri en Euskadi y reflejada en un folleto muy leído aquí en la clandestinidad, «Nuestra huelga».

De su interés e implicación en todo lo que fue ocurriendo en Francia a partir de Mayo del 68 fueron testigos Lucía González, Pepe Gutiérrez y Jaime Pastor, entre más gente joven que llegaba exiliada a París durante esos años y que le visitaba o se encontraba con él en el local del POUM en París. La simpatía y las esperanzas de Andrade en la nueva generación que emergía entonces fueron muchas y un momento excepcional para él fue la conmemoración del centenario de la Comuna de París en 1971 cuando participó, junto con su compañera María Teresa García Banús, Enrique Rodríguez, Emma Roca y jóvenes militantes de la IV Internacional de muchos países, en una histórica manifestación celebrada en la capital francesa que culminó con un mitin multitudinario.

Pocos años después compartió nuestra alegría con el proceso que se abrió tras la revolución portuguesa de abril de 1974, así como las expectativas que luego se empezaban a gestar en torno a la caída del franquismo y a la posibilidad de iniciar una transformación política y social radical de este país. Todavía cuando esas ilusiones no se habían visto frustradas, en la carta que nos dirigió a la nueva revista *Comunismo* (fundada por la Liga Comunista Revolucionaria —LCR— como reconocimiento a la revista del mismo nombre que había dirigido Andrade) insistía en que entonces, como en los años 30, el problema que seguía viendo como el más urgente era la formación del «tercer partido obrero»: para cumplir con ese objetivo apelaba a la unidad de los partidos y grupos marxistas que a la izquierda del «carrillismo» existían en esos años pidiendo-

a cabo su tarea histórica. Porque el fin no justifica los medios; sino, por el contrario, el fin está siempre en relación con los medios utilizados para alcanzarlo».

nos evitar caer en el «purismo revolucionario». Una idea que sigue representando un motivo de reflexión y un desafío en los tiempos actuales y que muestra una vez más su compromiso con la construcción de partidos revolucionarios y su lealtad al legado del POUM.

Desde su regreso a Madrid a finales de 1978 no faltaron ocasiones para conversar y discutir con él y con María Teresa sobre viejos y nuevos problemas y debates. Uno de los temas que salían de vez en cuando en esos encuentros era el periódico *Combate* que editaba la Liga y que recibían y leían regularmente, ya desde que estaban en París. Uno de sus últimos artículos fue precisamente una nota que publicó en ese medio dedicada al antiguo militante del POUM, Pedro Bonet, fallecido en 1980. Hablando sobre su contenido y sobre los aspectos más formales del mismo veíamos reaparecer en él aquella vieja afición de editor y periodista a la que se había entregado desde muy joven y que siempre le había apasionado.

Andrade contó con el respeto de los militantes de la Liga, aunque tuvo menos compañía cercana y atención personal de la que merecía. Cuando murió el Primero de Mayo de 1981 sólo un reducido grupo de personas fuimos a despedirle en el cementerio civil de Madrid envuelto en una bandera roja y cantando la Internacional. Unas notas publicadas en periódicos como *El País*, *Diario de Barcelona*, *Avui* y *Egin* durante los días siguientes se hicieron eco de su fallecimiento. Desde *Combate* y la revista que entonces se llamaba *Cuadernos de Comunismo* le rendimos un cariñoso recuerdo. Gracias a los esfuerzos de María Teresa y de Pelai Pagès, la publicación de sus *Recuerdos personales* (Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983), *Notas sobre la guerra civil. Actuación del POUM* (Ediciones Libertarias, Madrid, 1986), sumadas a *La Revolución española día a día*, ya editada en 1979, ayudó a darle a conocer en los ámbitos más militantes existentes en aquellos años. Confiamos ahora en que la edición de esta nueva antología permita que la nueva generación de hoy reconozca en él a alguien que, queriendo ser fiel representante hasta el fin de sus días de aquélla que nació en 1914, mantuvo firme «la cólera, la pasión, la intransigencia» en la lucha contra el capitalismo y el estalinismo y en el rechazo al «transfuguismo» de tantos a los que había visto cambiar de bando. Una actitud que com-

pensaba con «la sinceridad y la ternura»²⁹ hacia sus amigos y amigas, en primer lugar con María Teresa y siempre desde el recuerdo de su amor fraternal a Andreu Nin, como también se puede comprobar en el artículo dedicado a él en este libro.

Le recordamos ahora como un camarada y un compañero ejemplar y cercano, con su cólera y su ternura.

Jaime Pastor y Miguel Romero
(miembros de la redacción de *Viento Sur* y
militantes de Izquierda Anticapitalista)

29 Así le describía su compañera María Teresa García Banús a continuación de la cita que encabeza esta introducción: «En ese último día, a ratos charlando, a ratos sufriendo, su fin parecía seguro, pero no inmediato. Podía durar. Pero de repente se sintió cansado y aquellos ojos azules que sabían expresar tan intensamente la cólera, la pasión, la intransigencia, pero también la sinceridad y la ternura, se volvieron grises, metálicos, como de cristal». Sobre María Teresa García Banús, también militante de Izquierda Comunista y luego del POUM: <http://fundanin.org/andrade.htm>. También sobre ella y un buen número de militantes de este partido mencionados en este libro nos remitimos a las biografías que hace Pepe Gutiérrez Alvarez en *Retratos pumistas*, Espuela de Plata, Sevilla, 2006, así como a los archivos de la Fundación Andreu Nin en su web <http://www.fundanin.org>

1 En torno a la fundación del Partido Comunista Español

Entrevista de Javier Maestro

[Esta entrevista fue publicada originalmente en la revista *Cuadernos de Comunismo*, nueva época, nº 1, 1980, editada por la LCR]

P: —Hablar de la fundación del Partido Comunista de España (PCE) significa naturalmente hablar también de las circunstancias que concurrieron en la formación del mismo. En este sentido sería interesante saber cómo caracterizabais al Movimiento Obrero (MO) en general y cómo evolucionó la Federación de Juventudes Socialistas (JJSS) hasta constituir el PCE.

R.: —Nosotros veíamos que ante los acontecimientos el PSOE no estaba informado ni adoptaba una posición franca frente al desarrollo del socialismo en los demás países. Es decir, nosotros, las JJSS, que estábamos un poco más informados, veíamos un poco más claro —principalmente los estudiantes— que influíamos bastante en el grupo de las JJSS. Pero el PSOE, oficialmente, seguía más bien la posición de la socialdemocracia alemana y también de los franceses.

Al estallar la I Guerra Mundial se produjo un hecho inusitado. Fue un acuerdo entre las Juventudes Republicanas (JJRR) y las JJSS para publicar conjuntamente un manifiesto que, según creo recordar, se titulaba «Por la paz inmediata». Aquel manifiesto fue censurado por el PSOE, sobre todo por lo que suponía de unidad de ideas con las JJRR. Éstas mantenían una posición más radical que las JJSS. Nosotros, el Grupo de Estudiantes Socialistas, calificábamos a las JJSS de «hijos de papá», pues, en realidad, venían a ser eso: hijos de dirigentes, de militantes que no tenían mucho entusiasmo, ni tenían vigor, altura o formación. Las JJRR, a su vez, estaban divididas en aliadófilos y pacifistas. Lerroux, retribuido por los aliados, era partidario de una intervención en la guerra. Su criterio era coherente, comprensible. Los socialistas, en cambio, eran aliadófilos, mantenían que todas las virtudes las tenían los aliados, pero no se atrevían a propugnar ni una

intervención de España al lado de los aliados, ni a declarar la guerra a la guerra. Nosotros rompimos el fuego. Se daba el caso de que Besteiro fuera entonces partidario de la intervención, y lo decía también Pablo Iglesias, e iba muy lejos.

Ambos mantenían el criterio de que si no se pronunciaban por la intervención en la guerra era únicamente porque España no se encontraba preparada para ello. Largo Caballero y Saborit eran en cambio pacifistas. Todos empezamos entonces a interesarnos por la posición ante la guerra y entonces comenzó también a llegarnos la prensa socialista de distintos matices de otros países. La corriente internacionalista se manifestó a partir de entonces en la Juventud Socialista de Madrid, que fue la única organización socialista española adherida a la Conferencia de Zimmerwald.

La revolución rusa de Octubre y la fundación de la III Internacional en marzo de 1919 produjeron también una profunda transformación en el seno de las JJSS, principalmente en la de Madrid. La Juventud Socialista de Madrid había estado integrada hasta entonces —como señalé— principalmente por hijos de militantes socialistas, impregnados del espíritu reformista del partido, viviendo en el culto paternalista del «Abuelo» (Pablo Iglesias). La revolución rusa, y el entusiasmo que despertó en el porvenir del proletariado internacional, dio lugar a que se incorporasen a las JJSS numerosos jóvenes obreros, no ligados con el pasado, ajenos al espíritu familiar que reinaba en la Juventud Socialista hasta entonces y que, preocupados por los problemas que planteaba la III Internacional, se entregaron a estudiarlos para aplicarlos a la situación en España. La lucha entablada por las JJSS tuvo su culminación en su Congreso a fines de 1919, en el que los antiguos dirigentes ligados al reformismo fueron barridos totalmente de la dirección nacional. La nueva dirección estaba constituida por jóvenes obreros y estudiantes, dispuestos a defender hasta las últimas consecuencias la adhesión a la III Internacional.

La miseria ideológica del «pablismo»

P.: —En general, se ha insistido en la pobreza teórica del MO

español. Esta circunstancia debió dificultar la gestación del PC español.

R.: —El PC español se formó en medio de circunstancias particularísimas del MO español, circunstancias que determinaron el retraso en su formación y sus crisis posteriores. Por una parte, en el seno del PSOE no había existido ni la más mínima tradición teórica; por otro lado, nos encontrábamos con que cuando el sindicalismo revolucionario había fracasado en sus pruebas en todos los países, en España se hallaba, por una contradicción histórica, en su pleno esplendor. Estos dos hechos daban lugar a dos consecuencias: a una lentitud de la educación marxista del partido, y a una gran dificultad para atraer hacia el partido a las masas obreras, demasiado ilusionadas con los éxitos esporádicos y relumbrantes del anarcosindicalismo.

Los PCs se formaron, en todos los países, a través de las minorías de oposición revolucionaria que existieron antes, durante y después de la guerra en el seno de los partidos socialdemócratas. Estas minorías mantenían ya dentro de los partidos, de manera más o menos acertada, los principios del marxismo revolucionario. Constituían núcleos de afinidad marxista revolucionaria dentro de la socialdemocracia. Batallaban diariamente contra la oligarquía reformista y se esforzaban por dar una interpretación coherente, marxista, a la política del partido. Cuando surgieron los PCs, es decir cuando surgió la escisión dentro de los partidos socialdemócratas, los nuevos partidos comunistas que surgieron de esta separación se encontraron con un estado mayor teóricamente capacitado a consecuencia de las luchas desarrolladas en el seno del viejo partido. La constitución en estos países del PC fue la derivación lógica de toda una actuación contra el reformismo oficial.

No puede decirse de ninguna manera que éste fuera el caso de España. País de tan poca tradición marxista, incluso en el sentido equívoco que los socialdemócratas daban a la palabra, no ha existido otro en Europa. El «pablismo», única definición específica que puede darse a lo que en España ha pasado por socialismo, era una mezcla de obrerismo reformista a secas y de democratismo pequeñoburgués. La divulgación de los trabajos de Lafargue realizada por los viejos socialistas, era en el fondo sólo la necesidad de dar un barniz teórico a su política.

Los grandes problemas planteados en la socialdemocracia europea no encontraban eco en las filas del socialismo español. Éste se hallaba políticamente aislado del mundo. En medio de esta especie de socialismo doméstico, de este obrerismo sin contenido teórico, no surgieron los grupos marxistas revolucionarios que en otros países libraban batalla contra la política oficial en el seno de los partidos. Sólo durante la guerra se dibujó algo esta tendencia en el movimiento pacifista pero no internacionalista, del cual —como señalé anteriormente— era intérprete la Juventud Socialista de Madrid, partidaria de la Conferencia de Zimmerwald. Pero la escasez de fundamento teórico de esta tendencia hacía que su posición fuera el eco del sentimiento humanitario de sus adheridos y no la consecuencia lógica de una comprensión clasista del problema. En los demás países fueron el núcleo directo de los PCs, en España se disolvieron como azucarillo en el vaso de agua, y no fueron capaces de encauzar la corriente partidaria de la III Internacional.

P.: —Aparte de la actitud crítica seguida por las JJSS, en el PSOE surgió también una tendencia «tercerista» que tuvo como órgano de expresión propio al semanario *Nuestra Palabra*.

R.: —Sí, se había creado un «comité por la III Internacional», pero las JJSS no estaban en él, estaban los que nosotros llamábamos «centristas». Eran García Cortés, Núñez de Arenas... Todos los que después en abril de 1921, constituirían el Partido Comunista Obrero. En realidad *Nuestra Palabra* representaba y era órgano del «comité por la III Internacional». Nosotros no teníamos ninguna confianza en ellos y decidimos dar un «golpe de Estado» para constituirnos en PC español ya en abril de 1920.

La influencia de la revolución rusa

P.: —La revolución rusa ejerció un gran impacto en el MO español y también proliferaron ideas acerca de la similitud de la situación española con la rusa. Hasta Ortega y Gasset y otros intelectuales y periodistas de la época destacaban este paralelismo. Y no fue casual. En España se dio una situa-

ción revolucionaria entre 1917-1919, una crisis política dirigida fundamentalmente contra la monarquía y el sistema de la Restauración, con la convocatoria de una Asamblea de parlamentarios en 1917 para iniciar un proceso constituyente que alineara al país con las democracias parlamentarias europeas y el espíritu wilsoniano... Como en la revolución de febrero rusa, la burguesía liberal española fracasó, en agosto de ese mismo año estalló una huelga general revolucionaria, mal planeada y secundada con poco entusiasmo por el PSOE, en 1919 la huelga iniciada en La Canadiense, en Barcelona, se convirtió en una huelga general, al tiempo que en el campo andaluz estallaron violentas sublevaciones campesinas...

R.: —En realidad, sobre Rusia nadie sabía nada, porque los socialistas no tenían relaciones con los rusos. Pero creían que coincidían en un movimiento mundial, es decir, de descontento general, porque hay que tener en cuenta que Alemania estaba en revolución. Hungría también... Pero, todo eso, «los viejos» —como decíamos nosotros— lo veían, lo sabían, pero no adoptaban posición, ni tenían criterio, ni ideología que ofrecer. Y nosotros, las JJSS, hacíamos juntos nuestra ideología, sin saber tampoco muy bien dónde íbamos. Solamente los estudiantes, los intelectuales, sabíamos algo porque leíamos prensa extranjera.

En *Renovación*, el órgano de la Federación de JJSS, desaparecieron de sus columnas las crónicas sentimentales de Tomás Meabe y los artículos simplemente obreristas de los hijos de la familia pablista. Comenzaron a publicarse artículos que nos llegaban de Lenin y Trotsky, se abrió el ataque contra los propios dirigentes del PSOE y se defendía abiertamente la creación de un partido comunista en España. Naturalmente, la revolución rusa de Octubre intensificó la crisis interna. No al principio, porque fue recibida y defendida por todo el mundo obrero con entusiasmo y adhesión (la propia CNT llegó a adherirse a la III Internacional en 1919 casi por unanimidad en el congreso celebrado en Madrid en el Teatro de la Comedia), sino hasta que se planteó en escala internacional la ruptura con la II Internacional, la denuncia de las traiciones de la socialdemocracia y la constitución de la III Internacional en marzo de 1919. La adhesión a ésta quedó planteada a través de discusiones internas que los jefes socialdemócratas

frenaban al comienzo, pero sin oponerse francamente porque no creían al principio que ofreciera el menor peligro.

P.: —En lo que se refiere a la CNT, parece que registró un crecimiento vertiginoso durante este período, porque en 1914 contaba con unos 15.000 afiliados y en 1919 eran 600.000 afiliados. Este ascenso del anarcosindicalismo en España está naturalmente relacionado con la situación de crisis del país, pero también con el hecho de que la CNT era la organización sindical que propugnaba la revolución social, distanciándose de tomas de postura a favor o en contra de los países beligerantes en una guerra imperialista.

R.: —Sí, efectivamente, así fue. Pero, sin embargo, la CNT estaba muy minada, se descubrieron focos de agentes alemanes. Se demostró incluso, sin lugar a dudas, que el director de *Solidaridad Obrera* estaba retribuido por la embajada alemana.

P.: —Salvador Seguí logró reestructurar la CNT con la creación de los «Sindicatos Únicos» que sustituían a la vieja organización sindical por oficios, lo que confirió a la CNT una fuerza y cohesión sorprendentes. ¿Qué actitud adoptó Seguí hacia la guerra?

R.: —Seguí era de los que se manifestaba a favor de los aliados, los demás anarquistas permanecían más neutros, pero Seguí no tanto.

P.: —Seguí no sólo se manifestaba en el sentido que tú acabas de señalar sino que también fue partidario de cierto «gubernamentalismo» al defender las Comisiones Mixtas como organismos de conciliación entre patronos y trabajadores.

R.: —Bueno, toda la confederación se opuso siempre a ello. Seguí, en otro orden de cosas, intentó en un momento —estaba hecho un lío, como todos entonces— crear con Layret un partido comunista. Estaba muy unido a Layret, al que mataron porque era abogado de los Sindicatos Únicos. Yo tuve entrevistas con Layret, aunque no teníamos nada en común, Layret era un politicastro, quería tener un partido que él dirigiese. Seguí le apoyaba resueltamente.

P.: —Sin embargo, dentro de la CNT existían también diversas tendencias. Una, dirigida por los sindicalistas puros, como Pestaña, que estaban entonces más interesados en un crecimiento organizativo que en la perspectiva de una revolu-

ción social inmediata; otra tendencia, la anarquista, en cambio propugnaba avanzar hacia la revolución social, y entre ambas tendencias, se encontraba una embrionaria tendencia sindicalista revolucionaria. ¿En qué medida afectó esta división de la CNT las perspectivas del MO?

R.: —Es muy difícil decir. Yo creo que se puede estimar que Seguí era un caso de confusión, que no se puede definir muy bien. Poseía un talento extraordinario, pero era muy inculto. Y como tal no estaba muy enterado, se dejaba influenciar mucho. Seguí era más bien un reformista, a pesar de todo lo que se ha dicho. Yo creo que hubiera abandonado el anarquismo y la CNT de haber vivido. Es la creencia de los que entonces le conocimos y seguimos sus huellas. Una última cosa: no se sabe nada de los papeles que ha dejado Nin... pero el caso es que estaba muy avanzada una obra suya sobre Seguí, hacia el que tenía una gran admiración. Era un hombre de un gran talento y un formidable orador. En un mitin en la plaza de toros de Barcelona fue una cosa extraordinaria cómo logró vencer a los cenetistas para que terminaran victoriosamente la huelga general de Barcelona, iniciada en La Canadiense. En cuanto hablaba Seguí, todo el mundo se inclinaba por sus propuestas. Pero, él era en el fondo un reformista.

P.: —Otra organización sindical, la UGT, era mucho más moderada...

R.: —Sí, mucho más moderada, seguía los pasos del PSOE.

P.: —Y en lo que se refiere a su fuerza numérica, era muy inferior a la CNT, aunque registró un importante crecimiento durante la I GM.

R.: —Pero resulta que la superioridad numérica de la CNT era relativa, no se podía dar una cifra exacta, aunque, desde luego, los trabajadores respondían más a todas las iniciativas de la CNT.

El «trienio bolchevique» en el campo

P.: —Siguiendo de nuevo con las semejanzas entre la revolución rusa y la situación española, en Rusia fracasó la revolución de febrero como tentativa de poner en pie un régimen liberal parlamentario. Se puede decir que lo mismo ocurrió en

España con la Asamblea de Parlamentarios de 1917; ¿pero, a diferencia de Rusia, no se dio a partir de entonces un proceso revolucionario similar una vez fracasada la Huelga General Revolucionaria de agosto? No existía una organización revolucionaria para encauzar los acontecimientos en tal dirección. Sin embargo, al igual que en Rusia, hubo también una impresionante agitación campesina en Andalucía, que se prolongó durante un periodo que se conoce como el «trienio bolchevique». ¿Qué importancia tuvo esta agitación campesina?

R.: —Creo que bastante, como todos los movimientos campesinos —al menos como han venido siendo hasta ahora— tenía algo de desconcertante. Brotaban llamaradas y luego se apagaban inmediatamente. La intervención de la Guardia Civil acaba sangrientamente con ellas. En estas sublevaciones campesinas tuvo importancia la labor que realizó Salvoechea en Andalucía. Pero, al mismo tiempo, la masa campesina, asustada por las violencias de los anarquistas, se agrupaba en la UGT.

P.: —La hegemonía de la CNT en el campo andaluz contaba con hondas raíces históricas, aunque también se debió a que fueran partidarios de proceder a un reparto inmediato de los latifundios. No propugnaban las colectivizaciones agrarias.

R.: —Efectivamente, como harían más tarde al principio de la Guerra Civil...

P.: —Esta crisis política y social de 1917 produjo en España otra consecuencia importante como fue el resurgimiento del republicanismo y del nacionalismo. Cobró singular relieve el catalanismo. Cambó, uno de sus representantes más señeros, llegó incluso a un acuerdo con el Gobierno. Este acuerdo consistía en espolear el nacionalismo catalán con concesiones de Madrid con objeto de eclipsar los graves problemas sociales que afrontaba Catalunya.

R.: —Yo creo que lo que ocurría es que la diferencia estaba en que Cambó no estaba de acuerdo con los reaccionarios, con los aristócratas agrarios, porque él representaba al capitalismo industrial.

P.: —Una vez que el MO español experimentó cierto reflujó al fracasar la HGR de 1917 y la HG de Barcelona en 1919, la Revolución de Octubre y la oleada revolucionaria que afectó a la mayoría de los países europeos entre 1919-20 galvanizó las

opiniones y las actitudes de la clase obrera. Fue en especial el debate acerca de la ruptura con la II Internacional —«un cadáver insepulto»— lo que desató una importante división en el PSOE. Tal división se produjo al constituirse la III Internacional en marzo de 1919. Parece ser que en las reuniones previas a la constitución formal de la nueva Internacional, los pocos delegados europeos que llegaron traían informes desalentadores, si bien, después, llegarían otros delegados que dieron otra versión de los acontecimientos urgiendo la constitución de la Internacional.

R.: —Sí, yo creo que fue eso lo que ocurrió. Además, en la III Internacional entre los grupos de cada país se expresaban tres tendencias. Nosotros nos manifestamos con dos tendencias; los alemanes y austríacos con tres, los franceses con tres o cuatro (Longuet, Frossard, Souvarine...); era un verdadero caos. Entonces Rosa Luxemburgo era todavía la menos partidaria de la fundación de la IC, pues creía que era un error... Pero no había más remedio, porque si no se perdía toda esa gente.

P.: —¿A qué tendencias te refieres?

R.: —Una derecha contraria a la adhesión, otra de izquierda partidaria, y una tercera, de centro, partidaria de una nueva Internacional que no fuera la rusa. Querían la «dos y media» —como la llamábamos nosotros—, que se constituiría en Viena por el partido austríaco.

P.: —Entonces prevalecía el «centrismo» como opinión mayoritaria en casi todos los PS. No estaban dispuestos a romper con la tradición de la II Internacional, deseaban revitalizarla una vez depurados los elementos más comprometidos con el «socialpatriotismo».

R.: —Ése era el proyecto que tenía el PSOE. Aquí, por ejemplo, se manifestaban como «centristas», pero, en el fondo, eran la derecha clásica del socialismo. No obstante, la mayoría de los socialistas españoles se manifestaban a favor de una II Internacional y media.

P.: —La constitución de la III Internacional supuso la llegada en enero de 1920 de Borodin, Roy y Ramírez. Se ha señalado con frecuencia que vuestra decisión de constituirlos en PC fue a instancias de estos delegados de la III Internacional.

R.: —La elección de un nuevo Comité Nacional de la Federación de JJSS coincidió también con la llegada a España de

Borodin y Roy, que se decían representantes de la III Internacional y que, camino de Rusia, procedentes de la revolución mexicana y de EEUU, tenían la misión de proponer la constitución de un PC en España. Vinieron aquí y, con el prestigio que tenían los rusos, incitaron a crear el PC. La idea fue aceptada fácil e inmediatamente por el CN de las JJSS, tanto más porque coincidía con su propósito y la FJJSS se encontraba ya en estado de ruptura completa con la dirección del PSOE. El CN comunicó esta decisión a todas las secciones por medio de una «carta cerrada» que sólo debían abrir en una fecha determinada: el 15 de abril de 1920. En torno al contenido se guardó un secreto absoluto. En definitiva, Borodin, Roy y Ramírez no lo pidieron, pero influyeron en la constitución del PC español. Sólo instaron a que se fundara.

¿Fue prematura la fundación del PC español?

P.: —Poco antes de que los mencionados «delegados» de la IC llegaran a España, en consecuencia, antes de que adoptarais la decisión de fundar el PC español, se había celebrado el primero de los tres congresos extraordinarios que convocó la ejecutiva del PSOE para debatir la cuestión de la adhesión a la III Internacional. La convocatoria del primer congreso extraordinario, en diciembre de 1919, se realizó a regañadientes, porque de no convocarse el sector «tercerista» amenazaba con un plebiscito en el PSOE. El resultado fue de 14.010 votos a favor de una II Internacional «depurada» y 12.497 votos a favor de la III Internacional. Con ese escaso margen de votos en contra, ¿no resultó precipitada vuestra decisión de escindirnos en ese momento?

R.: —Nosotros no creíamos que había otra solución. Creíamos que la resolución que adoptara el próximo congreso del PSOE sería desfavorable a la adhesión. Por eso consideramos que la mejor solución era dar ese «golpe de Estado». Fue el CN de la FJJSS el que lo decidió, prescindiendo de la presencia de José López y López, porque sabíamos que éste era contrario a tal decisión. Las reuniones las celebramos incluso fuera de la Casa del Pueblo. Nos reuníamos entonces en la calle Fuenca-

rral, en casa de Rito Esteban que tenía allí una sastrería. Allí nos reuníamos y adoptábamos todos los acuerdos.

Ahora, ya con un juicio más ecuánime y más positivo, más práctico, no veo la razón de crear un PC en las condiciones que se hizo. Insisto que fue un error.

P.: —Una vez conocido el resultado de la escisión, ¿no hubiera sido preferible una discusión amplia y abierta en torno a la constitución del PCE contando con el conjunto de las JJSS?

R.: —Si no recuerdo mal, creíamos que no teníamos las suficientes seguridades y que una discusión abierta en torno a la constitución del PCE no iba a resolver nada. Nosotros, desde luego, queríamos establecer una separación con los del «Comité por la III Internacional», porque su postura era oportunista, no tenían nada de revolucionarios ni mantenían unos puntos de vista correspondientes a lo que representaba la III Internacional. Por eso dimos el «golpe de Estado».

P.: —Sin embargo, esta corriente «centrista» que abogaba por un compás de espera antes de definirse a favor de la entrada en la IC os criticaba por llevar las cosas demasiado deprisa.

R.: —Decían que nosotros no seguíamos las consignas de la IC, pero tenían que buscar pretextos para todo. Ellos realmente no sentían la necesidad de una Internacional. Al poco de constituirse en PCOE, los más dejaron de actuar, abandonaron el partido al alcanzarse la fusión.

P.: —En el periodo posterior a la fundación del PCE, algunos señalan que no lograsteis atraer a la mayoría de las JJSS.

R.: —Yo creo que sí, prácticamente sí, la mayoría sí. Quedaron, naturalmente, unos cuantos en todos los sitios que siguieron al PSOE, en especial los hijos de militantes socialistas, a los que les costaba mucho separarse del partido.

P.: —¿Cuántos erais al fundarse el PCE?

R.: —No lo sé. Ni lo sabíamos entonces siquiera. En cuestión de estadísticas el PCE fue bastante abandonado siempre.

P.: —¿Y vuestra implantación?

R.: —Principalmente en Madrid, Vizcaya y Asturias.

P.: —Después de la fundación realizasteis varias giras a otras regiones del país para ganar nuevos militantes y una implantación en extensión.

R.: —No realizamos muchas giras, pues contábamos con muy pocos medios. La primera gira que realicé fue a Talavera

de la Reina y, después fui a Peñarroya, donde me detuvieron nada más llegar. Permanecí en la cárcel de Córdoba varios meses hasta que me llevaron a Madrid, donde me pusieron en libertad.

P.: —Al quedar formalmente constituido el PCE el 15 de abril de 1920, quedasteis vinculados a la IC a través del Buró para Europa Occidental con sede en Amsterdam. Se ha destacado el acusado carácter izquierdista de dicho Buró; prevalecía una fuerte tendencia antiparlamentaria, bajo la perspectiva de una revolución inmediata.

R.: —El órgano que se había constituido en Amsterdam no correspondía totalmente con las ideas de la IC. Formaban parte del mismo, por ejemplo, algunos que fueron los izquierdistas para la IC: Pannekoek, Roland-Holst, Gorter, etc. Luego se fueron separando de la IC al criticar su política. Lenin, a su vez, les combatió violentamente en su folleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. Las decisiones del Buró de Amsterdam no estaban en línea con las de la IC, como ya he dicho.

P.: —Tal vez fuera así porque en ese momento se realizó un viraje táctico en la IC, explicable en el sentido de que las perspectivas revolucionarias en 1920 no eran las mismas que en 1919. Ya había fracasado la revolución en Alemania, Hungría, etc., y se asistía a cierto reflujo de la revolución.

R.: —Sí, fue así. Ahora bien las críticas al leninismo y al viraje táctico de la IC provenían de algunos grupos. Hay que tener en cuenta que la IC era un conglomerado de grupos bastante dispares.

El PSOE y la III Internacional

P.: —Como señalas, la adhesión a la III Internacional agudizó la crisis en todos los partidos socialistas. Después del congreso extraordinario del PSOE en 1919 se celebraron otros dos congresos extraordinarios que resultaron en la escisión de la tendencia «tercerista» y su transformación en abril de 1921 en Partido Comunista Obrero (PCOE). ¿Puedes describir el proceso seguido por el PSOE para esquivar sistemáticamente una definición clara en torno al ingreso en la III Internacio-

nal? No cabe duda que la aliadofilia y su idea de que primero había que impulsar una etapa democrático-burguesa antes de pensar en una revolución socialista constituía un poderoso freno.

R.: —El siguiente congreso extraordinario, reunido para tratar la misma cuestión, arrojó 8.269 votos a favor de la III Internacional, 5.016 en contra y 1.615 abstenciones. Se había producido un cambio fundamental en la división de votos. Ante este resultado, los dirigentes reformistas del PSOE lograron hacer prosperar una maniobra para demorar la aplicación del acuerdo: enviar a Moscú una delegación para que se informase directamente de la situación. Esta delegación estuvo integrada por Fernando de los Ríos y Anguiano, o sea, un representante de la derecha e izquierda respectivamente. Fernando de los Ríos elaboró un informe democrático, un canto a las libertades democráticas... En abstracto. Impresionó a los socialistas, pero no se tomó una determinación. Fue el informe de Anguiano el que principalmente desbarató la adhesión a la IC. Se había inventado lo de las «22 condiciones» para el ingreso, la vigesimosegunda, según él (Anguiano era masón), impedía la entrada a los masones. En cualquier caso la delegación española debía someter al Comité Ejecutivo de la III Internacional tres condiciones ultimáticas que hacían inaceptable la adhesión, pero permitía a los reformistas aplazar el acuerdo y maniobrar todavía más para el próximo congreso del PSOE, que debía adoptar la decisión definitiva.

P.: —Al quedar de nuevo aplazada la adhesión a otro congreso ¿qué ocurría en el PSOE?

R.: —Seguía dudosa la situación en el PSOE, aunque, en realidad, continuaban dominando los favorables a la adhesión. En abril de 1921 se celebró el tercer congreso extraordinario del PSOE para oír el informe de los delegados españoles Fernando de los Ríos y Anguiano. Como resultado, fue rechazada la adhesión por 8.858 votos contra 6.094. Fue entonces cuando se produjo la gran ruptura con la formación del PCOE. La constitución del segundo PC en España fue leída en el congreso por Óscar Pérez Solís. Hecho esto se retiraron del congreso. Los demás acordaron adherirse a la Internacional «dos y media».

La unificación con el Partido Comunista Obrero Español

P.: —Al quedar constituidos dos partidos comunistas, se produjeron una serie de fricciones casi insalvables a no ser que hubieran mediado miembros de la IC. ¿A qué atribuyes tales diferencias?

R.: —Como mediadores para unificar a ambos partidos llegaron primero el suizo Humbert-Droz —con carácter más permanente— y después el italiano Graziadei. La diferencia fundamental que nos separaba era que nosotros exigíamos tener la mayoría en todos los órganos del PC, porque no teníamos confianza en la política que elaborara el partido unificado, si no estábamos nosotros en mayoría en los órganos de dirección. Esto lo detalla Humbert-Droz en sus *Memorias*. Uno de los problemas era la dirección del periódico *La Antorcha*, que sería el órgano oficial del partido unificado. El PCE imponía intransigentemente que yo fuera el director y el PCOE se oponía a ello con la misma intransigencia, debido a que yo había llevado una campaña muy personal contra ellos. El caballo de batalla fue igualmente los nombres de los que debían constituir el Comité Ejecutivo, en el que los procedentes del PC español eran diez, o sea la mayoría, y los del PCOE la minoría.

2 El 'pablismo' y la burocracia ugetista

[El presente trabajo es un capítulo del Libro de Andrade *La burocracia reformista en el movimiento obrero*, publicado en 1935 por la editorial Gleba]

El socialismo español tuvo desde sus comienzos un matiz especial que le daba características completamente nacionales, mejor dicho, locales, incluso podemos decir que madrileñas. Basado genéricamente en una doctrina universal, en acuerdos internacionales de congresos y conferencias, sin embargo, en su aplicación local moldeaba la doctrina y los acuerdos de una manera restringida, estrecha, deformada. Se revestían los principios de todo un ropaje vulgar que los hacía anticonfortables para las sensibilidades políticas vibrantes e inquietas; se los destruía en esencia al hacerlos pasar por unas reglas orgánicas limitadísimas y por el prevailecimiento de unas costumbres y hábitos retorcidos y adocenados. Precisamente por esa psicología peculiar del reformismo español, puramente autóctono en el fondo, puede calificarse al socialismo oficial en España de *pablismo*, es decir, debe y puede dársele el nombre de aquél que lo estructuró, lo creó espiritualmente y dio la educación política a los primeros cuadros, e incluso a la mayoría de sus dirigentes actuales, que orgullosamente reivindicaban su nombre.

El socialismo, el ugetismo español, durante el proceso de su desarrollo ha revestido frecuentemente en su actuación práctica los caracteres de una organización obrera de tipo filantrópico, con un programa universal que repetía, pero no adaptaba. Se convertía en su propaganda en una mixtura sensiblera y llorona de obrerismo primitivo, que planteaba sus reivindicaciones en un plano de generosidad. Se recortaban las alas a los principios y a las aspiraciones que los mismos suscitaban, para impedir los vuelos de largo alcance que lo grababan remontar en el resto de Europa, y que aquí quedaban encerrados en una aplicación plebeya. De ahí esa tardanza conocida en ponerse al ritmo de los demás partidos europeos, de esquivar las grandes discusiones internacionales y hasta, en casos, de desconocerlas.

Consignemos de paso que, en la actualidad, mientras la polémica ardiente que se lleva a cabo en el interior del partido socialista y de las juventudes se mantenga casi exclusivamente en los límites de una discusión para averiguar qué tendencia se mantiene más fiel a las concepciones y métodos de Pablo Iglesias, el pleito político litigado no pasará de tener un carácter casero, pequeño, intrascendente. El problema político debe estribar fundamentalmente en superar el clásico *pablismo*, en enfrentarse con las grandes corrientes modernas del socialismo, y en adoptar posiciones concretas ante ellas. El obrerismo rudimentario del *pablismo* está sobrepasado por todo el curso posterior del movimiento obrero nacional e internacional. Corresponde, en lo económico, a una época de artesanado que ha desaparecido; responde, en lo político, a unas nociones elementales de la lucha de clases que el proceso histórico ha enriquecido. El que el criterio de unidad a ultranza de todos los intereses reformistas que preconizó constantemente Pablo Iglesias esté en plena bancarrota, es ya de por sí el síntoma más elocuente de la profunda transformación que se ha operado en el campo proletario.

El tono opaco impreso a nuestro socialismo por Pablo Iglesias explica en gran parte que el anarquismo obtuviese en España la fuerza y el ascendiente que no logró adquirir en ningún otro país europeo. El obrero avanzado, con inquietudes revolucionarias y progresivas, desertaba en el pasado voluntariamente del *pablismo* para abrazar una doctrina y una táctica que creía más en armonía con sus aspiraciones de clase y sus anhelos humanos. En los países en que los partidos socialistas conservaron su aparente fisonomía marxista, el anarquismo, con su ingenua doctrina, no ha podido desarrollarse y alcanzar ascendiente entre las masas obreras. El anarquismo en España, todos sus errores, se presentaba a los trabajadores con fuertes inquietudes como una mayor garantía que el partido socialista obrero. Los «adormideras», como se llamaba a los pablistas a comienzos de siglo, no inspiraban simpatía ni ofrecían cordialidad y comprensión.

Precisamente por su carácter obrerista, que no obrero, el *pablismo* era profundamente antiintelectual; pero, entendámonos: no enemigo del arribismo intelectual solamente, sino

de todo lo que representase inquietud por los problemas teóricos y de lucha de clases. Los equipos dirigentes de los partidos socialdemócratas europeos han estado integrados principalmente, y aún lo están al presente, por elementos intelectuales. El abogadismo al estilo de Paul Boncour, por ejemplo, fue la principal plaga de los grupos dirigentes de la Segunda Internacional. Ellos llevaron a los partidos, en la mayoría de los casos, reminiscencias de su educación de clase, prejuicios que inocularon en el movimiento obrero. Fueron también ellos los propagadores del electoralismo socialista, que desde antes de 1914 y actualmente corroe a los partidos socialistas. Fue un abogado, Millerand, el primero que planteó prácticamente el problema de la colaboración socialista.

Sin embargo, el *pablismo*, o sea nuestro socialismo nacional, veía en el intelectual, más que estos defectos, otros peligros. El intelectual era para el *pablismo* un removedor de la quietud plácida del partido, y, sobre todo, de la modorra sindical al calor de la base múltiple. Era el intelectual, además, un sugeridor de problemas, un iniciador de la discusión en torno a las polémicas de la socialdemocracia europea; era, en suma, un perturbador de la indiferencia teórica, se le rechazaba, no por lo que precisamente hubiera en él de retardatorio, de prejuicios, sino por lo que suponía de progresivo. Desde sus comienzos se pudo observar esta displicencia en torno a la atracción e influjo de los elementos intelectuales. Pocos hombres procedentes de la cátedra o de las profesiones liberales se asociaron al socialismo en España; pero el fenómeno no fue debido seguramente a un despego completo por las ideas socialistas sino a la hostilidad tácita que encontraban en sus medios.

Partiendo de una mentalidad artesana, Pablo Iglesias logró estructurar una organización disciplinadamente hermética, que daba satisfacción a lo que corrientemente se llama obrero pulcro y buen padre de familia. Se proyectaba sobre los militantes una educación humana pequeño-burguesa. Se valorizaba más, con arreglo a la moral pablista, al obrero no fumador que al proletario inquieto, revolucionario y combativo. El tipo de obrero al que en el régimen dictatorial de Primo de Rivera se premiaba con la medalla del Trabajo por sus reiterados servicios en una misma empresa, era moralmente y en potencia un

obrero pablista cien por cien. El pablismo no concebía ni concibe la «bohemia revolucionaria» del proletario que se ve obligado a emigrar de un taller a otro por su espíritu de indómito rebelde. El *pablismo* es, por otra parte, agrio y anticordial.

Se ha elevado a categoría política por los viejos socialistas, con la ferviente e interesante colaboración actual de la prensa burguesa, lo que pudiéramos llamar moral pablista. Oyendo argumentar a sus partidarios en torno a este tema no encontramos diferencia alguna con el sentido que la pequeña burguesía, la clase media, da a la moral. Es la misma moralina la que transpira a través de sus palabras; es idéntica limitación de mentalidad y semejante cretinismo obrerista. Entre ambas concepciones existe una gran semejanza. Los matices del ser social son exactamente igual de incomprensidos. Viven apegados a la tradición y temen toda inquietud que venga a sacarles de su nivel de vida espiritual. Ante la semblanza que nos hacen de Pablo Iglesias, y que responde a la realidad, su personalidad pierde todo rasgo humano.

Aparte del anarquismo, que tradicionalmente persiguió una campaña de ataques contra el socialismo, más plagada de injurias que de argumentos políticos, en el campo proletario no se ha realizado una crítica vital y acertada respecto a lo que el *pablismo* ha significado en general en el movimiento obrero español. El partido comunista se fundó en España cuando Pablo Iglesias habíase visto obligado a abandonar la lucha política a consecuencia de su salud y ancianidad. La crítica comunista contra el socialismo se hizo, por estas y otras circunstancias, principalmente a base de la argumentación contra la socialdemocracia internacional, pero sin tratar de ahondar y reseñar las características especiales que el pablismo presentaba en España, y las tendencias burocráticas que en potencia encerraba. Las luchas posteriores han obligado a centrar la crítica en la política diaria y a olvidar el análisis de lo que origina los errores presentes. Tampoco nosotros podemos detenemos demasiado en este tema porque escapa a la finalidad del capítulo, que es meramente señalar la importancia que el *pablismo* ha tenido en la formación y desarrollo de la burocracia sindical ugetista.

La nueva generación intelectual que se ha incorporado recientemente al socialismo adopta también una actitud de

aparente veneración al *pablismo*. Sin embargo, para nosotros, dicho culto a la personalidad histórica tiene más de fingido que de sincero. Es un sometimiento «político» hacia un valor convenido. Están la mayoría suficientemente enterados del curso del socialismo en los demás países, del retraso en el desarrollo del nuestro, de los defectos y estrechez espiritual del *pablismo* y de sus divulgadores burocráticos actuales, con los cuales constantemente tropiezan, para lealmente aceptarlo, propagarlo y someterse. Pero el poder ilimitado de la burocracia, cuyos intereses administrativos coinciden enteramente con el *pablismo*, y por lo cual se convierte en su más reiterada defensora, hace que para gozar del favor de ella tengan estos elementos intelectuales que, por lo menos en palabras, rendir culto al apóstol. Y así se explica que contribuyan directamente a la formación del mito y a su veneración.

Joaquín Maurín ha sido el primer escritor obrero que en un libro³⁰, y aunque sólo de una manera accidental, ha insinuado el pensamiento de la nueva generación revolucionaria respecto al papel desempeñado por Pablo Iglesias y a sus concepciones obreristas en el seno del movimiento proletario español. Maurín, líder destacado del proletariado catalán, se ha educado políticamente al margen del ambiente político de la Casa del Pueblo de Madrid. No interpreta únicamente, por tanto, la opinión de su generación revolucionaria, sino también el sentimiento del proletariado catalán, que, a través de los últimos años del siglo pasado y de los transcurridos del actual, supo librarse del fetichismo del *pablismo*, que encadenó y encanijó el movimiento sindical y socialista madrileño.

El *pablismo*, en España, se ha distinguido esencialmente por una indigencia teórica bochornosa. Pero no es lo peor la existencia de la falta de teoría, sino que se congratulaban de ello, y algunos se felicitan todavía, y no se realizaba esfuerzo alguno por repararla. Ni siquiera los profesores y escritores que se han incorporado después al socialismo se han preocupado de llenar esta laguna³¹.

³⁰ *Los hombres de la dictadura*, de Joaquín Maurín, editorial Cénit (reeditada por Anagrama, Barcelona, 1977).

³¹ Hablamos, naturalmente, sólo del pasado, y no nos referimos al movimiento progresivo que comienza a manifestarse principalmente entre las

Ramos Oliveira, que ha pretendido dar una explicación teórica marxista a toda la política del socialismo español, llega incluso a ensalzar la indigencia intelectual del *pablismo*³². «A mí no me alarma que no tengamos una copiosa bibliografía socialista nacional. A la postre el socialismo es una doctrina internacional concentrada en la obra de Marx y en otros libros que pudiéramos llamar complementarios, de otros socialistas. Con lo que se ha escrito, bien aprovechado aquí, hay material suficiente para la propaganda y para el estudio de nuestras ideas». Y después, el mismo Ramos Oliveira intenta justificar aún más la conducta analfabeta del pablismo: «Los socialistas españoles estamos en condiciones de gritar: ¡Pobres, pero honrados! Pobres en bibliografía, pero marxistas. Pobres en literatura socialista, pero seguros y convencidos de nuestra función social. Pobres en libros, más pobres que los socialistas extranjeros; pero conscientes en la acción, científicos en la táctica, también en dimensiones superiores a muchos socialistas de la Internacional».

Esta declaración, de la más pura estirpe pablista, es en realidad, el reconocimiento franco de un hecho y la exposición sincera de un pensamiento general. De una manera más o menos consciente, ha sido la conducta que ha seguido siempre el socialismo español, inhibiéndose de aplicar los principios a las situaciones concretas nacionales. Se abandonaba la cultura política, para entregarse por entero a los aspectos administrativos de la organización. De ahí esa limitación de aspiraciones que ha caracterizado a los viejos cuadros y que les ha privado de atractivo proselitista, incluso a los ojos de muchos núcleos de trabajadores; de ahí también ese espíritu estrictamente obrerista que le ha distinguido siempre.

La concepción de la sociedad futura, forjada por los funcionarios pablistas, no es realmente ni siquiera la que se deriva de los esquemas marxistas elementales. Ésta es una idea algo abstracta, que ni ellos mismos comprenden. Es la que utilizan para la propaganda y que han aprendido en los epítomes

juventudes socialistas, en las que se evidencia ya un afán de superación de superación teórica; pero para ello se ven obligados a recurrir a Lenin, y no a Pablo Iglesias.

32 Ramos Oliveira, *Nosotros los marxistas*, pp. 163, 165, 166.

más vulgares. Aprende uno a averiguar su verdadera aspiración del régimen del porvenir a través de sus conversaciones, y hasta de algunos de sus artículos. Se deduce también de su género de vida y hasta de sus predilecciones humanas.

El *pablismo* reivindicaba orgullosamente para él la designación de «socialismo de blusa y alpargata». Esta expresión no simboliza exclusivamente la contextura y composición fundamentalmente proletaria del partido. No tenía el mismo sentido, y mucho menos el mismo alcance, que cuando Lenin se refería a los «proletarios de manos callosas». En el *pablismo*, la frase rebosaba ese fondo de humildad filantrópica que tanto se ha manifestado a través de sus expresiones; esa tendencia a la modestia resignada que le conduce con tanta frecuencia a emplear los términos de «pobres y ricos», en lugar de capitalistas y proletarios. Parece como si el *pablismo* clásico condensase su aspiración en «un poco más de interés de las clases ricas por las pobres». Evidentemente, en su propaganda, los divulgadores empleaban frecuentemente la terminología socialista, e incluso la de carácter revolucionario; pero la mentalidad que formaban en sus militantes era completamente «obrerista». Así parecía que la máxima aspiración se condensaba en el «mejoramiento de los obreros», fórmula equívoca revestida de modestia, en lugar de en la igualdad social.

El *pablismo* no ha sido fundamentalmente un movimiento político socialista, de corte similar a los demás partidos de la socialdemocracia europea; ha sido más bien una escuela de administradores sindicales. Precisamente por eso no ha educado militantes socialistas sino burócratas sindicales. Los más fieles devotos han sido adiestrados en la técnica de la gestión sindical, más que en la estrategia de la lucha de clases. Así ha surgido ese funcionarismo sindical cerril, aferrado a las organizaciones y experto en todas las malas artes de caciquismo rural.

El *pablismo* ha concedido siempre, sindicalmente, una importancia fundamental al detalle económico. En este aspecto, salvo excepciones que generalmente han sido castigadas por la organización, el *pablismo* se ha distinguido por una gran probidad. Esta conducta se explica, independientemente de para la buena marcha administrativa de toda colectividad, por la necesidad de otorgar a los trabajadores el máximo de

garantías en cuanto a la inversión de los fondos recaudados. En los comienzos de la organización obrera, las clases poseedoras han tratado de despertar entre los trabajadores la desconfianza hacia sus dirigentes, inculcándoles la idea de que las directivas o comités se lucraban con los fondos recaudados por las organizaciones sindicales. Los primeros organizadores societarios se vieron en la obligación de extremar el celo en el detalle administrativo. Pero de esto a hacer de ello la única razón de existencia de las organizaciones, media un abismo. Sin embargo, puede decirse que en esa gestión financiera minuciosa basan los pablistas toda su argumentación frente a los elementos de la oposición en el seno de los sindicatos, lo que significa una especie de cretinismo administrativo, que ha determinado el encanijamiento político de la organización sindical ugetista.

El pablismo constituye, pues, toda una escuela burocrática, con sus intereses propios y con su psicología especial. A base de un criterio estrictamente administrativo, y no político, se fue creando un grupo de gestores sindicales, que, al transcurrir de los años, se transformaron en grandes burócratas y dominaron por completo toda la organización ugetista. La escuela central residió en la capital, y fue su domicilio social la Casa del Pueblo madrileña, donde siempre ha residido el estado mayor pablista, burocrático, que ha impuesto sus normas tanto al partido socialista como a la Unión General de Trabajadores. Durante años, las fuerzas efectivas se reducían a las existentes en Madrid, porque toda la atención propagandista y proselitista de los dirigentes estaba concentrada casi totalmente en la capital. En este sentido, Maurín opina justamente que Pablo Iglesias «no comprendió jamás que el problema de España no consistía en transformar la aristocracia obrera de Madrid en directora del proletariado, sino en conquistar totalmente las zonas industriales, elevando al proletariado más fuerte a la condición de dirigente de la clase trabajadora en general»³³.

Por esta propensión natural a concentrar sus actividades en la capital y de hacer de la burocracia madrileña el centro directivo, se abandonó al proletariado catalán en manos del

33 Op. cit., p. 179

anarquismo. También por la misma razón, hasta muy recientemente, el proletariado agrícola ha estado más influenciado por la Confederación que por el ugetismo. El burocratismo madrileño buscaba instintivamente su principal base de apoyo en la aristocracia obrera, de composición casi artesana, y de espíritu pronunciadamente conservador.

De todas las cualidades que sus panegiristas adjudican a Pablo Iglesias, la única que responde a la realidad de los hechos es la de que fue un buen organizador. Acertó a crear una organización administrativamente bien estructurada y disciplinada. Logró someter a la autoridad de la dirección del partido a todas las individualidades; cosa justa en principio, pero solamente en principio, porque la finalidad era lograr un ciego acatamiento a la política burocrática del partido. Debido a esta política que en vida desarrolló Iglesias, los mismos elementos dirigentes del partido político lo han sido también de las organizaciones sindicales. Con pocas diferencias durante muchos años, las comisiones ejecutivas del partido socialista y de la Unión General de Trabajadores han estado integradas por los mismos elementos, por una oligarquía burocrática.

Bajo la inspiración directa de Pablo Iglesias se han formado esas capas de los actuales burócratas, perfectos pequeño-burgueses, practicones sindicales, técnicos del rutinarismo y supinos ignorantes en todos los órdenes de la vida. Así se ha ido desarrollando la burocracia pablista, que tiende sus tentáculos por todos los organismos de la Unión General de Trabajadores, del movimiento cooperativo y de las instituciones sociales. Su educación choca profundamente con la de las nuevas generaciones obreras, más estudiosas, más sensibles a todos los problemas de clase, más revolucionarias, en suma. Pero los años y años de práctica de secretaría han dado a los burócratas un dominio de todas las artimañas más o menos confesables, de las que se sirven para conservar su hegemonía sindical y política. La razón de su poderío reside fundamentalmente en su dominio de las características de la organización y del conocimiento de la psicología del militante medio.

Los burócratas pablistas veteranos, o sea los que ocupan los más altos cargos, hicieron su aprendizaje en las antiguas sociedades de oficio. Surgidos a la vida sindical a fines del siglo pasado o comienzos de éste, se han desarrollado durante

la época en que el *pablismo* tenía un carácter casi meramente mutualista. Los burócratas hablan con frecuencia de sus pasadas persecuciones. Sin embargo, son pocos los que pueden presentar en su haber de militantes algunos meses de prisión; mejor dicho, algunos ni el más breve encarcelamiento. El más modesto y joven dirigente revolucionario de un sindicato puede mostrar muchos más sacrificios efectivos y persecuciones a favor de la defensa de los intereses obreros.

El burócrata se ha hecho, se ha formado en los comienzos del desarrollo industrial, y, por tanto, en los principios del movimiento obrero. Ha surgido, en resumen, en la época del desarrollo pacífico del capitalismo. Las represiones patronales, el paro obrero, en ninguna ocasión revestían los caracteres de intensidad que en la actualidad. El obrero perseguido podía fácilmente emigrar a otros puntos en busca de trabajo, refugiarse en el artesanado o adaptarse a ciertos medios de vida independiente, salidas que actualmente imposibilitan la crisis de trabajo y la extraordinaria competencia y sobreabundancia de mano de obra en todos los aspectos de la vida.

La labor más ardua que se presentaba era la de convencer a los propios trabajadores; es decir, la dificultad consistía en el reclutamiento de miembros para las organizaciones. Pero las luchas con la clase patronal no revestían ni mucho menos las proporciones actuales, en que los conflictos no quedan encuadrados en los límites de los patronos o empresas afectados. En los períodos de prosperidad los capitalistas podían ceder en ciertas reivindicaciones, sin que para ellos la derrota tuviera los caracteres de fracaso político. Así el burócrata pablista se ha educado principalmente en la labor de secretaría, en la actividad de reclutamiento, pero no a través de batallas de clase, sino de la paciencia administrativa.

Como consecuencia del poder absorbente del administrador sindical pablista, han ido acostumbrándose la mayoría de los cotizantes de la organización a no intervenir en las tareas del sindicato. Para asegurar su hegemonía y permanencia en el cargo, el burócrata pablista se esfuerza por aniquilar el espíritu crítico de la clase obrera, soslayando toda discusión acerca de los problemas del partido, de los sindicatos y en general del proletariado, y haciendo de esta suerte indispensables sus personas e incondicionales los derechos que esgrimen

para la defensa de sus intereses particulares o de grupo. Esto es lo que constituye el germen de la tiranía sobre los demás miembros y de la explotación de sus subordinados, aun cuando justifiquen sus prebendas por una capacidad de trabajo que no tienen los demás. Se sitúan, por lo tanto, por encima de los afiliados, a quienes imponen su autoridad con el peso de su «experiencia».

Ya hemos explicado en otro capítulo cómo la creciente complejidad de la función organizadora y administrativa de los sindicatos hizo que la tarea no pudiera ser realizada por un solo hombre y cómo poco a poco una parte de la función fue encomendada a otros miembros del partido o del sindicato, casi siempre a los incondicionales o familiares del caudillo. Cómo cada uno de éstos se convirtió a su vez en organizador, gestor o administrador, aunque con carácter secundario y dependiente del burócrata sindical máximo, con quien estaba íntimamente relacionado por su amistad y por las luchas conjuntas llevadas a cabo. De este modo comenzaron a desarrollarse dentro del partido y de las sociedades obreras camarillas que se agrupaban en torno al jefe, camarillas que fueron adquiriendo una importancia especial, por estar íntimamente mezcladas con las funciones de gestión y por tener más facilidades que los demás para prepararse y ejercerlas, por sus afinidades y proximidades con el bonzo mayor, quien se esforzaba por llegar a este estado de cosas y preparaba de antemano a los elegidos para el desempeño del cargo, predisponiendo al partido y a las sociedades para que lo eligieran. Con el tiempo la función burocrática pasó a ser una mera formalidad porque el burócrata máximo designaba al más capacitado y la función organizadora o administrativa se convirtió en patrimonio de las camarillas ligadas entre sí por lazos insolubles de interés particular.

Durante muchos años, el número de militantes del partido socialista ha sido escasísimo: apenas unos millares en toda España y unos centenares en Madrid. Y la inmensa mayoría estaba integrada por los gestores sindicales, por la burocracia pablista, retribuida o no. Su absoluto prevailecimiento inspiraba las normas y determinaciones del partido. Es natural que el paso lento, la minucia administrativa y el temor a la acción fueran las determinantes de la actividad socialista española. La actuación del partido estaba proyectada en cada circuns-

tancia por los funcionarios sindicales, que dejaban su huella en todas las resoluciones. Nunca ha existido esa diferencia entre los métodos del partido y los de las organizaciones sindicales, que caracterizaban la marcha de muchas secciones de la socialdemocracia europea. Para lograr aún más el sometimiento del partido político a la organización sindical se lanzó durante la dictadura la iniciativa, muerta al nacer, de la constitución de un partido laborista. La aportación de nuevos elementos con un sentimiento estrictamente político ha acabado con la hegemonía y el elevado porcentaje de funcionarios sindicales en las asambleas del partido. Las camarillas burocráticas quedan diluidas en las grandes asambleas políticas.

Los puestos que han dejado los pioneros de la burocracia pablista han sido cubiertos posteriormente por otros elementos más jóvenes, pero educados en sus procedimientos y a través de todos los organismos de colaboración de clases. Los viejos burócratas pablistas, no hemos de ocultarlo, han realizado un trabajo ciertamente nada más que de secretaria, pero en el que han consumido muchas más horas que la jornada de trabajo corriente de un obrero. En el trabajo burocrático han sido tenaces y constantes.

Podríamos decir que entre estos burócratas se distinguen dos clases: la de aquellos francamente arribistas que ven en la organización sindical o política meramente un escabel para hacer carrera política, y la de aquellos otros de mentalidad y aspiraciones más limitadas, para los cuales toda su ambición queda circunscrita a conservar y mejorar el sueldo de su sindicato, obtener además dietas en cualquier institución oficial, tener un hotelito en una cooperativa de casas baratas y colocar a sus hijos en el Ministerio de Trabajo, en el Instituto Nacional de Previsión, en un Tribunal mixto o en otra institución cualquiera de carácter oficial.

El tipo de gran burócrata es el encargado, por mediación de la actividad política, de servir francamente los intereses burgueses en el seno del movimiento obrero. Su contacto con la clase obrera queda limitado al contacto en los actos públicos que se celebran. Viven independientemente del ambiente obrero, buscan incluso en otros medios sus amistades. El secretario de federación nacional e incluso de federación local de industria, que son los tipos más acabados de grandes lamas

sindicales, son casi inaccesibles para los simples militantes de la organización. Conocen a la perfección toda la vida parlamentaria, los recovecos de las oficinas públicas; pero desconocen en absoluto las angustias de un hogar trabajador. Son los que en la colaboración ministerial han encontrado una coyuntura, además de para paralizar el impulso reivindicativo de la clase trabajadora en el terreno político, para satisfacer sus ambiciones económicas en el terreno personal.

Como hemos dicho ya, el pequeño burócrata limita sus aspiraciones a la conservación de su retribución sindical y de los demás privilegios inherentes al cargo. La pérdida de su situación le produce un verdadero terror. El abandono de una situación pública o social de la que se haya gozado muchos años, es algo que sólo pueden llevarlo a cabo los que tengan un gran espíritu de sacrificio a disposición de las ideas. El burócrata teme a la lucha por la vida más que a ninguna otra cosa, y por huir de ella no vacila en poner su experiencia de práctica sindical al servicio de la clase enemiga, de aquéllos que le retribuyan.

Los rasgos personales del burócrata pablista clásico son los peculiares del burócrata en general. Su psicología, la de ambos, difiere poca cosa. Es el mismo amor al detalle, a lo establecido, al trámite reglamentario; el mismo espíritu hostil a lo nuevo, a toda renovación; el mismo anhelo por la homogeneidad de vida, por el aburrimiento tranquilo. El burócrata se entusiasma, con su obra administrativa, y si mañana una nueva situación, la fascista, por ejemplo, le coloca en situación difícil, él se someterá enseguida, porque lo esencial para el burócrata es escapar a la ley de la oferta y la demanda, a las crisis industriales; en este caso encontrará siempre una justificación para ponerse servilmente a disposición del nuevo amo.

A consecuencia de su veteranía en la dirección de la organización, el burócrata pablista ha ido estableciendo diversas relaciones personales con los miembros del sindicato, en cuyos conflictos ha tenido que intervenir cerca de los patronos. Algunos obreros que no tienen una conciencia de clase muy desarrollada, cuando un conflicto individual con su patrono es resuelto por los burócratas, el reconocimiento no lo hacen extensivo a la fuerza de la organización, sino a aquéllos que de una manera más directa han realizado las gestiones cerca

del patrono o de la empresa, frecuentemente a costa de concesiones de parte de los intereses del obrero. De esta manera, los burócratas se van rodeando de afectos personales que ellos utilizan en las grandes asambleas «peligrosas», donde la presión de las masas coloca a los bonzos en situación comprometida para hacer aprobar sus matutes reformistas y sus combinaciones especiales.

En las organizaciones a base múltiple, en las que hay establecidas pensiones de jubilación, de enfermedad, inutilidad, etcétera, los burócratas tienen en esta labor mutualista una manera de intentar perpetuar su hegemonía. Con todo ello han logrado crear vastos intereses, que una capa de sindicatos, los más antiguos, tienen profundo interés en defender frente a los militantes revolucionarios. En caso de peligro, la burocracia toca a rebato, llamando en su defensa a todos los afectados por los socorros mutualistas. La campaña contra la oposición se realiza a base de hacer creer a la gran masa de sindicatos que el triunfo de la tendencia progresiva supone la desaparición de todos los beneficios sindicales establecidos. Y así consiguen la asistencia a las votaciones de la masa amorfa de la organización, que se desinteresa en absoluto de las reivindicaciones revolucionarias. A veces esta maniobra es facilitada por la torpeza en su actuación de la oposición revolucionaria. Conocidas estas estratagemas de los bonzos reformistas, los elementos progresivos debieran en todas las ocasiones obrar con el máximo oportunismo para deshacer las combinaciones de la camarilla burocrática. La mejor manera de combatir a la burocracia es conocer sus procedimientos para hacerles frente acertadamente.

Los afectos personales en el interior de los sindicatos reformistas son favorecidos, en tiempo normal, por los organismos estatales de arbitraje. La actuación de los nababs sindicales en los Jurados mixtos, en los Tribunales industriales, crea el reconocimiento inconsciente y personal de ciertos núcleos de obreros hacia los dirigentes que se encargan de la tramitación de sus pleitos ante estos tribunales de colaboración de clases. Independientemente de la misión de adormecimiento de las energías revolucionarias, aunque tampoco hemos de negar su utilidad, que representan tales tribunales sociales, sirven prácticamente también para fortalecer el predominio de la bu-

rocracia en las organizaciones. Son instrumentos en manos de los más degenerados reformistas. Por esto muchos militantes sindicados de base, cuando se trata de sustituir a los viejos burócratas por dirigentes jóvenes y progresivos ponen el grito en el cielo, como si de lo que se tratase fuese de aniquilar la organización. Están tan acostumbrados a ver a los viejos funcionarios ocupando los cargos responsables que su ausencia les atemoriza.

Hay organizaciones sindicales donde los cobradores, los encargados de la cobranza de los cupones por los talleres o los domicilios particulares, son un excelente instrumento que utilizan, por ejemplo, en Madrid, los dirigentes reformistas. El cobrador, a consecuencia de su misión, está en contacto directo con los afiliados. En la mayoría de los casos conocen a los componentes de un sindicato mucho mejor que los propios dirigentes. Alternan y conviven con los afiliados, es decir, con la masa en general, y utilizando esto son el canal por donde los bonzos difunden y propagan todos los rumores y hasta las infamias contra los más destacados militantes de la oposición. Son los encargados de lanzar el «SOS» cuando los burócratas se ven en grave aprieto por efecto de la propaganda de los elementos progresivos. Movilizan, buscan y reclutan votantes en las elecciones reñidas entre las dos fracciones.

Los cobradores constituyen, aunque parezca imposible, una potencia en el interior de algunos sindicatos. Unidos estrechamente por muchos años de convivencia y por comunidad de intereses con los bonzos, son sus auxiliares más preciosos en la lucha contra la oposición. Suelen ser casi todos ellos antiguos obreros del oficio del sindicato, a los que, en algunos casos, en tiempos remotos, la persecución patronal obstaculizó la posibilidad de hallar trabajo, y, como recurso, al desarrollarse la organización, pasaron a ser cobradores. Son veteranos casi todos ellos, emancipados del oficio y cuya preocupación es la conservación del cargo. Son un obstáculo para el desenvolvimiento progresivo de las viejas sociedades de oficio³⁴.

34 Los cobradores, desde el comienzo del movimiento sindical, han asumido un gran papel. Ya en 1896, decían los Webb: «Los cobradores empleados por ciertos sindicatos para ir de casa en casa a cobrar las cuotas de los afiliados están retribuidos con un tanto por ciento de la cobranza. Aunque no son

El nutrir las cajas de resistencia parece que es la principal tarea administrativa que al frente de los sindicatos se atribuyeron los burócratas reformistas. Pero por muchos que sean los ahorros de una caja de resistencia, todos saben que en un conflicto no pueden afrontar, ni en una mínima parte, el problema económico de los huelguistas. Incluso ni la más poderosa organización a base múltiple, en una situación precisa, puede hacer frente a las necesidades materiales del conflicto.

En la Memoria del XII Congreso ordinario del partido socialista³⁵ se publicó un avance de estadística de los fondos, es decir, de las reservas metálicas de que disponían las organizaciones sindicales de la Casa del Pueblo de Madrid. Al cuestionario que les fue sometido por la Comisión Ejecutiva del partido socialista no contestaron todas las sociedades y, por tanto, no figura el resumen de las reservas de todas ellas. Aun así y todo, el total que se publica en dicha Memoria como capital social de las sociedades obreras de la Casa del Pueblo en 30 de junio de 1927, a excepción de las organizaciones que no contestaron a la encuesta, es de 1.787.319,57 pesetas. Es de suponer que agregadas las sociedades cuyo efectivo no figura en la estadística, el total en aquella fecha fuese de dos millones de pesetas.

Destaquemos aquellas organizaciones cuyas reservas metálicas eran más importantes: El Trabajo (Sociedad de Albañiles), 644.058,64; Asociación del Arte de Imprimir, 191.691 pesetas; Unión General de Obreros del Transporte, 274.355,64 pesetas; Federación Gráfica Española, 74.640,28 pesetas; Federación Local de la Edificación, 63.691,18 pesetas; Obreros del Pan de Viena, 35.696,21 pesetas, etc.³⁶

Desde el punto de vista de los modestos medios de que disponen los trabajadores, estas cantidades pueden considerarse una buena acumulación de capital en fondo de reserva. Pero

estrictamente funcionarios asalariados, sirven de agentes de reclutamiento y también, generalmente, de intermediarios entre los miembros y el comité para las quejas, reclamaciones y la circulación de informaciones» (*History of Trade Unionism*, p. 453).

³⁵ Convocatoria y orden del día del XII Congreso Ordinario del Partido Socialista Español

³⁶ En el capítulo siguiente damos algunos datos de los fondos de las principales sociedades en 1933 o 1934

visto desde el punto de vista general de la economía, es decir, de las necesidades de socorro de huelga, por ejemplo, dichas cantidades no suponen ninguna suma extraordinaria. Apenas la más importante alcanzaría para unas tres semanas de salarios.

La burocracia pablista hace de estos fondos un dinero estático, improductivo, desde el punto de vista de los intereses superiores políticos de la clase trabajadora. En ello basa toda la moral y la política de su actuación sindical. En esta época de reacción capitalista desatada, la acumulación de fondos por las organizaciones sindicales puede convertirse prácticamente en la constitución de un fondo de reserva para el fascismo o la reacción burguesa. Durante años y años el proletariado austríaco, dirigido por la socialdemocracia, constituyó todo el andamiaje de su banco obrero. La reacción vaticanista y sus milicias fascistas han recogido el fruto del ahorro de la organización sindical austríaca y lo han empleado en sus propios fines, mejor dicho, en enriquecerse personalmente algunos de los más destacados dirigentes fascistas.

El examen general de la concepción financiera de la organización sindical reformista española demuestra que los gastos están siempre realizados en vistas de necesidades burocráticas y no de las luchas políticas obreras. El hecho se refleja de una manera más ostensible a medida que es mayor la importancia numérica de la organización. Proporcionalmente es más grande en la federación de industria que en la sociedad de oficio, y mayor en la central nacional que en la federación nacional.

En la memoria de la Unión General de Trabajadores³⁷ editada en 1932 se insertan los estados de cuentas de dicha central. Por ellos vemos que concretados a tres años y medio los gastos de secretaría (alquiler, personal, correspondencia, etcétera) —así figura en la partida, sin determinar el gasto por cada uno de estos conceptos— han sido: en 1929, 39.768,30 pesetas; en 1930, 34.787,25; en 1931, 76.105,80 pesetas, y en el primer trimestre de 1932, 50.216,49 pesetas, lo que hace un total de gastos de secretaría en los tres años y medio de 200.877,84 pesetas.

³⁷ Memoria y orden del día del XVII Congreso de la Unión General de Trabajadores

En las cuentas correspondientes al tercer trimestre de 1933 aparecen los conceptos siguientes³⁸: por gastos de secretaría, alquiler, etc., 20.874,79 pesetas; propaganda, 6.067,50 pesetas; por homenajes (?), 724,35 pesetas; por asistencia a congresos, 6.296,15; por secretariado, 1.507,75 pesetas; por comité nacional, 2.310,55 pesetas. Como capital social figuraba en dicha fecha la cantidad de 89.403,21 pesetas, de las cuales 34.414,20 pesetas en cuenta corriente del Banco de Bilbao y 21.245,25 en el Hispano Americano.

En cambio, vemos en la memoria correspondiente al año 1932 que durante el mismo periodo de tres años y medio lo invertido en socorrer a los presos y perseguidos ha importado únicamente la cantidad de 15.328,10 pesetas. Y hay que hacer la aclaración de que de esta cifra se han invertido 1.420 pesetas en atender a Largo Caballero, preso por los sucesos de diciembre, y otras 1.420 en socorrer a Fernando de los Ríos, preso también por el mismo motivo. Igualmente hay que hacer constar que Largo Caballero percibía su salario como secretario de la Unión General de Trabajadores y Fernando de los Ríos el de catedrático que le entregaban sus compañeros de profesión.

Estos simples datos sirven para poner en evidencia el concepto oligárquico que de la organización obrera tienen los jefes reformistas. A este respecto es aleccionadora la relación de la distribución de los fondos pro presos. A los trabajadores de los pueblos, a los campesinos pertenecientes a las organizaciones de la Unión General (de los trabajadores de otras organizaciones o partidos no hay ni que hablar, pues ni siquiera se alentaba gestión alguna para su libertad), se les entregaba pequeñas cantidades como socorro de preso y por una sola vez; en cambio, a los jefes, que percibían sus salarios en la prisión, y que a través de sus actuaciones han logrado constituir sus ahorros, se les socorría en la prisión a razón de quince pesetas diarias.

Si se establece que una organización trabajadora, que un partido que se llama obrero es en su régimen interno un embrión de la gran democracia social del porvenir, se sobreentiende también que en sus normas en lo que sea posible y com-

38 Boletín de la Unión General de Trabajadores, noviembre 1933.

patible dentro del sistema de economía capitalista en que nos desenvolvemos, debe imperar ya el concepto de la igualdad social. Es, decir, la distribución lógica y humana del socorro debe hacerse a base, no de la jerarquía que en la organización ocupen los socorridos, sino con arreglo a sus necesidades familiares. En este principio se basan precisamente los organismos de socorro a los presos de carácter revolucionario.

Esto pone una vez más al descubierto el concepto gregario que de la gran masa de obreros afiliados tienen los dirigentes reformistas, los burócratas sindicales y políticos. A través de la gran independencia con que actúan respecto a la clase trabajadora en general, han llegado a creerse y constituirse en casta superior con intereses independientes y hasta con «necesidades» especiales.

3 La revolución española y el POUM

[Conferencia leída el 10 de enero de 1970, en el Centro de Estudios sobre el Movimiento Obrero Español, de París]

[Nota: *El 10 de enero de 1970 Andrade pronunció en el Centro de Estudios sobre el Movimiento Obrero de París una conferencia en la cual arremetía duramente contra Pierre Broué y la interpretación que éste, Trotsky en su momento y un determinado sector del trotskismo habían hecho sobre la política desarrollada por el POUM desde su fundación y sobre todo durante la guerra civil y la revolución. Al mismo tiempo Andrade explicaba las razones de esta política. Hoy puede sorprendernos el tono utilizado por Andrade, como el que todos ellos habían utilizado en sus críticas. Para comprender la naturaleza de la polémica cabría contextualizar el debate en sus justos términos. Hoy sabemos —y casi nadie lo discute— que Trotsky desde sus forzados y lejanos exilios carecía de toda la información necesaria para juzgar con justicia la política desarrollada por el POUM. Pierre Broué, uno de los mejores especialistas sobre la revolución española, fue cambiando con el paso del tiempo su valoración y sus juicios sobre las actuaciones concretas que llevó a cabo el POUM a lo largo de los pocos meses —de julio de 1936 a junio de 1937— en que pudo desarrollar libremente su política durante la guerra. Después de la conferencia de Andrade hubo encuentros y explicaciones mutuas con Broué que aclararon muchos malentendidos.*

Por otra parte, a finales de los años 60 aún se vivía el influjo de las jornadas de mayo del 68 y para una determinada izquierda la revolución aún era posible de manera inmediata en el corazón de Europa. La experiencia del POUM y de la revolución española era el antecedente más cercano, que podía suministrar experiencias para el presente y para el futuro. En este contexto el POUM y sus máximos dirigentes se convirtieron en el centro de todos los debates. Y a menudo también en el núcleo de todas las responsabilidades para explicar la derrota final de la revolución española. Cuarenta años después la situación es muy distinta. Sin embargo, aunque ya se conocían algunos párrafos, hemos querido publicar íntegramente la conferencia

de Andrade con el objeto de darla a conocer en su totalidad, aun sabiendo que seguramente hoy él pondría reparos y matizaría muchas de las afirmaciones que hizo en su día. Pelai Pagès.]

Hace unos meses, el pasado mes de mayo precisamente, fui invitado de manera privada a tomar parte en un coloquio organizado por el llamado Círculo de Estudios Marxistas, de París, que, como es sabido, sigue la orientación política del grupo trotskista francés conocido como «lambertista»³⁹. Se anunciaba que las intervenciones serían publicadas después, con textos de documentación complementaria.

No quise prestarme al juego, en primer lugar porque el introductor del coloquio era Pierre Broué, autor de un pequeño folleto de acusación contra el POUM por su actuación durante la guerra civil española, en el cual se termina diciendo, poco más o menos, que sobre la memoria de nuestro querido camarada Andrés Nin recae toda la responsabilidad de la sangre vertida en España después del triunfo del franquismo, por haber traicionado la revolución. Cuando se llega a emplear como argumentos infamias de semejante naturaleza, todo diálogo es imposible para mí. Y en segundo lugar, también me negué porque, conociendo o por lo menos presumiendo con el espíritu que se había organizado el coloquio, no quería comparecer como reo de los más graves delitos «contrarrevolucionarios». Los camaradas poumistas que intervinieron lo hicieron con acierto y honradez, pero la causa estaba perdida por anticipado, ante el deliberado propósito de los organizadores de condenar al POUM, no ya meramente como un partido centrista, sino como el partido de la contrarrevolución española y responsable de todos los males de ésta.

La prueba es el libro que acaba de aparecer, con el título de *La Révolution Espagnole* (suplemento a *Études Marxistes*,

39 Esa corriente —llamada así por el nombre de su principal dirigente, Pierre Lambert— había roto con la IV Internacional, encabezada por Michel Pablo y luego por Ernest Mandel, en 1953. Sobre esto se puede consultar los capítulos V y VI de *Trotskyismos*, de Daniel Bensaïd, El Viejo Topo, Barcelona, 2007.

7-8). Las nuevas generaciones de jóvenes socialistas revolucionarios, que no vivieron aquella época, y que busquen en dicho volumen una documentación que les informe y les instruya, llegarán únicamente a la conclusión de que la victoria del proletariado en España estaba al alcance de la mano, y que sólo la acción nefasta del POUM, y sobre todo la de dos de sus dirigentes, fue la causa de que la guerra y la revolución se perdieran. Se han recogido en el libro no solamente los escritos generales de Trotsky sobre España, sino que también se han sacado a luz cartas y artículos de él destinados a los boletines interiores de la IV Internacional, para envenenar aún más la cuestión y abundar en la táctica calumniadora. He contado que por lo menos unas veinte veces se emplea el calificativo de traidores cuando se habla de Andrés Nin y de mí, como únicos responsables de toda la política seguida por el POUM.

Vale la pena dar cuatro líneas, a título de ejemplo, de los métodos polémicos utilizados por Trotsky, y ahora recogidos por primera vez por el señor Broué, para avivar las heridas, hacer nuevas acusaciones y falsificar la Historia. Copiamos esto como típico: «Es tanto más grande la culpabilidad de un Andrés Nin, de un Juan Andrade, porque con una política justa la “Izquierda Comunista”, en tanto que sección de la IV Internacional, podía estar hoy a la cabeza del proletariado español».

A decir verdad, no era extraño que Trotsky emplease este lenguaje, porque obedecía a toda una concepción personal. En otro artículo hacía esta afirmación terminante, dirigida especialmente a los trotskistas que en todas las secciones de su organización se mostraban en contra de esos bárbaros ataques al POUM: «Los elementos revolucionarios deben comprender que nada hay de intermedio entre la IV Internacional y la traición». He aquí que si consideramos el panorama actual del movimiento obrero en el mundo, son legiones los traidores en todos los países, porque son mínimas en todos los sitios las fuerzas auténticamente revolucionarias de la IV Internacional trotskista.

Pero al mismo tiempo se comete la indecencia en ese libro de acompañar toda la prosa insultante de Trotsky que se ha podido desempolvar con la reproducción de una gran parte del libro sobre la revolución de Félix Morrow, que pasó como

muchos miles más, como un meteoro por el trotskismo estadounidense, que ahora se encuentra del lado de la burguesía y que según mis noticias es católico practicante. No creo que haya un solo militante honrado y de buena fe, que apruebe que se llegue a combatir a un revolucionario que consagró toda su vida al socialismo y que fue asesinado en condiciones tan trágicas y dolorosas como Andrés Nin, con los juicios de semejante sujeto como Morrow.

Se reproducen, por otra parte, los ataques de Trotsky contra militantes prestigiosos de la IV como el belga Verecken y el holandés Snevliet, o próximos a ella como Alfred Rosmer y Victor Serge, pero no figuran las alegaciones de éstos. Se insertan sólo los párrafos más anodinos de las cartas dirigidas por Nin a Trotsky, pasajes que siempre se encuentran hasta en la correspondencia más sabia, para dar la impresión de que nuestro camarada no tenía argumentos políticos que oponer. Y mucho menos se da cuenta de las oposiciones que se expresaron en todas las secciones nacionales trotskistas contra la táctica que se seguía contra el POUM.

Sin embargo, plantear de nuevo el problema en 1969, y con agravantes, no puede por menos de parecer extraño y hasta contraproducente para el propio trotskismo internacional, si se le somete a crítica. Desde después de la última guerra mundial se han producido en el mundo revoluciones o cambios de regímenes políticos: en las naciones de Europa del Este, en China, Corea, Cuba, etc. La historia no ha registrado en estos acontecimientos fundamentales de nuestra época la presencia de la IV Internacional en los lugares donde han ido surgiendo los focos revolucionarios.

A decir verdad, en la historia contemporánea de las diversas revoluciones que se han sucedido en el mundo, del trotskismo sólo se habla en una, en la española, y eso por referencia a otro partido, es decir por partido interpuesto: el POUM. A consecuencia de la propaganda estalinista y de la mala información de los periodistas burgueses, nosotros fuimos asimilados a los trotskistas, sin que nosotros nos lo hubiéramos propuesto. No hay una historia, un relato de la revolución española en que no se diga «el POUM, partido trotskista»; cuando se habla del POUM durante la guerra civil española, se dice «los trotskistas». Es la única presencia del trotskismo que

la historia contemporánea señala en un movimiento revolucionario de nuestro tiempo.

Sin embargo, en su folleto «Lección de España: última advertencia», después de haber tratado de demoler totalmente la política seguida por el POUM, Trotsky terminaba con esta profecía: «Los cuadros revolucionarios se reagrupan ahora únicamente bajo la bandera de la IV Internacional. Ha nacido bajo el estruendo de las derrotas para llevar a los trabajadores a la victoria». Y en un escrito posterior, de 1940, agregaba: «En 10 años, millones de seres seguirán el programa de la IV Internacional, y sabrán cómo agitar el cielo y la tierra para imponerlo». De cómo no se ha confirmado esta esperanza, tan firmemente afirmada, a la vista está. Cuatro mini-cuartas internacionales se disputan el título, y los grupos y subgrupos aumentan y se combaten encarnizadamente entre ellos.

Durante hace ya más de 35 años hemos soportado, porque nuestra comprensión de las relaciones entre socialistas revolucionarios es muy diferente de la que tenía Trotsky y tienen los trotskistas, todas esas oleadas de acusaciones, de injurias y calumnias. Y esa negativa a responder, con la cual no siempre estuve de acuerdo, obedecía a dos razones. Como militante de la Izquierda Comunista primero, era nuestro Comité Ejecutivo el encargado de hacerlo. Las posiciones que Trotsky adjudicaba a Andrés Nin eran meramente las de nuestra organización, con las que a veces no coincidía totalmente Andrés o tenía un criterio más matizado. Él no era un dictador en nuestra sección, ni ésta era un asunto particular suyo, para cultivar su personalidad. Era simplemente el intérprete de los acuerdos, aunque gozaba, claro está, de una gran autoridad moral y política en el seno de la organización.

En segundo lugar, una vez constituido el POUM y durante la guerra civil, el diálogo se había hecho imposible porque se trataba de tener que responder a toda una sarta de injurias y acusaciones. Ni Nin ni yo podíamos hacerlo porque nos debíamos a la disciplina del partido, y además por otra razón que pesaba demasiado en nosotros. El sentimiento antitrotskyista era muy fuerte en la mayoría del partido en Cataluña, y no queríamos alimentarlo con la polémica. Era una actitud primaria, irreflexiva, sin principios la que dominaba en el partido,

residuo de cuando el Bloque Obrero y Campesino aspiraba todavía a ser reconocido por la Internacional Comunista. No debíamos ni queríamos envenenar aún más la situación porque teníamos fe en la evolución de nuestro partido, en la propia experiencia que le daría el desarrollo de la revolución española, y que podría constituir el resurgimiento de una verdadera IV Internacional, no quizás la concebida por Trotsky, pero sí la que respondiera a la necesidad del movimiento revolucionario, y que todavía no se ha creado en la realidad.

No pretendo, ni mucho menos, agotar el tema ni responder a todo el cúmulo de acusaciones desarrolladas por Trotsky contra el POUM, contra Andrés Nin y contra mí. Todo militante objetivo puede formular ante ellas su propio juicio, y hasta me permito aconsejar la lectura de esa compilación de Broué a que he aludido al principio, en la seguridad de que producirá por lo menos extrañeza tal desencadenamiento de furor y tantos pronósticos no confirmados. Nadie puede considerar acertado tanto odio y tanto afán destructivo contra un partido que ha dejado algo de positivo en la historia de la lucha real de un pueblo por el socialismo y contra la dominación del estalinismo. Y sobre todo que ha tenido más víctimas y héroes que todos los grupos o subgrupos trotskistas juntos, empezando por el alevoso asesinato de aquél contra el que se concentraron y al parecer se concentran los furores y rencores de Trotsky y sus seguidores.

Las acusaciones políticas de Trotsky contra Andrés Nin y contra mí abarcan dos períodos de nuestra actuación: primeramente en el que fuimos miembros de la Izquierda Comunista, sección española del movimiento para la IV Internacional, durante el cual nuestras discrepancias con él fueron ya bastante frecuentes; en segundo lugar, cuando fusionados con el Bloque Obrero y Campesino para constituir el POUM, éste realizó su propia política, independiente de la IV Internacional y sin inspirarse en su actividad misma más que en las bases de constitución del nuevo partido y en las resoluciones adoptadas por él en sus reuniones regulares. Ni en uno ni en otro caso se nos puede hacer responsables a Andrés Nin y a mí, únicamente, de la política y la táctica llevada a cabo por el POUM. En el coloquio a que ha dado lugar el libro a que me he referido, el camarada Enrique Rodríguez hizo constar,

oportunamente, que había que tener en cuenta que tanto la Izquierda Comunista como el POUM eran organizaciones de un régimen interno completamente sano y democrático, que todos los problemas eran debatidos en las reuniones de la sección y que los acuerdos respondían a las resoluciones votadas por mayoría. Podíamos estar o no estar de acuerdo totalmente (yo bastantes veces no lo estuve con todas las del POUM), pero nuestro concepto, y porque no hay otra fórmula inventada hasta ahora de existencia y desenvolvimiento de un partido que el someterse a la ley de la mayoría, era que aceptábamos los acuerdos y nos hacíamos los intérpretes de ellos, norma que no aceptan los trotskistas, que al menor desacuerdo provocan la escisión.

Al decir esto no pretendo esquivar ninguna responsabilidad por la política seguida por la Izquierda Comunista sino, por el contrario, reivindico toda conformidad con las decisiones adoptadas, pero señalo también lo que era una conducta peculiar y constante de Trotsky: el personalizar las cuestiones para hacer así del ataque un medio más fácil y caricaturizar al adversario. Si la correspondencia de la Izquierda Comunista Española con Trotsky y el Secretariado Internacional la llevaba casi siempre Andrés Nin, se debía a que éste era el secretario general de la sección y también por la facilidad de que Andrés escribía el ruso. Nuestra primera discrepancia surgió con la misma creación de la Oposición Comunista, a la que nosotros queríamos dar la actuación de un partido independiente, dado que el Partido Comunista oficial no existía de hecho entonces, y Trotsky reducía nuestra acción a la de una fracción del PC para luchar por su reingreso, cuando se sabía ya que esto era imposible. Terminamos aceptando su punto de vista.

Los demás desacuerdos con Trotsky se derivaban de nuestras censuras sobre la política, la composición y las disposiciones del Secretariado Internacional de la IV. Estuvimos contra la expulsión de la organización de Alfred Rosmer y Kurt Landau. Nos manifestamos contra la denominación «bolchevique-leninista» que tenía como subtítulo la organización, y nos pronunciábamos por la de «marxista-leninista», que nos parecía más justa teórica y políticamente. También discrepamos sobre la composición del Secretariado Internacional, aduciendo que la casi hegemonía concedida a la sección rusa no respondía a

la verdadera relación en importancia de las otras secciones nacionales, puesto que la rusa en la emigración se limitaba a muy pocas camaradas. Finalmente, nosotros terminábamos siempre aceptando el criterio de la mayoría de las secciones (más justo sería decir la imposición de Trotsky) pero no sin defender antes enérgicamente nuestros puntos de vista.

Y llegó así nuestro último desacuerdo, éste fundamental, con Trotsky y el Secretariado Internacional, que nos condujo ya hasta la ruptura orgánica: el referente al ingreso de todas las secciones «cuartistas» en los partidos socialistas para trabajar en su seno como fracciones «bolcheviques-leninistas». Nosotros entendíamos que esa táctica no respondía a la situación del movimiento obrero en España, en pleno desarrollo revolucionario. No se trataba de más o menos disolvernarnos sino de ampliarnos con los más afines. Cuando el problema fue planteado en la organización española, la inmensa mayoría se manifestó contra el «entrismo» en el PSOE. Andrés Nin fue partidario en un principio de que los camaradas de Cataluña ingresaran en el BOC y los del resto de España en el PSOE. En nombre del grupo de Madrid mantuve un criterio diferente al de Nin. Estimábamos que la táctica a seguir era llegar a un acuerdo de organización a organización con el Bloque Obrero y Campesino, para fundar un nuevo partido. Nuestro grupo de Barcelona aceptó plenamente la posición de Madrid y también el resto de los camaradas de Cataluña, criterio que finalmente fue suscrito por Nin, que se encargó, naturalmente, de las primeras gestiones con el BOC.

La tramitación para la fusión y la creación del nuevo partido se llevó a cabo con una gran cordialidad, sin dificultades importantes, y así surgió el Partido Obrero de Unificación Marxista, título que no nos agradaba mucho, pero que no podía constituir un obstáculo fundamental.

El lanzamiento del nuevo partido no hizo más que confirmar nuestras esperanzas y todas las grandes perspectivas que se nos ofrecían. La venta de *La Batalla*, nuestro órgano, se extendió extraordinariamente y se había iniciado con gran éxito la suscripción para publicarlo diario. Nuestras secciones de provincias se desarrollaron mucho más, principalmente en el País Vasco, Andalucía y Extremadura, y sobre todo en Gali-

cia y Asturias. Cuando estalló la sublevación militar, nuestro secretario general se encontraba en La Coruña, precisamente para asistir al congreso de la federación gallega del POUM. A dicha federación se habían adherido bastantes anarcosindicalistas, que gozaban de gran prestigio entre los trabajadores de la región y que ocupaban puestos en los comités de los sindicatos de la CNT.

La fundación del POUM confirmó, sobre todo, que entre bastantes millares de trabajadores españoles se sentía la necesidad de un partido diferente del socialismo reformista y del estalinismo, y que supiera superar todos los errores y la táctica aventurerista de la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Al poco de nuestra constitución, el partido tuvo que abordar el primer problema político nacional que se le planteaba: el del Bloque Electoral Popular ante las elecciones de febrero de 1936. Ya en 1934, tanto el BOC como la ICE habían formado parte de las Alianzas Obreras, lo que demostraba que se los tenía en consideración, aunque también, es cierto, un poco entonces con carácter de parientes pobres. Pero en 1936, el POUM era considerado ya como un partido establecido, con un peso real en el movimiento obrero y con el que había que contar. Largo Caballero, que ya era denominado el «Lenin español» y que tenía una influencia casi total en el movimiento obrero, incluso en los medios anarcosindicalistas, convocó a una reunión de todos los partidos obreros: PC, Partido Sindicalista, POUM y Juventudes Socialistas. Nuestro Comité Ejecutivo me confió la misión de representar al partido en la reunión, a la que acudieron igualmente Jesús Hernández por el PC, Ángel Pestaña por el Partido Sindicalista y Cazorla por la Federación Nacional de Juventudes Socialistas. Inmediatamente de empezada la reunión, el delegado comunista expuso su oposición a mi presencia alegando no ya que éramos *trotskofascistas* como venían repitiendo en su prensa y mítines, sino porque éramos *escisionistas* del movimiento obrero. El pretexto era muy poco hábil en una reunión semejante de gente informada. Inmediatamente hubo una reacción muy violenta de Largo Caballero, y era bastante conocido el carácter duro e intransigente de éste, para decir que de allí no se eliminaba a nadie, y que después de todo el PC era también

fruto de una escisión en el PSOE. Los otros delegados se expresaron igual, y Hernández tuvo que batirse en retirada.

Largo Caballero expuso que se trataba de ponernos de acuerdo los partidos obreros para establecer un pacto electoral con los partidos republicanos de izquierda, para lo cual había que designar un delegado que nos representase a todos los reunidos en las negociaciones. Todos estuvimos de acuerdo y nombramos al propio Largo Caballero como representante del bloque obrero. Se celebraron después tres a cuatro reuniones más, en cada una de las cuales, de una manera más o menos insidiosa, Hernández aprovechaba cualquier ocasión para tratar de lograr la eliminación del POUM.

Quizás me extienda demasiado sobre esta cuestión, pero creo que es de interés porque nunca se ha relatado este desarrollo interno para la formación del Bloque Electoral, y porque los trotskistas, después de 33 años de acontecimientos fundamentales en el mundo, hacen de esta cuestión su principal caballo de batalla contra el POUM, contra Nin y contra mí, que fui el firmante.

Largo Caballero nos dio cuenta en otra reunión del acuerdo a que había llegado con los partidos republicanos, al mismo tiempo que expresó el poco valor político del pacto; manifesté que tenía que consultar a la dirección de mi partido, pues no podía por mí solo asumir la responsabilidad de firmar. Se acordó aplazar la aprobación hasta mi respuesta, pero advirtiéndome que había que decidirse únicamente por el sí o por el no. Tuve al día siguiente varias conferencias telefónicas con Barcelona, donde residía nuestro CE. Éste consideró unánimemente que debía suscribir el documento y me dio mandato para hacerlo; era también mi opinión, aunque con muchos escrúpulos. Y hoy día no tengo por qué arrepentirme de semejante decisión, creo que no había otra, dado el estado de cosas de la situación política. Por acuerdo también de nuestro CE, escribí un artículo en el primer número de *La Batalla* aparecido después de la firma, en el que explicaba el valor que nosotros dábamos a semejante pacto: ninguno. Denunciaba al propio tiempo los peligros de una política de Frente Popular y abogaba por un frente único de las organizaciones obreras.

No hubo en todo el partido ni una sola protesta contra semejante determinación, sino por el contrario entusiasmo por

las posibilidades de propaganda que el acuerdo nos facilitaba. Era una ocasión eficaz y espectacular de dar a conocer a las masas obreras nuestro nuevo partido recién nacido, era romper el aislamiento en que habíamos estado, y una satisfacción no menor para nuestros militantes, el que el PC se hubiera visto obligado a transigir con nuestra presencia, sin que por ello hubiéramos adquirido ningún compromiso formal. En toda Cataluña se celebraron numerosos mítines, con intervención de oradores del partido solamente, ante asistencias obreras que jamás habían oído nuestra voz; en Valencia sucedió lo mismo también y en otras provincias. En Madrid mismo, donde nunca habíamos podido celebrar un acto importante, celebramos un mitin en uno de los cines más grandes del barrio obrero de las Ventas, con público hasta en la calle, y los discursos fueron retransmitidos a otras dos salas de la capital, también completamente llenas, ocasión que aprovechamos para vender ampliamente nuestra prensa. Desde ese momento, consecuencia de nuestra propaganda, el POUM fue conocido por todas partes entre los obreros.

Se dijo por Trotsky, y sus epígonos vuelven a repetirlo ahora, que se habían perseguido fines electoralistas. No había nada más lejos de nuestros propósitos, y ni siquiera teníamos esperanzas de poder presentar candidatos. La comisión electoral nos asignó cuatro puestos, uno en cada una de las siguientes provincias: Barcelona, Valencia, Cádiz y Badajoz; pero sólo Maurín lo fue efectivamente; los otros tres tropezaron con la obstrucción y la hostilidad de los comunistas. Andrés Nin, que había sido designado por Cádiz, ni siquiera se trasladó allí porque los comunistas habían manipulado a los otros partidos y se opusieron a la presentación de «un candidato ajeno a la provincia».

En resumen, el POUM supo sacar ventaja de una situación tan fluida y confusa como aquélla, en que las masas populares estaban fuertemente impulsadas por tres sentimientos fundamentales: la unidad por encima de todo, la liberación de los millares de presos que había por los sucesos de octubre del 34 y el temor a que fuera la última vez que se pudiera hablar libremente dado el extraordinario desarrollo de la reacción, y sobre todo porque el resultado de las elecciones se consideraba

incierto. Hay que tener en cuenta que la diferencia entre los votos obtenidos por las izquierdas y las derechas fue sólo de unos 200.000, y si la representación parlamentaria de las primeras fue mucho más numerosa que la de las derechas, se debió a una ley electoral muy favorable para las izquierdas.

Ésta fue nuestra conducta y éstos los resultados de lo calificado por Trotsky como nuestra «gran traición». Por otra parte, quiero agregar que no creo que se pueda elevar a un principio de valor moral absoluto el que el movimiento no debe establecer nunca un pacto con la pequeña burguesía democrática, en condiciones muy precisas y ante una situación llena de peligros para el porvenir. Las secciones de la IV Internacional no han llegado a tener en ningún país una influencia suficiente en la clase obrera, para tener que pasar de la propaganda meramente crítica a decidir posiciones ante problemas concretos derivados de responsabilidades originadas por su propio desarrollo. En una escala diferente, el intervenir en las elecciones presidenciales francesas en 1969 para aprovechar todas las posibilidades de propaganda que éstas facilitaban, no es muy diferente de la táctica que nosotros utilizamos suscribiendo el Bloque Electoral. Con la gran diferencia de que nosotros lo hicimos en una situación política muy grave, y también, claro está, siguiendo la corriente de opinión de las masas obreras, que se manifestaba sobre esta cuestión de una manera irresistible. Las elecciones no supusieron para nosotros más que una batalla de autodefensa legal, en una situación en la que el proletariado quería la libertad de sus millares de presos y se sentía amenazado de perder todas sus libertades. El determinar los medios no dependía exclusivamente de nosotros; no podíamos hacer más que aprovechar los que se nos ofrecían.

Como es sabido, cinco meses después de las elecciones generales, y alentados también por el resultado de las mismas, los militares y fascistas desencadenaron su sublevación. Nuestro partido estuvo presente y activo en primera línea en todas partes. En las provincias, donde dominaron desde el primer momento los fascistas, todos nuestros camaradas más significados fueron fusilados. No me es posible enumerar los nombres de todos los que cayeron bajo los fusiles de los piquetes de ejecución, pero no dejaré de citar algunos: Luis Rastrollo, que tuvo una actitud muy valerosa ante el consejo de guerra y

que fue fusilado en La Coruña en la primera semana del movimiento, Fernández Sendón, también fusilado en La Coruña; Emilio Díaz y J. Herrera, ejecutados en Sevilla; Félix Alútiz, que era también secretario del Sindicato de ferroviarios de Navarra, ejecutado en Pamplona; Armando Alonso ejecutado en Gijón; José Martín, ejecutado en Badajoz; José Rodríguez en Orense; etc. Todos los enumerados habían sido miembros del Comité Central de la ICE.

No será necesario relatar toda nuestra actividad combatiente por demasiado sabida y porque todavía permanece viva en la memoria de los que participaron. En el momento en que hay que combatir con las armas en la mano, los obreros no se paran a considerar la filosofía o táctica que separa a los partidos; acuden primeramente allí donde se les da un fusil para combatir. La acción de los poumistas en todas partes nos permitió obtener armas al surgir el movimiento, repartirlas y organizar nuestras milicias. La intervención de la URSS y su ayuda material directa al PC permitió a éste más que a nadie satisfacer esta necesidad, y fue la causa principal del éxito de su proselitismo.

Inmediatamente de vencida la sublevación militar en Cataluña y en las otras provincias catalanas, el POUM hizo pública su consigna principal, convocar una Asamblea Constituyente de los comités de obreros, campesinos, soldados y guardias. El manifiesto fue dado a conocer mediante una página entera de *La Batalla* y grandes carteles en toda Cataluña. Enseguida también, los cuatro o seis trotskistas franceses que ya se encontraban en Barcelona, acostumbrados a interpretar todo con referencia a la revolución rusa, comenzaron a decir que lo de la Asamblea Constituyente era puro kerenskismo. Esta crítica era puro cretinismo histórico. Trotsky, en el cúmulo de sus acusaciones contra el POUM no alude a ello, porque seguramente le pareció ridículo el celo histórico de sus discípulos. Pero el propio Trotsky olvidó después que durante el periodo prerrevolucionario en España, manifestó que no era necesario imitar por completo todo lo de la revolución rusa. Frente a la irresponsabilidad de los comunistas españoles, que el 14 de abril del 31 pedían todo el poder para los soviets, que no existían, en esto no iban muy lejos de los procedimientos

trotskistas actuales, Trotsky adujo que no tenían que llamarse forzosamente soviets los órganos revolucionarios, sino por ejemplo juntas, que correspondía mejor al vocabulario político tradicional español, sin perjuicio de que después, ya durante la guerra, nos acusase al POUM de no haber constituido los soviets. Pero un país donde el proletariado estaba tan organizado y politizado como España, no era la Rusia de 1917, que no había conocido un periodo de democracia y donde fue necesario crear todo.

Explicando esta situación diferente, Andrés Nin la definió en un mitin así: «En Rusia no había tradición democrática, ni tradición de organización y de lucha en el proletariado. Nosotros tenemos sindicatos, partidos, publicaciones, un sistema de democracia obrera. Se comprende así la importancia que tuvieron allí los soviets. El proletariado no tenía sus organismos propios. Los soviets fueron una creación espontánea, que en 1905 y 1917 adquirieron un carácter completamente político. Nuestro proletariado tenía ya sus sindicatos, sus partidos, sus organizaciones propias. Por esto los soviets no han surgido entre nosotros». Agregaremos que cada obrero se sentía representado por su partido o sindicato (los sindicatos desempeñaron siempre en España una misión mucho más política que el sindicalismo de todos los demás países europeos); los trabajadores estaban dispuestos a obedecer únicamente a sus consignas e instrucciones, por estar vinculados a sus organizaciones por una larga historia de luchas y sacrificios. Decir sistemáticamente que sus organizaciones eran inservibles, no era fácil hacérselo aceptar, como tampoco que sus dirigentes fueran meros traidores, que era la táctica que se nos proponía por Trotsky. Por otra parte, hay que agregar que el propio Trotsky había dicho ya que «los obreros que están ligados a organizaciones específicas siguen aferrados a ellas, porque los obreros en general no rompen fácilmente con el partido que les ha despertado a la conciencia política». Esto explica también el que los comités revolucionarios que se formaron por todas partes no eran más que comités de frente único, integrados por representantes de todos los partidos obreros y republicanos y por las organizaciones sindicales.

Y el propio Comité Central de Milicias de Cataluña, constituido inmediatamente después de vencida en las calles la

sublevación militar, por su composición política no era más que eso: un comité integrado por todos los partidos obreros y organizaciones sindicales y por los partidos republicanos. Su composición era la siguiente; 3 representantes de Izquierda Republicana, 1 de Acción Republicana, 1 de los Rabassaires, 1 del PSUC (comunistas), 1 del POUM, 2 de la FAI, 3 de la CNT y 3 de la UGT. Conviene aclararlo, porque se tiene demasiada tendencia a presentar al Comité Central de Milicias como un consejo de soviets, formados de una manera independiente de sus organizaciones clásicas por los trabajadores. Claro está, el peso determinante eran los trabajadores, pero a través de sus organizaciones, y más concretamente de la CNT-FAI, que era la fuerza mayoritaria y mejor armada al principio. Las armas, la intendencia, las facilitaban sus sindicatos.

El Comité de Milicias se entregó principalmente a la función de organizar a los combatientes para enviarles al frente, a acabar con los últimos focos fascistas en las ciudades y las comarcas y a adoptar las medidas económicas más urgentes. Precisamente porque la CNT-FAI era la fuerza más numerosa y combativa, pudieron dar curso sus grupos a las experimentaciones más diversas. Los anarcosindicalistas se encontraron superados por los acontecimientos. La CNT no se planteaba el problema del poder, sino el de realizar independientemente células de comunismo libertario.

Pero la guerra se prolongaba y presentaba cada vez mayores peligros y más tareas a afrontar. El gobierno de la Generalidad existía también, pero nominalmente, subyacente, sin ningún poder efectivo, despachando algunos «asuntos corrientes» y esperando que «llegara su hora». El Comité Central de Milicias era, pues, prácticamente, una especie de poder paralelo, pero también el único que dominaba la situación desde el punto de vista de la fuerza; sin embargo, carecía de una orientación política coherente. El PC aprovechaba los errores que cometían los anarcosindicalistas, errores que no eran ciertamente pocos, para crear una corriente antirrevolucionaria, presentándose al mismo tiempo como el partido del orden, de la organización, en medio de lo que llamaba «el caos». Esto le permitió obtener la adhesión de la mayoría de la pequeña burguesía, de una gran parte del campesinado y de las capas más conservadoras de la clase obrera.

Nuestro partido insistía, con una propaganda muy activa, en propugnar la convocatoria de un Congreso de delegados de todos los comités, principalmente de los constituidos en los frentes, para establecer una asamblea que liquidase definitivamente el parlamento de la Generalidad y el gobierno fantasma del señor Companys, para constituir un gobierno obrero socialista. Nosotros poníamos el mayor interés en delegados de los combatientes porque entendíamos que éstos, sustraídos a la disciplina y las inspiraciones de sus organizaciones de base, expresarían una opinión más de acuerdo con el sentido profundo de la revolución. En ningún momento las organizaciones obreras, salvo nuestro partido, se plantearon el problema de la toma total del poder, porque creían tenerlo con un gobierno en el que estaban sus representantes y en una situación que dominaban en la calle.

Los dirigentes de la CNT-FAI, que a pesar de todo seguían conservando su entera confianza en Companys, comprendían igualmente que la situación debía ser normalizada, pero en lugar de estructurar el poder obrero, se pusieron de acuerdo con el gobierno sin poder, ni autoridad de Companys, para liquidar el Comité de Milicias y fortalecer el gobierno de la Generalidad, con la misma composición política que tenía el primero. Nuestro partido, después de haberse batido resueltamente y solo en el Comité de Milicias contra semejante propósito, fue invitado a designar un ministro, pero se reservó la respuesta hasta que deliberase el Comité Ejecutivo. Este discutió la cuestión ampliamente. Se plantearon todos los problemas que se derivarían de nuestra resolución, y también se examinó nuestra impotencia para hacer seguir otro camino y obtener la adhesión de las masas obreras, que sólo seguían las inspiraciones de sus organizaciones. Mi criterio fue el único que se manifestó en contra de aceptar la participación ministerial, pero debo decir honradamente que no de una manera muy resuelta, más bien por mantener el principio, porque estaba embargado por las mismas preocupaciones que mis camaradas del comité y por las consecuencias que se seguirían en aquellas circunstancias para el partido. En primer lugar, la inmensa mayoría de las secciones del partido no aceptarían la ruptura con las otras organizaciones obreras, es decir nuestro aislamiento. En el terreno práctico, suponía que no ten-

dríamos los medios materiales y económicos para mantener a nuestros milicianos, que perderíamos todas las posiciones que tenían nuestras secciones localmente; es decir, el partido quedaría anulado, y también en una situación casi ilegal. Por otra parte, se les daba casi la mitad del juego ganado a los estalinistas, que aprovecharían así la ocasión para hacer proclamar nuestra ilegalidad. Eran muchos los factores que se presentaban a nuestra consideración responsable, por lo cual el CE resolvió someter la resolución definitiva al Comité Central del partido, que se celebró dos días después.

Hay que decir, en honor a la verdad, que nuestro Comité Central expresó siempre, en su mayoría, durante todo el tiempo que duró nuestra legalidad, una tendencia a la derecha del CE, el cual varias veces en las reuniones fue acusado de izquierdista. En la reunión del CC las cosas transcurrieron en una forma casi idéntica a como en el CE. Sólo una voz se alzó para poner reparos: la del delegado de Madrid, el camarada Enrique Rodríguez. Su opinión fue parecida a la mía. Pero ni una sola, absolutamente ninguna otra delegación se manifestó en contra o hizo observaciones. Es más, en noviembre de 1936, cuando se formó la Junta de Defensa de Madrid, que era una delegación del gobierno de Valencia, fui llamado por nuestra sección de allí, porque estimaban los camaradas del comité madrileño que había posibilidad de obtener un puesto en la Junta y que era preciso realizar las gestiones. Esta ilusión se mostró vana, pero es una muestra más del estado de espíritu que se manifestaba en el partido, no ya sólo en Cataluña sino hasta en Madrid, en la sección más importante de la antigua Izquierda Comunista.

Ahora, en la perspectiva histórica, ante el desarrollo de las luchas políticas en Europa de una manera o menos pacífica y no en situación grave, crítica, de guerra, el análisis tiene tendencia, porque no va seguido de consecuencias, a ver las cosas quizás de diferente manera. Pero cuando un partido en pleno, educado en la lucha de clases, completamente obrero, enemigo del colaboracionismo ministerial adopta una resolución de tal importancia es porque la situación concreta la imponía.

Es sabido que al poco tiempo, el PSUC, considerándose ya más firme en la situación, planteó oficialmente nuestra eliminación del gobierno de la Generalitat, porque el POUM

atacaba el Frente Popular, criticaba a la URSS y seguía una política «ultrarrevolucionaria», que «ponía a las potencias democráticas frente a la República Española». La obsesión de lograr el apoyo de las naciones democráticas se manifestaba en todos los sectores de la zona antifascista, su confianza en una posible ayuda era inquebrantable, incluso después del Pacto de No Intervención. Para ellos, con nuestro socialismo intransigente rompíamos los puentes. Para nuestra eliminación, hubo al principio una cierta resistencia por parte de la CNT, que como siempre terminó capitulando «en aras de la ayuda rusa», y acabó aceptando nuestra expulsión.

Pero esta acción contra el POUM tenía una significación y un propósito de mayor alcance que una mera maniobra para eliminar de la vida política a nuestro partido. Era también la expresión de que la contrarrevolución se reorganizaba a través del PC para acciones de mayor envergadura, empezando por tratar de aislar a la oposición más consciente y también más débil numéricamente. El blanco contra el cual disparar era también la CNT, contra la cual en los actos se iba todavía a pasos contados, pero se realizaba una campaña muy sistemática de desprestigio. Después de algunas escaramuzas durante abril del 37 en las comarcas de cerca de la frontera entre las fuerzas estalinistas de la retaguardia y organizaciones de la CNT-FAI, se quiso emprender una acción espectacular contra los militantes cenetistas.

Fue el asalto al edificio de la Telefónica de Barcelona por las fuerzas contrarrevolucionarias estalinistas, o sea los sucesos que se conocen históricamente por «las jornadas de mayo del 37». Cuando se simplifican o esquematizan situaciones políticas y tácticas muy complejas para idealizarlas y deducir conclusiones falsas favorables a una tesis que se defiende, se hace demagogia fácil, pero no se sirve a la verdad y se elude toda responsabilidad efectiva. Reducir el problema, la situación tan fluida de aquel momento a que la clase trabajadora de Barcelona se había lanzado a combatir en la calle para ultimar la revolución y decir que el POUM, como dijeron Trotsky y los trotskistas haciendo el juego a los dirigentes anarquistas, dio la orden de abandonar la lucha, arregla bien los argumentos de los que por encima de todo tratan de desacreditar a nuestro partido y de presentar cada una de sus actuacio-

nes únicamente como una pura traición, pero no responde a la más mínima verdad.

El ataque contra la Telefónica fue, evidentemente, un golpe deliberado de la contrarrevolución estalinista para intentar acabar con la hegemonía anarco-sindicalista en Cataluña. Y la reacción violenta de los trabajadores de la Central de Telecomunicaciones estuvo principalmente inspirada en la concepción anarquista de la defensa del derecho de propiedad sindical; era por lo tanto una reacción defensiva. El servicio de telecomunicaciones estaba considerado por ellos como únicamente perteneciente al sindicato, el cual se reservaba también exclusivamente el privilegio de ejercer la censura de los mensajes, aplicando así su política de sindicalización de todos los bienes de la nación.

La respuesta de los obreros telefónicos estuvo limitada a la defensa de la propiedad sindical, por lo cual durante todos los días que duraron los sucesos no se formuló por la CNT-FAI ningún programa, ninguna reivindicación ni aspiración más que la conservación de este derecho sindical. Fue únicamente nuestro partido el que en sus octavillas, en los números de *La Batalla* que logró tirar, en su radio, proclamaba el carácter contrarrevolucionario del asalto a la Telefónica y su significación política. Inmediatamente que surgió la respuesta de los obreros telefónicos al ataque de los guardias de asalto, el POUM invitó a todos los militantes y a los trabajadores en general a levantar barricadas y a emprender el combate «contra las fuerzas contrarrevolucionarias». Todo el partido en pleno respondió valerosamente a su deber, incluso camaradas de las comarcas acudieron a Barcelona, y fueron milicianos nuestros que se encontraban en el frente los únicos que creyeron su deber partir hacia Barcelona para prestar ayuda a los que luchaban en las barricadas, sin que hubiera orden o acuerdo en tal sentido de nuestro Comité Ejecutivo (CE).

Es obligado decir, reconocer, que durante aquellas jornadas, había una especie de caos general, se pegaban tiros en abundancia, sonaban las ametralladoras por todas partes y hasta cañonazos, hubo muchos muertos y heridos, pero en realidad, la inmensa mayoría de los anarcosindicalistas, que eran los que dominaban, no sabían muy bien por qué luchaban y a lo que aspiraban. Nuestros militantes, sin orgullo ni

patriotismo de partido, puede declararse que sí eran conscientes de lo que se jugaban en aquellos combates: el triunfo de la revolución o de la contrarrevolución. Para ellos era muy comprensible la situación, porque ya desde hacía varias semanas, desde nuestros órganos de prensa, en nuestros mítines y reuniones veníamos explicando el desarrollo de los acontecimientos y señalando los peligros que acechaban a la revolución a consecuencia de las acciones y de la propaganda estalinista. Era tal el desconcierto, la confusión y también la irresponsabilidad anarquista, que recuerdo muy bien que cuando yo tenía ocasión de salir a la calle (nuestro CE estuvo reunido en sesión permanente mientras duraron los sucesos) se acercaban a mí y me abordaban numerosos camaradas extranjeros, incluso los trotskistas (pues en Barcelona misma los hechos no se veían igual que en París o Méjico), para decirme aproximadamente: «Pero esto no tiene ni pies ni cabeza. Hay que acabar con esta situación, buscar una salida». Y ésta era la realidad.

Desde el principio nosotros habíamos comprendido la situación y la necesidad de elevar aquella sublevación desarticulada a un plano que correspondiera a lograr la hegemonía de la clase trabajadora, el desarrollo de la revolución. Sabíamos, por otra parte, que nosotros sufriríamos todas las consecuencias de la derrota, como efectivamente sucedió. Nuestra consigna de base fue la de «Frente Obrero Revolucionario CNT-POUM», que era la que ya el partido venía propagando desde hacía varias semanas ante el avance de la contrarrevolución.

Mantuvimos contacto con el Comité Nacional de la CNT, establecimos relación con Los Amigos de Durruti, grupo del que hay que decir que no representaba nada efectivo, era un núcleo de peso mínimo, que no pretendía hacer más que una oposición en el seno de la FAI, y que en manera alguna estaba dispuesto a una acción concertada con «marxistas autoritarios» como nosotros. Hago esta aclaración porque después se ha pretendido presentar a Los Amigos de Durruti como una organización poderosamente representativa, expresión de la conciencia revolucionaria de la CNT-FAI. En realidad, no eran nada en el plano orgánico, y eran un monumento de confusión en el terreno ideológico; no tenían idea muy precisa de lo que deseaban, y lo que querían era meramente palabras ultrarre-

volucionarias, sin ningún efecto práctico, y siempre que no supusieran ningún compromiso en la acción y no rebasasen la disciplina de la FAI. Nosotros hicimos todos los esfuerzos posibles, a pesar de todo, para concertar un acuerdo ante la situación; creo que únicamente logramos llegar a suscribir juntos uno o dos manifiestos invitando a la resistencia, porque ellos no admitían más. Después el grupo desapareció totalmente y no tuvo ninguna expresión pública.

Siendo nosotros minoritarios, no poseíamos una fuerza determinante en la situación y no teníamos más posibilidades que tratar de influenciarla y orientarla, al mismo tiempo que invitábamos también a la resistencia y hacia el avance sobre las posiciones de los adversarios.

Fui encargado por nuestro CE, durante los sucesos de mayo, de entablar relaciones con el comité regional de la FAI, que tenía su local en el Seminario de Barcelona. Llegar hasta allí desde la Plaza del Teatro, donde se encontraba el nuestro, no era fácil. Había que atravesar una barricada tras otra, casi arrastrándose por el suelo, porque se tiraba de todas partes, sin mucha discriminación. Menos mal que el santo y seña «CNT-POUM» que nosotros habíamos logrado imponer, se respetaba casi de una manera general. Mis primeras gestiones allí estuvieron orientadas a lograr la constitución de un frente revolucionario que dirigiera la lucha y que formulara y orientara la finalidad de la misma. Me encontré con un comité faísta ampliamente superado por los acontecimientos; no se trataba entonces ya de disparar tiros contra un patrono, sino de adoptar determinaciones políticas; ante la situación concreta no sabían qué hacer; pero, eso sí, conservaban la altivez y suficiencia peculiar de los anarquistas en todas las circunstancias, y sobre todo ante «los políticos marxistas».

Para ellos no era preciso establecer ningún frente unido y su fuerza bastaba, aunque no se deducía realmente para qué, puesto que los propios combatientes suyos no recibían más órdenes que las de mantenerse en sus posiciones, pero sin consignas definidas. No hubo posibilidad de establecer ningún acuerdo, aunque sí algunas disposiciones prácticas precisas. Para esto hice dos visitas más al CR de la FAI, que no hicieron más que convencerme del desconcierto que reinaba

en la dirección confederal, que únicamente deseaba «acabar con aquello y porque además Companys les apremiaba a ello, “amistosamente”», desde el domicilio de la Generalitat.

La última visita que hice fue para formular una proposición concreta nuestra, de índole militar. A través de los informes que nos habían dado nuestros comités de barriadas, con los que manteníamos un enlace directo, habíamos llegado a establecer un mapa de la situación real de Barcelona. Casi toda la ciudad, a excepción de un centro en torno al edificio de la Generalidad, estaba en poder de las fuerzas combatientes de la CNT y del POUM. Se trata, pues, de organizar un avance metódico, dirigido por especialistas militares, de las fuerzas combatientes cenetistas y poumistas hacia el centro de la Generalidad para tomar ésta. La operación no habría sido costosa, dado sobre todo que los elementos que defendían ese casco de la ciudad, no poseían muy elevada moral frente a la combatividad de los trabajadores revolucionarios. Proposición inaceptable para los faístas, porque se mostraban ya abiertamente partidarios de acabar con la situación fuera como fuera, sobre todo, lo que era verdad, «porque el frente de guerra se encontraba a menos de cien kilómetros, había buques de guerra de las potencias enemigas en el puerto y los fascistas se preparaban para aprovechar las circunstancias». Por otra parte, alegaban que Companys les había prometido que no habría ninguna clase de represalias. Yo argumenté que aun así tomar la Generalidad suponía la posibilidad de establecer un pacto, de estipular garantías y conseguir posiciones que no fueran las de una simple capitulación. Juzgamos esto imposible, sin ofrecer, sin embargo, ninguna otra solución. Abandoné el local faísta convencido una vez más que el confusionismo anarquista culmina siempre en las mayores catástrofes políticas.

Apenas había llegado yo a nuestro CE cuando la radio transmitió los celebres y trágicos discursos de Federica Montseny, que constituyen la página más vergonzosa del anarquista español durante la guerra civil. No faltaba ninguna nota sentimental: el enemigo fascista al acecho, la lucha entre hermanos antifascistas, la necesidad de concentrar todo esfuerzo en la guerra, había que acabar la lucha, etc., y terminaban con un llamamiento a la rendición. Es una lástima que no haya que-

dado ninguna grabación, por lo menos que yo conozca, de esos discursos.

La reacción primera de muchos anarquistas fue de una indignación sana, muy expresiva. Pero inmediatamente también los comités de barriada comenzaron a desmontar las barricadas y a licenciar a los militantes que las habían defendido. Las nuestras se mantuvieron las últimas, por instrucciones de nuestro CE. Dada la situación de desmantelamiento de la ciudad, dimos también la orden de retirada finalmente, pues ya comenzaba a manifestarse la hostilidad anarquista contra nuestra «actitud intransigente». A las pocas horas hacían su aparición en Cataluña los «jaramas», es decir las fuerzas de carabineros formadas por ex combatientes del frente del Jarama, que constituían el aparato de represión más eficaz que había creado ya el gobierno del Frente Popular.

Nosotros acordamos adoptar las primeras medidas de organización ilegal, porque comprendimos que la tormenta se desencadenaría contra nuestro partido en primer lugar. Abandonamos nuestro domicilio habitual por otro clandestino; se montaron guardias para proteger a los camaradas del CE.

Para Trotsky y los trotskistas, en la larga lista de «traiciones» cometidas por el POUM, esta conducta nuestra durante los sucesos de mayo del 37 fue una de las principales. Según ellos, un partido que hubiera seguido las fórmulas mágicas de la IV Internacional, se habría convertido fácilmente en el partido mayoritario dirigente de la revolución española, invitando a la continuación de la lucha y denunciando implacablemente «la traición» cometida por la CNT-FAI, en lugar de invitar también al cese del combate proclamando que se había logrado una victoria. Es posible que esta expresión exagerada de «victoria» empleada por nosotros, y que además no entraba en nuestro estilo general, no fuera muy acertada; pero no es menos verdad que los menos indicados para hacernos este reproche son los trotskistas, que desde hace cuarenta años vienen proclamando casi cada día victorias de la IV Internacional en todos los lugares del mundo. ¿Y qué decir de que precisamente el que resucita, el que vuelve a plantear ahora esta cuestión sea el grupo trotskista francés que, cuando las barricadas del Barrio Latino en mayo de 1968, se negó a secundar la acción alegando que era una invitación a

la matanza, cuando era un acto de muy buena voluntad revolucionaria?

Los españoles no estábamos muy bien dotados, en general, para establecer las estadísticas, y mucho menos para explotarlas. Las cifras que se dieron entonces sobre las víctimas de las «jornadas de mayo» fueron de 5.000 (500 muertos y 4.500 heridos). Nuestro partido tuvo varias docenas de víctimas.

En resumen, nuestra actitud entonces estuvo dictada por la situación concreta y por la propia relación de fuerzas existente. Y no menos también por el peligro que representaba la proximidad de los frentes. Yo sé bien que éstos no son argumentos para nuestros críticos pasados o actuales: para ellos, los militantes del POUM no tenían otra obligación que suicidarse. Aunque esto tampoco nos habría salvado de la condena de Trotsky, pues entonces es muy posible que hubiera considerado nuestra acción como una aventura irresponsable. Es sabido lo rico que era en argumentos polémicos.

Había también, en mayo del 37, la cuestión de que la sublevación de Barcelona no encontró grandes ecos de simpatía en el resto de España, que vivía con la obsesión de las derrotas que se sufrían en los frentes y el peligro amenazador del fascismo. La prueba la tuvimos en nuestro propio partido. Nuestra sección de Madrid había caído entonces bajo una cierta influencia trotskista, a través de la mayoría de su comité local. Las causas de este fenómeno no vale la pena de explicarlas ahora, aunque son bastante significativas de adónde puede conducir la desmoralización y la cobardía y los esfuerzos para justificarlas. Pues bien, al día siguiente de levantarse las barricadas en Barcelona y de comenzar la represión de los «jaramas», nos encontramos, con asombro e indignación, que toda la prensa reproducía un comunicado de nuestra sección madrileña condenando «los sucesos de Barcelona». De hecho, aunque ciertamente de manera inconsciente, era dar un argumento a la represión contra el POUM. Pero era también una expresión reveladora del estado de opinión que prevalecía en los medios obreros del resto de España. Los poumistas madrileños creían librarse así del ambiente francamente hostil del que se sentían rodeados, que además era general en el resto de España. Es explicable que desde el exterior no llegase a entenderse los factores que intervenían en la situación; pero

en este caso hubiera sido más sensato callarse, o matizar los juicios y no hacerlos tan radicalmente terminantes, a base de una vulgar demagogia.

Había en primer lugar en «España republicana» lo que podemos llamar el complejo contra el «nacionalismo catalán», fomentado siempre por la burguesía española, pero muy arraigado entre las masas populares, que consideraban que las jornadas de mayo tenían algo que ver con las aspiraciones de independencia de Cataluña. En segundo lugar, una propaganda muy tenaz sórdidamente llevada a cabo por los estalinistas, sobre la «no movilidad» o «frentes estáticos» de Cataluña, había prendido en la mayoría de los combatientes de la «zona roja», que venían soportando hasta el colmo todas las servidumbres de la guerra, y no llegaban a asimilar que si los frentes catalanes «no se movían bastante» era porque se les negaba el armamento necesario para emprender operaciones.

En estas condiciones, desde Méjico era fácil aconsejar la aventura de desesperados; pero no eran los dirigentes del POUM tan irresponsables para emprenderla estimando todos los datos en presencia y conociendo la situación crítica de todos los frentes de guerra.

¿Cuál hubiera debido ser la actitud del POUM, según Trotsky, en aquellas circunstancias? Para él no ofrecía duda: denunciar como traidores a los dirigentes anarcosindicalistas e ir resueltamente a la toma del poder. He aquí lo que dijo que habría sucedido en España con motivo de los sucesos de mayo del 37 si el POUM no hubiera sido un partido centrista y hubiera seguido sus inspiraciones. Vale la pena de copiar un párrafo, porque es casi una página de antología, de irresponsabilidad política: «Si el proletariado de Cataluña se hubiera apoderado del poder en mayo de 1937 — como realmente se había apoderado de él en julio de 1936 — habría encontrado un sostén en toda España. La reacción burgueso-stalinista ni siquiera habría encontrado dos regimientos para aplastar a los obreros catalanes. Sobre el territorio ocupado por Franco, no sólo los obreros sino también los campesinos se habrían situado del lado de Cataluña proletaria, habrían aislado al ejército fascista y habrían introducido en él una disgregación irresistible. Es dudoso que cualquier gobierno extranjero se hubiera arriesgado en estas condiciones a lanzar sus regimientos so-

bre el suelo candente de España. La intervención se habría convertido en materialmente imposible, o por lo menos en extraordinariamente peligrosa».

La grandilocuencia de estas líneas constituye un trozo de la literatura demagógica muy peculiar de Trotsky, pero no es un análisis político marxista de un gran jefe revolucionario responsable. En otras circunstancias él mismo habría calificado semejante juicio, emitido por otro, de aventurero. Pero en aquella ocasión, arrostrado por un odio infinito hacia el POUM por no haberse adherido a la IV Internacional, cargaba sobre nosotros todos los crímenes políticos imaginables, como si nosotros hubiéramos sido los elementos determinantes de la situación.

Sin embargo, el propio Trotsky, en su folleto «La revolución española y los peligros que la amenazan» (1931), combatiendo el doctrinarismo de los bordiguistas⁴⁰, consideraba que intervenir en la revolución española con un programa ultraizquierdista infantil era, son sus palabras, «igual que lanzarse a nadar con los manos atadas a la espalda; el nadador que haga esto —agregaba— corre el riesgo de ahogarse». Esta verdad inspiró nuestra conducta táctica, y sobre todo ésta nos era impuesta ante un mar tan agitado por fuertes corrientes como la revolución española, que hacia naufragar inmediatamente a los navegantes solitarios.

Pero aún hay más, en su artículo «Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular» (septiembre de 1937), Trotsky escribió: «El gobierno Negrín-Stalin es un freno casi democrático en el camino del socialismo, pero es también un freno cierto que no seguro, ni duradero, pero sin embargo un freno en el camino del fascismo. Mañana, pasado mañana, el proletariado español podrá, tal vez, romper ese freno para apoderarse del poder. Pero si ayudase, aunque sólo fuera pasivamente, a romperlo hoy, no serviría más que al fascismo». Es decir, Trotsky se reservó en exclusiva el definir durante todo el desarrollo de la revolución española, lo que era traición, cen-

⁴⁰ Se refiere a la corriente encabezada por Amedeo Bordiga, fundador, entre otros, del Partido Comunista Italiano, con quien rompería muy pronto por su desacuerdo con la orientación de Frente Único Obrero que defendió la IC a partir de su Tercer Congreso.

trismo o ultraizquierdismo joven, y el establecer en cada etapa la táctica a seguir, en función únicamente de las conveniencias de su IV Internacional inexistente.

Una nota igualmente constante en Trotsky y los trotskistas es la acusación contra el POUM por haberse adherido éste —en realidad sólo nominalmente— a lo que entonces se llamaba el «Buró de Londres», integrado, efectivamente, por partidos que en el movimiento obrero estaban situados en el centro, o sea entre los reformistas y estalinistas y las tendencias revolucionarias. La minoría del CE combatió siempre esta adhesión, pero aunque no obtuvo que se renunciase a ella, sí logró frenarla y que no fuera demasiado «comprometida». Pero hay que reconocer también que para la gran mayoría de militantes esta posición estaba determinada por la propia situación del partido ante el movimiento internacional en aquellas circunstancias.

Ya en noviembre de 1936, Andrés Nin y yo, comentando la cantidad de turistas revolucionarios, de «consejeros teóricos» que le habían caído encima al POUM, llegamos a contar a representantes en Barcelona de 66 pequeños partidos o grupos, y eran seguramente más porque el recuento era muy difícil de hacer en aquel bosque de grupos, subgrupos y multiplicidad de tendencias de distintos países de Europa y hasta de ambas Américas.

El POUM, a pesar de su llamado centrismo, recibía muy cordialmente, como camaradas, a todos y les facilitaba alojamiento y manutención, pero hay que decir también que ellos no aportaban una ayuda al esfuerzo de guerra, lo que era fundamental; se adjudicaban exclusivamente la misión única de consejeros, de orientadores políticos y teóricos, mientras que lo que precisábamos apremiantemente eran combatientes. Reproducían las polémicas internas de sus respectivos países, que a veces eran muy complejas y puramente personales. Pero ahora bien, en cuanto a ayuda material, a combatientes en general, su colaboración era nula. Ésta es la auténtica verdad y estamos obligados a manifestarlo; los recuerdos de nuestros viejos militantes y la propia prensa de entonces son un testimonio fehaciente.

En cambio, el Partido Laborista Independiente hizo llamamientos apremiantes en Inglaterra con el fin de reclutar vo-

luntarios para combatir en España y organizó un batallón al lado de nuestras milicias, que fue un modelo de disciplina y comportamiento. Además, al mismo tiempo atendía materialmente a sus combatientes, aportando así una doble colaboración a nuestro partido. Los maximalistas italianos también constituyeron un grupo de milicianos muy valerosos y disciplinados, que se hicieron estimar mucho de nuestros militantes. En cuanto al partido de Marceau Pivert, tuvimos de él apoyos inestimables de todo género, y gracias a él pudimos resolver problemas que eran fundamentales para nuestros combatientes. Bastantes más camaradas extranjeros se integraron a nuestras milicias a título puramente personal.

Pero los trotskistas, ¿qué aportaron al esfuerzo de guerra del POUM, de los trabajadores españoles en general? Creo que en las milicias de nuestro partido no debieron pasar de ocho los que se alistaron, y sólo con carácter individual. He leído en ese volumen que acaba de publicarse, antes no lo sabía, que Verecken calificó a los trotskistas que había en Barcelona de «carreristas y aventureros». La calificación puede parecer exagerada, pero hay que tener en cuenta que Verecken estuvo en Barcelona como delegado de la sección trotskista belga y que su juicio era una consecuencia de lo que había visto y comprobado. Eran por lo menos un factor de gran desmoralización, sus críticas, y sus ataques y sus maniobras escisionistas contra el POUM, en aquella situación crítica, tendían sólo a destruir al partido, como lo aconsejaba desde lejos su jefe y de manera tenaz.

Por otra parte, hay que decir que entre la abundante cantidad de artículos consagrados por Trotsky a intentar desacreditar al POUM y a sus dirigentes, no se encuentra ningún llamamiento dirigido a sus partidarios invitándoles a que partieran como voluntarios para combatir en la guerra y la revolución españolas. Tampoco su Secretariado Internacional fantasma publicó ninguna invitación, que yo recuerde, para reclutar voluntarios entre los militantes de sus secciones nacionales y formar equipos de combatientes.

En tales condiciones, ¿cómo era posible convencer a nuestros camaradas obreros que el partido rompiera todas las relaciones, por ejemplo, con el Partido Laborista Independiente para adherirse a la IV Internacional, que además no existía

como fuerza real? Yo, por ejemplo, fui siempre hostil al Buró de Londres, estuve en contra resueltamente de la adhesión a él, y era partidario únicamente de mantener relaciones cordiales de coexistencia con todas las organizaciones socialistas revolucionarias independientes, que era también el criterio de Nin, hasta que se acabara la guerra y el POUM pudiera emprender una reorganización del movimiento obrero revolucionario internacional.

Insistiré, sin embargo, para decir lo difícil y lo absurdo que habría sido para nuestro partido el desatarse en impropiedades políticas, en romper en absoluto toda relación con esos partidos centristas a que nos invitaba Trotsky, cuando nuestros combatientes, obreros auténticos, convivían con ellos en las trincheras, conocían su disciplina y heroísmo, la ayuda que nos prestaban y su espíritu de sacrificio para servir a la revolución española. Estábamos en plena guerra, e incluso sufriendo importantes derrotas, y en semejantes circunstancias no se desprecia ninguna colaboración efectiva, sobre todo cuando no se ofrecen otras. El POUM se veía obligado, y era lógico que así lo hiciera, a mantener una conducta de equilibrio, una táctica de oportunismo, sí, de oportunismo, en medio de aquel maremágnum de tendencias y grupos que giraban en torno a él y lo asediaban.

En su folleto «Lección de España: última advertencia» decía Trotsky: «El POUM ha intentado apoyarse teóricamente en la fórmula de la revolución permanente (por esto los estalinistas han tratado a los poumistas de trotskistas), pero la revolución en manera alguna se da por satisfecha con simples reconocimientos teóricos. En lugar de movilizar a las masas contra los jefes reformistas, comprendidos los anarquistas, el POUM trataba de convencer a esos señores de la ventaja del socialismo sobre el capitalismo. A base de este diapasón han estado acordados todos los artículos y discursos de los líderes del POUM. Para no separarse de los jefes anarquistas, no organizaron sus propias células en la CNT, y en realidad no hicieron ningún trabajo. Eludiendo los conflictos agudos, no llevaron a cabo ningún trabajo en el ejército republicano. En lugar de esto organizaron sus “propios sindicatos” y sus “propias milicias”, que defendían sus propios edificios o se ocupaban de sus propios sectores del frente. Aislando a la vanguardia revolu-

cionaria de la clase, el POUM debilitaba a la vanguardia y dejaba a las masas sin dirección... A despecho de sus intenciones, el POUM ha sido finalmente el principal obstáculo en el camino de la construcción de un partido revolucionario».

Y agregaba a continuación, confirmando así que todos los trotskistas no eran de su misma opinión: «Es una grandísima responsabilidad la que han contraído los partidarios platónicos o diplomáticos, como el jefe del Partido Socialista Revolucionario holandés, Snevliet, que han apoyado demostrativamente al POUM».

Esta forma polémica, esta manera de argumentar revela que para Trotsky al POUM había que combatirle desde todos los puntos de vista, para satisfacer un rencor, incluso con falsedades o partir de malas informaciones. Y principalmente para tratar de desacreditarnos a Andrés Nin y a mí, que habíamos decepcionado sus ilusiones al negarnos a ser únicamente los intérpretes de su política en España.

El POUM, ni antes ni después de comenzada la guerra civil, había creado sus propios sindicatos. Su táctica era precisamente trabajar en pro de la unidad sindical de las dos centrales sindicales, y era obligado para todos los militantes el pertenecer al sindicato de su profesión de ellas, aunque se dejaba a cada sección del partido el decidir a cuál según las influencias locales. La FOUS, federación catalana de sindicatos que estaba bajo nuestra influencia, no era un núcleo de sindicatos creados especialmente por nosotros, sino de sindicatos que habían sido excluidos de la CNT por considerarlos «políticos» los faístas; pero los demás militantes seguían perteneciendo a la central cenetista en Cataluña y a la ugetista, en general, en Madrid y el resto de España.

En cuanto a alegar como una acusación que el POUM creó «sus propias milicias», que «defendían sus propios edificios y se ocupaban de sus propios sectores del frente», correspondía a una ignorancia supina del desarrollo de la situación o a una mala fe deliberada.

En lo que se refiere a «las milicias especiales del POUM», todo el mundo sabe bien que hasta que se constituyó el Ejército Popular todos los partidos obreros y hasta los republicanos pequeñoburgueses tuvieron sus propias milicias, porque fue a base de ellas como se organizaron las primeras unidades

combatientes. Fue únicamente así como pudo organizarse la resistencia a la sublevación militar, y además pudo hacerse frente en los primeros meses a todos los problemas materiales que la desorganización del país planteaba.

En cuanto a trabajar exclusivamente en el seno de las otras organizaciones el principio en abstracto parece justo, y nosotros teníamos camaradas en las milicias de la CNT, del Partido Socialista y hasta en el Partido Socialista Unificado de Cataluña. Pero hay que agregar igualmente que, ante todo, las milicias de cada organización o partido eran el medio de encuadrar a sus militantes y simpatizantes, de realizar una labor de educación política de partido, de ser reconocidos para tener una participación en los nuevos organismos surgidos de la revolución misma.

¿Y qué decir de lo referente a que los milicianos del POUM defendían sus propios edificios? Es como decir, en el fondo, que debíamos haber confiado esta misión a los estalinistas. Razonando con la misma mentalidad, nosotros podemos replicar que los trotskistas debieran haberse incorporado a las Brigadas Internacionales, en lugar de no tener más que destruir al POUM, para dejar el paso libre a crear la sección española de la IV Internacional, que según el razonamiento de Trotsky habría hecho triunfar entonces la revolución sin tener el obstáculo de nuestra existencia.

Es evidente, y yo soy muy consciente de ello, que en esta conferencia no he respondido, ni lo he pretendido, a todas las acusaciones, a todas las consideraciones de Trotsky y de una parte de los trotskistas de entonces y de ahora. Me he limitado meramente a tratar globalmente algunas cuestiones.

Una réplica completa, articulada, sobre esas críticas y acusaciones, exige desarrollos históricos completos también sobre el desenvolvimiento de todo el proceso de la revolución española y de cada situación política concreta. Nosotros, el POUM, no lo hemos hecho hasta ahora y ha sido nuestra falta; lo reconozco. Pero se nos puede disculpar. Inmediatamente después de los sucesos de mayo del 37, fuimos encarcelados hasta el final de la guerra civil, en que pasamos a Francia en condiciones bastante dramáticas. Al poco de declararse la guerra en Francia, fuimos de nuevo encarcelados aquí hasta el final de

la Guerra Mundial. Luego, las difíciles condiciones de nuestra vida hacían imposible que tuviéramos la suficiente tranquilidad de espíritu, después de una jornada de trabajo para ganar el sustento diario, para entregarnos al estudio detenido y reposado de estos problemas fundamentales. Y además, sobre todo, nos faltaban hasta los más mínimos elementos documentales de base para fundamentar nuestro estudio. Perdimos todo durante la represión estalinista, sin haber podido conservar ni una sola colección completa de periódico, ni nada de nuestro material político y de propaganda. Falta de previsión y organización, es cierto, pero un hecho que ha impedido nuestra exposición y análisis del pasado.

Después, parecía el problema superado porque el mundo da muchas vueltas y las nuevas cuestiones se acumulan. Recordar la polémica, prolongarla y despertar nuevas pasiones y hostilidades, sobre todo siendo el trotskismo la tendencia del movimiento obrero de la que nos encontramos en general más próximos, por lo menos yo, no lo creía muy pertinente. Pero la agresión inoportuna, y malintencionada que el señor Broué comete contra nosotros reiteradamente, y principalmente ahora con el libro *La Révolution Espagnole* nos obliga a reaccionar. Él expone ahora lo que interpreta de sus fichas y microfilmes, nosotros expusimos entonces nuestras vidas y muchos se sacrificaron en el camino de la revolución española.

«Las palabras —dice un refrán español— se las lleva el viento». Sin embargo, la letra impresa queda y constituye la fuente de referencia de la historia pasada y presente. No podemos hacernos cómplices, en memoria a nuestros muertos y por nuestro honor de revolucionarios, de la versión de que nuestro partido fue durante todo el curso de la revolución española un partido traidor. Ahora es para nosotros una obligación moral y política escribir nuestra propia historia, detenida y detalladamente.

Nos interesa por encima de todo reivindicar nuestra actuación, ahora que cada día más las jóvenes generaciones españolas se interrogan sobre lo que representó el POUM en la guerra civil para ser objeto de una represión tan implacable por parte del estalinismo y por haber suscitado en el mundo entero tanto interés, tantas discusiones y tantas pasiones.

Porque por encima de los errores que pudimos cometer y de nuestra debilidad numérica, el POUM representó internacionalmente durante un tiempo la aparición de una nueva fuerza revolucionaria en el mundo, que se enfrentaba resueltamente contra el estalinismo por primera vez, y que representaba una nueva esperanza en el renacimiento del socialismo mundial.

Y por ahora, nada más.

4 Las colectivizaciones y la revolución económica durante la guerra civil

[El título de este artículo, inédito en castellano, es de Pelai Pagès]

En julio de 1936, o sea, desde el comienzo de la sublevación militar, en Cataluña el proletariado fue dueño absoluto de la situación, desapareció de la escena la pequeña burguesía republicana y el gobierno de la Generalitat, carente de medios de represión contra los sublevados, tuvo que dejar a la clase obrera organizada la dirección y la ejecución de toda la lucha. La CNT, los sindicatos que la integraban, que eran la fuerza determinante en el movimiento obrero catalán, asumieron la principal función directiva y ejecutiva en colaboración con los otros partidos y organizaciones antifascistas, a través de los comités populares (estos comités populares eran sólo órganos de frente único de los partidos antifascistas, y sus representantes eran delegados nombrados por los partidos). Los sindicatos cenetistas cumplieron las funciones de organismos políticos, militares, económicos y administrativos. Por primera y única vez en la historia en las revoluciones sociales modernas, los sindicatos en Cataluña asumieron todas las funciones del poder y los demás partidos giraban meramente en su órbita. El peso casi total de función gubernamental descansaba sobre al CNT y el gobierno de la Generalitat, que existía oficialmente, pero que carecía de jurisdicción, estaba anulado por el Comité de Milicias, que era la representación de los comités populares o de frente único. La CNT era el árbitro exclusivo de la situación y el poder estaba en sus manos a través de los sindicatos.

En realidad, eran tareas demasiado complejas y superiores a las que en sus fines se había propuesto en el pasado el movimiento confederal; eran cometidos, por otra parte, para los que no estaban preparados sus cuadros dirigentes, que no tenían tampoco noción exacta de lo que debían hacer y que no acertaban a pasar del reino de la utopía al de la realidad revolucionaria. La situación compleja que se creó la CNT fue

una consecuencia de sus propias concepciones, que estaban basadas (desgraciadamente todavía lo están) en nociones primarias, en anhelos demasiado genéricos, establecidos exclusivamente con miras al período de propaganda en la sociedad capitalista y que, por tanto, no se resumían en un criterio concreto y articulado de organización política y económica. Partiendo de la desestimación del problema del poder político, se había encontrado la CNT de hecho con éste en las manos y no sabía qué hacer. Era éste un fardo demasiado pesado del que, en el fondo, deseaba deshacerse, pero al mismo tiempo le interesaba conservar fuertes posiciones en el terreno económico construyendo por su cuenta un nuevo tipo de organización social y económica.

Por otra parte, los dirigentes eran desbordados por la acción colectiva de algunos sindicatos y por la individual de numerosos militantes. Faltos de directivas precisas ante un acontecimiento que superaba sus previsiones, la actuación estaba inspirada por el criterio de cada cual, que frecuentemente era sólo fruto de una fantasía anarquista niveladora. El alcance de las colectivizaciones no estaba determinado y tampoco el papel de los sindicatos en la economía. La CNT se encontraba con una responsabilidad que no acertaba a encauzar y el desconcierto general creaba un malestar que los dirigentes no sabían cortar. Entonces no se encontró otra salida que resucitar en parte las instituciones gubernamentales de la Generalitat, asumiendo la CNT puestos ministeriales, pero una minoría en el conjunto de las demás fracciones unidas. La CNT renunció así a un poder que le venía de hecho y de derecho, puesto que representaba a la gran mayoría de la población catalana.

Se realizó un acuerdo tácito, un compromiso político entre los partidos republicanos, los socialistas y los estalinianos de una parte, y la CNT de otra. El contrato establecido entre las direcciones de los partidos y organizaciones consistía esencialmente en la reorganización del gobierno de Cataluña que hasta entonces había estado anulado, dando entrada en el mismo a las demás fuerzas antifascistas que no habían estado representadas anteriormente. Esta concesión que hacía en el terreno del poder político, la CNT la creía compensada por el reconocimiento oficial, por la legalización gubernamental de

las colectividades y de la nueva economía que habían establecido los sindicatos a través de ellas o de las sindicalizaciones. Dicho reconocimiento de la nueva economía era obligado por el gobierno de la Generalidad porque existía un estado de hecho difícil de anular de un solo golpe dada la situación concreta del país, las necesidades de la guerra y la imprescindible colaboración de la clase obrera. Para los partidos republicanos, y también para los socialistas y comunistas, lo fundamental era la reconquista del aparato del Estado, la organización de un poder fuerte en sus manos, para después de resuelto el problema militar abordar la liquidación del predominio sindical en la economía, anulando así los efectos de la revolución sindical. El compromiso establecido significaba, por otra parte, el integrar a los sindicatos en la estructura del Estado y privarles de su desenvolvimiento independiente. En este sentido la coincidencia era también absoluta entre socialistas y estalinianos, que juzgaban a la organización sindical como mero auxiliar de los partidos en el ejercicio del poder por éstos.

En las medidas llevadas a cabo en la estructura al principio de la sublevación militar, había en la industria varias formas de organización, más o menos provisionales, que se derivaban de las dos diferentes concepciones del movimiento sindical, medidas que pueden definirse así: control de la propiedad y de las industrias, colectivizaciones, sindicalizaciones y nacionalizaciones.

El control de la industria y las nacionalizaciones fueron las fórmulas que se aplicaron principalmente en Madrid y en las provincias donde la fuerza dominante era la UGT. Esta interpretación económica era una consecuencia del criterio político mantenido por socialistas y comunistas: el movimiento militar era una sublevación contra el gobierno constitucional, y los trabajadores con su intervención directa en los acontecimientos debían limitar su acción a defender la legalidad republicana. Los sindicatos, por tanto, no debían superar sus atribuciones de una «situación normal» más que en aquello que pudiera contribuir a fortalecer la posición del gobierno constitucional y su único cometido era ser sus auxiliares. El gobierno republicano tenía necesidad de divulgar en el extranjero que la propiedad era respetada en España y la intervención de los trabajadores en la industria se concretaba en la incautación de

las propiedades pertenecientes a elementos solidarizados con la rebelión militar, sobre las que los trabajadores ejercían un control dirigido por el delegado del sindicato. Las industrias necesarias a la guerra fueron nacionalizadas y dependían directamente del gobierno. Pudiéramos decir que jurídicamente no sufrió transformación alguna el régimen de propiedad en la zona española que dependía directamente del gobierno de Madrid.

El régimen de colectivizaciones y de sindicalizaciones se estableció principalmente en Cataluña y en las otras regiones españolas en donde el peso de la organización cenetista era decisivo. Se partía de una apreciación justamente diferente: la revolución debía significar el fin de un régimen de propiedad y los bienes sociales debían pasar a poder de la colectividad. Pero, desgraciadamente, para la CNT la revolución significaba sólo un problema económico de colectivizaciones y sindicalizaciones. Desde el 19 de julio, o sea una vez vencidos los militares en las calles de Barcelona, la clase trabajadora tomó posesión de fábricas y talleres y comenzó la organización de un nuevo tipo de economía a base de la supresión de la propiedad privada y de la colectivización de las empresas industriales. Los talleres, las fábricas y los comercios fueron colectivizados: el personal trabajador y técnico se encargaba de la gestión y de la administración, así como también del usufructo de los beneficios. En algunas industrias la propiedad era sindicalizada; el sindicato centralizaba todas las funciones y se encargaba de la producción y de la dirección. Los sindicatos eran los órganos rectores de toda la economía industrial del país, la revolución tenía el carácter de una revolución industrial.

Por la forma espontánea, sin obedecer a un plan conjunto, se llevaron a cabo estas medidas, tanto las colectivizaciones como las sindicalizaciones tuvieron por resultado inmediato colocar a los trabajadores en una situación material y social diferente unos de otros. En el ramo textil, o sea en la principal industria catalana, una situación anormal se originó inmediatamente, dando lugar a que hubiera trabajadores privilegiados y parias. Una fábrica cuyo estado económico había sido próspero, con abundantes stocks de materias primas e importante cuenta corriente en el banco, podía seguir su funcionamiento normal, aplicándose los obreros mejoras en sus

jornales, y aunque las ventas hubieran decrecido a consecuencia de la situación del país, se cubría el déficit con las existencias metálicas de la cuenta corriente. En cambio, [en las fábricas] en situación deficitaria al estallar el movimiento no se podía atender el pago de jornales ni a la compra de materias primas para continuar la producción. Los beneficios obtenidos con las ventas eran aplicados estrictamente a las atenciones de la fábrica, y la aspiración de los trabajadores de ella era principalmente estabilizar su negocio para alcanzar un mayor progreso económico y asegurarse mejor su bienestar de vida, aisladamente y sin ningún deber social de carácter nacional.

En cuanto a las sindicalizaciones se daba un caso semejante. Se sindicalizaron principalmente las empresas de servicios públicos, aunque también otras de diverso carácter, la desigualdad de los trabajadores en el proceso de producción creaba, paralelamente, una desigualdad en su situación social y económica; la prosperidad de la industria sindicalizada estaba en relación directa con la mayor o menor necesidad del servicio durante la guerra. Los beneficios obtenidos se aplicaban al mejoramiento, por ejemplo, del material, sin tener en cuenta las necesidades generales de toda la industria o de toda la economía, sino meramente el deseo de un desarrollo extraordinario de su propia industria a cuyos intereses estaban íntimamente ligados. Prácticamente se creaba una especie de capitalismo sindical, que iba creando nuevos intereses, que establecía nuevas categorías de productores y daba lugar a un nuevo tipo de aristocracia obrera. Las colectivizaciones y las industrializaciones constituían de hecho, en la forma en que se habían implantado, un régimen cooperativo de propiedad privada, en la que ésta pertenecía a los productores, pero en la que de cierta manera éstos se desolidarizaban de la colectividad general. Pero por encima de todo constituían un gran progreso para la clase obrera, era el principio de una economía colectiva, cuyos errores e imperfecciones podían corregirse y había el deseo de corregir.

El compromiso firmado por la CNT con las otras fuerzas republicanas y socialistas suponía un abandono de su hegemonía en el poder por parte de la organización confederal, aunque en el nuevo gobierno figuraban ministros cenetistas, y

el repliegue hacia las posiciones económicas conquistadas en los primeros días. El movimiento cenetista obtenía en prenda la promulgación de un estatuto de colectivizaciones, cuya letra respondía a sus deseos, pero cuyo espíritu ocultaba ya las premisas de su derrota. Vale la pena reproducir los artículos esenciales del decreto del 24 de octubre de 1936 «para la colectivización industrial» por lo que tiene de valor su experiencia española de sindicalización de la economía.

«Artículo 1: De acuerdo con las reglas establecidas por el presente decreto, las empresas comerciales e industriales de Cataluña se clasificarán en:

A) Empresas colectivizadas, en las que la responsabilidad de la dirección recae en los obreros que componen la empresa y que están representados por un Consejo de Empresa.

B) Empresas privadas, en las que el propietario está a cargo o administra, con la colaboración y control del Comité obrero de control.

Artículo 2: Serán obligatoriamente colectivizadas todas las empresas industriales y comerciales que al 30 de junio de 1936 ocupaban a más de cien asalariados, así como las que ocupaban una cantidad inferior de obreros pero cuyos patrones hayan sido declarados facciosos o hayan abandonado la explotación. Excepcionalmente, las empresas de menos de cien obreros podrán ser colectivizadas después de firmar un acuerdo entre la mayoría de los obreros y el o los propietarios (...)

Artículo 5: Todo el activo y el pasivo de la empresa anterior serán transmitidos a la empresa colectivizada.

Artículo 7: Los antiguos propietarios o gerentes serán empleados en la nueva empresa cuando sus capacidades técnicas o de gestión hagan su colaboración indispensable.

Artículo 10: La función directiva de las empresas colectivizadas será trasladada a un Consejo de Empresa, elegido en Asamblea General por los trabajadores. El Consejo estará compuesto de 5 a 15 trabajadores. Cuando sea necesario, las diversas centrales sindicales estarán representadas en ese Consejo proporcionalmente a su fuerza. La duración de sus funciones es de dos años. La mitad del Consejo será renovada cada año.

Las reelecciones son posibles.

Artículo 11: Los Consejos de Empresa asegurarán las funciones y las responsabilidades de los antiguos consejos de administración de las sociedades anónimas y gerencias.

Artículo 12: Los Consejos de Empresa tendrán en cuenta en la ejecución de su misión el plan establecido por el Consejo General de Industria. Realizarán su producción de acuerdo con el proceso que regula el desarrollo de su rama industrial en su totalidad.

Todo lo que afecte a los márgenes de beneficio, las condiciones generales de venta, el aprovisionamiento en materias primas, la amortización, creación de fondos de rotación y de reserva y el reparto de los beneficios, será sometido a las disposiciones del Consejo General de Industria.

Artículo 13: Para asegurar la marcha permanente de la empresa el Consejo nombrará un Director en el que delegará total o parcialmente sus funciones. En las empresas de más de 500 obreros o cuyo capital sea superior a 1 millón de pesetas, o cuya producción esté relacionada con la defensa nacional, el nombramiento del Director deberá ser aprobado por el Consejo de Economía.

Artículo 15: En todas las empresas colectivizadas habrá obligatoriamente un representante de la Generalitat que formará parte del Consejo de Empresa y será nombrado por el Consejo de Economía de acuerdo con los trabajadores.

Artículo 21: En las industrias o las comarcas no colectivizadas se deberá crear un Comité de Control en el que estén representados todos los servicios —de producción, técnicos y administrativos— que abarca la empresa. El número de miembros será determinado libremente por los obreros y habrá representación proporcional de las diversas centrales sindicales.

Artículo 24: Los Consejos Generales de Industria serán constituidos por: 4 representantes de los Consejos de Empresa de esa industria; 8 representantes de diversas centrales sindicales, designados proporcionalmente, y 4 técnicos nombrados por el Consejo de Economía. Cada uno de esos Consejos será presidido por el representante de esa rama en el Consejo de Economía.»

Dos días antes de hacerse público el Decreto de Colectivizaciones, o sea el 2 de octubre de 1936, se había firmado en Barcelona el siguiente acuerdo entre la CNT-FAI y la UGT-PSUC (este último el partido comunista catalán):

«1. Contraemos el compromiso formal de ejecutar los acuerdos y las decisiones del Consejo de la Generalitat, empleando toda nuestra influencia y nuestra fuerza orgánica para facilitar su aplicación.

2. Somos partidarios de la colectivización de los medios de producción, o sea, de la expropiación sin indemnización de los capitalistas y de transferir esa propiedad a la colectividad. Somos partidarios de la colectivización de todo lo que sea necesario para las exigencias de la guerra. Estamos de acuerdo en que esta colectivización no daría el resultado deseado si no estuviera dirigida y coordinada por el organismo representante natural de la colectividad y que, en este caso, no puede ser otro que el Consejo de la Generalitat, en el cual están representadas todas las fuerzas sociales. En relación con la pequeña industria, no somos partidarios de la colectivización, salvo

en el caso de elementos facciosos o de necesidades ineluctables de la guerra.»

El domingo 25 de octubre de 1936, para celebrar el acuerdo que acababa de ser formado entre las dos confederaciones sindicales, fue convocado un gran mitin en la plaza de toros: una multitud inmensa llenó las gradas. El Cónsul de Rusia en la tribuna oficial dirigió también unas palabras a la multitud reunida.

El acuerdo firmado entre la CNT-FAI y la UGT-PSUC tenía por objetivo someter a una disciplina política y administrativa al movimiento sindical cenetista, partiendo de un reconocimiento nominal de sus realizaciones en el terreno económico. La CNT reconocía plena autoridad al Gobierno de la Generalitat (estaba obligada a ello mientras sus dirigentes ocuparan cargos en el gobierno de Madrid y de Cataluña) y, por tanto, aceptaba las medidas que ésta pudiera adoptar. Por otra parte, la CNT-FAI se separaba de una fuerza revolucionaria más afín a ella, como era el POUM, sacrificaba a ésta y aceptaba, con el pacto, al partido comunista catalán como único representante de los trabajadores no libertarios. El desarrollo del estalinismo en Cataluña, casi inexistente al principio de la revolución estuvo en relación directa con la beligerancia que la CNT le concedió desde el primer día a costa del POUM.

El Decreto de Colectivizaciones daba satisfacción, en la letra, a los deseos del movimiento confederal al legalizar las colectividades casi en general y a las funciones referentes a la administración de industria a los organismos sindicales. La intención del decreto, como primera medida, era tratar de coordinar las funciones de todos los organismos del Estado, y por este canal ir restando atribuciones a las colectividades y a los sindicatos. Estos planes eran favorecidos porque existía realmente un estado de cosas que daba lugar a una desorganización casi general y a una serie de comportamientos estancos dentro de la economía que producían un malestar general al crear fundamentales diferencias de existencia entre los propios trabajadores.

La colaboración que los dirigentes del movimiento confederal estaban dispuestos a prestar al gobierno de la Generalidad para restablecer el «orden en la economía» no encon-

traba semejante buena disposición por parte de la masa de sindicatos con respecto a los consejos e instrucciones de sus organismos dirigentes. Para la mayoría de ellos el decreto era letra muerta en lo que pudiera tener de trabas para sus intereses adquiridos, no le daban ninguna fuerza de aplicación y los mismos comités de los sindicatos seguían sus métodos y se desenvolvían sin atenerse a las disposiciones oficiales. Tenían su propia personalidad y actuaban por su cuenta. Olvidaban, no obstante, que la fuerza coercitiva del Estado se estructuraba y que ello tendría por consecuencia el construir en solar ajeno, como el POUM no se cansaba de repetir desde su prensa al mismo tiempo que indicaba el peligro que se cernía. Los dirigentes de la CNT, aunque prácticamente impotentes y responsables de la situación, naufragaban ante la realidad y ante las consecuencias a que daba lugar tal desorden.

El 17 de mayo de 1937, una comisión nombrada por la Federación Local de Sindicatos de la CNT de Barcelona daba su informe sobre la situación de las colectivizaciones y la «reorganización económica de Cataluña». En dicho informe, con respecto a los factores productores de desorden en la economía se decía lo siguiente:

«Es necesario hacer remarcar, en primer lugar, como un factor perturbador el no cumplimiento estricto del vigente Decreto de Colectivizaciones, toda vez que amplios sectores de trabajadores han prescindido totalmente de la letra y del espíritu del decreto y se han lanzado a hacer colectivizaciones que no tienen ningún fundamento económico ni científico... Un afán desmesurado de querer colectivizarlo todo, especialmente aquellas empresas que tenían reservas monetarias, ha hecho que se despertara entre las masas un afán utilitario, egoísta y pequeño-burgués incalificable. Considerándose cada colectividad propietaria particular de la empresa colectivizada, y no únicamente usufructuaria como en realidad es, ha prescindido de los intereses del resto de la colectividad, comportándose de una manea egoísta y cruel y poniéndose en práctica procedimientos que eran únicamente patrimonio del régimen capitalista. En lugar de irse a la creación de los Consejos Generales de Industria con toda rapidez, las mismas organizaciones sindicales han ido dando dilaciones, y esto había de producir una perturbación en el proceso de desarrollo y perfección de lo que preceptúa el Decreto de Colectivizaciones. Las empresas colectivizadas se han hecho cargo únicamente del pasivo, lo que ha producido un desequilibrio en las finanzas de las empresas y ello implica otro elemento de perturbación... Existe también el factor

indisciplina social y falta de elementos coercitivos morales para obligar a que cada uno dé el rendimiento indispensable que alcance a su acatamiento, dejando un margen suficiente para sostener todos los otros gastos de los frentes de combate y de la retaguardia.»

Como medidas a adoptar para poner remedio a esta situación, aconsejaba los siguientes, entre otros, la Comisión de la Federación Local de Sindicatos de la CNT de Barcelona:

«—Aplicación rigurosa y estricta de los preceptos vigentes del actual Decreto de Colectivizaciones, sin permitir que sean desvirtuados en lo más mínimo.

—Concentración de las industrias y reducción de los obreros de cada una de ella de acuerdo estrictamente con las necesidades del trabajo del momento.

—Obligación por parte de todas las colectividades de liquidar los respectivos pasivos. A dicho efecto debería promulgarse un decreto imponiendo la obligatoriedad, lo que podría hacerse a base de letras aceptadas a un plazo unificado y cuidando la Generalidad de realizar las operaciones de compensación o de emplear una circulación financiera especial.

Establecer un impuesto de guerra sobre todos los salarios hasta llegar a la máxima nivelación posible de los mismos evitando la existencia de obreros manuales de primera, de segunda y de tercera clase y de funcionarios que perciben sueldos tres, cuatro o cinco veces superiores a los más elevados sueldos existentes entre los obreros.

—Establecimiento de un empréstito de guerra elevado sobre las utilidades de todas las empresas, colectivizadas o no, de forma que aquellas utilidades queden reducidas a la nada casi durante este período de guerra.

—Establecer una política financiera que permita al poder público obtener el producto de la acción fiscal, que permita al Gobierno de la Generalidad cumplir sus funciones de gobierno bajo el punto de vista económico.»

Y el informe terminaba diciendo:

«La comisión estima que hay que imponer rápidamente estas medidas si queremos evitar que antes de pocas semanas el colapso sea cierna sobre la economía de la región. Es necesario producir aquella reacción favorable, establecer el orden social e imponer una moralidad y una austeridad en esta retaguardia. Conviene fijar de nuevo la política económica a seguir para salvar el experimento que estamos realizando. Insiste de nuevo la comisión que el crédito o descrédito del vigente Decreto de Colectivizaciones está íntimamente ligado con la Confederación Nacional del Trabajo, que es la que lo propugnó, la que lo impulsó y es la que se hizo cargo principalmente de su ejecu-

ción. Estima esta comisión que son precisamente los compañeros los que mayores obstáculos han creado al decreto, habiendo prescindido constantemente de sus preceptos, con lo cual se ha dado lugar a la crítica situación que contra el decreto se ha levantado tanto en Cataluña como fuera de ella.»

Salta a la vista el carácter incoherente y contradictorio del informe, que pone verdaderamente de manifiesto los defectos de la realización de las colectivizaciones y sindicalizaciones, que denuncia un estado caótico de la economía, que reconoce la necesidad de una reorganización, pero que, al propio tiempo se declara impotente para establecer la disciplina y el orden en sus propios medios, y recurre a pasar u ofrecer estas funciones al Gobierno de la Generalitat. Se pone en evidencia el divorcio que se había operado entre los dirigentes cenetistas, comprometidos en la política republicana nacional y catalana, obligados por ello a fortalecer el poder del gobierno llamado constitucional, y los militantes de los sindicatos que procedían con arreglo a su libre albedrío y que, realmente, creaban una situación especial en la economía y en la vida del país a consecuencia de una actuación desvinculada, inspirada exclusivamente en sus intereses de grupo social independiente del resto de la colectividad. Los dirigentes cenetistas no podían ya suprimir los intereses creados, y sus esfuerzos tendían a limitarlos.

Por otra parte, las necesidades de la guerra iban dando pretexto al Gobierno de la Generalitat para arrebatar a los sindicatos sus facultades decisivas y para que las industrias que ellos controlaban pasaran a depender directamente del gobierno. Al mismo tiempo, éste se veía obligado a respetar en el dominio económico la intervención sindical porque no disponía de medios y autoridad suficiente para imponer otras formas de organización económica y temía las repercusiones de medidas demasiado radicales, dado que gran número de los soldados que combatían en los frentes de batalla estaban vinculados a las colectividades de su localidad, con las que mantenían un contacto seguido. La represión gubernamental contra las realizaciones sindicales se manifestaba principalmente en privarlas de toda ayuda financiera y en obstaculizar su desenvolvimiento privándolas de la posibilidad de suministrarse en materias primas. A pesar de ello, los sindicatos y

colectividades continuaban su desarrollo, a veces incluso con la oposición.

La reconstitución de la Generalitat había significado el repliegue de la CNT hacia las posiciones económicas, abandonando la hegemonía del poder revolucionario. El Decreto de Colectivizaciones había supuesto la legalización de la economía en poder de los sindicatos, a través de las colectivizaciones y sindicalizaciones. Las «jornadas de mayo» de 1937, que fueron una consecuencia de la reacción de la clase obrera frente al primer ataque abierto contra los sindicatos para arrebatárselos el control de las comunicaciones, y el fortalecimiento del poder de republicanos y estalinianos que la derrota trajo consigo, hicieron que la CNT se replegara una vez más, no abrigando ambiciones tan amplias en el dominio económico y restringiéndose a construir una economía confederal en el marco del Estado republicano burgués.

Del 15 al 23 de enero de 1938 se celebró en Valencia un «Pleno Económico Nacional Ampliado de la CNT», que fue denominado por la organización «Primer Pleno Nacional de carácter constructivo». En realidad, dicho congreso tenía por finalidad esencial establecer toda la estructuración de la «economía confederal» y de las relaciones entre ésta y el Estado. Dentro del país la organización sindical cenetista había creado toda una serie de intereses económicos que conservaban una autonomía, pero que estaban íntimamente ligadas a la organización confederal y hacían de ésta un poder económico independiente de la economía de Estado. En la resolución de organización aprobada en dicho congreso de Valencia, se decía:

«La Economía Confederal está constituida por las siguientes unidades económicas:

- a) De integración completa CNT.
 - b) De integración mixta CNT-UGT o CNT y otros elementos.
- Constituyen las del primer orden citado:

1.- Las empresas colectivizadas o las que adopten esta denominación en cualquier parte del territorio nacional, cualesquiera que sean las leyes que las legalicen o las consientan.

2.- Las industrias socializadas, esto es aquellas denominadas así por los trabajadores por haber logrado un grado de mayor perfección en su colectivismo y estar vinculadas directamente al Sindicato de Industria o Federación Regional o Nacional de la industria respectiva.

3.- Los talleres y establecimientos o tiendas confederales. Debe entenderse este grupo como conteniendo todos aquellos talleres, etc., denominados de este modo por depender directamente de la economía de los sindicatos de industria o estar vinculados a su acción y decisión.

4.- Las cooperativas de producción constituidas conforme a las leyes en vigor o legalizables en cualquier momento siendo los cooperadores obreros de la CNT.

5.- Colectividades campesinas totalmente CNT cualesquiera que sea su reglamentación y legalización.

6.- Compañías mercantiles, cualquiera que sea su denominación (Colectivas, Comanditarias, Anónimas o Limitadas), en las que el capital pertenezca a la CNT.

Formando grupo especial debemos agregar como constituyendo parte de la base, los tres organismos siguientes:

7.- La Sucursal del Banco Sindical Ibérico.

8.- Las Cooperativas de Consumo o centros mercantiles que haya creado o pueda crear la CNT.

9.- Las Mutualidades de Seguros, Mutuas de Previsión y Accidentes, Agencias Sindicales Administrativa de Seguros.»

La situación fue agravándose desde entonces en los frentes de guerra y el máximo esfuerzo hubo que dedicarlo por entero a la misma, debido a lo cual los propósitos de los sindicatos aprobados en el Congreso de Valencia no pudieron llevarse a cabo. La derrota militar no nos ha permitido tampoco conocer la culminación que, principalmente en Cataluña, habrían tenido las colectivizaciones y sindicalizaciones.

5 El proceso contra el POUM

Declaraciones de Juan Andrade

a. Declaración de Juan Andrade Rodríguez. En Madrid siendo las diecisiete horas del día trece de julio de mil novecientos treinta y siete, comparece el que dice ser y llamarse como al margen se expresa, hijo de Adolfo y Vicenta; de treinta y nueve años de edad, casado, natural de Madrid, profesión periodista y con domicilio en la P. Trilla, nº 1 de Barcelona, el que interrogado convenientemente manifiesta que es vocal del Comité Ejecutivo del POUM. — Que dicho Comité no había dado ninguna orden anteriormente y con respecto al movimiento ocurrido durante el mes de mayo en Barcelona; pues éste se llevó a efecto de una manera que según el declarante era equivocada. — No sabe que fuerzas pertenecientes a la División Lenin, compuesta toda ella por afiliados al POUM y que estaban en las trincheras del frente de Huesca, abandonando sus puestos, se dirigieron hacia Lérida, suponiendo que estas fuerzas llevaran armas. — Que después del movimiento el Comité Central no la sancionó y si hizo una declaración pública de que en vista que el movimiento había sido espontáneo que únicamente considera como colaboradores revolucionarios los que están afiliados a los partidos políticos POUM y FAI.

Que la política que desarrolla el PSUC la cree democrática pequeño-burguesa. — Que no está conforme con la política desarrollada por el Gobierno actual de la República, por no seguir ésta una línea marxista. — Que dice ser la línea política del POUM distinta a la de Trotsky, pero sin embargo para el que declara Trotsky no es un traidor sino más bien al contrario un camarada mejor que Stalin y desde luego mejor que cualquiera de los dirigentes del PSUC, así como los que hoy componen el Gobierno de la República. — Que el declarante como miembro del Comité Ejecutivo no sabe nada referente a la petición por David Rey y dirigida a Nin del papel con el timbre de la Generalidad. — Que tampoco sabe que esta comisión mandada a Méjico haya recogido las cantidades recaudadas a la República Española. — Que no recuerda tampoco la carta en la que se piden pistolas, o en su defecto dinero para comprarlas, y dirigida al Comité Ejecutivo.

Que no sabe ni ha creído ni cree que algunos de los extranjeros que trabajan con el Comité Ejecutivo del POUM sean agentes de la Gestapo, pero que no niega que pueda haber alguno de los afiliados al partido pero desde luego si existe éste no trabaja directamente con el Comité Ejecutivo. — Que tampoco sabe que ninguno de estos extranjeros tuviesen insignias «hitlerianas». — Que las armas que se emplearon en el movimiento de mayo eran las existencias en Barcelona para la defensa del partido y sus locales y que una vez terminado esto y al saber lo dispuesto por el Gobierno del registro e incautación de éstas las mandaron al frente para que estuvieran mejor utilizadas. — Que está en contra de las posiciones del Gobierno de la República legalmente constituido en cuanto se refiere al aspecto político. — Que no tiene más que decir que lo dicho, se ratifica y afirma que en prueba de ello y de conformidad con la presente declaración firma ésta una vez leída en Madrid en fecha «ut supra» (pp. 56-57).

b. Juan Andrade Rodríguez. Que me ratifico en la declaración mía que figura en el atestado policiaco. Que no reconoce como existentes en el local del partido dieciséis fotografías panorámicas de los frentes, que el fiscal muestra. Que niega también que en el local del partido hubiera el código telegráfico que le muestra y las claves supletorias. Que recuerdo a A. Moya como militante del partido y que cree estuvo alguna vez en París. Que conoce a Jordi Arquer y en cuanto a Puig hay varios en el partido y no sé a cuál puede referirse. Que no conoce la letra de Moya, por haberle tratado muy poco. Que el partido no ha mantenido correspondencia acerca de venta de joyas o de billetes estampillados. Que quizá se le encargase a Moya alguna gestión para comprar armas, cuando los partidos tenían que atender al equipamiento de sus milicias, pero que no se llegó a concretar nada porque la mayoría de las ofertas eran timos. Que Juana Maurín era la representante del partido, pero que jamás se escribían con ella en clave. Que las cartas a Juana se las enviaban por correo ordinario y otras a mano. Que nunca se [dio] a nuestras secciones instrucciones en clave, por correo o personalmente. Que en el subsecretariado internacional trabajaban unos 15 extranjeros y que con ese motivo entraban y salían otros extranjeros a visitarles. Que su aboga-

do Benito Pabón los ha visitado a Bonet, Gorkin, Rebull y a él dos veces en la prisión, la última el miércoles, para tratar de los problemas de abogados en su caso (pp. 65-66).

c. Declaración de Juan Andrade. Terminado el interrogatorio del inculcado comparece Juan Andrade Rodríguez, de cuarenta años de edad, natural y vecino de Madrid, de profesión periodista y casado, habiendo sido procesado numerosas veces y dos de ellas condenado. A preguntas del fiscal manifiesta: que era colaborador político de *La Batalla*, en donde publicaba las notas que recogía del ambiente político internacional y las comentaba; que pertenecía al Comité Ejecutivo desde el día 23 de julio y al Comité Central cuando las elecciones, recordando que el POUM fue a ella de acuerdo con las demás organizaciones obreras; que el partido no aceptó íntegramente la línea del Frente Popular y sólo aceptó el pacto para ir a las elecciones y derrotar al Gobierno, pero salvando siempre su responsabilidad en lo que se refería a la política conjunta del Gobierno de dicho Frente Popular...

Que al decir en sus comentarios que el Parlamento no representaba nada y al propugnar por la constitución básica de un gobierno obrero y campesino, no quería decir que considerara ni que ellos consideraran como contrarrevolucionario al Gobierno, pues estimaba y sigue estimando que el Parlamento está superado por los acontecimientos y que ha habido un cambio profundo en la situación y en las fuerzas que intervienen en el movimiento revolucionario; que no es cierto que su partido adoptara una actitud violenta contra el Gobierno de Largo Caballero aunque sí lo combatieron porque al no estar el partido representado en el Gobierno tenían reservado el derecho de crítica; que no recuerda combatieran la constitución de un ejército regular, aunque es posible que lo hicieran, pero nunca *La Batalla* se expresó en sus editoriales contra el ejército regular, pues lo que ellos pretendían era la creación de un ejército dimanante del pueblo; que en noviembre del año treinta y siete se encontraba en Barcelona con Gorkin...

Niega rotundamente que ambos se entrevistaran con el jefe de una organización de Falange Española, llamado Fernández Golfín; que a éste lo conoció en la cárcel y que el plano milimetrado que se descubrió a esa organización lo conoce por

haberlo visto publicado en un libro; que no es cierto organizaran desde la prisión de Valencia un atentado contra Prieto, así como tampoco contra los jefes militares Walter y Modesto; que no conoce a Xifra Riera, ni tiene la menor idea de quién pueda ser y que no es cierto entregara un plano de un lanzabombas que utiliza el ejército a un agente de Franco llamado Joaquín Roca; que en el POUM habían afiliados muchos extranjeros, pero no tantos como se supone, y que desde luego lo eran Victor Serge, (Kurt) Landau y Marceau (Pivert); que la frase arma al brazo que se menciona en el manifiesto de primero de mayo no debe interpretarla el fiscal en una forma demasiado literal pues «arma al brazo» se ha empleado siempre que se quiere decir que la clase trabajadora debe estar alerta a todo atropello realizado contra sus propios intereses, y principalmente en aquellos momentos por los elementos afectos a un determinado partido...

Que es cierto que los obreros tenían armas para la custodia de sus locales al igual que todos los partidos; que al hablar en sus artículos de ciertos sabotajes del Gobierno al frente de Aragón era porque creían que dicho frente estaba insuficientemente armado y que se podían haber perdido algunas operaciones en el caso contrario; que no es cierto que sus escritos estuvieran dirigidos a fomentar una provocación a la clase trabajadora, pues lo que pretendía era defender las conquistas de ésta y no incitar al pueblo a que se levantase porque estimaba que la clase trabajadora tenía posiciones tan fuertes que no había necesidad de ello; que la crítica contra la justicia y los tribunales populares de Barcelona la hicieron porque habían tenido conocimiento de que los tribunales se habían producido en algunos casos con cierta benignidad para los adversarios fascistas; que ellos siempre propugnaron por la creación en el ejército del mando único y que éste no se prescribiera al estilo de las viejas normas; dice que la guerra no la conceptualon nunca como una guerra de invasión, sino en principio como una guerra civil, en donde la parte contraria cuenta con la solidaridad de unas potencias convertidas en enemigos nuestros, pero en principio no están conformes, en términos genéricos, en llamarla una guerra de invasión y que si están en contra de las fuerzas invasoras es más que nada, y aparte de la invasión, por la ideología que representan. En este momen-

to y siendo las trece horas y quince minutos, el Sr. Presidente suspende la sesión para continuarla en el día de mañana a las diez horas (pp. 193-195).

d. Día 13 de octubre de 1.938, once de la mañana. Sigue Juan Andrade Rodríguez. Nos referíamos ayer a la cantidad de extranjeros que estaban junto al POUM. — No cree que aumentase la afluencia de extranjeros al POUM.

El grupo de ingleses llegó con mucha anterioridad a aquellos días. Controlaban este ingreso los dirigentes de sus respectivos partidos.

Absolutamente cierto, no había ninguno que perteneciera a la Gestapo. El procesado trató con algunos de estos extranjeros.

Agregado al POUM no había ningún grupo leninista bolchevista que es independiente a nuestro partido. He leído algún número de *Le Soviet*. Es incierto que lo que se decía en *Le Soviet* apareciera en *La Batalla*. Incidentalmente puede que hubiera alguna relación en ciertos aspectos entre nosotros y los partidos socialistas y comunistas.

El POUM tenía una radio en Barcelona y otra en Madrid y no puede precisar hasta qué fecha funcionaban las radios. Supone que la radio de Barcelona funcionaría hasta su detención y la de Madrid hasta el mes de enero del 38.

Estaban controladas por un miembro de la confianza del Comité Ejecutivo y que conocía la actuación política de lo que hablaban por la radio.— De ninguna manera se emitían noticias por la radio al campo faccioso.

No recuerda concretamente si había muchos efectos de la Deuda Pública en los locales del POUM porque las funciones de un miembro del Comité Ejecutivo no es ejercer un registro, un control directo de todos los locales del partido, pero es muy fácil que hubiera efectos de la Deuda Pública. Ignora que la policía se incautase de efectos públicos por valor de millones. No recuerda que se comisionara a nadie en Francia para negociar allí billetes españoles. A Portela no le conoce porque el que figura en el sumario es un miembro de la CNT. A A. Moya sí le conoce. Al Portela que está en Francia no le conoce ni pertenece a su partido. Vuelve a insistir en que el Portela

que conoce no está en Francia sino en Valencia, precisamente detenido en estos momentos. No conoce a ningún Portela miembro del partido. El fiscal hace un cargo al procesado que la Presidencia le deniega. A Molins i Fábrega sí lo conoce.

Ignora si se remitió un sello en seco para poder sellar los billetes y si les pidieron mandaran billetes de 1.000 pesetas. Los ingresos que tenía el POUM en metálico son los naturales en todo partido. En el partido del POUM como en los demás partidos los ingresos naturales son las consignaciones y en los tiempos en que vivimos de revolución aquellos que se derivaban de ocupaciones. La cotización del POUM no puede determinar si alcanzaba a mucho.

Es funcionario de Hacienda y trabajaba durante todo el tiempo. Se autorizaba a los que tenían trabajos en organizaciones para que trabajasen en sus respectivas organizaciones y partidos. Como militante del partido trabajaba autorizado como funcionario. Cobraba en el Ministerio de Hacienda. En el partido no era un funcionario de Hacienda. El Presidente en vista de este debate dice que este asunto está completamente aclarado.

El POUM tenía efectivamente además de *La Batalla* varios periódicos y algunos se publicaban en el extranjero, como la revista *Juillet*. Un periódico en inglés se editaba en *La Batalla*. En la imprenta no se publicaban todos los periódicos del partido porque las rotativas no lo consentían. Eventualmente se daban trabajos a varias imprentas, la Editorial Marxista de la que era yo el director. En distintas imprentas se publicaban las obras de la Editorial Marxista. Nosotros pagábamos todas las obras, y ya he manifestado al Sr. Fiscal de donde se sacaban los fondos para esos gastos.

—¿El dinero no venía del estado mayor alemán? «No.»

—¿Existían individuos de Falange dentro del POUM? «Ninguno.» Ahora absolutamente seguro no podía estarlo porque no lo puede estar ningún partido.

—¿Los militares del POUM estaban perfectamente controlados? «En aquellos tiempos no se pudo controlar perfectamente a todos los milicianos. Se les exigían los avales de organizaciones y partidos.»

Recuerda que en abril del 37 en el Cuartel Lenin no había una división del POUM sino una división del ejército regular.

Los que avalaba el POUM sabían perfectamente la procedencia de ellos pero para la división no tenía que avalarlos porque era una división del ejército popular, aun cuando en los casos de militantes conocidos los avalaba. Dice que es posible que conozca la letra de Arquer. El fiscal pide que al folio del sumario vea una carta manuscrita por Arquer. El Presidente no cree conveniente que el procesado identifique un documento de Arquer.

Desconoce que tuvieran falangistas en el partido y lo niega rotundamente.

Cuando los sucesos de mayo estaba en el local del Comité Local de Barcelona y no tomó parte en los sucesos. No ha dirigido ningún asalto ni estaba dentro de sus facultades. — No ha sostenido ninguna conversación con el director de la radio de Cataluña, ni le conoce ni tiene la menor noción de él. Está absolutamente cierto de eso. Su actitud fue la que queda reflejada en aquellos acuerdos que adoptó el Comité Ejecutivo. Antes de primero de mayo no se adoptó ningún acuerdo en el cual ya se preveía el «putsch» de primero de mayo. Es posible que se celebrasen algunas reuniones pero concretamente no conoce las reuniones de marzo y otras que se celebraron por el comité. Los delegados ejecutivos del comité es posible que fueran Rovira y Arquer.

—¿Asistía frecuentemente a las reuniones Arquer? No recuerda si estaba todavía en Barcelona o en Valencia en aquella fecha cuando la inauguración de la Academia de Lérida. No sabe dónde se tiró *La Batalla* los días 4, 5 y 6, pero sabe que se tiró. Es posible que en *La Batalla* del día 4 se indicase a los trabajadores que continuasen en sus puestos. — Es cierto que también se dijo que se retirarían las fuerzas siempre que se retirara la fuerza pública y se dejaran las armas en poder de los obreros.

Sabe que había dentro del Cuartel Lenin fuerzas, pero no sabe si era la 135 Brigada Mixta o cuál, y no recuerda ni cree que salieran a la calle estas fuerzas. Si estuvo en el local del periódico no pudo conocer los vendedores que divulgaron el periódico.

Antes del 3 de mayo existía un estado bastante efervescente en Cataluña y era debido a la campaña y a los procedimientos que empleaba un partido de Cataluña.

—Ya dije ayer en mi declaración que se habían producido incidentes, que la Guardia Civil había tratado de asaltar la jefatura de policía.

No recuerda concretamente si la fuerza pública ocupó la Telefónica. No conocía bien las causas internas del pleito de la Telefónica, lo único que sabe es que los trabajadores que había allí lo consideraron como un acto de provocación y se levantaron contra la fuerza pública. Así lo entendía él y lo entendía la clase trabajadora.

Nosotros no actuamos como provocadores, y si cree que no tenemos fuerza suficiente, ¿cómo podíamos con nuestro solo número lanzar a los trabajadores a una huelga? —No se mandaron consignas por parte del Comité Ejecutivo a los pueblos y a los frentes en absoluto mandaron nada de esto. Niega rotundamente que se enviaran consignas para que se levantaran, es posible que se dijese cuál era la opinión del partido sobre los acontecimientos. El 11 de mayo se reunió el comité ampliado del partido.

El fiscal dice que vea el acta que figura a los folios 819 al 830, y manifiesta: que no puede reconocer el acta como auténtica porque no tiene ningún motivo para reconocerla como tal. La defensa dice que en ninguna parte del acta consta que se celebrara en el local del comité.

El procesado dice que tiene que hacer constar que toda el acta figura en ciclostil, menos los nombres que aparecen todos a máquina y el nombre del procesado que figura escrito a mano. El fiscal interesa que se ponga de manifiesto al procesado el acta que figura a los folios 819 al 835 y verificarlo, como está hecha con ciclostil y no tiene firma ni sello alguno interesa se le autorice para examinarla y conteste después, a lo que manifiesta que no puede reconocerla como auténtica porque no figura ninguna de sus intervenciones. Ha asistido a la reunión pero no puede reconocer como auténtica el acta. El Portela que se menciona en el acta es Luis Portela que se encuentra detenido en la cárcel de Valencia.

No sabe perfectamente hasta qué fecha se publicó *La Batalla*, pero cree que fue hasta los primeros días de junio. ¿De septiembre del 36 hasta abril del 37 se publicó algo clandestino para el frente de Huesca? No tiene una noción exacta. No puede decir de una manera exacta si el periódico íntegro o que

parte de él se pasaba a la censura porque él no conocía la interioridad del periódico.

A preguntas del fiscal de si recuerda un manifiesto del Comité Ejecutivo relativo a las jornadas de mayo, manifiesta que no puede recordar toda la actividad política del partido. (El fiscal lee trozos del manifiesto) y dice que sería cierto cuando está escrito y añade: Ahí no se dice nada que los sucesos de mayo impidiesen el que se realizase una ofensiva, se hace nada más que una consideración de tipo general y cree que el fiscal no puede llegar a esa conclusión.

No recuerda que en el manifiesto de primero de mayo se dijera que el Gobierno actual era un gobierno contrarrevolucionario y después de lo leído por el Sr. Fiscal necesitaría reconocerlo. Después de verlo dice que no puede asegurar que el manifiesto sea cierto. — Ese manifiesto no era una provocación y no puede estimarla como tal puesto que no lo ha reconocido enteramente. Rotundamente niega que el POUM actuara de provocador. Niega que el Comité Ejecutivo haya estado a sueldo del estado mayor central alemán e italiano.

A preguntas de la defensa manifiesta: Que sufrió dos condenas en 1921 a consecuencia de haber publicado un artículo contra la derrota de Annual y otra por un manifiesto clandestino en 1923 sobre la represión de Martínez Anido. Se cumplieron en parte porque se acogió a una Ley de Amnistía. Cree recordar que estaba al frente de Hacienda cuando quedó cesante la primera vez el general Vallespinosa.

Empezó a actuar en los medios obreros en el año 1916 en el Grupo de Estudiantes Socialistas. Ha sido miembro del Buró Político desde 1920 hasta 1927 ininterrumpidamente y director del Órgano Central desde 1920 hasta 1927, y en los años 20 y 21 secretario general. Fue diputado en 1923, candidato romántico en unas elecciones por Pontevedra. A preguntas de la defensa manifiesta que es cierto que escribió un libro titulado *China contra el imperialismo*. Una crítica dura y valiente y además de defensa del pueblo chino y de la política desarrollada allí.

Se me repuso en el cargo de Hacienda y se me abonó el tiempo que yo había estado cesante durante la Dictadura y permanecí en esta situación hasta el advenimiento de la República que volví a mi cargo. Se me pagaron 23.000 pesetas y

eso es lo que le ha servido principalmente para vivir desde que estalló el «Movimiento».

Las Editoriales Marxistas rendían bastante porque hay un gran interés en la lectura y tiene gran cantidad de lectores. En lo que se refiere a la editorial producía fondos. El periódico creo que cubría perfectamente sus gastos. Los gastos de propaganda eran bastante limitados porque los medios de transporte eran fáciles. — Eran los únicos gastos extraordinarios para los cuales podían necesitar dinero. A la burguesía en la retaguardia exclusivamente le dábamos el papel de bajar en beneficio de la revolución.

Valores mobiliarios que pudiera tener el partido. Yo creía que no podía tener ninguno y que ni siquiera eran negociables. De las incautaciones de locales de aquellos elementos conocidos por su significación fascista, tomar de posesiones fascistas aquellos objetos que pudieran servir para atenciones del movimiento e incautación si había de algunos bienes.

Arquer y Rovira, delegados del Comité Ejecutivo. No eran hijos los delegados del Departamento de Guerra, asistían alternativamente.

Como he manifestado al Sr. Fiscal la División 29 del Ejército Popular eran las purezas que había en el Cuartel Lenin que dependían directamente del Departamento de Defensa.

El Presidente pregunta al procesado quién era el encargo de llevar la censura en el periódico, y manifiesta que no lo sabe, que era una cosa interior puramente técnica que no conoce (pp. 195-199).

e. Síntesis de interrogatorio de Juan Andrade Rodríguez; de cuarenta años; periodista; ha sido procesado numerosas veces; dos veces condenado; promete decir verdad; dice que no formaba parte del cuadro de redacción, sino que era colaborador; que tenía a su cargo la sección diaria titulada «Nota política diaria»; en ella recogía Vd. el ambiente político nacional y reflejaba la línea política del partido, trataba de expresar la política del partido; es cierto que *La Batalla* publicaba en «entrefiletos» unas consignas del partido, como por ejemplo: «no queremos que se reúna el Parlamento» o bien «el Parlamento que va a reunirse es un Parlamento de muerte»; y Vd. a este propósito hacía la crítica del Parlamento; también lo es que se

hablaba de que los obreros no debían entregar las armas para ser enviadas al frente... Se decía que los obreros no debían entregar las armas.

Pertenecía al Comité Ejecutivo del partido del que era miembro del mismo, desde el 23 de junio; en febrero de 1936 era miembro del Comité Nacional; recuerda como línea general política del partido la defensa de un acuerdo con el Frente Popular ante las elecciones, *La Batalla* defendía el pacto integral. A la pregunta si recuerda si se siguió con esta tónica hasta que el 3 de septiembre el partido tomó el acuerdo, o el Comité Central tomó el acuerdo de no seguir la corriente populista de Frente Popular, sino oponerse a la misma con la crítica constante. Responde: el partido aceptó el acuerdo relativo al Frente Popular, ante las elecciones.

—*La Batalla* publicó lo siguiente: (aquí texto de referencia). Y desde entonces, ya las columnas de *La Batalla* adquirieron una tónica muy distinta y comenzó a atacar al Sr. Largo Caballero y al Gobierno por él presidido, calificándolo constantemente de contrarrevolucionario. «No es exacto. Nosotros hemos atacado al Frente Popular. Pero sin desconocerlo y perder de vista nuestra responsabilidad. Y conscientes de nuestra responsabilidad y dentro de nuestra línea política, estuvimos, estuvimos de acuerdo con el Frente Popular; y nosotros entendimos que, habiéndose presentado juntos a las elecciones y habiendo cooperado el éxito, el Gobierno aquél era más progresivo que un gobierno de otro tipo. Y el 3 de septiembre, después de una reunión celebrada por el Comité Central, nosotros acordamos perseverar en lo que era nuestra línea de conducta, encaminada a un gobierno netamente obrero. Y por él propugnábamos y por él propugnamos.»

—Hay un artículo publicado el 3 de septiembre del 36, titulado «se ha reunido el Parlamento del 3 de febrero» y en este artículo se dice que el Parlamento no representaba nada y se proponía a la constitución rápida de un gobierno de obreros y campesinos; y se afirmaba que la CNT no tenía opinión conocida. ¿Qué intención le guiaba a Vd. al decir esto? «La intención estaba claramente explicada en el artículo. Yo estimaba y sigo estimando que el Parlamento había de ser una auténtica representación de las fuerzas obreras y campesinas; y habiendo un cambio profundo en los acontecimientos españoles, los

comités eran los que debían asumir el poder, y propugnaba por un gobierno obrero con un parlamento obrero.»

—Es cierto que el Comité Ejecutivo publicó en Barcelona, el primero de mayo, un manifiesto bastante extenso, en el cual se vertían los siguientes conceptos: «obreros de la retaguardia con el arma al brazo, velad por la clase trabajadora». —¿Qué motivo tenía Vd. para decir a la clase trabajadora que «velara con el arma al brazo»? «El Sr. Fiscal se atiene demasiado al sentido literal de la frase “arma al brazo”. En terminología revolucionaria, “arma al brazo” quiere decir estar vigilando.»

—¿Verdaderamente, pero para qué tenían que tener los obreros del POUM el arma al brazo? «Tenían muy pocas y exclusivamente para velar por sus locales.»

—¿No dijeron Vds. que el frente de Aragón estaba prácticamente desguarnecido, poco menos que sin ninguna arma? «Sin llegar a este extremo, es cierto que se hizo crítica de la situación de desatención en que se tenía el frente.»

—¿Y no pensaron Vds. al escribir esto, igual que otras muchas cosas como ésta, en que pudiera servir de conocimiento de la situación para los invasores de España, y, en consecuencia, decidirse a atacar fácilmente por aquel frente? «El argumento no era solamente nuestro. Era de la prensa en general. Y nosotros no lo creíamos, pues de haberlo creído, no lo hubiéramos hecho.»

—¿Y qué finalidad perseguían al escribir constantemente que se intentaba enfrentar a los obreros con los guardias de asalto y carabineros? «Elementos de la Guardia Civil asaltaron la jefatura de policía, porque creían que la Guardia de Asalto estaba controlada por nosotros en Barcelona, como consecuencia del entierro de un guardia civil.»

—¿Y esto lo interpretaron Vds. como una provocación? «Sí.»

—¿Sabe Vd. que la fuerza pública obra siempre por mandato de sus jefes? «No fueron en formación, ni siquiera como acto oficial.»

—¿Pero existía alguna provocación por parte de las autoridades de la Generalidad o del Gobierno Central de la República? «No lo decíamos tampoco por eso.»

—¿Así Vd. interpreta que ni el Gobierno de la República ni de la Generalidad incurrieron en provocación a la clase obrera? «En este caso concreto, no.»

—¿Y qué perseguían Vds. al decir «vigilando en lo sucesivo para que no se pueda permitir la política de compromisos»? Fíjese Vd. que en el artículo se habla de que el Gobierno de Valencia y el de la Generalidad siguen política de compromiso. ¿Qué entendía Vd. por compromisos? «Nos referíamos a la organización económica del Estado.»

—¿No se referían a compromisos militares? «No.»

—¿Acaso el Gobierno Largo Caballero con la CNT ha hecho política contra la clase trabajadora? «Específicamente, no; pero trataba de organizar la economía en cierta forma que perjudicaba los intereses de la clase trabajadora.»

—¿No era esto una provocación al pueblo para levantarse contra el Gobierno? «No tenía sentido de provocación. Era la expresión del deseo de que la clase trabajadora defendiera sus conquistas.»

—Y termina diciendo el artículo de que si Valencia no envía el dinero para las atenciones del frente, estaban dispuestos a desnudar a los ricos en medio de la calle y saquear los cabarets y los almacenes de lujo. ¿Qué querían decir Vds. con esto? «Nosotros estimábamos que no se tomaba en la debida consideración la necesidad de abastecer a los frentes, la necesidad de resolver los problemas de los frentes y de la retaguardia.»

—Y dicen que no se puede tolerar la acción militar de unos políticos renegados, y otros conceptos como los que constan en estos párrafos; (aquí texto de referencia). ¿No era esto una provocación? «No se puede decir que este párrafo final va dirigido contra el Gobierno de la Generalidad ni contra el Gobierno central. Al hablar de políticos, nos referimos a un partido que sigue aquí una política en el sentido que nosotros combatimos.»

—Y abogan Vds. por una organización obrera; por un ejército obrero y propugnaban la supresión del Gobierno legítimo de Valencia y el Consejo de la Generalidad, o sea que excitaban a que el pueblo se levantara contra esos gobiernos. «Nosotros decíamos que la clase trabajadora tenía posiciones muy fuertes y con representantes suyos podía constituirse el Gobierno.»

—Y en otro párrafo se dice que no se puede permitir la actuación de los tribunales a base de perdonar a los espías y traidores en nombre de un falso sentimiento humanitario. ¿Por qué decían esto? «Porque teníamos conocimiento de algu-

nos casos en que se habían producido los tribunales con excesiva benignidad para los procesados. Es decir, esto ha sido una crítica, no sólo formulada por nosotros, sino que a través de una revolución han podido leerse muchas veces en la prensa comunista con una acritud y una dureza de lenguaje mucho más dura que la nuestra.»

—El día 24 de febrero de 1937, lanzan Vds. un manifiesto, también del Comité Ejecutivo del POUM, impreso en catalán. Voy a leer algunos párrafos de este manifiesto y ruego me exponga la intención que perseguían (procede a la lectura del texto de referencia), ¿es decir, que no admite Vd. que el Gobierno de la Generalidad entregue el ejército del frente de Aragón al Gobierno de Valencia? «Es una interpretación caprichosa del párrafo. Yo no veo la relación entre el contenido y el espíritu de ese párrafo y esa interpretación.»

—¿Atribuye Vd. al Gobierno de Largo Caballero la intención de volver a estructurar el viejo ejército? ¿Usted no recuerda que el Ejército Popular, es el ejército de Motril, el que contuvo el avance de los italianos, que es el ejército de Pozoblanco y del Jarama y, al propio tiempo el ejército de Madrid? «Lo recuerdo.»

—¿No se escribió esto con la intencionalidad manifiesta de que estuviera dividido el ejército y esto fuera en contra del mando único que entonces se establecía? «Nosotros hemos sido quizás los primeros que hemos propugnado por el mando único. Y esto no puede interpretarse de ninguna manera en el sentido que lo interpreta el Sr. Fiscal. Lo que queremos decir sobre la cuestión del ejército, como sobre todas las demás cuestiones, puede explicarse en el sentido de que cada partido con arreglo a su matiz, tiene una interpretación. Y nosotros creemos que se han tenido excesivamente en cuenta las viejas normas.»

—Otro párrafo se refiere al concepto de nuestra guerra y dice así: (lee el párrafo en cuestión). Usted ignora que la guerra nuestra es una guerra de invasión llevada a cabo por italianos y alemanes. «Yo no sé el sentido ni el concepto que pueda tener para el Sr. Fiscal la palabra invasión.»

—Guerra nacional es la que sostiene un pueblo que lucha por su independencia cuando le atacan otras naciones, y la guerra puramente civil, es la lucha de dos bandos de distinta ideología política. E incluso pueden llegar a reunirse tres

revoluciones dentro de una propia guerra. Y yo pregunto si Vd. cree que no sostenemos una guerra de independencia, una guerra de invasión. «Nosotros interpretamos que se trata de una guerra civil en principio y la parte enemiga ha contado con la solidaridad de unas potencias que, por el hecho de prestar auxilio a nuestros enemigos, se convierten también en enemigos nuestros. Pero nosotros no estamos ante una guerra de invasión. Y con unas circunstancias determinadas hubiera un gobierno reaccionario, o hubiera habido un gobierno reaccionario y la Unión Soviética hubiera resuelto mandar sus ejércitos a España, hubiéramos estado al lado de ese ejército, desde el momento que era un ejército de la clase obrera internacional. De modo que nosotros estamos en contra de los ejércitos alemán e italiano, no sólo por su carácter de invasores de tropas extranjeras, sino por la ideología que representan.»

—¿Así pues Vd. interpreta que las tropas italianas y alemanas e incluso las portuguesas son simplemente fuerzas que vienen a ayudar a los facciosos? «Son fuerzas fascistas.»

—¿Así pues Vd. interpreta que los italianos y alemanes no pretenden nada de España? «Nosotros creemos que ellos vienen a ayudar a los fascistas porque tienen con ellos una solidaridad ideológica, pero al mismo tiempo, aprovechándose de las circunstancias que ellos encuentran, tratan de aprovecharse de las riquezas de nuestro suelo, y se quedan con lo que pueden.»

—Admitido este principio, vamos a ver el otro párrafo de este mismo manifiesto del Comité Ejecutivo. Aboga por el servicio militar obligatorio, pero nada más que para los obreros y campesinos «y porque el honor de llevar las armas no pueda disfrutarlo la burguesía, a la que hay que darle puesto secundario». Así pues, los ricos quedarían en la retaguardia y los pobres irían al frente. «Con eso nos limitamos a interpretar la constitución de la Unión Soviética, que establece el servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos, y el honor de empuñar los fusiles sólo les corresponde a los trabajadores. Éste es un principio copiado de la Unión Soviética.»

—Y más abajo, dice que se considera una medida revolucionaria el otorgar a los sindicatos la facultad de que no se les pueda reclamar, porque no sean movilizados algunos compañeros, o sea, que los dirigentes de los partidos políticos y or-

ganizaciones, caso de ser movilizados, no vayan al frente, sino que quedaría en la retaguardia. Es decir, que queden en la retaguardia exclusivamente éstos con los burgueses y fascistas. «No; durante los primeros meses de la revolución por todas las organizaciones y por todos los partidos políticos se planteó el problema de que existían en la retaguardia una serie de cuestiones a resolver, para lo cual se precisaba el concurso y la aportación de los militantes, [así que si alguno] fuera necesario en la localidad para continuar al frente de un sindicato o de un organismo, se le reclamará y permanecerá en su lugar.»

Andrade reconoce que en noviembre de 1937 estaba Vd. en España, que fue a Madrid, pero cuando el fiscal dice: «Y en ese viaje a Madrid, ¿se entrevistó Vd. con el jefe de Falange Española, que estaba en una embajada de Madrid, para ayudarle en su labor de espionaje?», responde «eso es un ultraje» a instancia del Presidente precisa, «no me entrevisté».

—La policía por entonces descubrió una organización fascista dirigida por unos individuos que estaban en una embajada. Y uno de los más visibles elementos del espionaje, era uno apellidado Fernández Golfín. ¿Le ha conocido? «En la cárcel.»

—A este Fernández Golfín se le encontró un plano milimetrado en cuyo dorso había un texto cifrado, que se descifró y en él se hablaba del POUM, afirmando que estaba plenamente de acuerdo con aquellos manejos. En ese texto se hace referencia al POUM, y yo le pregunto a Vd., ¿Fernández Golfín y Vd. fueron los que realizaron esa labor con los falangistas? «No.»

—Estando Vd. en Valencia preso, ¿recibía visitas de compañeros de su partido? «Alguna.»

—Las conversaciones eran vigiladas, o bien, por estar considerados como antifascistas, ¿no se les vigilaba? «No.»

—¿Organizaron Vds. en la prisión un atentado contra Indalecio Prieto? «No señor.»

—¿Organizaron Vds. en relación con algunos elementos del POUM la preparación de atentados contra los jefes del Ejército Popular, Walter y Modesto? «No, señor Fiscal.»

—Organizaron Vds. desde la prisión el sabotaje de algunos cañones de armamento de los frentes de Aragón? «Nosotros no hemos organizado nada de eso, ni lo hemos intentado, ni lo hemos pensado.» Añade que no conoce a Xifra Riera ni a Joaquín Roca, que rotundamente ningún enlace del POUM se ha

entrevistado con ninguno de estos individuos. Reconoce que existía en el POUM un organismo dependiente que se titulaba Departamento Central de Guerra del POUM, Comité Central Militar, pero niega rotundamente que entregara a Joaquín Roca una serie de planos del lanzabombas especial de nuestro ejército y unas espoletas entre otras cosas. Responde sobre la presencia de extranjeros en el POUM, que Rosalio Negrete está «en frente a su política», que Kurt Landau no estuvo en el frente porque era un hombre enfermo y flojo de salud.

En atención a lo avanzado de la hora, se suspende la sesión para continuarla mañana a las diez (pp. 284-292).

(F. 13 de octubre de 1938; continúa la declaración de Andrade.)

—¿Niega que hubieran algunos individuos de Falange Española dentro del POUM? «No podía estar absolutamente seguro, no puedo estarlo, como no lo puede estar ningún partido.»

—Los oficiales que salían del POUM, es decir, los militares del POUM, los soldados, los milicianos, como Vd. quiera, ¿estaban perfectamente controlados? «En aquellos tiempos no se podían controlar perfectamente a todos los militares. Se exigían los avales de organizaciones o de partido, y nada más.»

—Pero yo quiero remontarle al mes de abril de 1937. ¿Estaban todos controlados? «Me perdonará Vd., en el mes de abril no había ninguna división del POUM, sino divisiones del ejército regular.»

—Me refiero a los milicianos netamente del POUM. «No había milicianos netamente del POUM. Era una división del ejército regular.»

—Los que mandaba el POUM y los avalaba el POUM. ¿Sabía perfectamente la procedencia política de ellos? «Para la división no tenía que avalarlos porque era una división del ejército regular». Para el Presidente la pregunta parece que envuelve el sentido de si realmente avalaba o no a alguien. «En los casos en que se trataba de militantes conocidos, los avalaba.»

—Cuando era conocido el militante los avalaban Vds., perfectamente. ¿Vd. conoce la letra de Arquer? «Es posible, sí, Sr.»

—Solicito, Sr. Presidente, que se lea el folio 944 del sumario. El presidente pregunta que para qué dado [que] Arquer tiene que declarar; podrá reconocerla el propio interesado.

—El documento dice así: (Es una carta de Arquer, con membrete del comité provincial de Valencia del POUM, fecha 10 de abril de 1937, dirigida al Comité Ejecutivo del partido, denunciando a un tal Rovira). Es un documento que está dirigido al Comité Ejecutivo, y como Vd. pertenecía al Comité Ejecutivo... He aquí un teniente del Ejército Popular que pertenece al POUM. ¿Tenía Vd. antecedente de esto? «Lo ignoro. El procesado (Arquer), cuando declare, ya lo aclarará.»

—Y Vd., perteneciendo al Comité Ejecutivo, ¿no sabía Vd. esto? «¿Vd. cree que es posible conocer a todos los militantes del partido?»

—¿No es más cierto que tenían Vds. falangistas en el POUM para preparar lo de mayo? «Lo desconozco y lo niego rotundamente.»

—¿Dónde estaba Vd. cuando los sucesos de mayo? «En el local del Comité Local de Barcelona.»

—Tomó parte Vd. en los sucesos de mayo activamente. «Activamente, no.»

—¿No dirigió Vd. el asalto a Ràdio Associació de Catalunya? «No la asalté, ni he dirigido el asalto ni estaba dentro de mis facultades.»

—¿No recuerda una entrevista que tuvo con el director de la radio en medio de la calle? «Yo no he sostenido ninguna conversación con el director de la radio de Cataluña, ni le conozco, ni tengo la menor noción de él.»

—¿Está Vd. absolutamente cierto de dicha afirmación? «Absolutamente cierto.»

—¿Vd. se limitó a estar dentro del local social, sin moverse? «Saldría algunas veces; no recuerdo concretamente.»

—¿Su actuación fue que el POUM no continuara el movimiento, o bien que lo continuara? «Mi actitud fue la que queda reflejada en los acuerdos que en aquellos tiempos adoptó el Comité Ejecutivo.»

—¿Se adoptó acuerdo anterior al primero de mayo en el cual se preveía el «putch» del día 3? «En absoluto.»

—¿Vd. recuerda si se celebraron algunas reuniones en Lérida por el Comité Central Militar del partido? «No. Es posible que se celebrase alguna reunión pero no con ese objeto, sino con el objeto de sus facultades dentro de la organización del partido.»

—¿No recuerda Vd. concretamente las reuniones que se celebraron en 14 de febrero y a 1º de marzo? «Concretamente, no las conozco, porque no formaba parte del Comité Militar.»

—¿Quién era el delegado del Comité Ejecutivo en el Comité Militar? «No recuerdo concretamente ahora.»

—¿Era Rovira? «Es posible que fuera Rovira.»

—¿Y Arquer? «Es posible también.»

—¿Recuerda Vd. que salió *La Batalla* los días 4, 5, y 6 y sucesivos de mayo? ¿Dónde se tiró? «No lo sé exactamente, pero sé que salió.»

—¿Escribió Vd. algo en *La Batalla* esos días? «Seguramente.»

—¿No se excitaba al pueblo y a los obreros a que continuaran en la lucha en las barricadas como Vds. decían en el número del día 4? «Es posible. No recuerdo exactamente los términos en que se indicase a los trabajadores que siguiesen en el puesto que habían ocupado.»

—Me refiero a *La Batalla*. «Y yo he dicho que es posible que *La Batalla* dijese eso, es decir que *La Batalla* dijo que se retirarían las fuerzas siempre que se desarmara a la fuerza pública y se retirara ésta y se dejaran las armas en poder de los obreros.»

—Cierto que lo dijo. ¿Vd. sabe que la 135 Brigada Mixta estaba en el Cuartel Lenin. «No lo sé si era ése; sé que había fuerza en ese cuartel.»

—¿En ese cuartel estaban todas las fuerzas del POUM? «Creo que sí.»

—¿Recuerda que salieron a la calle el día 4 de mayo? «No recuerdo ni creo que salieran a la calle.»

—¿No vio Vd. en ninguna calle vender *La Batalla*, que era el único periódico que se vendía? ¿Quiénes eran? «Sr. Fiscal: si le he dicho que estaba en el local del partido no podía conocer a los vendedores de nuestro periódico.»

—Antes del día 3 de mayo, ¿existía un estado efervescente en el orden público de Cataluña? «Bastante agudo.»

—¿A qué era debido? «A la campaña y a los procedimientos que empleaba un partido de Cataluña.»

—¿Hubo alguna provocación por parte de la fuerza pública de Cataluña anterior al 3 de mayo? «Ya dije en mi declaración

que se había producido el incidente porque la Guardia Civil había tratado de asaltar la jefatura de policía.»

—¿Usted recuerda si el día 2 (no el 3 de mayo), el día 2 la fuerza pública ocupó la Telefónica y después se marchó por acuerdo de los partidos? «No recuerdo concretamente eso.»

—¿Usted sabe que lo que Vds. llaman «Asalto a la Telefónica» fue sencillamente la ocupación de la Telefónica, para que el Gobierno de Cataluña y el de Valencia pudieran ellos comunicarse libremente sin control extraño? «No conozco bien las causas internas del pleito de la Telefónica. Lo único que sé es que los trabajadores que allí había consideraron aquello como un acto de provocación y se manifestaron en contra de él.»

—¿Y fue espontánea la manifestación, la reacción? «Así lo entiendo yo y así lo entendió la clase trabajadora y lo sigue entendiendo.»

—¿Y salieron a la calle y levantaron barricadas de una manera espontánea? «No creo que se pueda hacer de otra manera el cruzarse de brazos, yendo a una huelga general. No es posible coaccionar a miles y miles de trabajadores de una manera directa si en ellos no existe la voluntad de cesar en el trabajo.»

—¿No fueron Vds., los del POUM, los provocadores? «Nosotros no actuamos de provocadores. Y, además, si Vd. cree que no teníamos fuerza suficiente, ¿cómo podíamos lanzar a los trabajadores a la huelga?»

—¿Recuerda Vd. si se mandaron algunas consignas por parte del Comité Ejecutivo a los pueblos? «No recuerdo concretamente; pero es posible.»

—¿Y al frente de Huesca? «Al frente en absoluto.»

—¿Mandaron Vds. enviados especiales también a las comarcas para que las comarcas se levantaran lo mismo que aquí en Barcelona? «Niego rotundamente que se enviasen consignas para que se levantaran. Es posible que se dijese cuál era la opinión del partido sobre los acontecimientos.»

—El día 11 de mayo de 1937, en el lugar del Comité Ejecutivo se reunió el Comité Ampliado del partido y se levantó acta, ¿recuerda Vd. eso? «Sí.»

—Obra en el sumario en los folios 819 al 834. ¿Asistió Vd. a esa reunión? «Me parece que sí, no estoy seguro.»

—¿Es auténtica el acta ésa? «No la puedo reconocer como auténtica. No tiene ningún motivo para que se la reconozca,

es, sencillamente, una copia hecha a ciclostil. (...) Sobre el contenido que me interrogue el fiscal. Yo puedo reconocer si es auténtica si figuran mis intervenciones, y por las palabras podría reconocer que es mi pensamiento. (Lectura.) (...) No puedo reconocerla como auténtica porque no figura ninguna de mis intervenciones; y da la casualidad, además, de que al principio en donde se hacen constar los nombres de los asistentes figura mi nombre manuscrito.»

—Si no recuerdo mal, antes de leer el acta, ¿no afirmó Vd. que había asistido a la reunión ésa? «Sí, fui a la reunión. A lo que estoy refiriéndome concretamente es a que el acta no puedo reconocerla como auténtica porque no figuran mis intervenciones (que tuve alguna) y porque mi nombre está manuscrito.»

—Lo demás que se dice, no referente a Vd. ¿es auténtico? «No he tenido ocasión de leerla porque no he hecho nada más que ver si estaba registradas mis intervenciones.» El fiscal insiste en que lea el acta porque son hechos de mucho resalte.

Después de la lectura por parte del secretario de la lectura de un acta de una sesión en el local del comité celebrada en 11 de mayo de 1937. Andrade responde: «Auténtica, no puedo afirmarlo rotundamente. En general me parece que sí.»

—¿Se trató de todo esto? «Sí.»

—¿Se dijeron esas palabras allí, en la reunión? «Exactamente no sé si serían esas, pero parecidas.»

—Ha visto Vd., como ahí, en el acta, se habla de un Portela. Ese Portela, ¿quién es? «Luis Portela, que se encuentra detenido en la cárcel de Valencia.»

—Después de los sucesos de mayo, *La Batalla* continúa publicándose. ¿Hasta qué fecha? «No recuerdo exactamente; pero debió ser hasta los primeros días de junio o últimos de mayo.»

—Posteriormente a la detención de Vd., ¿sabe Vd. si continuó publicándose *La Batalla* clandestinamente? «Creo que los compañeros acertaron a publicarla.»

—¿Vd. recuerda si se publicaron, desde septiembre del 36 hasta abril del 37, algunos escritos clandestinos, revistas, hojas, comunicados, etc., para el frente de Huesca? «No tengo una noción exacta.»

—¿Pasaba todo por la censura? «Todo se pasaba por la censura.»

—¿El periódico íntegro, todas las galeradas? «Eso no lo recuerdo concretamente; pero creo que sí.»

—¿No era más bien que la censura era exclusiva para las noticias de guerra? «No puedo decirlo de una forma concreta, porque yo no conocía el régimen interior del periódico.»

—Vd. recuerda un manifiesto que el 31 de mayo publicó el Comité Ejecutivo relativo a las «jornadas de mayo»? «No recuerdo. Es posible, pero no puedo recordar toda la actividad política del partido.»

—Voy a leerle a Vd. trozos de este manifiesto, a ver si los recuerda. Dice así el manifiesto: «Somos el partido de la Guerra. Después de las jornadas de mayo las cosas han cambiado. Ya no existe la Consejería de Defensa; ya mandan sólo los militares profesionales... y sin embargo...» (Más lectura.) ¿No recuerda Vd. de algo? «Sí.»

—Eso se publicó el 31 de mayo, según la hoja volandera de Vds. «Día llegará en que podamos hablar claro... porque la ofensiva militar determinaría el incremento revolucionario... pasteleen un armisticio o una paz blanca que evite el aplastamiento total del fascismo...» (Más lectura.) ¿Era cierto lo que Ustedes decían aquí? «Supongo que sería cierto, cuando está escrito.»

—Lo [de] si se preparaba una ofensiva en el frente de Madrid, que no pudo realizarse debido a los sucesos de mayo, ¿por qué se adhirieron Vds. a los sucesos de mayo y los fomentaban sabiendo que se iba a producir la ofensiva? «Ahí no se dice que los sucesos de mayo impidiesen el que se realizase la ofensiva. Se hace nada más que una consideración de tipo general que al fiscal no le puede llevar a esa conclusión.»

—Voy a leer otra vez el párrafo: «El Gobierno de Valencia, presidido entonces por Largo Caballero preparaba una gran ofensiva en el frente de Madrid...» (Lectura.) «Que ponga antes de la jornada de mayo no quiere decir que se suspendiera con la jornada de mayo. Se suspendería por causas independientes a estos sucesos.»

—Pero no se efectuó. «Creo que no; pero quién sabe por qué causa interna de orden técnico no se efectuaría.»

—El día 31 de mayo estaba ya creado el primer Gobierno Negrín. Esta hoja dice así: «El Gobierno actual es un gobierno contrarrevolucionario... integrado por todas las fracciones

políticas enemigas de la ofensiva militar... El Gobierno Negrín no es el que necesita la clase trabajadora: es el Gobierno de la tradición militar y de la contrarrevolución en la retaguardia». ¿Es cierto este párrafo final? «No recuerdo estos términos del manifiesto, y ahora, después de lo que ha leído el Sr. Fiscal, necesitaría reconocerlo.»

(El manifiesto figura al folio 192 del expediente de Arquer, y es puesto de manifiesto al procesado.)

—¿Conoce Vd. la letra de Arquer? «Sí, es la letra de Arquer. Ahora, la letra del manifiesto es impresa.» No tiene seguridad de que fuera ese el manifiesto que lanzaron. Reconoce que refleja en cierta forma alguno de nuestros pensamientos, pero no con exactitud entera.

—Esto que hacían Vds. en nombre del POUM, ¿no era una provocación? «Yo no puedo estimarlo como tal, puesto que no lo he reconocido enteramente.»

Andrade recuerda que se tomó un acuerdo respecto a la Juventud Comunista Ibérica, cuando fue creada en el cual se la reconocía como una filial del POUM?

—¿Seguía la misma trayectoria política que el POUM? «Exactamente, pero con cierta independencia, como tienen todas las juventudes en los partidos.»

—El Comité Central del POUM dictó las siguientes normas, hasta que el Congreso decida sobre esta importante cuestión; ¿este acuerdo de Vds. está publicado en *La Batalla* cuando se creó la Juventud Comunista Ibérica? «Estaba ya creada posteriormente, desde antes del movimiento.»

—Esto era ya darle estado social dentro del POUM. Bien. «La Juventud Comunista Ibérica es la organización...» (Lectura.) Todo cuanto ha publicado la Juventud Comunista Ibérica ha seguido, por tanto, las normas del partido del POUM. «En general, seguía todas las normas del partido.»

—En resumen, Vd. niega rotundamente que el POUM haya actuado de provocador. «Rotundamente.»

—Niega Vd. que el Comité Ejecutivo del POUM especialmente haya estado a sueldo del estado mayor alemán e italiano. «No solamente lo niego, sino que lo considero una injuria.»

Presidente:

—Es perfectamente inútil hacer resumen, puesto que están hechas todas las preguntas.

Actúa el defensor:

—¿Quiere Vd. decir al tribunal los motivos de las condenas que Vd. ha sufrido? «He sufrido dos condenas: la primera el año 1921, a consecuencia de haber publicado [en] *El Comunista*, que era el Órgano Central del Partido Comunista, del cual era yo director, un número extraordinario contra la derrota de Annual; y después otra por un manifiesto clandestino, publicado en 1923 contra la represión de Martínez Anido.»

—¿Las dos condenas se cumplieron íntegras? «En parte, porque me acogí a una Ley de Amnistía.»

—¿Quién estaba al frente del Ministerio de Hacienda cuando Vd. quedó cesante por primera vez? «No recuerdo. El que era ministro en 1924.»

—¿No era Calvo Sotelo? «No; todavía no. Creo que era Vallespinosa...»

—En general. ¿Cuándo empezó Vd. a actuar en los medios obreros? «En el año 1916. En el Grupo de Estudiantes Socialistas.»

—¿Usted ha tenido cargos dirigentes en el Partido Comunista Español? «He sido miembro del Buró Político desde 1920 hasta 1927, además he sido director del Órgano Central desde 1920 al año 1927, y en los años 1920 y 21 secretario nacional.»

—¿Usted fue candidato por el PCE en unas elecciones, candidato romántico?... «En el año 1923 por Pontevedra...»

—*China contra el Imperialismo*, que se publicó en España era una crítica contra el fascismo japonés, crítica severa y violenta. «Y además de defensa del pueblo chino y de la política comunista desarrollada allí.»

—¿Últimamente al surgir el movimiento revolucionario, no tuvo Vd. en el Mto. de Hacienda una reivindicación de carácter económico, como compensación a [la] injusticia que se había cometido con Vd. anteriormente? «Al surgir el alzamiento militar se me abonó el tiempo que yo había estado cesante durante la dictadura. La dictadura me declaró cesante en 1924 y permanecí en esta situación hasta el advenimiento de la República que me repuso en el cargo.»

—¿Le pagaron a Vd. legalmente una cantidad bastante crecida? «Me pagaron 23.000 ptas.»

—¿Es eso lo que le ha servido principalmente para vivir desde que estalló el movimiento? «Sí.»

—Las editoriales del POUM, en general, las publicaciones del partido, ¿es que vivían en quiebra, eran malos negocios o rendían? «Rendían bastante, porque hay un gran interés general en la lectura y hoy día los libros de carácter marxista y revolucionario que se publiquen tienen gran cantidad de lectores.»

—En realidad, el partido no necesitaría contribuir en manera alguna al desenvolvimiento de estas actividades editoriales. «En lo que se refería a las editoriales, producían fondos.»

—Y el periódico, ¿sabe Vd. si se desenvolvía bien económicamente? «Creo que cubría perfectamente sus gastos.»

—De modo, que, en realidad, los únicos gastos que se puede decir que hiciera el POUM en el vacío, serían manifiestos, octavillas, que requerían desembolsos... «Sí; y la propaganda, bastante limitada, porque los medios de transporte eran difíciles.»

—Cuando ustedes daban la consigna de «enviar los obreros con las armas al frente», ¿qué papel reservaban a la burguesía en la retaguardia? «A la burguesía, exclusivamente el de trabajar en beneficio de la revolución.»

—Usted, ¿qué tenía en los primeros meses de la revolución y hasta que fue detenido, acerca de los valores mobiliarios que pudiera Vd. tener o que pudiera haber en general, los títulos y obligaciones de sociedades en general que estaban incautados? «Yo creía que no tenían valor y que ni siquiera eran negociables.»

—¿En qué consistían las expropiaciones que hizo el POUM? «En incautarse de locales de aquellos elementos conocidos por su significación fascista, tomar posesión de los locales y coger aquellos objetos que pudieran servir para atenciones del movimiento e incautarse de algunos bienes que pudiera haber.»

—Cuando Vd. ha reconocido que era posible que Arquer y Rovira fueran delegados del Comité Ejecutivo, admitía también la posibilidad de que los fueran cualesquiera otros. Eso quiere decir simplemente que Vd. no sabe quiénes eran los delegados en el Departamento de Guerra. «No eran fijos, como había mucho trabajo para todos los miembros del Comité Ejecutivo, cambiaban.»

—¿No era cierto que, cuando los sucesos de mayo las fuerzas militares más o menos simpatizantes con el POUM, porque

había en ellas un porcentaje determinado de afiliados, eran ya fuerzas militares y en absoluto dependían de Vds.? «Eran la División 29 del Ejército Popular, como ya he manifestado.»

—¿Y las fuerzas que podía haber en el Cuartel Lenin? «Dependían de la Consejería de Defensa.»

—El Cuartel Lenin ¿fue el que entregó el Comité Nacional o Regional de milicias al POUM para constituir sus milicias en el primer momento? «Sí.»

—¿Y tradicionalmente vino siendo influenciado por el POUM? «Como sucedía en los demás cuarteles de Barcelona, que les influenciaban directamente uno u otro partido.»

—La influencia, además del nombramiento de comisario, ¿alcanzaba a alguna otra cosa? «Nada más.»

—¿No es más cierto que si en el manifiesto que Vd. recuerda en parte y cree que puede representar en realidad ideas del partido, ese manifiesto del 31 de mayo del que le ha sido leído un párrafo por el fiscal, que si en él se decía que en primero de mayo había habido proyectos de ofensiva sobre donde fuera, eso no puede suponer que Vds., en primero de mayo, supieran tales proyectos de ofensiva? «Naturalmente, porque serían secretos.»

—¿Es que al POUM se le trasladaban comunicaciones, órdenes o hechos militares, que fueran cosa particular del Ministerio de la Guerra o del ejército del Este? «Como el partido no tenía ninguna intervención en el Gobierno, no tenía posibilidad alguna de enterarse.»

—Cuando Vds. hablan de cosas de esa naturaleza, eran noticias procedentes de... ¿dónde, o qué origen tenían? «Conjeturas, o cosas que sabía todo el mundo.»

Presidente: —¿Quién era el que estaba en el periódico en cargo de lo relativo a la censura para que llevasen las galeras? «No lo sé, porque yo no ejercía cargo de redactor, sino de colaborador.»

P: —Usted, concretamente, ¿no sabe cómo se llevaba la censura? «Era una cosa interior, puramente técnica, que yo [no] conocía.» (pp. 292-304)

6 Andrés Nin. Ofrenda y recuerdo

[La versión francesa de este artículo-prólogo, escrita en noviembre de 1938 desde la cárcel, en Barcelona, fue publicada en una antología de escritos de Andrés Nin, titulada *Les problèmes de la Révolution Espagnole*, París, 1939. Sin embargo, esta edición fue destruida en su totalidad a la entrada de los nazis alemanes en París]

*A Victor Serge⁴¹ y Alfred Rosmer⁴², que como yo,
amaban fraternalmente a Andrés Nin.*

La historia no se detiene en su curso, ni siquiera por la muerte de sus más altos valores humanos. Sin embargo, la política se realiza a través de los hombres, y éstos tienen generalmente una importancia fundamental en el desarrollo de los acontecimientos y en su aprovechamiento político. El hombre ha sido siempre y es un determinante de la Historia; por eso, a través del conocimiento completo de la vida de ciertas figuras verdaderamente históricas, aprendemos a comprender todo lo que fue una época y sus fenómenos.

La historia de las luchas revolucionarias del proletariado mundial registra los nombres de gran número de mártires sacrificados en aras de su ideal de liberación humana y víctimas del odio de la clase enemiga. Pero hay nombres también que se destacan con un significado diferente y con relieve magno. Figuras de combatientes del proletariado internacional que constituyen y constituirán un símbolo, para vergüenza de sus ejecutores, y ejemplo de las generaciones presentes y futuras; luchadores que no perecieron bajo los golpes de la clase

41 Sobre Victor Serge (1890-1947), anarquista solidario con la revolución rusa de 1917 y luego firme opositor del estalinismo y partidario de un socialismo libertario, además de sus varias obras publicadas en castellano, se puede consultar http://www.wikipedia.org/wiki/Victor_Serge y <http://www.fundanin.org/aserge.htm>

42 Sobre Alfred Rosmer (1877-1964), cofundador de la IC y de la Internacional Sindical Roja, expulsado del PC francés en 1924 y amigo de Nin y de Trotsky, se puede consultar: http://www.wikipedia.org/wiki/Alfred_Rosmer y <http://www.fundanin.org/gutierrez17.htm#Alfred>

enemiga, sino asesinados por representantes nominales de la propia clase de donde los mártires procedían y a cuya defensa consagraron la vida entera.

Como Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, Andrés Nin ha muerto en circunstancias especiales y en el momento culminante de la marcha de una revolución de aspiraciones socialistas. Su cuerpo no se ha rescatado, hasta ahora no se ha logrado conocer en todos sus detalles las circunstancias de su muerte. Desapareció para siempre cuando estaba en la plena madurez de su talento, cuando la clase trabajadora española le precisaba más. El odio ha trascendido hasta la tumba. Ni después de su muerte se ha respetado su memoria. Sus verdugos creen exculpar el crimen cubriendo de lodo su vida inmaculada de revolucionario. Al creerlo así, se engañan profundamente y terminarán convenciéndose de su error. La pasión, en medio de la insensibilidad del fragor guerrero, permite que prendan circunstancialmente ciertas mentiras convencionales; pero éstas se marchitan pronto, y afortunadamente, para confusión eterna de sus propagadores. El embuste es de poco alcance como arma política de combate, y demuestra la carencia de otros medios.

La vida de Andrés Nin completa toda una época del movimiento obrero español; en cada uno de los sucesos de esa época estuvo presente Nin; en cada uno dejó huella de su actividad y pensamiento. Su vida estuvo eternamente consagrada a la revolución, a la defensa de la clase trabajadora. Por eso relatar su vida, su obra, su actividad supone hacer la historia completa del movimiento obrero español de los últimos veinticinco años.

Mediante esta compilación primera de sus trabajos literarios, queda prácticamente expuesta, a grandes trazos, su vida y su obra. Su vida, a través de esa declaración policiaca en que su propia sencillez le da un patetismo profundo; su obra, mediante la variada muestra de sus trabajos políticos escritos durante el más intenso período de la historia política española del siglo xx. Por eso, no es mi propósito, en estas páginas que redacto a guisa de prólogo, escribir un estudio completo de la personalidad y la obra de Andrés Nin. Es tarea que quizá aborde más adelante, porque está en mi propósito. No obs-

tante, estas líneas quedarán limitadas estrictamente a una ofrenda, a un recuerdo del camarada y amigo fraternal, y a dar a conocer algunos aspectos de su vida, de su moral, de su carácter, que servirán para destacar la alta significación de su muerte.

Hacía tiempo que la prensa adversaria, la del Partido Comunista, realizaba una desenfundada campaña contra el POUM, del que Andrés Nin era secretario político. Contra él se personalizaba el odio. Un periódico comunista de Lérida decía el 11 de mayo de 1937: «... hay que exterminar a Nin y a su grupito de amigos...». En sentido semejante, aunque con diversa expresión se manifestaban otros periódicos de la misma cuerda. Veníase preparando, concienzudamente, toda la elaboración de un plan. Se centraba en Andrés Nin la atención de la persecución política, porque se pensaba ya en su exterminio físico. La campaña había crecido en intensidad, en proporciones aterradoras, antes de las jornadas de mayo; pero después de éstas, llegó al paroxismo. Se tenía la sensación de un peligro grave constante, de que aquella situación forzosamente tenía que desembocar en un desenlace fatal. Veamos, un poco detalladamente, cómo llegó y aconteció el crimen.

Después de las jornadas de mayo, de la encarnizada represión que siguió, hubo que adoptar algunas medias elementales de seguridad personal por parte de los compañeros más significados. Los compañeros que al servicio del partido militaban en el PSUC nos trasmitían informes alarmantes advirtiéndonos que existía el propósito de atentar contra los miembros del Comité Ejecutivo (CE) del POUM. Los camaradas más íntimos nos apremiaban para que sin pérdida de tiempo tomásemos las mínimas precauciones que garantizasen nuestra vida. Aquellos requerimientos, acompañados de confidencias de buen origen, obligaron a que los miembros del Comité Ejecutivo resolviéramos no comer ni dormir en nuestros respectivos domicilios. Nos instalamos en el Instituto Maurín, donde se habilitaron para nosotros las camas de la antigua servidumbre de aquel aristocrático caserón de la Rambla. Una compañera tenía la misión de prepararnos las comidas. Se eligieron camaradas de probada confianza encargados de nuestra protección y se adoptaron todo género de medidas preventivas.

El acuerdo firme adoptado consistía en que todos los miembros del Comité nos sustrajéramos al contacto público con el partido, hiciéramos vida común en el Instituto Maurín y trabajáramos allí durante todo el día. Pero pronto se quebrantó la consigna, como suele ocurrir siempre en casos semejantes. Primero, porque algunos compañeros del CE entendían que el peligro era sólo para algunos y que otros podían librarse de someterse a precauciones. Éstos apenas cambiaron su vida ordinaria. Los demás sólo unos quince días estuvimos obligados a la severidad de semejante régimen de vida. Inmediatamente, las necesidades del trabajo político cotidiano rompieron nuestro aislamiento, y reanudamos las tareas directas del partido. Seguimos durmiendo y comiendo en el Instituto Maurín, pero durante el día se nos encontraba sin falta en nuestros despachos oficiales del local del Comité Ejecutivo. Sin embargo, las reuniones diarias de la dirección del partido seguían celebrándose en el caserón de la Virreina.

Como de costumbre, el 16 de junio de 1937 se celebró a las nueve de la mañana la reunión del Comité Ejecutivo. Creo recordar que las dos únicas cuestiones que se trataron en aquella sesión fueron: procedimientos a emplear para conseguir la publicación de un nuevo diario legal que sustituyera a *La Batalla* y actitud que debía adoptar Gorkin⁴³ en juicio que tenía que celebrarse al día siguiente contra él, como director de nuestro órgano diario. Sobre el primer punto se adoptaron acuerdos respecto a los resortes legales a que acudiríamos para obtener autorización y poder publicar un nuevo diario en sustitución del suspendido; en relación con la segunda cuestión, Gorkin expuso el criterio que pensaba mantener en el acto del juicio, y su criterio fue aprobado unánimemente.

Quebrantado, como he dicho, el acuerdo de establecernos permanentemente en el Instituto Maurín, después de las reuniones del Comité Ejecutivo, que finalizaban aproximadamente a las once de cada mañana, nos trasladábamos la mayoría a trabajar en nuestros despachos del local del partido, donde siempre aguardaban ya nuestra presencia numerosos camaradas. Generalmente, Nin y yo abandonábamos juntos

⁴³ Era el apodo de Julián Gómez García-Ribera (1901-1987). Para más referencias: <http://www.fundanin.org/agorkin.htm>

el palacio de la Virreina. Recorríamos a pie el corto trayecto que separa un lugar de otro. Por aquellos días había instalado, cerca del local del Comité Ejecutivo, un «stand» para la venta de los libros de la Editorial Marxista. Allí nos deteníamos un momento para informarnos de cómo marchaba la venta. Y enseguida penetrábamos en Rambla de los Estudios 10, y nos instalábamos en los despachos para continuar la tarea.

El 16 de junio hacía cuatro o cinco días que hacíamos juntos nuestro acostumbrado trayecto desde el Instituto Maurín al domicilio social del Comité Ejecutivo. El médico me había aconsejado un régimen de inyecciones para fortalecer mi salud, un poco resentida de «*surménage*» (agotamiento por cansancio). Hacía pocos días que, al terminar las reuniones, me trasladaba directamente a la clínica del Socorro Rojo de nuestro partido, para someterme a tratamiento y volver después a mi despacho. Aquella mañana tardé más en incorporarme al trabajo porque desde la clínica fui al odontólogo. Precisamente me había sometido al tratamiento de inyecciones y al arreglo de la boca, aceptando los consejos de Andrés, que me amonestaba con frecuencia por lo que abandonaba el cuidado de mi salud. «El rendimiento del trabajo de un revolucionario está determinado por el estado de su salud», acostumbraba a decirme.

Cuando aquel día regresaba yo a nuestro local, a la una menos cuarto, mi compañera y dos camaradas me esperaban en sitios estratégicos antes de llegar a él, para evitar que, ignorante de lo sucedido, entrase ingenuamente en el número 10 de la Rambla de los Estudios y fuera también detenido. Apresuradamente, me relataron lo ocurrido. Serían las once y media de la mañana, cuando se presentaron dos oficiales de nuestro partido en el despacho de Nin. Querían comunicarle urgentemente «una cuestión de gran interés». Rápidamente, explicaron de lo que se trataba. Minutos antes se encontraban estos dos militares tomando una cerveza en un bar de la Rambla Canaletas. Se acercó a ellos un individuo, que después supieron era un agente de policía, preguntándoles si pertenecía al POUM. Al contestar nuestros compañeros afirmativamente, el individuo en cuestión les dijo que él era agente de policía y que en unión de otros dos que se encontraban sentados en una mesa del bar habían recibido orden de detener al Comité

Ejecutivo del POUM, a cuyo local se disponía a ir enseguida. Se lo comunicaban así a nuestros compañeros oficiales para que dieran urgentemente el aviso. Con toda rapidez informaron de este hecho a Nin. Desgraciadamente, nuestro llorado camarada acogió escépticamente la información, la comunicó humorizando a algunos camaradas de los que se encontraban en el local, y siguió entregado a su trabajo.

Apenas serían las doce de la mañana cuando, efectivamente, se presentaron tres agentes de policía en el local del Comité Ejecutivo. Llevaban orden de efectuar allí cuatro detenciones: Andrés Nin, Jordi Arquer, Gorkin y Juan Andrade. En el local sólo se encontraba Nin y Gorkin; Nin, en el primer piso, donde tenía su despacho; Gorkin, en el segundo, donde tenía el suyo. Penetraron directamente en el despacho de Nin, que era el más próximo a la puerta de entrada. Le comunicaron la orden que llevaban de conducirlo a la jefatura de policía. Confiado, Andrés no ofreció la menor resistencia. Aprovechó unos minutos, que le permitió la exquisita corrección de estos agentes, para dar a su secretario algunas instrucciones sobre el trabajo pendiente. Tengo la casi certeza de que Nin creía que se trataba meramente de una detención de horas. Mientras esto ocurría, inmediatamente se difundió la alarma por todo el local. Gorkin tuvo tiempo de ponerse a salvo, y también Bonet, miembro del Comité Ejecutivo, que se encontraba igualmente en su despacho de la secretaría administrativa del partido, apenas separado tres metros del de Nin.

Mi compañera, al advertirme de lo ocurrido, me comunicó también que los demás miembros del Comité Ejecutivo se encontraban reunidos ya en el Instituto Maurín y que me buscaban para adoptar acuerdos. Me trasladé inmediatamente al lugar de la cita. Creo que eran todos los que ya estaban reunidos. Al poco tiempo, los compañeros de confianza comenzaron a llevarnos nuevas informaciones, que nos dieron inmediatamente a comprender que la represión era de gran amplitud. Se designaron delegaciones para realizar algunas gestiones. Una representación nuestra se puso al habla con el Comité Regional de la CNT y con el Peninsular de la FAI. La impresión que recogieron fue francamente alarmante. Era una represión de proporciones extraordinarias, que había empavorecido a los dirigentes anarcosindicalistas, puesto que conocían el alcance

que iba a tener, y ante lo que no sabían hacer más que compadecernos como víctimas propiciatorias. Hablaron los dirigentes del movimiento libertario un lenguaje enigmático, sin querer dar precisiones, cosa que contribuyó aún más a destacar ante nosotros la gravedad de la situación.

A medida que transcurrían las horas, se iba precisando más la extensión represiva. A las cuatro de la tarde recibimos noticia de que mi compañera había sido detenida, en unión de la de Gorkin, cuando la mía había ido a visitar a ésta para darle instrucciones en nombre del Comité Ejecutivo. Y así, a través de toda la tarde y de las primeras horas de la noche, nos llegaban informaciones de nuevas detenciones y registros. La principal tarea que nos vimos precisados a llevar a cabo fue la de poner en funcionamiento el aparato ilegal del partido. Se nombraron las comisiones especiales para los distintos trabajos y se adoptaron las mínimas precauciones de seguridad personal.

La noticia más sorprendente, y al mismo tiempo más alarmante, que llegó aquella tarde, fue la de que Andrés Nin había salido en automóvil, camino de Murcia, custodiado por agentes. Si de Murcia se dijo en los primeros momentos, después se aclaró que hacia Madrid. Esta noticia aumentaba la gravedad de la represión y exteriorizaba ante nosotros su intensidad. Pocas noticias podía obtenerse en los centro oficiales u oficiosos, y el que las poseía sentía escalofríos ante la sola posibilidad de que se descubriera que él las había facilitado; por tanto las negaba.

Después de una intensa actividad de todo el día, nos retiramos a dormir a una casa buscada de antemano por los compañeros para los miembros del Comité Ejecutivo, casa tenida por segura. La policía se encontraba allí cuando nosotros llegamos a acostarnos, y no tuvieron los agentes más que invitarnos a seguirles. Nos habían buscado tenazmente todo el día, y, cándidamente, caímos en sus manos. A la una de la madrugada penetrábamos detenidos varios compañeros más en la jefatura de policía de Barcelona.

No es del caso, ni siquiera interesa, la suerte que seguimos los demás detenidos del Comité Ejecutivo: Barcelona, Valencia, Madrid y en cada una de estas dos últimas poblaciones encerrados en sitios distintos. En todos los lugares, cuando

un resquicio de la puerta lo permitía, inquiríamos por Nin a nuestros guardianes. Nadie contesta a la demanda. El silencio como réplica era ya de por sí bastante sospechoso. Nada pudimos averiguar, como tampoco se ha averiguado todavía toda la verdad de la odisea y muerte de Andrés Nin. Sin embargo, no ha sido tan difícil saber lo principal de su enorme tragedia.

Nin salió conducido de Barcelona a las cuatro de la tarde del día 16 de junio de 1937, en un automóvil custodiado por agentes rusos de la GPU y por agentes madrileños del Partido Comunista. No puede asegurarse si la caravana se detuvo en Valencia; pero lo cierto es que rápidamente continuó el viaje hasta Madrid. En la capital, se le recluyó al preso en la *checa* secreta del Paseo de la Castellana. A los dos días, se le volvió a trasladar a un hotel particular y aislado de Alcalá de Henares. Y el día 22 de junio, un grupo de oficiales rusos y polacos de la Brigada Orloff, entonces de guarnición en el Pardo, le arrancó de esta prisión clandestina y le asesinó alevosamente, sin que se haya podido determinar hasta ahora, al menos por nosotros, las circunstancias concretas de su cautiverio y muerte.

De esta triste manera, asesinado seguramente por manos de mercenarios fanatizados, entregó su vida uno de los valores más positivos del pensamiento marxista y de la acción proletaria en España.

Pasemos de largo el tratar cómo los inductores y los cómplices trataron de cubrir el crimen escarneciendo a la víctima. Cogidos en el cepo, descubierto el sangriento rapto, en el colmo del impudor su órgano central pudo imprimir a toda plana: «La fuga del bandido Nin». Pero dejemos también esto de lado porque corresponde a la historia política interna de los meses de junio a octubre de 1938, cuyas páginas bochornosas todavía están inéditas y que, sin embargo, habrá que escribirlas en detalle algún día para que se sepa que fueron pocas, poquísimas, las conciencias que entonces no se domesticaron por el soborno o por el terror. Sin embargo, no hemos de dejar de consignar que a otros también les estaba reservado el mismo camino que a Nin. La indignada ola de protesta que surgió en todo el mundo proletario independiente, detuvo momentáneamente la mano de los verdugos. Se demostró la trascendental importancia de la solidaridad internacional. Su franca y acti-

va acción salvó vidas; pero llegó demasiado tarde para salvar a Andrés Nin.

¿Tenía Nin la sensación exacta de que su vida corría riesgo y de que hacía tiempo que se tramaba su muerte? Creo poder contestar afirmativamente. Conocía de sobra los procedimientos de la GPU, las andanzas de sus agentes por Europa y la alta valoración que le concedían a él como enemigo de la casta burocrática soviética e internacional. Sabía perfectamente que ésta en manera alguna olvida, y que tiene por norma de conducta la liquidación física de sus enemigos más significados. Por esto Andrés tenía siempre una cierta sensación del peligro que corría su vida. Sin embargo, tenía al propio tiempo la seguridad casi absoluta de que los procedimientos chequistas no podían aplicarse en España, y no creía tampoco que la audacia les llevara a éstos a desafiar el escándalo que un atentado contra él supondría.

Nin tenía una extraordinaria estimación por Victor Serge. Éste, a distancia de España, iba pulsando y señalando la evolución, las distintas etapas de la revolución. Siempre, en los tiempos anteriores al 19 de julio, la correspondencia entre Serge y Nin había sido abundante. A partir de la revolución, la relación epistolar adquirió un carácter de «cartas abiertas». Las cartas estaban dirigidas personalmente a Andrés, pero su contenido estaba saturado de consejos y advertencia a todos sus amigos más próximos. Cada carta de Serge era un grito de alarma, eran alertas conscientes; expresaba en todas ellas su angustia ante la posibilidad de una catástrofe. Prodigaba las advertencias a aquellos amigos que estábamos en el centro de la lucha, y nos prevenía contra el desencadenamiento de la venganza estaliniana. (Por cierto, que la mayoría de esas cartas han ido a parar a los folios del proceso instruido contra los componentes del Comité Ejecutivo del POUM. En el acto de la vista, el fiscal las exhibió como prueba inequívoca de que estábamos a sueldo de la Gestapo. Victor Serge, como su agente especial en el movimiento obrero europeo, nos daba instrucciones en su correspondencia.)

Recuerdo bien que al dárme las a leer, Nin casi siempre acompañaba las cartas con una expresión semejante a ésta: «*Victor tiene razón; habrá que adoptar precauciones*». Pero

también inmediatamente se olvidaba de lo dicho y seguía haciendo su vida normal. Sólo volvía a recaer en el tema cuando un camarada lo recordaba o cuando un amigo extranjero aludía a él. El tráfago intenso de la revolución nos hacía perder la noción exacta de lo que ocurría y de cómo se iba perfilando toda la trama del crimen. Eran los camaradas extranjeros, que habían venido a luchar a nuestro lado, los que de vez en cuando se encargaban de volvernos a la realidad, de donde teníamos una tendencia muy pronunciada a apartarnos.

Sin embargo, sería injusto decir que Nin no tenía conciencia del papel político que los agentes de la GPU desempeñan en España y en todo el mundo. Conocía incluso la graduación que la campaña alcanzaría. En el sumario contra el Comité Ejecutivo del POUM, figura una declaración de Nin en que éste recuerda que a raíz de su salida del Consejo de la Generalitat ya sabía todo cuanto ocurriría después. Los hechos confirmaron sus pronósticos; pero no suponía, seguramente, que culminarían en su asesinato alevoso. Creía demasiado en la bondad humana para suponer la existencia de desnaturalizados.

Nin había visto ya la muerte muy de cerca. Fue primero, en la época del terrorismo desenfrenado de las bandas del Sindicato Libre, en Barcelona. Al caer asesinado en 1920 Evelio Boal, secretario nacional de la CNT, Andrés Nin fue designado para sustituirle en el cargo. Amenazado ya antes por el Sindicato Libre, al ocupar el cargo de secretario se agudizó la persecución contra él. Una noche del año 1920, estando juntos Andrés Nin y el significado militante anarcosindicalista, Canela, en el bar El Ciclista, los *libreños* descargaron una verdadera lluvia de balas contra los dos. Desgraciadamente, Canela cayó para no levantarse más porque las balas hicieron blanco en su cuerpo. Nin resultó gravemente herido de un tiro en la ingle. Se lanzó al suelo haciéndose el muerto. Los pistoleros creyeron que nunca más se levantaría, y le abandonaron. Burlados en sus deseos, los asesinos de la patronal catalana, frenéticos de rencor, acentuaron su deseo de asesinarle. Nin se vio obligado a vivir ilegalmente durante algún tiempo, es decir hasta que a mediados de 1921 se trasladó a Rusia para asistir, con una delegación de la Confederación Nacional del Trabajo de España al primer Congreso de la Internacional Sindical Roja.

Vio también otras veces más su vida en inminente peligro de perderla. Esto, ni le asustaba ni le hacía retroceder, a pesar de que sentía intensamente la alegría de vivir. Es la permanente contradicción en que se debate el revolucionario: amando más conscientemente la vida que los demás, no vacila en sacrificar la suya por lograr mejores condiciones de existencia para el conjunto de los mortales.

Como la vida de todo revolucionario profesional, la de Andrés Nin estuvo preñada de dificultades y sinsabores. Fue la suya una verdadera lucha por la existencia. Sus penalidades alcanzaron el máximo grado desde que se reintegró a España en 1930, hasta el 19 de julio. Nin vivió exclusivamente del producto de las traducciones, colaboraciones, conferencias y libros. No percibió desde su regreso de la URSS el menor sueldo procedente de las organizaciones o partidos obreros. Se alimentó exclusivamente con la retribución de sus trabajos literarios.

Decir esto en España, es conocer ya también la vida dificultosa que Nin tuvo que soportar. Tenía que realizar una agotadora jornada de trabajo para ganarse el sustento diario y, después, dedicarse a toda la actividad política. Traducir, traducir, incesantemente, es algo desagradable y penoso; pero lo es mucho más cuando se traduce de encargo, sin poder seleccionar a gusto y con las bajas tarifas españolas de retribución.

Agobiado económicamente caminó años y años, pero sin una claudicación, sin el menor pensamiento de rendición ante la vida. Referirnos a esto no es un elogio póstumo para destacar una virtud, es una verdad sincera para que se comprenda la conducta de un jefe proletario. Porque si han existido pocos a los que podemos ofrecer como modelos de jefes obreros, Andrés Nin era uno y de los mejores. Magnífico ejemplo de devoción al proletariado, de pasión por la ideología, de abnegación en el esfuerzo. Su vida particular era una prolongación de su vida pública, y para nadie existían secretos en su conducta.

Poco antes de octubre de 1934, atravesó una de las situaciones económicas más críticas de su crítica vida. Le iba faltando hasta lo más elemental; la situación parecía sin salida. Un amigo íntimo, que era alcalde de un pueblo de los alrededores de Barcelona, le ofreció el cargo de secretario particular

suyo. Su función escapaba a todo sentido político, se limitaba estrictamente al cumplimiento de tareas burocráticas, meramente administrativas. Para no perecer de hambre, Andrés se vio obligado a aceptar el trabajo que se le ofrecía; pero no sin antes consultar a todos los camaradas sobre si entendían que podía aceptar el empleo. Tenía un concepto firme y leal de la disciplina; pero no a la manera de un *jefe querido* que la entiende como la obligación de todos de someterse a él, sino para cumplirla y para someter a la sanción colectiva sus propios actos morales. Así, antes de dar su colaboración a cualquier publicación que la solicitara, pedía siempre la aprobación de sus camaradas. La determinación adoptada, aunque fuera contraria a su criterio, la acataba sin el menor rencor.

Cuando llegó a España en 1930, los medios obreros en general le tributaron cordial recibimiento debido, quizás, a que entonces no estaban aún las pasiones desencadenadas hasta el extremo de llegar a la injuria y a la calumnia como método diario de lucha. Nadie en absoluto ponía entonces en duda su valor. A pesar de su alejamiento de cerca de diez años, conservaba el prestigio de su austeridad y la consideración casi unánime de mejor teórico marxista español. Su talento político se valorizaba más a medida que su actuación política se intensificaba. Para los que su clarividencia política era sólo una referencia, se convertía en convicción cuando escuchaban.

Así sucedió en el Ateneo de Madrid, con motivo de la conferencia pronunciada por él a raíz de proclamarse la República. Para aquellos intelectuales pequeñoburgueses que constituían el habitual público ateneístico, y para los trabajadores y militantes revolucionarios activos que concurrieron al acto, fue una revelación. Aquella conferencia, de la que desgraciadamente no ha quedado una reseña amplia impresa, fue el programa que Nin y su organización ofrecían a la clase trabajadora española para impulsar y organizar la revolución. Los propios militantes pertenecientes al comunismo oficial que escucharon las opiniones de Nin sintieron reflejado su pensamiento por boca de éste, y no por lo que su dirigente máximo de entonces dijo en la misma tribuna pocos días después.

Como orador, era completo y perfecto. Tenía el don único de seducir a cuantos le escuchaban. Nada más alejado que Nin

del orador frívolo de concepto y fanfarrón de gesto. Sobrio en todo, también lo era en la tribuna. Poseía potencialmente extraordinarias condiciones de elocuencia; pero se disciplinaba a la discreción. No hablaba por hablar, sino para decir algo y para convencer o educar. Su dicción era perfectamente clara, extraordinariamente precisa. Matizaba las sílabas con sonoridad magnífica. Hablaba con la misma riqueza idiomática en catalán que en castellano. Se le consideraba como uno de los mejores conocedores del idioma catalán. Para los castellanos, *su catalán* era tan distintivo que recogía todos sus conceptos. Su castellano era igualmente rico y puro, exento de catalanismos. Y quienes conocen el ruso dicen que lo hablaba con distinguida riqueza de expresiones.

Era a la vez conferenciante y *orador de mitin*. Como lo primero, persuadía; como segundo, apasionaba. Sus cursillos sobre temas de teoría marxista explicados en ateneos y centros obreros eran profundamente atractivos porque acertaba a explicar con amenidad el problema más complejo. Sólo por necesidades y requerimientos del partido se prestaba a ser el *orador del mitin*; pero, al hacerlo forzaba su peculiar manera de ser, porque siempre aspiraba a convencer, no a exaltar. Consideraba al demagogo como el embaucador de los tiempos modernos, y odiaba la demagogia.

Poseía una extensa y profunda cultura, no sólo política y filosófica, sino literaria. No concebía el dogmático hermético que renunciaba a toda lectura que no esté bautizada por los sacerdotes de las secta. Es precisamente esa sequedad dogmática la que da pie a la formación de una mentalidad y un sentimiento que disculpan y alientan los más monstruosos crímenes y los embustes más denigratorios. El dogmático árido es siempre una manifestación de pobreza mental, de visiones y perspectivas muy cerradas. El dogmatismo es una resistencia deliberada a conocer en todos los aspectos al adversario o al simple equivocado; se niega a comprender los sentimientos y las preocupaciones de los demás. La literatura nos facilita la comprensión de conflictos humanos que un revolucionario debe conocer para afinar su sensibilidad. Y esta humanización que las lecturas literarias contribuyen a perfilar, la precisa un renovador social que tenga consciencia de su misión.

De los prosistas castellanos, sentía Andrés una admiración sin límites por Valle Inclán. Releía con frecuencia sus obras y hasta conocía algunas de sus anécdotas personales; su funambulismo de inadaptado la cautivaba. Le seguía en preferencia Baroja, en cuyas novelas comenzamos a sentir la rebeldía todos los revolucionarios de nuestra generación procedentes de la pequeña burguesía. De los poetas actuales, prefería con entusiasmo a García Lorca y Rafael Alberti. Y rechazaba de plano todo el baratillo que se divulga, en España y fuera de España, con el apodo de *literatura proletaria*. Buscaba espacio en sus múltiples ocupaciones y robaba tiempo al sueño, para refugiarse en la lectura de la novedad literaria que era para él también una forma de descanso.

Sin embargo, su mayor pasión la concentraba en la literatura rusa del siglo pasado y primeros de éste. Su entusiasmo no quedaba limitado a la simple lectura de las obras; se esforzaba principalmente por darlas a conocer, por divulgarlas. Su gran proyecto era dar versiones exactas, directamente traducidas del ruso por él, de las obras completas de Tolstói, Dostoievski, Turguénev, Chéjov, Andreiev, etc. En principio, había logrado que aceptase este plan el editor Aguilar, de Madrid. Quería Nin comenzar por Chéjov, que gozaba de primacía en sus preferencias; pero al manifestarse la depresión en el negocio editorial y de librería, Aguilar desistió de sus planes, con gran descontento de Nin.

Algunas veces alternó sus escritos y conferencias de tipo político con otras sobre motivos literarios. En un número de la *Revista de Catalunya*, correspondiente a después de octubre de 1934, se insertó un artículo suyo que era una síntesis crítica de la calidad de la literatura rusa moderna. Aprovechó entonces la imposibilidad de publicar artículos políticos por consecuencia de la represión y de la censura para refugiarse accidentalmente en la crítica literaria de contenido social.

Tanto en la literatura catalana como en la castellana quedan modelos acabados de traducciones del idioma ruso hechas por Andrés Nin. Ha sido el único buen traductor del ruso que ha habido en España hasta ahora. Incluso en este dominio, la muerte de Nin ha dejado un vacío hondo. Porque no sólo era un traductor concienzudo; era también un consejero fiel y escrupuloso de los editores, que gracias a sus indicaciones pu-

dieron en la mayoría de los casos seleccionar las ediciones del ruso.

Su entusiasmo por el catalán le conducía a preferir la versión del ruso a este idioma. Podía conjugar así el culto a sus dos grandes amores: Cataluña y Rusia. Durante su larga estancia en Moscú sentía intensamente la nostalgia de su Cataluña; habitando en Barcelona, no desaparecía de su mente el recuerdo de Rusia. En cambio, nunca le fue grato el ambiente de Madrid: cuando estaba allí se le observaba molesto y deseando retornar a Barcelona. No armonizaba con su temperamento el carácter madrileño.

Para Nin, uno de los mayores valores del revolucionario es su conducta ética en la vida. No en balde había tenido ocasión de apreciar directamente, tanto en la Unión Soviética como en España, la crisis moral que atraviesa el movimiento obrero, en virtud del prevalecimiento de tendencias inspiradas en un sentido profundamente cínico. No apreciaba en el movimiento de oposición sólo una corriente política defensora de la aplicación inequívoca de unos postulados, sino un movimiento renovador de unas costumbres y unos hábitos.

No he olvidado todavía la frecuencia con que insistía en la importancia de la educación moral de la joven generación revolucionaria. Si hablando de alguna cuestión se encolerizaba, era precisamente cuando se trataba acerca de la deslealtad que se manifiesta ahora entre la juventud militante. Tenía en estima especial las características de la generación que surgió a la actividad durante la Gran Guerra y después de ésta, a la formación de la Tercera Internacional, y que constituyó los equipos dirigentes de las secciones comunistas nacionales. Era su generación; se sentía orgulloso de la aportación que ha dado y de que formen parte de ella bastantes de los elementos que en casi todos los países están al frente del movimiento renovador del proletariado.

Observaba Nin en la mayoría de los marxistas una tendencia demasiado pronunciada hacia la suficiencia científica; un engreimiento intelectual que en ocasiones les conduce a no saber cómo tratar a las masas obreras y a operar en el dominio proletario como en un laboratorio. En cambio, apreciaba en los anarquistas condiciones de generosidad y desprendimiento

superiores generalmente a las de los marxistas. El sentido de la solidaridad es para los anarquistas, prácticamente, más hondo y sincero. Andrés creía que una síntesis de las cualidades positivas del marxista y del anarquista, daría el tipo ideal de militante moderno del movimiento obrero.

Era Andrés humano, profundamente humano. Sabía disculpar y comprender. Era rígido y austero en toda la conducta de su vida; pero no era tampoco condenador inexorable de las debilidades ajenas. No alimentaba el cretinismo pequeñoburgués de la moral *pablista*; pero tampoco aceptaba la severidad disciplinaria del comunismo degenerado. Creía que al militante había que aceptarle con sus defectos humanos y no forzarle en exceso para disciplinar sus instintos. Concedía a la educación moral del militante más importancia que a la aplicación fría de las normas disciplinarias. Para él, la tarea consistía en convencer, no en imponer. Y era este concepto el que exponía y en el que procuraba educar a todos los más próximos a él.

En principio, no recelaba del que se acercaba a nuestras filas. Procuraba, eso sí, inquirir su pasado y sus intenciones; pero tendía más a confiar que a sospechar. A este respecto narraré un hecho, que tuvo su importancia posterior.

En el mes de mayo de 1937 se presentó en el local del Comité Ejecutivo del POUM un comisario ruso, perteneciente a una Brigada Internacional. Traía una carta de presentación de nuestros camaradas en Madrid, y su estancia en Barcelona la acreditaba para asistir como delegado directo de nuestros camaradas de las Brigadas Internacionales al congreso del partido. Dicho comisario político era joven, unos 24 años; tenía un aire ingenuo y una cierta simpatía personal. Inspiraba confianza rápidamente. La GPU estuvo acertada en elegir su agente. Los compañeros de Madrid, que nada sospechaban, le dirigieron a mí con una carta de presentación en que le recomendaban muy efusivamente. Cambiamos impresiones, y le interrogué sobre algunos pormenores de su pasado. Francamente confieso que no entré en sospecha alguna. Sin embargo, como el *compañero* era ruso, le hice también la presentación a Andrés, rogándole a éste que después me comunicara su impresión.

No me equivoco al decir que estuvo Nin hablando unas tres horas con el ruso a pesar de que el trabajo que pesaba sobre él era extraordinario. Al salir de la entrevista le pregunté enseguida qué impresión había sacado del *sondeo* a que sometió al ruso. Si mal no recuerdo, la contestación fue: «Un excelente muchacho, tiene toda la ingenuidad del joven ruso; ha llegado a la oposición por instinto, no por una buena educación política; es de fiar».

Desgraciadamente, a todos nos confundió, y a Nin también. Aquel sujeto era un agente de la GPU. Vestía de militar y llevaba siempre en bandolera una magnífica máquina fotográfica, según él regalo de su jefe de división por su buen comportamiento. Sentía el ruso tanta estima por todos nosotros, que inmediatamente de conocernos tiraba una placa para conservar el retrato. Fuimos varios los que no dimos importancia al hecho, y nos dejamos fácilmente fotografiar. El día 16 de junio de 1937, los agentes estalinistas encargados de efectuar detenciones llevaban, para identificar a los perseguidos, las «fotos» que como recuerdo amoroso había sacado el ruso, ingenuo y de agradable trato. Y, según parece, al frente del grupo de oficiales polacos y soviéticos de la Brigada Orloff que secuestró a Nin, iba el ruso de marras con su máquina en bandolera. Con él también apareció muerto algunas semanas después en la cuneta de una carretera próxima a Barcelona. En las «fotos» que esta vez hizo la policía para identificar al cadáver, aparecía el agente de la GPU con la misma sonrisa cándida que tuvo en vida y con la que ejerció el oficio de traidor.

No deja, por eso, lugar a duda ninguna que los que privaron al proletariado español del valioso talento político de Andrés Nin fueron elementos extranjeros fanatizados, secundados por subalternos del país. Que desconocían todo el pasado y todo el presente del ejemplar luchador. Era demasiado respetado hasta por los propios adversarios españoles, para que ninguno con raigambre en las luchas obreras osara la monstruosidad de semejante crimen.

La indomable fiereza revolucionaria de Andrés Nin era compatible con una gran sensibilidad ante la tragedia y el dolor ajeno. La revolución le sometió a duras pruebas. Tuvo que armonizar su pasión en la defensa de la revolución con su senti-

miento por la represión física del enemigo. No titubeó en liquidar a los enemigos para garantizar el triunfo; pero no aceptó jamás la complicidad en la más mínima injusticia.

Le correspondió, a su pesar, ejercer el cargo de Consejero de Justicia de la Generalitat en las semanas culminantes de la represión revolucionaria. Por la calidad de su cargo tenía la obligación de sancionar las sentencias de muerte dictadas por los Tribunales Populares. Los fiscales de estos órganos de justicia eran cuatro, elegidos cada uno por un partido o central sindical. El que representaba al POUM, un obrero que había conocido en el pasado las más encarnizadas persecuciones, se distinguía especialmente por su severidad en la petición de condenas. Generalmente, comparecían entonces ante la justicia revolucionaria los más directos enemigos del proletariado. Y Nin tenía que firmar el «enterado» de aquellas sentencias; «enterado» que suponía la ejecución inmediata.

Antes de suscribir las sentencias de muerte, siempre buscaba Nin al camarada fiscal. Las entrevistas solían celebrarse en un modesto bar donde comíamos bastantes camaradas de partido, entre ellos el Consejero de Justicia y el fiscal de la revolución. Siempre era la misma consulta interrogante de Nin: «¿Pero tú estás realmente convencido de que el condenado es fascista y enemigo del proletariado?». El compañero fiscal le relataba minuciosamente todas las pruebas que había contra el condenado, todos sus antecedentes de enemigo activo del pueblo trabajador. Muchas veces, Nin volvía a pedir aclaraciones sobre algunos extremos, y sólo cuando ante su conciencia aparecía determinantemente clara la responsabilidad cursaba el «enterado».

Habiendo convivido estrechamente con él todos aquellos días de tempestad revolucionaria, participé en ocasiones de su tortura íntima. Los familiares de los condenados a la última pena acudían a mil ardidés para lograr entrevistarse con él en solicitud de clemencia. Las gestiones de esta naturaleza solían realizarlas siempre las mujeres. Andrés no podía rehuir los encuentros; tropezaba con súplicas en la escalera, en el pasillo, en el bar. En su fuero íntimo había siempre el sentimiento sincero por tener que privar de la vida a un semejante; pero su conciencia se imponía el deber revolucionario que no puede

ablandarse ante los enemigos de la humanidad progresiva. Y esta pugna íntima que se entablaba en él, se resolvía siempre justamente, pero no sin emoción y dolor. Hay personas que, aunque militantes revolucionarios de toda la vida, no tienen fácil propensión a endurecer su sentimiento ni en los momentos más frágiles de la lucha, ni con el recuerdo de las injusticias pasadas de los enemigos.

También surgieron algunas críticas, incluso en el seno del partido, porque se estimaba que empleaba demasiado tiempo en el estudio de los expedientes de los condenados a muerte, con lo cual se retrasaba la ejecución y, por tanto, la ejemplaridad. Andrés no prestaba oído a semejantes censuras. Convencido de la rectitud de su conducta, no se ofuscaba por las críticas apasionadas que podían hacerle. Su lema no era, en manera alguna, «Más vale que perezcan cien inocentes a que se salve un traidor». Eso está bien como consigna de un monstruo femenino⁴⁴, pero no como norma de conducta moral de un revolucionario auténtico. Para éste, el temor a equivocarse debe ser siempre el imperativo categórico de su ética.

Era Andrés Nin el arquetipo del ser humano sano de espíritu. No conocía el rencor, ni la necesidad de venganza. Como poseía un alma sana sentía el más olímpico de los desprecios por esos «compañeros» circunstanciales que sienten satisfacción especial por ejercer el cargo directo de verdugo.

Una revolución pone a flote los más puros valores y exterioriza los sentimientos más generosos; pero despierta también a la acción y a la actividad a gentes atormentadas por el odio, que buscan un desquite a su pasado, a veces debido a un complejo de inferioridad. Sobre todo en los primeros tiempos de la revolución, se filtraron en todas las organizaciones y partidos gentes de los que se puede decir, sin hipérbole alguna, que estaban sedientas de sangre. Incapaces de ofrecer su vida en lucha abierta contra el enemigo, se quedaban en la retaguardia para llevar a cabo voluntariamente las ejecuciones, lo que se llamaba en el argot revolucionario, «el paseo». Sentían delectación por el desempeño de empresa tan macabra y se

⁴⁴ El autor se refiere a una famosa declaración de Dolores Ibarruri, *La Pasionaria*, para justificar la represión estalinista.

regodeaban con la narración de los «últimos momentos». Jamás dio Andrés la mano a ninguno de esos «compañeros»; ni siquiera les dirigía la palabra. Sentía repugnancia instintiva hacia ellos. En su corazón no había acogida para el verdugo, de éste o del otro color.

Andrés sabía como nadie crearse afectos. Hasta el enemigo se rendía ante su corrección y su honradez. Jamás fue brutal hacia ningún camarada. Ni ordenó una intriga o una maniobra personal. La lealtad era norma de su conducta. Algunos de los camaradas más próximos le censuraban a veces el tener una predisposición demasiado acentuada a entusiasmarse rápidamente, sin conocerlos aún a fondo, con los camaradas en los que descubría cualidades positivas para la organización. Esta tendencia era cierta en él, y en ocasiones le condujo a disgustos inmensos, a desagradecimientos inconcebibles. Sin embargo, no era una falta exclusivamente suya. Es una propensión muy acentuada en todos los que tienen pasión por su labor política y halla, aunque sólo sea circunstancialmente, elementos útiles para la actividad de la organización. El que después no respondan éstos a las esperanzas despertadas no suele generalmente impedir el que en momentos determinados hayan rendido servicios a la revolución. El movimiento obrero ha conocido muchas aves de paso que después han hecho nido en otro terreno, pero que han dejado en los medios revolucionarios muestra de su actuación pasada que no han sido capaces de borrar a pesar de sus deseos.

Quizás era Nin el último en convencerse de que la ruptura radical era absolutamente necesaria con algunos que habían sido compañeros de ruta. Antes de romper todas las amarras se esforzaba, al igual que Lenin, por atraerle a buen camino, por tenerle en nuestras filas, por educarle, por convencerle. Cuando llegaba a la conclusión de que todo esfuerzo era vano, sin vacilación alguna era el primero en denunciarle y en significar al conjunto del partido la necesidad de la operación quirúrgica. Y lo hacía a veces imponiéndose un esfuerzo de voluntad, pero con pesar en el alma. Así ocurrió, por ejemplo, cuando Izquierda Comunista tuvo que romper inexorablemente con el sujeto del que la organización se había sentido orgullosa en el pasado, que Andrés consideraba como su mejor

discípulo político y que en el transcurso del tiempo se maleó en tales proporciones que hubo que arrojarle de nuestros medios.

Fue su amargura mayor cuando después de una profunda crisis íntima llegó al convencimiento absoluto de que no podía tener nada de común en lo sucesivo con León Trotsky. Las discrepancias con él se manifestaron, primeramente, en el dominio político. Quizá con el tiempo se hubiera llegado a superar la discrepancia o, por lo menos, a poder conservar la vieja estimación, independientemente de que no fuera completa la identificación política. Pero esto era ya imposible. A través del tono y del procedimiento de la polémica, como una revelación repentina había descubierto Andrés en Trotsky tan enormes defectos morales y humanos que hasta el menor afecto había desaparecido hacia el antiguo camarada. Para Trotsky la verdad no existe, sólo hay «su verdad». Falsifica los hechos y hasta las fechas, para tratar de demostrar «su verdad».

Cuando el 16 de junio fue detenido Andrés, llevaba en el bolsillo de la americana un ejemplar del último número del órgano trotskista de París *La lutte de classes*. En él se insertaban dos artículos de furibundo ataque, en general contra su partido y, en particular, contra Nin. Eran, pura y simplemente, deformaciones conscientes y completas de la verdad. Uno estaba suscrito por el propio Trotsky, el otro por un epígono. La repugnancia al leerlos no disimuló en Nin el dolor que le causaban. Dolor, no por los ataques en sí, a los que todo viejo revolucionario está bastante acostumbrado; dolor porque un movimiento político iniciado bajo la consigna del restablecimiento de la moral revolucionaria degenerara tan rápidamente como para llegar a copiar y perfeccionar los vicios más nefandos de la corriente que dice combatir. En los últimos meses de su vida constituyó una amargura política permanente el ver cómo el ciego sectarismo de Trotsky no detenía su pluma, ni aun sabiendo que faltaba a la verdad.

Al conocerse el asesinato de Nin, publicó León Trotsky un pequeño artículo de protesta; un artículo frío, puramente formulario, más para combatir a sus enemigos políticos, que eran también los de Nin, que para tributar un recuerdo al revolucionario íntegro asesinado en el cumplimiento de su obligación. Sin embargo, Nin y sus compañeros de persecución no escatimaron ante sus perseguidores, ni ante el tribunal, el

reivindicar la honestidad política de Trotsky. Son dos concepciones políticas de conducta que revelan igualmente dos métodos de actuación diferentes.

Lo mismo que si el distanciamiento político le obligaba a romper daba este paso, reanudaba Nin también las relaciones cuando el partido lo precisaba o cuando se habían amortiguado las discrepancias. Tuvo durante muchos años una amistad entrañable con Joaquín Maurín. En 1931 surgieron entre ellos profundas diferencias que les condujeron a una separación rotunda, con gran pesar por parte de ambos. El desarrollo posterior de la revolución española y el alineamiento de las fuerzas proletarias operado después de la Revolución de Octubre de 1934, dio lugar a un acercamiento, primero, que culminó después en la fusión de los dos partidos de los que eran exponentes máximos Nin y Maurín. Y al encontrarse de nuevo en el mismo partido, se reanudó la relación amistosa con la misma cordialidad que había existido antes de la ruptura. En ninguno de los dos había quedado el menor poso de odio o rencor. Su conducta en el partido fusionado fue desde el primer momento de franca y absoluta fidelidad. El sentimiento fraccional que subsistió al principio de la fusión en algunos camaradas de su antigua organización, encontró en Nin su enemigo más resuelto y el partidario absoluto de la identificación completa de las dos corrientes.

Pasaron algunos meses de la revolución hasta que una mañana de intenso sol estival nos separamos con el propósito de volvernos a encontrar tras de algunos minutos. Ni él ni yo sabíamos que aquella mañana se iba a jugar nuestra propia suerte, que era nuestra despedida definitiva: él hacia la muerte, y yo hacia la peregrinación carcelaria. Pero ni un solo momento durante dichos meses dejó de nombrar, de inquirir noticias, de consolarse con el recuerdo de los camaradas más íntimos que quedaron a merced del enemigo en la zona franquista. Les añoraba con el más fraternal de los cariños, con la más franca camaradería. Bástale conocer a cualquier huido del terreno fascista para inmediatamente interrogarle pidiendo noticias de éste o de aquél.

Como losa de plomo abrumaba su alma el recuerdo de todos los camaradas fusilados por los fascistas. Luis Rastrollo, Julio

Herrera, Juanito Rodríguez, Manolo Sendón y tantos otros sacrificados en el altar del franquismo. Lejos de su pensamiento estaba entonces que él pudiera seguir la misma suerte. Es decir, peor. Porque de aquéllos no se trató de desacreditar sus nombres. El fascismo les sacrificó en calidad de lo que eran: sus mortales enemigos. Y a Nin se le ha injuriado, se le ha vilipendiado antes y después de muerto.

No hubo posibilidad en diez meses de obtener noticias concretas sobre la suerte corrida por todos ellos. Eran generalmente informes vagos los que nos daban por segura la ejecución de los camaradas; pero a falta de una confirmación rotunda, alentada siempre la esperanza. Por cierto que de la muerte de X., secretario de la sección del POUM de una capital castellana, tuve noticias en circunstancias especiales y de forma original. X. tenía 23 años de edad. Se había casado en 1934 con una compañera de 18, perteneciente a la clase media local acomodada y a la que él educó en el amor a la revolución y al proletariado. Nuestro compañero era, desgraciadamente, demasiado conocido en la población. Al estallar la sublevación militar-fascista pudo librarse durante algún tiempo de la persecución refugiándose en el campo. Sin que todavía sepamos cuándo ni cómo terminó siendo apresado y fusilado. Llegamos a conocer esto después del 16 de junio de 1937. Hasta su muerte, Andrés vivió con la preocupación de la suerte corrida por nuestro compañero; abrigaba esperanzas y, por lo menos, creía poder llegar a conocer la verdad fiel de lo ocurrido.

Estando yo en la cárcel de Valencia, y después de mil peripicias, llegó a mí poder una carta de la viuda de X. Seguramente, allí, en tierra fascista, entre los papeles de su compañero, había encontrado una vieja dirección de un camarada de París. Escribió a ella una carta para que la transmitieran. La carta comenzaba expresando su duelo por el asesinato de su compañero. A continuación, a través toda la carta de un lenguaje figurado para burlar la censura fascista, manifestaba «su doble pena por lo sucedido a nuestro querido Andrés». He aquí cómo la fatalidad hizo que antes de conocer Nin los detalles de la trágica muerte de X. conocieran *allí* los de la suya.

Era sensible a la menor desgracia de un compañero. Nunca había en su conducta de camarada sensiblería o falsedad;

siempre era un noble sentimiento el que se expresaba en su conducta. [Con] cada camarada caído en el frente era una gran pesadumbre la que le embargaba. Durante semanas y semanas padeció también tiernamente pensando en el triste fin de los compañeros poumistas que cayeron defendiéndose valerosamente en el interior de la catedral de Sigüenza. No hablaba en un mitin sin hacer en su discurso una invocación al recuerdo de aquellos camaradas. Eran gente joven que se habían educado en la escuela política de Nin, por el que sentían profunda devoción, admiración y respeto. ¡Cuál no hubiera sido su sentimiento al conocer cómo la represión ha dado fin a la vida de tanto y tanto camarada abnegado!

El recuerdo hacia los camaradas no lo olvidaba ni con el transcurso de los años. Nin conservó siempre un recuerdo fiel a la memoria de Salvador Seguí. Le había conocido de cerca e íntimamente, había tenido ocasión de saber todo su soberbio talento; había apreciado sus dominantes condiciones de gran agitador de masas obreras, había convivido con él en las épocas más turbulentas del sindicalismo catalán. Salvador Seguí era para él un modelo acabado de dirigente revolucionario, surgió de las propias entrañas de la clase obrera. Uno de los proyectos literarios de Andrés era escribir un libro en torno a la figura del *Noi del Sucre*, para lo cual tenía alguna documentación compilada y el recuerdo de muchos aspectos de su vida y obra. Pero aunque no pudo dar cima a este proyecto, todos los años, al cumplirse el aniversario de la muerte de Seguí, algún periódico obrero publicaba un artículo de Nin recordándole. Así honraba la memoria del compañero de otros tiempos.

Durante su larga carrera de escritor marxista revolucionario, tuvo que consagrar gran parte de su actividad literaria a censurar o criticar aspectos de la ideología y de la actividad anarquista. Lo hizo siempre con la pasión del que está convencido que defiende la verdad; pero sin dar jamás a la polémica un tono agrio, ofensivo o despectivo. Sin embargo, poseía una profunda estimación por los militantes anarquistas. Conocía el movimiento anarquista internacional, pero esencialmente el catalán en todos sus detalles. Conocía a los hombres y sus hechos; los acontecimientos más relevantes y sus repercusiones; las asambleas de más significación y sus discusiones y

acuerdos. Sentía verdadera veneración hacia las figuras más señeras, y estaba lleno de agradables recuerdos de su época de militancia anarcosindicalista. Ya he dicho cómo apreciaba en los militantes libertarios sus excelentes cualidades. A pesar de todas las contingencias de la lucha política e interna del movimiento obrero, conservaba la amistad y la estima hacia muchos de los más caracterizados, lo que explica que su muerte despertara la más recia protesta entre muchos dirigentes libertarios.

El no estar identificado políticamente, de manera total, con algún militante revolucionario, no era óbice para que mantuviera con él una estrecha y amistosa relación. Sabía como nadie mantener las discrepancias en el terreno de la polémica cordial, sin ahondar más la divergencia con separaciones personales. Sólo tenía en cuenta la sinceridad y los procedimientos con que las concepciones se defendían.

Por ejemplo, Nin discrepaba bastante esencialmente de algunas posiciones políticas de Kurt Landau, principalmente de la interpretación de la actual «crisis rusa» y de la actitud a adoptar ante ella por el movimiento revolucionario de oposición. Pero al propio tiempo, sentía una extraordinaria estimación y admiración por Landau. Estimaba ante todo su gran rectitud moral, su privilegiado talento teórico, que hacía de él uno de los mejores pensadores del movimiento marxista internacional. Desgraciadamente, los dos, Nin y Landau, hallaron la muerte en circunstancias igualmente criminales y semejantes.

Las costumbres de Nin eran modestas y sencillas. Pero no por mojigatería obrerista; sino por naturaleza y temperamento.

Su vida se concentraba totalmente en la lucha obrera. Casi todo lo demás le resultaba indiferente. Sabía incluso prescindir de lo más esencial y no sentía la preocupación o ambición del mañana. Vivía económicamente al día. Era difícil verle perdiendo el tiempo en tertulias estériles. Ni se asomaba a un café, más que cuando las necesidades políticas le obligaban. De las reuniones políticas se trasladaba sin detenimiento alguno a su domicilio.

Era también hombre de hogar. A gusto sólo se encontraba entre su compañera y sus hijos o entre sus camaradas. La

brutalidad policiaca y judicial no se ha detenido ni ante la llamada «santidad del hogar». En los inquisitoriales y bárbaros registros efectuados en su casa, la policía arrebató todo cuanto encontró. Incluso las cartas íntimas escritas a su compañera cuando por las necesidades de la propaganda se encontraba circunstancialmente separado de ella. El juez ordenó la traducción de estas cartas, que estaban escritas en ruso, para unir las al sumario como «piezas de convicción». Y a él han quedado unidas, para vergüenza de un sistema político y para poner de relieve el valor moral de un revolucionario indomable.

Nin poseía condiciones de gran conversador privado. Tenía un atractivo personal extraordinario, que le granjeaba inmediatamente todas las simpatías. En charla con los amigos era de una gran amenidad. Como había vivido muy intensamente, como había militado activamente durante más de un cuarto de siglo en una ciudad socialmente muy turbulenta como Barcelona, era un verdadero anecdotario viviente. A su lado, en charla amistosa, transcurrían las horas insensiblemente sin que por nadie se deseara cortar la conversación.

Contaba con singular humorismo lo ocurrido cuando su compañera dio a luz en Rusia a tres gemelos. Fue en Moscú el parto. Era la primera compañera rusa que los dirigentes y funcionarios de la Internacional Comunista y del pueblo ruso conocían casada con un español. Para el ruso, influido seguramente por la leyenda y la literatura de España, todo español tiene algo de *tenorio*, de *conquistador*, de *caballero* y de extraño. Por donde la casualidad hizo que Nin aumentara esta leyenda. En el primer parto su compañera dio a luz tres gemelos. La noticia corrió como reguero de pólvora por todos los medios comunistas de Moscú y Leningrado: «El español ha tenido tres gemelos». Y Nin relataba cómo aquel mismo día y los siguientes las llamadas telefónicas se sucedieron ininterrumpidamente. Andrés llegó a sintetizar las preguntas y las respuestas. Las primeras empezaban siempre así: «¿Es verdad que...?» Andrés no dejaba terminar la pregunta y replicaba rápidamente: «Sí, tres», al mismo tiempo que colgaba el aparato.

Los mítines en que intervino durante su vida se contaron por centenares y centenares, tanto en su época de afiliado socialista, como en los tiempos de dirigente sindicalista, como,

finalmente, en los últimos diez y seis años, como comunista. Por tanto, había tenido ocasión de intervenir en los mítines monstruos de las ciudades a los que acuden millares y millares de personas y en los actos de los pequeños pueblos a los que sólo concurren decenas de trabajadores; había tenido que alternar en las tribunas con los más relevantes oradores y con los más osados charlatanes. De estas excursiones de propaganda había llegado Andrés a reunir un verdadero caudal de dichos y hechos que relataba con su fino sentido del humor. Y cuando la conversación se generalizaba entre los amigos y camaradas aportando otras anécdotas, él hablaba del interés literario de compilarlas en un tomo. Tomada la iniciativa en serio una vez, se intentó llevar a cabo la empresa de formar un anecdotario del movimiento obrero; pero después, se impusieron otras preocupaciones y se abandonó la iniciativa.

Nin aceptó a regañadientes, sin ningún entusiasmo o afición, la designación del partido para que desempeñara la cartera de Justicia en el Gobierno de la Generalitat. El cargo no alteró en lo más mínimo ni sus costumbres ni su régimen de vida. El mundillo en que tuvo que desenvolverse durante su estancia en la consejería no era de su agrado; huía de él en cuanto podía para refugiarse en las tareas políticas del partido. Ya durante la regencia del cargo, y mucho más después, contaba cómo la función de consejero le había servido para conocer prácticamente toda la mentira oficial de la llamada «independencia del poder judicial». Relataba cómo los presidentes de sala, los altos jerarcas de la justicia se presentaban en su despacho a conocer como quería el Gobierno que se dictara tal o cual sentencia. Con este motivo, se refería Nin a todo el servilismo moral de la casi totalidad de los titulados servidores de la justicia. El hecho se acusaba mucho más en aquellos meses porque estaban acometidos de un pánico sin límites al ver a los trabajadores dueños de la calle.

Era considerado Andrés Nin, sin disputa alguna, como el mejor escritor marxista de habla española. Su crédito como tal no quedaba circunscrito al prestigio de que gozaba en su propio partido; se extendía a las demás formaciones políticas obreras, tanto marxistas como libertarias. Su nombre era respetado unánimemente en el terreno de la teoría.

Poseía una extensa cultura en el dominio total del marxismo, es decir, en sus aspectos económico, político y filosófico. Esta extensa documentación se la facilitaba también su conocimiento de los idiomas. Su poder de asimilación era portentoso, como asimismo su facilidad de retención. Las concepciones más abstrusas se transformaban, interpretadas por su pluma, en las verdades más elementales y sencillas. Alguien ha dicho que aquel que tiene ideas claras sabe también expresarlas claramente, independientemente de que el estilo literario con que lo haga sea mejor o peor. Como Nin tenía ideas claras, las expresaba con sencillez, al propio tiempo que en un estilo correcto, fácil y concreto.

No era propenso a la cita reiterada de los grandes maestros del socialismo, o sea, a la nueva norma ahora imperante, de hilvanar artículos con un setenta y cinco por ciento de citas de otros autores. Tampoco era aficionado a encontrar a todo acontecimiento político un paralelo histórico. Citaba sólo excepcionalmente a Marx, Engels y Lenin, pero en sus artículos diluía lo esencial de pensamiento de estos maestros. Su conocimiento del marxismo le servía para interpretar los acontecimientos políticos, pero también de éstos deducía las más importantes enseñanzas para aportarlas en lo sucesivo al pensamiento marxista. No consideraba a éste como un programa estructurado y terminado para todas las situaciones; lo estimaba como una doctrina en constante curso de enriquecimiento de experiencias. No era, pues, un marxista estático y conservador, sino un marxista activo y renovador.

Desde hace años se había dedicado con especialidad a estudiar el problema de las nacionalidades, partiendo de las concepciones de Marx, de los complementos de Lenin y de las experiencias del Tratado de Versalles y de la formación de minorías nacionales después de la Gran Guerra de 1914-1918. Fruto de su estudio es la obra, desgraciadamente publicada únicamente en idioma catalán, titulada *Los movimientos de emancipación nacional*: el libro publicado es sólo una parte de la obra que se proponía escribir, en varios tomos, y para lo cual tenía preparados abundantes materiales.

Otro tema de su particular preocupación era el del Estado y sus órganos coactivos en el régimen socialista. Estimaba que la teoría clásica, revalorizada por Lenin, de la desaparición

paulatina del Estado bajo un régimen de propiedad colectiva, exigía nuevo examen más atento y también nuevas soluciones. Según su criterio, «el caso ruso» ofrecía tales aspectos nuevos y conclusiones, que había que tenerlos en cuenta para el planteamiento futuro del problema. Se trataba para Nin de evitar que amparado en las necesidades primeras de la revolución y de la urgencia de combatir los intentos de la clase desposeída, pueda crearse un Estado policiaco mastodóntico de difícil corrección en las etapas sucesivas. Es tema que preocupa en la actualidad a muchos marxistas; pero Andrés Nin no quería permanecer eternamente en actitud meditativa ante el problema, sino que aspiraba a exteriorizar su opinión, y de esta manera contribuir a hallarle solución.

Como polemista teórico, alcanzaba la prosa de Nin mayor categoría. Nos ha legado como modelo su obra *Las dictaduras de nuestro tiempo*, escrita en 1930. Bajo el pretexto inicial de polemizar con Cambó, el representante más inteligente de la gran burguesía española, Nin explica y desarrolla todas las cuestiones inherentes a los regímenes dictatoriales. Destaca la caracterización de cada uno de éstos, para evidenciar sus contradicciones y explicar y justificar la dictadura del proletariado. De esta manera viene a constituir una especie de manual de los problemas políticos contemporáneos.

Donde ha dejado mayor constancia de su talento de escritor marxista ha sido en los centenares de artículos publicados en la prensa obrera de todos los países, principalmente en la española y rusa: Porque la capacidad teórica no se demuestra sólo en los libros, que pueden pensarse y documentarse con tranquilidad y tiempo, sino en esos artículos que el propagandista se ve obligado a escribir diariamente al correr la pluma, y en los que debe dar la orientación justa a la clase trabajadora en cada acontecimiento que se presente. Y puede decirse que de sus veinticinco años de actividad militante, Andrés Nin ha dedicado a esta tarea la mayor parte del tiempo. Artículos que quizás no formen parte en el futuro de una antología literaria modelo, pero que en su tiempo tuvieron la eficacia de acertar a decir lo que se debía hacer en cada situación concreta.

También ha dejado prueba impresa de su extraordinaria erudición con respecto a la historia del movimiento obrero, en su obra *Las organizaciones obreras internacionales*. Esta obra

la escribió exclusivamente para llenar un vacío fundamental que observaba en la educación de la joven generación comunista, que conoce el presente, pero no el pasado del movimiento obrero, y, por tanto, no puede valorizar en su justo medio las tradiciones socialistas.

Andrés Nin ha sido asesinado cuando estaba en la plena madurez de su talento, cuando el hombre rinde toda su capacidad intelectual. La vida activa de militante no le permitió dar cima a todos sus proyectos de escritor teórico; ahora seguramente le hubiera sido posible comenzar a llevarlos a cabo. Sin embargo segaron su vida nada menos que en nombre del comunismo.

La labor literaria de Nin se extiende a través de los últimos veinticinco años, y está desperdigada en multitud de publicaciones, nacionales y extranjeras, la mayoría de ellas de efímera vida, que hace muy difícil, casi imposible, una compilación completa. Es más, no habría posibilidad, a pesar de todo el trabajo y voluntad que se pusiera en la tarea, de lograr establecer una relación completa de todos sus trabajos periodísticos. En primer lugar, porque son muchos más, en la mayoría de los casos, los artículos sin firmas, de redacción, que los firmados con el nombre y apellidos del autor.

En este tomo se insertan los trabajos que hemos estimado más completos y significativos de todo un período. Entre los artículos hemos incluido también algún discurso. La cosa no debe extrañar. En la época actual, y sobre todo concretamente en medio de la guerra civil española, a un dirigente de la categoría de Nin no le es siempre factible escribir artículos que exterioricen su pensamiento ante los problemas; en cambio, en sus discursos se recogen todos los problemas fundamentales de cada etapa y se busca hallarles solución. En una compilación de este género, el pensamiento del autor debe estar lo más completo posible, y en este sentido no se le puede captar prescindiendo de su criterio hablado.

Los trabajos que se incluyen en este tomo comprenden el período que va de 1930 a mediados de 1937, es decir, desde cuando se abrió el proceso de la actual revolución hasta que, después de haber alcanzado su punto culminante, comenzó a declinar y la contrarrevolución, en una tempestad de furor,

nos arrebató al autor. Escritos los artículos y propiciados los discursos aisladamente, sin conexión y sólo en vistas a señalar los peligros que se cernían sobre la clase trabajadora y para aconsejar en cada circunstancia la actitud a adoptar, presentan agrupados una unidad de conjunto tan completa que tiene todo el valor de un libro elaborado como tal.

Por tanto, podemos decir terminantemente que este libro no precisa, por nuestra parte, de presentación ni de explicación alguna. La glosa del texto que se acostumbra a hacer en los prólogos, es en esta inútil y baldía. Lo es porque estas líneas que he escrito no tienen, ni me he propuesto que tengan, el carácter de un prólogo, sino de meras notas sueltas de ofrenda y recuerdo al carácter y amigo fraternal. Y resulta también innecesaria la glosa porque todos los capítulos son tan sencillos y completos, que todo intento de explicación no puede servir más que para oscurecer los conceptos.

En el año 1930 comenzó la etapa, después del derrumbamiento de la dictadura militar de Primo de Rivera, que culminó en la proclamación de la República el 14 de abril de 1931. La República fue establecida en virtud del esfuerzo de la clase trabajadora, y lo primero que hizo fue revolverse contra el proletariado para tratar de inspirar confianza y atraerse a la gran burguesía. Ésta, lejos de someterse, trató desde el primer momento de defender sus privilegios e hizo su primera tentativa insurreccional abierta el 10 de agosto de 1932. Gracias de nuevo a la clase obrera, la sublevación de Sanjurjo fue aplastada. Las elecciones de noviembre de 1933 significaron un triunfo para la parte más reaccionaria de la burguesía española. La burguesía democrática cedió fácilmente el puesto al enemigo; pero el proletariado, no dispuesto a dejarse derrotar impunemente, se alzó en armas en octubre de 1934. La resistencia de octubre produjo el clamoroso éxito de las elecciones del 16 de febrero de 1936. La ventaja de la situación volvieron a obtenerla las fracciones pequeño-burguesas democráticas, que con su táctica de conciliación alentaron el alzamiento del 19 de julio. Al llegar ésta, es de nuevo el proletariado el que resuelve y salva el problema, lo mismo en los frentes que en la retaguardia, ocupando todos los puestos abandonados por los demócratas empavorecidos. Y cuando ven la situación estabilizada, todas las fuerzas contrarrevolucionarias emprenden la

ofensiva contra el proletariado, ofensiva que desemboca en las jornadas de mayo en Barcelona.

A todo este proceso de la revolución española, en sus distintas etapas, asistimos a través de estas páginas de Andrés Nin. Pero no es el relato frío de un historiador sino del revolucionario que va captando por anticipado el desarrollo de los hechos y que va ofreciendo las soluciones.

El hombre y la obra de Andrés Nin no han quedado sepultados para siempre, ni mucho menos, con su alevoso asesinato. Ciertamente que grandes masas de opinión de la clase trabajadora española no han asimilado exactamente todavía lo acontecido y su extraordinario significado político y moral; no han tenido ocasión de comprender el alcance de la tragedia personal y de la derrota política. En la inmensa epopeya por que atraviesa el proletariado español, es fácil confundirle y tratar de superar sus preocupaciones de relieve histórico por las graves necesidades cotidianas y apremiantes. Donde tanto centenares de miles de seres han muerto y donde tantos caen diariamente, parece que la vida de uno más es un simple hecho aislado. Sin embargo, como concretamente en el caso de Andrés Nin, un hombre puede representar valores políticos tan extraordinarios, puede encarnar de tal manera una corriente histórica, que su muerte ponga en peligro hasta el propio curso de la lucha entablada.

Lejos de las angustias torturadoras del momento guerrero, con una mayor facilidad para conocer la historia interna de la tragedia y sus repercusiones políticas, de todo género, la parte más progresiva e informada de la clase obrera internacional ha sancionado ya en toda su extensión y profundidad el carácter y las consecuencias del crimen cometido contra Nin. Con mucha más conciencia y sacrificio, los militantes de su partido han hecho honor a sus enseñanzas, y, jamás, ni en los momentos de mayor acritud persecutoria, han vacilado en recordarle y en imitar su tesón y su lealtad hacia la verdad revolucionaria. En los campos de trabajo, en las prisiones españolas, se consumen compañeros de Nin, orgullo del porvenir, acusados meramente de haber recordado su nombre y su asesinato en carteles, hojas, manifiestos y periódicos. Por lo que se refiere a sus camaradas más próximos en el trabajo político, los que

pertenecieron con él al Comité Ejecutivo del POUM, es suficiente resaltar que en todo momento han ondeado su nombre como bandera acusatoria, como recuerdo de una conducta, y como ejemplo de una trayectoria. Y desde el fondo de la prisión en que se encuentran ni le olvidan ni le olvidarán.

El nombre y la obra de Andrés Nin recobrarán nuevo sentido y nueva actualidad. Afortunadamente para la clase trabajadora española.

7 Reflexiones sobre el hambre

De los recuerdos de un preso político

[Publicado en *Babel*, en Santiago de Chile, en los años inmediatamente posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial]

Nadie, ningún preso político, o común, ha escapado durante estos años trágicos a la tortura del hambre, que ha llevado a muchos, finalmente, a la fosa común ignorada de los cementerios pueblerinos y a otros ha convertido para siempre en seres físicamente inútiles. Noches infinitas de desesperación agobiante, atacados de fiebre hambrienta en que conscientemente se sigue todo el proceso de una agonía lenta; desánimo y desconsuelo de una vida que se ama entrañablemente y por la cual se lucha tanto; desprecio hacia la inhumanidad de la civilización moderna.

Los mayores padecimientos pasados, aunque hayan sido torturantes, se olvidan fácilmente con el disfrute de la vida en libertad o con el premio del logro de la aspiración por la cual se ha combatido. Reconstruir en frío, en la perspectiva del pasado, los tormentos sufridos en las angustias del hambre, si no es imposible, les restará siempre una parte de su valor real. No expresará nunca el verdadero dolor del tormento, ni recogerá la auténtica expresión de lo vivido y de lo sufrido.

Aprovechando el blanco de las cartas familiares, pequeños trozos de papel encontrados por azar, los márgenes de un libro, fui anotando algunas manifestaciones sobre el hambre vividas u observadas en las prisiones celulares o los penales por donde he pasado en un calvario de cuatro años y medio. Un resumen de dichos apuntes puede dar, en parte, la noción de esta tragedia sorda que ha tenido lugar en nuestra época y que han padecido millares de seres.

Preliminarmente, es necesario destacar que hay una gran diferencia entre el estado moral y material de un hambriento internado en un campo de concentración y el de un preso encerrado en una prisión o en un penal y sometido a régimen celular. Generalmente (hablo como ex interno en campo y como ex

preso de prisión y de penal) la comida suele ser un poco más abundante y mejor preparada en los campos de concentración porque el interno tiene una cierta, aunque mínima, facultad de protesta. El pupilo de una prisión, en una situación de dictadura, es un ser enterrado en vida. Vive no sólo aislado del mundo exterior, sino incluso de sus propios camaradas de cautiverio. La convivencia común de los campos es un derivativo durante ciertos momentos de la jornada para olvidar el agobio del apetito. El aislamiento de la prisión, la falta de toda sociabilidad, centra la preocupación durante todos los minutos de la jornada en la angustia del hambre.

Por experiencia personal puedo decir que, fisiológicamente, el hambre comienza por una especie de agüilla salivosa, que llena la boca y que se mantiene en ella en estado casi latente. Es la expresión material de lo que se llama vulgarmente «hacerse la boca agua», y va acompañado de un cierto sabor parecido al estado de purga. Mantiene al paciente en una situación constante de nerviosismo irritado.

Por otra parte se experimenta el verdadero «vacío de estomago». Se tiene la impresión de que el vientre y la espalda se tocan, de que están pegados como una oblea; parece como si el estómago fuera un órgano muerto que deja un vacío. Además, el hambre fomenta la pereza y la abulia; hace bostezar terriblemente. Nuestro dormitorio de la prisión de B., en los periodos de hambre aguda, era un concierto permanente de bostezos. Y el bostezar es enormemente contagioso.

Mentalmente, el hambre se convierte en idea fija, de la que es difícilísimo desprenderse. Aun realizando los máximos esfuerzos para orientar el pensamiento hacia recuerdos agradables alejados enteramente de los problemas de comer, insensiblemente se vuelve a caer en ellos. Siempre en contraste trágico con la penuria presente, vienen a la memoria los mejores recuerdos gastronómicos del pasado. Es una lucha permanente de la idea fija del hambre contra el individuo.

Recuerdo que en los primeros días de mi estancia en la prisión celular de M., el hambre me atormentó más cruelmente que nunca porque era mi primer periodo de adaptación a este drama. Obraba sobre mí, con persistencia imposible de descartar, el recuerdo de que cuando en unión de los inspectores de Vichy se efectuó el registro de mi cuarto de Toulouse,

vi que mi mujer se había dejado sobre la mesa una botella con un poco de aceite y un buen pedazo de pan. Pensaba y volvía pensar que con dichas cosas podía haberme preparado magnificas tostadas en aceite. Dicho placer se presentaba en diversas formas en mis sueños de hambriento devorado por el hambre.

El hambre intensa, por lo menos en sus comienzos, hasta que el organismo se adapta, quita toda posibilidad de conciliar el sueño. Es imposible dormir. El hambre se manifiesta por una inquietud de cuerpo que impide todo reposo; se tiene una desazón continua. Cuando el hambre perdura desaparece también el insomnio. Entonces se padece un sopor casi permanente. Es físicamente la debilidad, la pérdida paulatina de peso.

Al comienzo de estar en la prisión militar de M., también el apetito me torturó terriblemente. Por las noches el hambre apenas me dejaba reposar tranquilo. Me enloquecía en la desesperación. Me levantaba violentamente y me dirigía al lavabo. Allí bebía agua, una y otra vez, como si con ella aplacase el hambre. Al levantarme por la mañana, la boca se ofrecía seca y fuertemente pastosa. El cansancio y la debilidad me obstaculizaban el andar, pues los pies se resistían a realizar un esfuerzo que no podían.

A manera de alimentación cerebral, casi todos los presos manifiestan la manía enfermiza de charlar constantemente de comer. Recuerdan las buenas comilonas de otros tiempos y hacen proyectos sobre las futuras. Se habla de lo que se comía antes y de lo que se comerá mañana.

En nuestro dormitorio de B., había un joven comunista, excesivamente tímido, fuerte de constitución y consumido siempre por la fiebre del hambre. Cuando la conversación versaba sobre el comer, rogaba que cambiase de tema. Cierta día permanecía echado en el petate, dolorido de apetito. Surgió el tema de siempre. De repente, enloquecido, se levantó y echó las manos al cuello del que más hablaba. Tuvimos que precipitarnos todos sobre él para contenerle en su furor.

Cuando pasé por primera vez por un penal, reparé que varios presos, sustrayéndose a la vigilancia de los guardianes, tomaban notas en cuadernos que después tenían que esconder cuidadosamente para evitar que fueran confiscados. Creí que

se trataba de meros apuntes de recuerdos personales. Después averigüé que lo que anotaban eran recetas de cocina. Es raro el preso que entre las cartas familiares no oculta también alguna receta culinaria.

Impacientados por el hambre, se espera con apremio el rancho. Y cuando éste llega, pobre de contenido e incluso escaso de agua, una vez consumido se cae en un verdadero estado de postración. Jamás en su vida se ve nadie invadido de una tristeza más infinita que en estas circunstancias. Ataca una especie de dejadez que, ciertamente, es hambre, pero también depresión moral. Se concuerdan el hambre física y el hambre cerebral. Una vez hermanadas durante algún tiempo, es imposible descartarlas. El hambre cerebral, es decir, la obsesión permanente, agota mucho más que la física.

Durante las primeras semanas de prisión es necesario un máximo esfuerzo de voluntad para acostumbrarse al rancho. Hay una intuitiva repugnancia hacia todo: la gamela roñosa, la cuchara que conoció cien bocas, las zanahorias mal mondadas y mal lavadas, el agua sucia del caldo. El gusto refinado del hombre civilizado se resiste a aceptar aquella bazoña. Pero el hambre y la imaginación, a través de los días, va transformando aquel rancho en plato apetitoso, del que sólo se aspira a tener la mayor cantidad posible.

Fisiológicamente el hambre se manifiesta también por inflamación en las piernas, principalmente en el tobillo. Al levantarse por la mañanas, la hinchazón ha desaparecido en gran parte; pero durante el curso del día el juego del pie va hinchándose de nuevo. Todos los famélicos lucen piernas sin formas, como palos lisos. Aquéllos que buscan ingresar en la enfermería para obtener un suplemento de comida, ingieren mucha sal para producirse inflamación de las piernas.

En los primeros días de mi encarcelamiento me pasaba los días enteros echado en el petate. Hacia mediados de junio noté que al hacer la cama a la caída de la tarde, a pesar del poco esfuerzo que esta tarea suponía, me cansaba extraordinariamente. Fue por entonces cuando el ministro de Justicia ordenó que todos los presos fueran pesados una vez al mes. Descubrí con este motivo el secreto de mi extremado cansancio: pesaba 52 kilos, con 1 metro 84 de talla. Cuatro meses antes, al entrar en la prisión pesaba 73 kilos. Cada mes, la gráfica de

pesos ponía espanto incluso entre los propios guardianes de la prisión.

He llegado a la conclusión de que el sentido del gusto es sólo una consecuencia de la costumbre y del hábito; no algo concretamente determinado por las necesidades del organismo. Esto explica también, en mi concepto, y no otros argumentos, la variedad universal en la alimentación, es decir, la diferencia entre los pueblos cultos y los pueblos salvajes. El sentido del gusto se habitúa fácilmente, sobre todo por la fuerza de la necesidad, a las circunstancias. Está siempre dispuesto a adaptarse cuando interviene el imperativo del hambre atrasada imposible de saciar.

Igualmente he podido observar que el poder de apetito es casi similar en todos los seres humanos, principalmente cuando falta con qué poder aplacarlo. En la vida normal, con actividades diferentes (intelectuales o manuales, trabajos de precisión o de fuerza) las necesidades alimenticias son diversas y se manifiestan, incluso frecuentemente, de acuerdo con los diferentes estados de espíritu. Varía, también, pero es una excepción secundaria, según la constitución física del individuo (más o menos grueso o delgado, más o menos alto o bajo). Pero colocados en circunstancias absolutamente similares, y ante la falta de alimentos, puede decirse que la capacidad de tragar es bastante parecida en todos. Naturalmente, hay que exceptuar casos patológicos que padecen de una dilatación de estómago capaz de dejar pasar un elefante entero. Estos pertenecen al grupo de los insaciables. Son incurables, y conservarán el complejo del hambre durante el resto de su vida.

El día de Navidad de 1943, en la prisión militar de M., sobraron gran cantidad de gamelas de rancho, abandonadas por detenidos que habían recibido paquetes familiares. El rancho era col, apenas cocida, y zanahoria. El vagabundo L., un verdadero fenómeno del grupo de los insaciables, se comió dieciocho gamelas plenas. No satisfecha su voracidad, fue a la barraca, recogió las peladuras de las patatas y, sin apenas lavarlas, las coció con un poco de harina y se comió dos gamelas de semejante mixtura.

He conocido también el caso del rumiante auténtico. Es decir, individuos que deliberadamente masticaban dos veces los alimentos, creyendo así aplacar mejor su hambre. Por prime-

ra vez, durante la comida en el refectorio, tragaban la comida a grandes pedazos. Después del refectorio, hacían pasar los alimentos del estómago a la boca y volvían a masticarlos muy despacio, gustándolos suavemente. Junto a mí, durante algún tiempo, dormía G., el campeón de los rumiantes. En cuanto regresaba del refectorio se tumbaba en el petate, se cubría la cabeza con la manta para que no se la vieran y comenzaba a rumiar.

El afán muy humano de buscar un pequeño suplemento de comida y de rehuir la bárbara obligación de marchar encuadrados en círculo durante toda la jornada en los patios de la prisión, conducía a algunos detenidos a recurrir a mil tretas para producirse lesiones o males que les hicieran entrar en la enfermería. Con esto no resolvían gran cosa en general si no era a veces un encierro de quince días en celda de castigo. El castigo era frecuentemente injusto, es decir, se condenaba al encierro a enfermos efectivos.

Sería imposible de relatar todas las pequeñas tragedias de los hambrientos, de los desamparados que buscaban una cura de reposo y de sobrealimentación en la enfermería. Sobrealimentación que era completamente hipotética porque el rancho de la enfermería, aunque era un poco más abundante, estaba cocinado sin grasa y sin sal, para así evitar una larga permanencia de los enfermos. Sin embargo, como ejemplo típico de los riesgos que corrían los enfermos de hambre, falsos o reales, citaré mi propio caso personal.

En el penal de E., a consecuencia de los zuecos estrechos que me dieron al llegar y principalmente de mi estado de debilidad por falta de nutrición, se me formaron en las piernas llagas purulentas. Acudí a la enfermería, de donde se me despidió violentamente con la frase de ritual: «No es nada». Volví varias veces y siempre obtuve la misma respuesta. Llegó un día en que al levantarme de la cama me era imposible hacer el menor movimiento porque estaba bajo los efectos de una fiebre de cuarenta grados. Fui entonces conducido a la enfermería. Una de las llagas presentaba comienzos de gangrena, lo que alarmó al doctor. Enseguida encontró la explicación: «Encierren a este detenido en celda porque se ha infectado voluntariamente la llaga con excremento». No pude pronunciar la menor palabra en descargo. Inmediatamente a empujones y

golpes, los guardianes me condujeron a una celda de la enfermería. Se me prescribió régimen de dieta.

Fueron los días más tristes de mi vida. Me revolvía en la impotencia de mi situación, en la melancolía de ser tratado como un paria. Sin embargo, no terminó aquí mi desgracia. A los tres días me visitó el doctor en mi celda. Miró ligeramente la llaga, y dio el siguiente diagnóstico: «Este enfermo sigue infectándose la herida con excremento. Póngasele la camisa de fuerza». Apenas había terminado de decirlo, cuando los guardianes cumplieron su orden. Con camisa de fuerza pasé toda la tarde y una noche, que me parecieron interminables. El hambre, además, me abrasaba las entrañas.

Por la mañana, nueva visita del doctor. Esta vez entró sonriente, desbordante de amabilidad. Detrás de él, el practicante con su gran botiquín. El doctor ordenó que inmediatamente me quitaran la camisa de fuerza, y mientras hacían esto, él me habló derritiéndose en delicadez y amabilidad. Me curó, me vendó con extremada atención las llagas. Después me preguntó si yo era periodista. Contesté afirmativamente. Agregó: «Perdone usted. No sabía de quién se trataba. Le confundí con uno de esos canallas que se fabrican los males». No le respondí. Me limité a dirigirle una mirada tan preñada de odio y desprecio que bajó la vista como avergonzado y abandonó la celda. Salí de la enfermería en un estado de mayor debilidad física, a consecuencia de cuatro días de dieta. Era una estampa de hambre.

Los ojos del hambriento adquieren un brillo especial y hasta cierta redondez de forma. Hay ojos de hambriento que parecen poseer el mismo privilegio que los católicos adjudican a dios: el de estar en todas partes. Se mire hacia donde se mire, siempre se encuentra uno la mirada fija de ciertos hambrientos. Es una mirada extraña, en la que parece como si los ojos trataran de escaparse de las órbitas.

Estos sujetos se distinguen por una habilidad especial para valorizar todo lo que tenga relación con la comida. Con una simple mirada escrutadora de gran alcance, pueden establecer cuál es la gamela de más contenido, cuál es la ración de paté que tiene tres gramos más de peso que las otras.

El grupo de los famélicos conoce mejor que nadie todos los movimientos que realizan en la cocina, aunque se encuentren

de ella a una distancia de varios metros. Puede preguntárseles, en la seguridad de ser bien informados, todos cuantos detalles se deseen respecto a la comida. Durante varias semanas tuve de compañero de celda en una prisión al más desgraciado ejemplar de famélico que he conocido. La cocina estaba en la planta baja; nosotros ocupábamos una celda del tercer piso. A pesar de una distancia de lo menos veinte metros, me iba todos los días detallando cuanto sucedía en la cocina. «Ahora echan el agua a la marmita; ya echan los rutibagas; ponen la sal; retiran la marmita; preparan las gamelas», etc. etc. Y no se equivocaba.

En el penal de E., siendo yo contable cantinero, en el refectorio me perseguían siempre los ojos de F., otro torturado por una avidez inmensa, producto de una semidieta continua. En la prisión militar de M. toda la barraca encontraba siempre los ojos y la nariz de P., una nariz larga, más larga que la de Cyrano y que parecía dilatarse todos los días a fuerza de olfatear. P. ondeaba su voracidad en la punta de la nariz. Era su enseña.

(Al dorso de una tarjeta de mi mujer encuentro esta nota escrita en el penal: «12 de junio de 1942.- Estoy sentado en uno de los rincones del patio. En el rincón más distante al mío se ha sentado un preso al que acaban de entregar el contenido de un paquete postal. Las miradas de todo el patio se han concentrado inmediatamente en él. Y los que están a mi lado me enumeran todo el contenido del paquete a pesar de encontrarnos a unos quince metros de distancia del que lo posee. Hay algunos que con la mirada se comen ya mentalmente todo el contenido del paquete»).

El pan constituye el alimento básico de todo detenido. Es además, su aspiración suprema. Incluso creo que en sus sueños de hambre, la mayoría de los presos ven con mayor frecuencia las grandes barras de pan de cuatro kilos, que los jamones y embutidos. En la bolsa de valores del penal, el pan alcanza la cotización máxima. Puede decirse que el valor de todas las cosas se establece por raciones de pan: un par de calcetines vale dos raciones de pan; veinticinco sobres una ración; cincuenta sacarinas tres raciones. El preso se acuesta pensando en la ración de pan que recibirá por la mañana, y después que se la ha comido vive todo el día con el pensamiento de la del día siguiente.

Existe una verdadera obsesión en todo detenido sobre el peso del pan contenido en cada ración. Miran y remiran la ración de pan de cada uno para llegar a la conclusión que la suya es más pequeña y que le falta peso. Todos los días se tiene la impresión de que han disminuido la ración, aunque siempre es la misma. Cada día la discusión sobre la ración dura por lo menos una hora.

En la prisión celular de M. esta creencia en la reducción de la cantidad de pan era aún mayor porque el régimen celular impedía establecer comparaciones entre ración y ración. Sin embargo, por ejemplo, cuando otro preso era trasladado a mi celda procedente de otro piso, durante algunos días tenía como idea fija el que la ración de pan era más pequeña en la nueva celda que en aquella de que procedía.

La gran ambición en todas las prisiones era recibir la esquinilla de pan, es decir la parte que contiene más corteza. Tenían todos la convicción de que el *croûton* (mendrugo) contenía más gramos. El que se beneficiaba de él se consideraba triunfante y parecía que aquel día iba a saciar más que otros su afán de pan. Como la conquista diaria del *croûton* ha dado lugar a disputas, reclamaciones, protesta e incidentes, casi en todas las prisiones se ha resuelto la cuestión dando a todos los presos el *croûton* por orden riguroso.

En el penal de E. ciertos presos tenían una gran habilidad para darse cuenta, a gran distancia, de a qué detenidos les correspondían los *croûtons*. Recurrían a trucos al salir del lavado para colocarse en un buen sitio en el momento del reparto de las raciones. A más de diez metros de distancia del tablero del pan ya los ojos de toda la fila estaban pendientes de él para tratar de deducir cuál era la mayor ración y para calcular a quién le correspondería. Ilusión de hambrientos.

Inmediatamente de recibir la ración se miraba ésta por arriba y por abajo, por todos los lados, de canto, de cara; se sopesaba en la palma de la mano. A continuación, se miraban las de los otros compañeros de mesa. Casi todos se consideraban desgraciados por estimar que todos los días les tocaba la peor ración.

Entonces, comenzaba otra tarea, que era casi todo un trabajo de laboratorio: la de cortar, comer y distribuir el pan para todo el día. Cada preso tenía su manera particular de hacerlo.

Yo mismo no podía sustraerme a esta manía. Hacía once rebanadas: tres para el desayuno, cuatro para la comida y cuatro para la cena. Había bastantes que sacaban de la ración toda la miga y dejaban sólo la corteza, que formaba así una especie de cueva. Muy desmenuzada, mezclaban la miga con el rutibaga o los nabos y formaban una masa. Metían esta masa en la corteza y se la comían así.

Había un árabe en el penal de E. que se pasaba la mañana desmigando el pan en bolitas pequeñísimas, que metía en una servilleta. Una vez en el comedor echaba todas las bolitas de pan en la gamela. Ponía en este trabajo la atención de un artífice.

Eran bastantes los que pasaban toda la jornada cortando el pan en pequeños pedazos largos, de la forma de cigarrillos. Después se comían dichos pedazos poco a poco. Los saboreaban a la manera de caramelos. De esta manera tenían la sensación de que el pan les duraba mucho más.

Puede decirse que ninguno de nosotros cortaba el pan de la manera normal en la vida civil. Cada uno tenía su técnica especial, derivada de una concepción propia sobre la manera de cómo podía dar más de sí. Sin embargo, eran muchos los que comenzaban cortando la corteza en capas muy finas y después hacían la misma operación con la miga, también rebanadas delgadísimas. Se podría escribir un tratado titulado: «De las mil maneras de cómo corta el pan un preso».

Ya he dicho que el tema de la comida dominaba todas las conversaciones de la vida cotidiana. Si dos presos disimulándose a las miradas de los guardianes, mantenían un diálogo animado, no había posibilidad de equivocarse: hablaban de comer.

De otra de mis notas: («3 de agosto.- Hoy al pasar junto a un camarada español, me ha preguntado en nuestro idioma si sabía alguna noticia de la guerra. Cuando hemos terminado de hablar, el preso que había a mi lado me ha interrogado: ¿Te ha dicho que hay ensalada de pitanza?». Este pobre hambriento no concibe otra preocupación que saber lo que hay de pitanza, una pitanza que hará desaparecer en dos minutos.)

¿Será cierto que el tabaco hace olvidar el hambre como alegaban muy seriamente algunos camaradas de prisión? Para algunos es una verdad indiscutible. Científicamente es por

completo inexacto; pero psicológicamente me inclino por afirmarlo. En la situación de espíritu en que se encuentra el detenido, la falta de tabaco constituye una preocupación fundamental. Si a ésta se agrega la del hambre, entonces la tortura es mayor. Lo que explica que psicológicamente se tenga la sensación de que el fumar hace olvidar el hambre. De mi experiencia personal puedo decir que cuando ha faltado el tabaco, el sufrimiento físico y material de hambre ha sido mayor. He aquí por qué algunos hambrientos son capaces de cambiar la ración de pan por tres cigarrillos, que después han de fumar corriendo el riesgo de graves castigos.

El perro del doctor G. despertaba en el penal de E. la gran envidia de los presos enfermos. Cada día de visitas, tres veces por semana, el doctor partía con una ración de pan de la enfermería para su can. Los ojos de los presos se abrían inconmensurablemente, viéndole partir cada día de visita con los cuatrocientos gramos. Y la ración se justificaba en cuenta, cada día de visita, con la prescripción de dieta total para un enfermo.

En cambio, el doctor G. había descubierto un término científico para expresar que un preso había muerto de hambre. Diagnosticaba la enfermedad de «*épuisement physiologique*» (agotamiento fisiológico). Cada semana desfilaba por la prisión dos o tres veces el carro mortuario conduciendo una víctima de «*épuisement physiologique*».

En medio de la obsesionante tortura del hambre que consumía a los presos, era desconcertante observar la insensibilidad e indiferencia de los que en contacto directo con ellos tenían ocasión de apreciar los estragos que el apetito insaciable producía en seres humanos. Era bastante general cuando un preso, sobreexcitado de delirio hambriento, se quejaba de la falta de alimentación, oír decir al guardián de turno: «Coméis mejor que en la calle. Muchos de los que están fuera quisieran para ellos la gamela que os dan aquí». Otros eran aún más brutales: «Bastante, demasiado os dan para lo que merecéis».

La visita de cárcel que en la prisión de M. efectuaba reglamentariamente el juez transcurría siempre de idéntica forma: «*El juez: ¿Tiene usted alguna reclamación a formular? El detenido: Sí, que con lo que nos dan de comer nos morimos de*

hambre. El juez: Muchos de los que están en libertad quisieran comer como ustedes comen.»

Indudablemente, el juez confundía la comida con que a cada visita le obsequiaba el vigilante-jefe con el rancho de los detenidos.

No hay prueba más decisiva que el hambre para conocer las cualidades morales y educativas de los individuos. En estas circunstancias es cuando verdaderamente puede apreciarse mejor toda una gama de valores humanos. Es una verdadera piedra de toque para someter a prueba las conciencias.

A la tarea inmediata de alejar el apetito se sacrifica todo el presente y hasta se hipoteca el porvenir, si es posible. Se cambia hasta la prenda más necesaria para cubrir el cuerpo, por obtener un trozo de pan se corrompen hasta lo indecible los individuos.

En el preso político sometido al aislamiento celular y al tormento del hambre, se crea una disposición de ánimo especial. Surge, más intenso que nunca, un afán irrefrenable de vivir; se crea en él una especie de psicosis de egoísmo. Sobre todo en el intelectual, que superando lo material, ha acertado a dar un sentido a su vida, que siente la ambición creadora y el anhelo de la sociabilidad, se produce un complejo de retorno a lo material para alcanzar su aspiración espiritual. Quiere vivir, ante todo, sobre todo y únicamente vivir.

En su mente mella y le persigue permanentemente la idea de que las privaciones actuales debilitarán su inteligencia, le inutilizarán su lucidez. Y de aquí su egoísmo. Olvida hasta las necesidades más elementales del hombre civilizado, para concentrar su pensamiento en comer, en conservar las energías que le permitan llevar a cabo su aspiración y sus sentimientos. Se cuida de él y se preocupa sólo de él.

En la pendiente de la indignidad, el preso de educación pequeñoburguesa incurre en el halago a los jefes, en la soplonería; se convierte en torturador voluntario, en carcelero honorario de sus compañeros de martirio. Sólo los dotados del arma moral de su educación política, afrontan las circunstancias conteniendo y frenando sus ansias de comer.

El preso pequeñoburgués suele ser esencialmente un condenado por estafa o falsificación. Es, por tanto, un ser voraz de riqueza, que busca sólo su propio bienestar sin poner límite

a su ambición; es por encima de todo, un egoísta. El hambre, que en todos alimenta el egoísmo, en él lo exagera hasta el impudor. Sacrifica a todos por su propio interés personal. La oferta de un suplemento de cincuenta gramos de pan hace de él todo lo que los guardianes se propongan.

En diversas ocasiones he querido obtener de algunos de mis compañeros de prisión, de los pequeños rateros o simplemente de los vagabundos que me explicaran lo que sienten física y moralmente cuando están atormentados por el dolor infernal del hambre. Imposible obtener una respuesta un poco coherente. Ni siquiera físicamente definían su mal, pues se limitaban a decir que sentían debilidad general. Moralmente son seres insensibles y su estado de ánimo se centra en recordar dónde en otros tiempos había cosas suculentas y en proyectar medios para lograrlas en el futuro.

Por eso el preso común se deja llevar simplemente por su instinto y termina siendo una víctima de él. Cae en los casos de mayor aberración que la mente humana puede concebir. Afronta los más duros castigos, que arrojarán sobre él mayores privaciones que las que ya tiene, sólo por placer de robar un pequeño pedazo de pan que no saciará su hambre. Se ciega hasta el extremo de no tener la menor noción de sus actos.

Por descuido, en la prisión militar de M. dejaron abierta en cierta ocasión, sólo durante diez minutos, la puerta del almacén de las patatas. Fue lo suficiente para que en tan corto plazo de tiempo desaparecieran 400 kilos, que, en pequeñas cantidades, y a pesar de la extremada vigilancia que siempre había en la prisión, habían sustraído varios presos, pertenecientes casi todos al grupo de los famélicos.

En otro penal, un grupo de faena salía a trabajar en el pueblo por la mañana para regresar por la noche. Eran diez presos y un guardián. Al salir por la mañana, aportaban su comida. Uno de los presos huyó cierto día con toda la comida de sus camaradas y el cesto de provisiones del guardián. Después de andar dos kilómetros, se sentó en el borde la carretera, comió todo cuanto había sustraído y aguardó tranquilamente a que fueran a detenerle. Había satisfecho meramente su voracidad de hambriento, sin pensar para nada en las consecuencias.

Presenció en la prisión de M. la lucha singular por un hueso entre dos presos y un perro. Un perro del penal roía un

hueso de vaca cuando fue observado por un detenido, que se arrojó inmediatamente sobre él para arrebatárselo. Otro detenido, que lo vio, sintió igualmente la ambición del hueso, y entre los tres se libró una descomunal batalla por la posesión del desperdicio.

Estos detenidos famélicos insaciables pierden en absoluto todo sentido del gusto y todo instinto de repugnancia. Para ellos el centro de sus preocupaciones es tragar, dar trabajo a las mandíbulas. La calidad no cuenta; importa meramente la cantidad.

Durante varios días tuvimos en la prisión de B. como comida habas secas, llenas de gusanos: cinco como mínimo en cada una, desecho de la intendencia. Toda la mañana, es decir, durante tres horas, el conjunto de los presos estábamos entregados a la tarea de quitar los pellejos, abrir las habas y extirpar los gusanos. La media gamela de habas que sorbíamos en dos minutos nos costaba tres horas para prepararla. Pero había presos que, para compensarse, recogían los pellejos para comérselos crudos; además, protestaban por la operación de pelar las habas, alegando que se disminuía el volumen de la gamela.

Los huesos de los melocotones que algunas veces vendían en cantina, solían pasar por tres bocas: primero por la del que los compraba y los comía; después, los recogía otro que relamía el resto de lo que había quedado adherido al hueso y, finalmente, había siempre un tercero que comía la almendra del hueso.

Había especialistas en comerse el interior de todos los huesos de frutas, frescas o secas. Otros aprovechaban hasta la cáscara. Las machacaban con una piedra hasta casi pulverizarlas y se comían aquella especie de serrín. Las cáscaras de los huevos eran mucho más apreciadas. Eran bastantes los que se las comían después de haberlas machacado con una piedra y de casi haberlas convertido en polvo.

Para muchos constituía un plato exquisito el comer crudos y sin limpiar los caracoles que se encontraban en las lechugas, cuando las preparaban para la cocina.

En el patio de la prisión de E. cayó cierto día una golondrina moribunda. Varios presos se arrojaron precipitadamente

para atraparla. El que obtuvo la presa se la comió inmediatamente cruda y sin apenas desplumarla.

En otra ocasión un detenido recibió en un paquete un conejo en muy mal estado. El vigilante le encargó que él mismo lo arrojase al retrete. Así lo hizo el interesado. Pero inmediatamente otro detenido, que había visto tirarlo, lo sacó, le pasó un poco de agua y se dispuso a comerlo. Sorprendido en esta operación por el guardián, éste se lo arrebató y volvió a tirarlo a la basura. Pero, al desaparecer el vigilante, otro detenido volvió a sacarlo y se lo comió.

La fiebre del hambre conducía a otros, a los melancólicos y a los taciturnos, a los actos de mayor desesperación física, incluso al suicidio. Tal fue el caso de un condenado por falsas cartas de alimentación que se tragó tres clavos con el propósito de perforarse el intestino. Y de otro que, confinado en celda de castigo y condenado al régimen de una comida por día, durmió durante tres noches consecutivas completamente desnudo sobre el cemento, en pleno mes de diciembre. El primero fue salvado a tiempo; el segundo murió a los pocos días.

8 Crítica de 'La crisis del movimiento comunista. Tomo I: De la Komintern al Kominform' de Fernando Claudín (Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1970)

[Este artículo fue publicado en *Cuadernos de Ruedo Ibérico* 25, junio-julio 1970. El segundo tomo de esta obra no se llegó a editar]

Confieso que siento siempre una gran aprensión, en principio, cuando voy a abordar la lectura de un libro escrito por un antiguo dirigente comunista que ha roto las amarras con el partido, y que trata de justificar o explicar sus posiciones políticas presentes. Generalmente se descubre un renegado, en el peor sentido del término, que ha vendido su alma al diablo, y que trata de hacer méritos de arrepentido ejercitándose en un anticomunismo frenético, en el que no se ataca ya sólo a la burocracia estalinista sino también todo lo que sea anticapitalismo, es decir las ideas socialistas en general. Es la manera de intentar justificar el poder servir a otros. Son los que terminan como apóstatas integrales, y desgraciadamente he conocido algunos ejemplos. Pero inmediatamente nos sentimos tranquilizados con el libro de Fernando Claudín en cuanto a su propósito. *La crisis del movimiento comunista: de la Komintern al Kominform*, primer tomo de una obra de gran importancia que constará de dos volúmenes, es un libro honrado, producto de las reflexiones de un antiguo revolucionario que no quiere dejar de serlo, y sobre todo un estudio profundo, como se encuentran pocos, desgraciadamente, en la bibliografía española, tan parca en análisis teóricos o históricos sobre el movimiento socialista.

Ahora bien, temo que produzca la impresión en algunos lectores, como en parte me ha producido a mí, de obra de desconcierto, a fuerza de cómo están formuladas e incluso forzadas las críticas negativas de todo el desarrollo del proceso histórico de la Internacional Comunista, sobre todo en su iniciación, incluso desde los tiempos de Lenin y Trotsky. Se diría que las consideraciones de Claudín sobre la fundación de la IC están inspiradas en el pensamiento de Otto Bauer contra la

ideología bolchevique y el leninismo. Si no es deliberadamente sí es coincidencia, y revela principalmente un criterio de revisionismo reformista, como si fuera la nave de salvamento que encuentra Claudín por la desilusión sufrida.

No quiero tampoco dejar de señalar la extrañeza que causa que una inteligencia que se expresa con tanta clarividencia crítica a través de todas las páginas, haya resistido hasta 1956, con el informe de Jruschov, para enterarse de todo el curso de la degeneración del estalinismo, y haya esperado hasta 1965 para romper definitivamente con él. Sin embargo, y es una prueba de la sinceridad de Claudín, reconoce que estaba «alienado», que «el año 1956 fue para mí, como para otros tantos comunistas, el comienzo de ruptura con una confortable y optimista representación del estado y las perspectivas de nuestro movimiento. Hasta entonces su pasado y presente — incluso su futuro— no eran problemas. Marx y Engels, Lenin y Stalin, los supergenios de la humanidad, habían despejado todas las incógnitas fundamentales». Y previendo las posibles objeciones a este mimetismo que se le puede achacar, Claudín declara sinceramente: «No hace falta decir que este libro no es sólo una crítica del movimiento comunista sino una auto-crítica del autor». Menos mal, esta sinceridad no es frecuente.

¿Qué conclusión en perspectiva, se puede sacar del interesante libro de Claudín? No es muy fácil de deducir. Se puede interpretar únicamente por algunas expresiones, precisamente de la introducción: «Lo que ha fracasado históricamente no es el marxismo, sino determinada dogmatización y perversión del pensamiento marxista. Su esencia crítica-revolucionaria, no pocas de sus principales concepciones y tesis siguen vivas, actuales. A condición, claro está, de que nos decidamos resueltamente a situar a Marx en su tiempo histórico, y a continuarlo de acuerdo con el nuestro. O en otros términos: a considerar y utilizar el marxismo de manera marxista». De acuerdo, pero precisamente ése es el hueso. Desde hace ya bastantes años, la reorganización del movimiento revolucionario, nacional e internacional, se encuentra *en panne*. De lo que se trata es de encontrar una salida para ponerla en marcha.

A la letra, no parece ofrecer objeciones esta declaración, a pesar de que deja completamente de lado el leninismo. Sin embargo, habiendo leído su obra y el pensamiento crítico ge-

neral que se desprende a través de toda ella, a mí me parece que Claudín, a pesar de toda su buena voluntad, no emite sobre la misma longitud de onda que la vieja oposición marxista revolucionaria y que los jóvenes de las nuevas generaciones marxistas-leninistas. Si se niegan los propios principios y táctica que dieron lugar a la constitución de la III Internacional, ateniéndonos a las consideraciones de Claudín terminaríamos desembarcando en una nueva especie de Internacional dos y medio, o más bien en un comunismo «a la italiana», policéntrico, en busca de una abertura gubernamental para el partido, cuyo «liberalismo» a lo Longo y Améndola se ha mostrado prácticamente en las medidas de expulsión de los dirigentes de *Il Manifesto*⁴⁵.

Los orígenes de la crisis

Este primer tomo sobre *La crisis del movimiento comunista*, comprende principalmente la disolución de la Internacional Comunista, la guerra civil de España, la experiencia del Frente Popular y la colonial, la revolución frustrada de Francia, la de Italia, las revoluciones sin permiso (Yugoslavia y Grecia), la gran alianza de los dos campos, el reparto de las «esferas de influencia», el Kominform y la nueva táctica. El segundo tomo, según anuncia, llevará por título *Del XX Congreso a la invasión de Checoslovaquia*, es decir, hasta la actualidad.

La obra es densa, de un gran interés informativo, pero sus glosas o comentarios a los hechos sugieren, a su vez, observaciones y críticas que es imposible hacer en los límites, siempre reducidos, de un artículo. Nos dedicaremos, pues, a lo más sobresaliente.

La obra comienza por la disolución de la Internacional Comunista, «como centro dirigente del movimiento obrero internacional», el 10 de junio de 1943, o sea una de tantas maniobras inútiles de Stalin y de sus funcionarios. Justamente, el autor alega que este hecho, el de la disolución de la IC, ha sido objeto de escasa atención hasta hoy, y es cierto. Para los

⁴⁵ Se refiere a Rossana Rossanda, Lucio Magri y otros animadores de este periódico, excluidos del Partido Comunista Italiano en el XII Congreso, celebrado en febrero de 1969.

principales críticos de la IC, según Claudín, los trotskistas, fue «el final lógico de la instrumentalización de la IC al servicio de la política exterior de la URSS», y en este mismo sentido abunda Deutscher en su libro *Stalin*. Para los estalinistas del mundo entero se trataba de la política que mandaban hacer. Claudín tiene su propia interpretación, «después de su estudio del problema».

Cree que existen ambas motivaciones, «pero dentro de un conjunto más complejo de factores [...], recubre, en realidad, la llegada a un punto crítico, en un momento de viraje de la historia mundial —la disolución coincide con el viraje decisivo de la guerra a favor de la coalición antihitleriana, y está en íntima conexión con él—, de procesos políticos y estructurales que venían de lejos, del nacimiento mismo de la III Internacional. Es el último episodio de una larga crisis, iniciada en 1921, cuando el curso real del mundo capitalista entró en contradicción con los fundamentos teóricos y organizativos de la IC».

Es decir, la conclusión de Claudín sobre la liquidación de la Komintern es que fue súbitamente llevada a cabo en la primavera de 1943 por orden de Stalin, de lo que no cabe la menor duda. Y que esta determinación estuvo inspirada en facilitar las negociaciones Stalin-Roosevelt-Churchill, no sólo para asegurar la derrota de Alemania sino el reparto del mundo entre los «tres grandes». Pero fue también el efecto de una causa, de todo un proceso, el de la degeneración a consecuencia de la omnipotencia de Stalin. Y en búsqueda de las causas, el autor va, efectivamente, muy lejos, demasiado. Es precisamente la parte de su obra más contestable, y que será más impugnada. Porque el caso es ya bastante paradójico en sí, dado que cuando después de muchos años de militancia en la IC, cuando el autor llega a comprender lo que era el estalinismo, concluye hasta negando la necesidad misma de la constitución de la Internacional Comunista.

Analizando retrospectivamente las consideraciones de Lenin al poco de la Revolución de Octubre y las perspectivas que se ofrecían en Europa, los bolcheviques consideraron la necesidad de la creación de la IC. Claudín hace resaltar que esta decisión fue adoptada desoyendo la opinión de los espartaquistas alemanes, y agrega que éste era el grupo revolucionario más importante. Esto es cierto si se refiere a su valor teórico

y si se considera sólo los grupos que eran ya independientes de la socialdemocracia, pero no si se tiene en cuenta las corrientes ya organizadas dentro de los partidos socialistas en otros países de Europa. La Liga Espartaco la integraban únicamente 500 militantes en 1918, muy selectos, ciertamente, pero se encontraba ante una organización mastodónica como la socialdemocracia alemana, por lo cual era explicable que su punto de vista no fuera idéntico al de los bolcheviques. La creación del PC en Alemania no era fácil, como se demostró al ser fundado y al manifestarse la pugna entre las tres corrientes ideológicas que se manifestaban en su seno: luxemburguistas, anarcosindicalistas y bolchevistas.

La argumentación de Claudín para poner en duda la necesidad de la IC en el momento en que lo fue y con las características con que se estableció, se funda en recoger las opiniones optimistas de Lenin, que correspondían a la coyuntura, sobre el curso rápido del desarrollo de la revolución en Europa y deducir que ninguna se cumplió, para llegar a la conclusión de que Lenin había formulado un esquema sobre la situación y que en función de él se había llegado a la conclusión de crear el instrumento de la revolución mundial: la Komintern.

La verdad es que ni Carlos Marx, sobre los juicios del cual también se muestra crítico el autor de la obra, ni Lenin eran profetas o adivinos que podían garantizar con seguridad el porvenir del desarrollo histórico de los acontecimientos: analizaban los datos en presencia para exponer sus posibles desenvolvimientos. Y la situación de Europa en aquella época era tal y como la definía Lenin, llena de esperanzas para la revolución socialista, y se imponía la organización del instrumento que preparase y coordinase la acción, lo cual no podía hacerse más que a escala internacional.

Pero Claudín no se limita a juzgar prematura la fundación de la III Internacional y a poner en contradicción los juicios teóricos y políticos de Lenin con la realidad de lo que pasó después, sino que combate incluso crudamente una de las reglamentaciones en que se fundamentó el nuevo organismo internacional revolucionario: las 21 condiciones, a las que califica nada menos que de «modelo de sectarismo y de método burocrático en el movimiento obrero».

Indudablemente, Fernando Claudín ha vivido durante toda su actuación, como militante y dirigente, no sólo alienado sino engañado. Su criterio, que se manifiesta a lo largo de esta parte de la obra, de hacer crítica retrospectiva, le lleva frecuentemente a ignorar la situación concreta de la época y de las condiciones imperantes; es una especie de revisionismo a fondo, no ya, lo que es justo, de la degeneración estaliniana, sino de los tiempos de Lenin y Trotsky. Todo se hizo entonces mal, lo que explica la decadencia vergonzosa actual de los partidos comunistas; esto es lo que viene a sacarse, a veces, de su análisis. No es que en la obra haya propósito deliberado de mala voluntad: pero sí me parece ver, independientemente de su interés y grandes méritos, que hay algo de barullo en los conceptos y una escritura un tanto confusa por demasiado afán crítico del pasado, que le lleva casi a considerar que en el leninismo estaba implícitamente comprendido el estalinismo.

Creo, por el contrario, que una nueva Internacional Socialista revolucionaria no podrá por menos de inspirarse en las 21 condiciones para establecer la reglamentación de admisión de sus secciones nacionales e imponer una disciplina en la acción. El arma internacional de la revolución socialista, no puede estar formada a base de «gentes de buena voluntad» y mucho menos de políticos profesionales que buscan un destino, como eran y son los que abundan en los partidos socialdemócratas. Tiene derecho, está obligado a garantizarse contra toda deformación. Además, como los partidos o grupos eran libres de aceptar o no, en manera alguna se puede juzgar que era un método burocrático, era sólo una medida profiláctica.

Las 21 condiciones fueron principalmente impuestas por la situación del partido socialista francés. La creación de la III Internacional despertó un extraordinario movimiento de simpatía y entusiasmo en las filas del partido socialista en particular y de la clase obrera en general, como se comprobó en el Congreso de Tours, que acordó por gran mayoría su adhesión a la III Internacional. Pero numerosos caciques locales, abogados y arribistas del tipo de político profesional, trataban de adaptarse provisionalmente para desviar al nuevo partido de sus principios revolucionarios. Era natural que se quisiera levantar una barrera para impedir el acceso a todos esos elementos: ésta era las 21 condiciones.

La revolución inoportuna: España 1936-1939

El capítulo consagrado a la guerra civil y la revolución españolas, comprende sólo veinte páginas (además de bastantes notas al final, complementarias y muy interesantes). Resulta un poco extraña esta reducción del tema, no únicamente porque el autor es español y porque asumió entonces funciones dirigentes principales, sino también porque la «rusificación» de España, término que él emplea acertadamente en otras ocasiones, llegó en nuestro país a su grado máximo, y sobre todo porque fue en él donde por primera vez en Europa el estalinismo se manifestó como una fuerza contrarrevolucionaria y terrorista activa: fue donde sus métodos de «persuasión» hicieron su experiencia inicial en país extranjero.

Es cierto que la Internacional de Stalin no supo valorizar ni comprender al principio el desenvolvimiento de la revolución española que comenzó desde la caída de la dictadura de Primo de Rivera, y que Manuilski manifestó en 1930, ante el Ejecutivo de la Komintern, que «una revolución en España tenía menos importancia que una huelga en cualquier país». Pero este desprecio hacia el movimiento obrero español tenía su origen en que el PCE había conservado siempre, hasta 1932, una cierta libertad de opinión y decisión ante la instancia suprema, incluso aunque aplicaba sus resoluciones principales. En este sentido, por ejemplo, hubiera sido de gran interés histórico estudiar la crisis del PCE de 1932, en la que el equipo Bullejos-Adame-Trilla se rebeló contra el Comité ejecutivo de la Komintern y fue reemplazado por el equipo Díaz-Pasionaria, que se entregó a la domesticación total de la sección española, bajo la alta dirección del manager estalinista Palmiro Togliatti (Ercoli), de triste memoria, responsable de toda la política realizada en España, unos años antes y durante la guerra civil.

Stalin y sus servidores sólo concedieron importancia a los hechos españoles cuando se encontraron de sopetón con la realidad de la guerra civil. Decir como Claudín que las otras organizaciones obreras no tenían conciencia del gran desarrollo del fascismo que se producía ya antes de 1936, y que sólo el PCE lo denunciaba, es un tanto pueril. Desde que se proclamó la República, el 14 de abril de 1931, los comunistas, efectiva-

mente, no dejaron de ver fascistas por todas partes; a falta de programa y de perspectivas, no tenían más consigna de propaganda que calificar a todo Cristo de fascista: el gobierno republicano-socialista era fascista, los socialistas eran socialfascistas, los libertarios anarcofascistas; cada día encontraban un jefe fascista nuevo: Alcalá Zamora, Azaña, Miguel Maura, Indalecio Prieto y no sé cuántos políticos más; llegaron incluso en un momento a ver al peligro fascista en José Ortega y Gasset. ¿Es que se puede considerar esa irresponsabilidad política, ese griterío permanente como conciencia política? Por otra parte, ningún partido u organización obrera dejó de señalar, de una manera responsable, el desarrollo del peligro fascista, y en Madrid, por ejemplo, fueron los socialistas los que desencadenaron contra la Falange la acción violenta más activa desde el principio.

El autor titula el capítulo sobre España: «La revolución inoportuna», y es un acierto. Porque, en efecto, Stalin hubiera preferido que no se produjera, que no hubiera venido a complicar sus manejos diplomáticos con las potencias occidentales después del pacto con Laval. El propio embajador español en Moscú, Pascua, que era hombre de toda confianza del gobierno ruso, le declaró abiertamente a Azaña: «Para la URSS el asunto de España es baza menor». Pero habiéndose presentado inesperadamente la revolución, se trataba de aprovecharla reduciendo todo lo más posible su alcance, de aprovecharla para llegar a tener en su juego todo el poder determinante en su orientación. Para realizarlo tenía su instrumento: el equipo dirigente de Pasionaria; pero esto tenía también sus peligros, la oposición del largocaballerismo, de la CNT-FAI y del POUM. Ante todo, era primordial tener en mano a la policía y al ejército, a lo que sus agentes se aplicaron celosamente. Con una nube de expertos «rusos», a los pocos meses eran ya dueños del aparato policiaco y del militar. Si bien fueron hábiles para infiltrarse en toda la estructura del Estado existente entonces, en lo relativo a la ciencia militar los «especialistas» soviéticos no mostraron gran genio. Es imposible llegar a encontrar algún éxito en todas las operaciones militares estratégicas, lo que no se ha estudiado nunca, aunque vale bien la pena. Sus logros se demostraron totalmente eficaces, eso sí, en el terreno de la represión.

Los comunistas españoles fueron ejecutantes fieles de esa política de Stalin. Había que liquidar todo carácter socialista de la revolución, para tranquilizar a las democracias occidentales, que era toda la política que interesaba a Stalin entonces. Pepe Díaz leía declaraciones que habían sido escritas por Togliatti, Gero, el búlgaro Stepanov o el atorrante argentino Codovila; Pasionaria pronunciaba sus discursos a base del guión que le facilitaban los mismos. Reproduce Claudín, tomado de las memorias de Azaña, un diálogo entre el presidente de la República y Pasionaria, que había ido a visitarle para formular ciertas quejas. Del final de la entrevista, dice Azaña: «Supongo, le digo riéndome, que eso de la dictadura del proletariado lo habrán aplazado ustedes por una temporada». A lo que Pasionaria respondió: « Sí, señor Presidente, porque tenemos sentido común» Y el caso es que Dolores tenía razón: en efecto, no deseaban la dictadura del proletariado español sino la de la burocracia soviética en España, lo que desgraciadamente consiguieron.

El problema del POUM

Me permitiré referirme ahora a las alusiones de Claudín referentes al POUM. No es que sus interpretaciones o consideraciones contengan errores fundamentales, y mucho menos partidistas. El proceso que culminó en la represión contra este partido, aunque brevemente expuesto, es en su conjunto justo. Desde el momento en que la prensa poumista elevó enérgicamente su protesta contra las ejecuciones en Rusia de la vieja guardia bolchevique rusa, el POUM estaba inexorablemente condenado, era la bestia negra del dictador moscovita. Claudín no lo comprendió entonces, estaba «alienado». Pero creo que comete dos errores de bulto.

En primer lugar estima que ante la campaña del estalinismo, «los planteamientos políticos del POUM en ese periodo hicieron el juego a la provocación [estalinista] que se estaba montando contra él, y de la que era plenamente consciente». «Hacer el juego a la provocación» se entiende que es para el autor, por ejemplo, el que Andrés Nin dijera en un célebre mitin de Barcelona, en marzo de 1937: «Aunque menos favorable

que durante los primeros meses de la revolución, la relación de fuerzas es tal que el proletariado puede actualmente apoderarse del poder sin recurrir a la insurrección armada».

Es pura coincidencia seguramente, pero estas manifestaciones de Nin fueron también el caballo de batalla de Trotsky contra el POUM, aunque, naturalmente, visto el problema desde un ángulo totalmente diferente. No se trata de abordar aquí la opinión del trotskismo, tan errónea y demagógica en este extremo como en muchos más referentes a la revolución española, sino de señalar el error de Claudín. Reproducir meramente una frase, separada de su contexto, del lugar y del tiempo, supone cometer una inexactitud. Aclaremos, en primer lugar, que Nin se refería sólo a la situación concreta de Cataluña, no a la de toda España, donde el panorama era diferente y los comunistas estaban ya implantados sólidamente. La situación en Cataluña era aún bastante diferente, aunque la introducción en masa de los comunistas comenzaba a sentirse orgánicamente, y era a lo que Nin quería ofrecer una parada: la CNT-FAI poseía todo el peso determinante de la situación, y el POUM, aunque era una fuerza menor, era dinámico y contaba con una fuerza de influencia positiva entre los trabajadores catalanes revolucionarios no cenetistas. Una acción conjunta de presión resuelta hubiera sido suficiente para la formación de un gobierno obrero en aquellas circunstancias. Esto es lo que quería expresar Nin, dirigiéndose a los líderes cenetistas y faístas en aquella coyuntura de comienzo de degeneración de la revolución en Cataluña, y comprendiendo también los peligros que habría tenido la insurrección armada.

La otra observación que deseo expresar es sobre la afirmación que se hace en la obra sobre los acontecimientos de mayo de 1937, de que «el choque armado fue entre las fuerzas representadas principalmente por el PCE y el POUM más una fracción del anarcosindicalismo». Esta afirmación no responde en manera alguna a la fidelidad histórica, y ampara, en cambio, la versión dada por el estalinismo entonces, en su prensa nacional e internacional. El POUM no desencadenó los hechos porque su fuerza no era lo suficiente para ello, ni su influencia sobre la CNT-FAI tampoco. Surgieron inopinadamente, como consecuencia del ataque a la Telefónica de Barcelona, de la respuesta de los obreros que trabajaban en ella y de la decla-

ración de huelga general decretada por la CNT oficialmente y no de «una fracción del anarcosindicalismo».

El POUM no hizo más que secundar un movimiento de solidaridad obrera frente a la contrarrevolución estalinista, y a pesar de las reservas que hacía a la forma como la lucha se presentaba. No hubo ninguna preparación y fue una batalla que se produjo espontáneamente sobre el fondo del reflujo de la revolución. Para mí, como para muchos otros lo será, es muy emotivo el que Claudín, como queriendo descargar un paso de su conciencia, haya escrito estas líneas que le honran mucho: «La agresión contra el POUM, y en particular el odioso asesinato de Andrés Nin, es la página más negra en la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice del asesinato cometido por los servicios secretos de Stalin. Los comunistas españoles estábamos, sin duda, alienados —como todos los comunistas del mundo en esa época y durante muchos años después— por las mentiras monstruosas fabricadas en Moscú. Pero eso no salva nuestra responsabilidad histórica. Han pasado catorce años desde el XX Congreso y el PCE no ha hecho todavía su autocritica, ni ha prestado su colaboración al esclarecimiento de los hechos. Suponiendo —cosa bastante probable a nuestro conocimiento— que los actuales dirigentes del PCE no puedan aportar gran cosa a lo ya sabido, sí podrían exigir del PCUS que revelara los datos que sólo él posee. El caso de Nin pertenece a la Historia de España, no sólo a la de la URSS».

Esto es como pedir peras al olmo. Aunque Claudín ha abandonado el leer únicamente «literatura» estalinista, para acudir a informarse en las verdaderas fuentes y ha descubierto muchas cosas, esta pretensión demuestra un tanto que sigue nadando todavía en aguas demasiado agitadas para saber cómo salir con acierto del oleaje. ¿Cómo es posible pedir a Breznev que diga la verdad? Pasionaria y su equipo no conocieron los detalles, los que llevaron a cabo el asesinato fueron ejecutados a su vez al regresar a Rusia y el inspirador de la operación, Palmiro Togliatti, ya muerto, es canonizado actualmente por el partido italiano y se ha confirmado ahora oficialmente que era el hombre de la máxima confianza de Stalin.

La experiencia alemana

El capítulo dedicado a la «experiencia alemana», es muy completo y bastante justo. Efectivamente, las insurrecciones prematuras y los errores cometidos fueron un desastre para la Internacional Comunista, que tenía grandes esperanzas en el éxito de la revolución alemana, no sólo por la ayuda que podía prestar a los obreros y campesinos rusos, sino principalmente por el extraordinario impulso que podía dar a la revolución mundial dado el elevado nivel de preparación general de los trabajadores alemanes. Sin embargo, el partido alemán no estuvo a la altura de las necesidades: la táctica putchista, las divisiones internas, las expulsiones y sobre todo «la acción de marzo» fueron liquidando todas las posibilidades de un resultado eficaz.

Hubo el equipo Paul Lévi-Clara Zetkin, que como consecuencia de la «acción de marzo» fue liquidado; el equipo Brandler-Thalheimer, llamado de derecha; el equipo izquierdista de Ruth Fischer-Maslow; hasta que finalmente Stalin encontró su hombre, el muy mediocre Thaelmann, que era impugnado por todos los cuadros del partido y que a consecuencia de su falta de capacidad y de conocimientos teóricos, pero del que Stalin iba a hacer una figura internacional casi legendaria, seguía a la letra todas las fluctuaciones en la política alemana que convenían a la destrucción del partido y a facilitar el desarrollo del hitlerismo.

En la X Sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la Komintern se opera un viraje sobre la política a seguir, a base del informe de otras dos lumbreras, Manuilski y Kuusinen. Surge entonces la célebre y nefasta teoría del «socialfascismo», que se basaba en considerar que la socialdemocracia era una organización de choque de la burguesía, que contaba con el apoyo activo del capitalismo. «Los fines de la socialdemocracia y del fascismo son idénticos. Estas organizaciones no se excluyen sino que se complementan. No son antípodas sino gemelas.»

Y como consecuencia de esta concepción tan suicida de la socialdemocracia, se dirige toda la artillería gruesa contra ella, llegando incluso el PCA al extremo de participar, al lado de los nazis y de los «cascos de acero», en el referéndum del 9 de agosto de 1931 contra el gobierno socialdemócrata de Pru-

sia. Trotsky había ya previsto, desde 1930, lo catastrófico de semejante política, preconizando una táctica consecuente de frente único, como solo camino posible para cerrar el paso al fascismo, y ya próximo el triunfo de éste, en 1932, agregaba: «Si las organizaciones más importantes de la clase obrera alemana prosiguen su actual política, la victoria del fascismo está casi totalmente asegurada, y en plazo relativamente corto». Y predecía que en este caso el frente único terminaría haciéndose en los cementerios. Este llamamiento de Trotsky era de una gran clarividencia, que desgraciadamente los hechos confirmaron pocos meses después.

Pero en el mes de mayo de 1934 se produce otro viraje mucho más radical de la Internacional estalinista. Mediante un artículo de *Pravda* se invitaba a la sección francesa a que realizara gestiones para un acuerdo con los socialistas: la URSS preparaba un cambio en su conducta diplomática; era también la iniciación de la política de Frente Popular en todos los países. En el VII Congreso de la Internacional, Dimitrov proclamó: «Hemos eliminado deliberadamente de los informes y resoluciones del Congreso las palabras sonoras sobre las perspectivas revolucionarias». Dimitrov se hace el intérprete de esta política determinada por Stalin, y tiene como principales auxiliares a Maurice Thorez en Francia y a Palmiro Togliatti para España, que son los dos países de Europa donde madura un proceso revolucionario. En las elecciones de mayo de 1936, el Frente Popular obtiene en Francia un gran triunfo en las urnas. La distribución de las representaciones por partido cambia bastante bruscamente: el partido burgués del frente pierde 43 diputados, pasando de 159 a 116; los socialistas, en lugar de 97 diputados obtienen 146, y los comunistas pasan de 10 representantes parlamentarios a 72.

Aunque parezca increíble, este resultado no es muy del agrado de Moscú, únicamente interesado en el fortalecimiento del pacto franco-soviético. Era evidente que la clase trabajadora francesa se había radicalizado y que esto podía desembocar en una guerra civil, lo que a toda costa había que evitar. El corresponsal de *Le Temps* en Moscú informaba que «los medios dirigentes no manifiestan ningún entusiasmo especial. [...] Se deplora el fracaso relativo del partido radical». Y Litvinov le dice al corresponsal del diario *Le Petit parisien*: «Lo esencial

es que Francia no deje que se debilite su potencia militar. Deseamos que ningún disturbio interior favorezca los designios del Reich».

Este periodo lo explana ampliamente Claudín, con una detallada información que generalmente se ha olvidado. Después de la guerra mundial, esta política se desarrolló en Francia, pero ya entonces en un escalón más elevado, en el plano gubernamental, y por primera vez aparecieron ministros comunistas. Estos iban a salvar al capitalismo francés ante la ola revolucionaria de la clase obrera e incluso de una parte de la clase media. Thorez impone sus órdenes: «Hay que arremangarse y producir», lo mismo que años antes había proclamado: «Hay que saber terminar una huelga».

Al mismo tiempo, al terminarse la guerra mundial, el PC italiano seguía una política similar a la del francés, bajo la batuta de Togliatti, que ya como Ercoli se había ejercitado en ella durante la guerra civil española, a sangre y fuego, evitando todo desarrollo socialista de la misma.

Las burguesías respectivas no se mostraron muy reconocidas a que los comunistas les hubieran ayudado tan eficazmente a combatir la revolución. El 5 de mayo de 1947 Ramadier expulsó a los comunistas franceses del gobierno, el 30 del mismo mes De Gasperi hace lo mismo con sus estalinistas, y ya antes, el 19 de marzo, Spaak había formado un gobierno sin los comunistas belgas.

Las revoluciones sin permiso

Califica así Claudín a «*la revolución lograda*» (Yugoslavia) y a «*la revolución estrangulada*» (Grecia).

Al contrario de los otros PCs, el partido yugoslavo «aplicó, desde el primer día de la ocupación hitleriana, una política en la que se asociaba estrechamente la liberación nacional y la transformación revolucionaria del país, considerando este último aspecto no como un objetivo para después de la victoria sobre el invasor, sino a realizar sobre la marcha misma de la guerra». Y así lo hizo: a medida que se iba liberando el territorio nacional se instalaba el poder del pueblo, basado en

órganos creados con la participación directa de las masas y de los combatientes.

Esta política fue considerada por Moscú como puro aventurerismo, porque perjudicaba su entendimiento con Inglaterra y los Estados Unidos. Siguiendo siempre las instrucciones de Stalin, Dimitrov enviaba mensaje tras mensaje a Tito para obligarle a corregir su política. Claudín cita un ejemplo de estos mensajes, que vale la pena reproducir: «A la vista de las informaciones que nos habéis enviado, parece que a los ingleses y al gobierno yugoslavo [el gobierno reaccionario únicamente reconocido por los Aliados; J.A.] no les falta razón en sospechar que el movimiento guerrillero toma un carácter comunista y tiende a la soviétización de Yugoslavia. ¿Por qué habéis creado, por ejemplo, una brigada proletaria de choque? En el momento actual el deber esencial e inmediato es fusionar todas las corrientes antinazis, aplastar a los invasores y llevar a término la liberación nacional».

Las discrepancias profundas que se habían manifestado durante la guerra, se ampliaron a la paz y se agravaron por las críticas formuladas por los yugoslavos contra la política llevada a cabo por los partidos francés e italiano. Y como final, el 28 de junio de 1948 se hizo pública la resolución del Kominform, condenando a la dirección del PC yugoslavo. Todos los partidos comunistas del mundo se alinearon enseguida sobre las órdenes de Moscú y el gobierno de Belgrado fue considerado como fascista a través de toda una campaña escandalosa y persistente. Y sin embargo, nos descubre Claudín que «dos años antes, en 1946, Stalin intentaba explotar la vanidad —real o supuesta— del comunista-mariscal, elogiando en privado sus méritos, mientras denigraba a Dimitrov, Thorez, Togliatti y Pasionaria». Hasta que llegó la muerte de Stalin, y que Jruschov, del día a la mañana, estableció la sensacional reconciliación con Belgrado.

La resistencia griega tuvo semejante sentido revolucionario e importancia que la yugoslava. A fines de 1944, era prácticamente dueña del país. Pero su dirección se sintió débil y cedió ante las presiones de Moscú, haciendo concesiones y facilitando el éxito de la intervención armada de los ingleses contra la revolución griega. Stalin había dicho: «Yo tengo confianza en la política del gobierno británico en Grecia». El

imperialismo inglés transmitió a los norteamericanos la tarea de someter a los revolucionarios griegos, y el 12 de marzo de 1947 hizo público que los Estados Unidos se encargaban de «la protección» de Grecia y Turquía; el poder fue entregado a los monárquicos, con la bendición de Stalin. Bien sabido es todas las víctimas que le ha costado al pueblo helénico esta traición.

La descomposición de la IC

Los capítulos finales están consagrados a lo que el autor llama «periodo kominformiano», o sea las revoluciones del «glacis», la nueva táctica, la revolución herética yugoslava, el relevo oriental y la cuestión de la revolución china: problemas todos ellos que determinaron una política de sometimiento total de las secciones comunistas, consistente meramente y en totalidad en servir los intereses de la nacionalidad rusa, pero que lleva también en sí la descomposición del bloque monolítico internacional comunista que había logrado formar Stalin.

La evidencia se impone: a fuerza de obligar a los partidos comunistas a realizar una política nacionalista en sus propios países (son patriotas, no revolucionarios) para mejor servir las aspiraciones dominadoras de la gran potencia nacional rusa, la burocracia estalinista o postestalinista no soviética, ha llegado a la conclusión de jugar su propio programa nacionalista con todas sus consecuencias.

Si bien en los países de Iberoamérica esto rebasa toda medida, adquiere la forma de un renunciamiento total a toda dignidad política y moral y llega a la caricatura, en los países de Europa tiende a realizar la tradicional política de la socialdemocracia, a la que ésta ha renunciado para integrarse más profundamente en el sistema parlamentario burgués. Los dos partidos «comunistas» más importantes, el francés y el italiano, no tienen más programa y aspiración que la participación ministerial en los gobiernos capitalistas, pretensión imposible porque la burguesía ha deducido para su defensa lecciones más positivas que los propios comunistas.

El resultado de este policentrismo es una táctica de acuerdo, escéptica, en virtud de la cual cada burocracia desarrolla

en el interior de sus fronteras una política nacionalista y conservadora, que les permita un acceso a la participación ministerial, e internacionalmente llevan a cabo la política que interesa a las finalidades nacionales rusas. Y por encima de todo, la coincidencia más estricta, en bien de todos los dirigentes, estriba en consolidar firmemente la solidaridad más estrecha entre todas las capas burocráticas en la defensa de sus respectivos intereses creados y como inmensa barrera reaccionaria opuesta al socialismo con todos sus valores humanos.

La obra termina con lo que el autor llama «primer epílogo», especie de resumen teórico de las conclusiones que Claudín deduce de los hechos que registra y comenta en el curso del libro, y anticipa lo que se propone abordar en el segundo volumen, puesto que «con la muerte de Stalin el movimiento comunista entra en su ocaso histórico, en la etapa de su crisis general». Hubiera sido preferible que el autor emplease otra expresión que la de «movimiento comunista» para aludir al «ocaso histórico» del burocratismo estalinista antisocialista; estos equívocos, bastante frecuentes en el libro, son los que producen alguna reserva ante ciertas consideraciones teóricas o simplemente políticas que hace el autor y en las que parece poner en duda igualmente el acierto y las posibilidades del socialismo en general.

Este tomo va acompañado al final de abundantes notas, muy interesantes como referencias y también como complemento del texto. Lo que se echa de menos es un índice alfabético, tan necesario en obras históricas de esta naturaleza; pero hay que esperar que este elemento le será facilitado al lector al final de la totalidad de la obra.

Conclusión

Una objeción que podríamos hacer a *La crisis del movimiento comunista*, de Fernando Claudín, es que no ofrece ninguna perspectiva de salida de ese pantano. Claro está que se trata sólo del primer tomo de una obra considerable, y es muy posible reserve exponer en el segundo volumen los remedios que ve contra ese balance de quiebra que establece como conclusión de la obra.

También se busca en vano, lo que es una falta para un marxista, una explicación de las causas profundas que han originado la degeneración de la IC, y de sus consideraciones se deriva únicamente que ha sido consecuencia de la misma concepción leninista del partido, de la rusificación de los PC y de la hegemonía dictatorial sobre éstos, desde el principio, del partido ruso. Hay una gran parte de verdad en ello, pero la explicación no es suficientemente dialéctica. Hay también en la obra una cierta confusión, como si fuera consecuencia de su misma extensión, aunque me parece más bien fruto de que el autor, después de su desilusión, se entregó apremiamente a la lectura de obras y documentos que durante su «periodo de alienación» no conocía o de los que no había reparado su trascendencia antes, lo que no le ha permitido poner orden todavía a las conclusiones y da lugar a que frecuentemente el libro resulte un poco prolijo. Esperemos el segundo volumen.

Estas ligeras observaciones en manera alguna privan de su gran valor a este libro de gran envergadura histórica y que suministra informaciones y referencias no siempre fáciles de encontrar. Es la historia, en suma, de la grandeza y decadencia de una organización que nació como la gran arma del proletariado internacional, y que se ha convertido en el mayor obstáculo para el desarrollo del socialismo en todos los países. Será también una obra de gran utilidad documental para las nuevas generaciones marxistas, pues no creo que existan otras que de una manera escalonada y cronológica traten críticamente el proceso de degeneración de la Komintern.

El libro va precedido de un prefacio de Jorge Semprún, compañero de Fernando Claudín en el Partido Comunista de Pasionaria-Carrillo, y que siguió la misma suerte final que él. Semprún, precisamente, establece una especie de conclusión, que ya he dicho que me parece que falta en el curso del libro: «En fin de cuentas no se trata de rasgarse las vestiduras; se trata de plantear las bases para una nueva lucha por el socialismo». Y agregaremos, por nuestra parte, que no sólo teniendo en cuenta la experiencia del estalinismo, sino también la de todas las oposiciones socialistas revolucionarias que se han enfrentado con él hasta ahora.

9 Socialismo y libertad

[Publicado en *Mundo*, 13, México, julio de 1945, pp. 24-27]

El movimiento obrero de todos los países atraviesa la crisis más profunda de su historia. Los partidos han sufrido variaciones fundamentales en sus posiciones clásicas. Buscándoles por su programa de hace veinte años, sería difícil descubrirles teniendo en cuenta su fisonomía política actual. La guerra de 1914-18 no produjo desfiguraciones políticas tan características, tan extrañas, como las que hemos presenciado y presenciaremos en el curso de esta guerra. Y hace treinta años frente a la claudicación se mantuvo viva también la llama del socialismo internacionalista. Había una esperanza inmediata y la pugna entre adversarios del movimiento obrero todavía se desarrollaba, en parte, con arreglo a las costumbres de gentes civilizadas.

La crisis actual del movimiento socialista no es una crisis más al estilo de aquéllas por las cuales periódicamente han pasado los partidos socialistas a consecuencia de la represión capitalista, de los problemas de táctica o de las repercusiones de una coyuntura económica. La crisis presente está mucho más preñada de importancia porque están en quiebra, al propio tiempo, todos los valores morales que son también la razón de existencia del siglo de pensamiento socialista. Estamos ante una degeneración profunda de todo un gran movimiento político. Es una verdad tan evidente que no se puede ni desconocer, ni ocultar. Se trata de tener la suficiente decisión intelectual para reconocer los hechos y para hacer todo lo posible por superarlos y por reivindicar, al propio tiempo, el verdadero socialismo.

Contemplando el espectáculo que ofrecen en todos los países los dos grandes partidos de la clase obrera, hay viejos y nuevos militantes que se refugian en la desesperación porque han llegado demasiado pronto a la conclusión de su propia impotencia en la tarea de poner remedio al grave mal. Pero la desesperación no es nunca una solución, ni siquiera un consuelo. La desesperación en el militante, al transformarse en falta de fe, culmina en la deserción, en la negación de la mi-

sión histórica del proletariado, y en el escepticismo sobre la finalidad del socialismo. Es, por tanto un abandono del deber, originado por una actitud negativa.

Por otra parte, jóvenes militantes que todavía no han hecho la experiencia de un contacto directo con las masas obreras; que desconocen también su estado de espíritu verdadero, sus virtudes y sus defectos, exasperados por la desviación que en su carácter revolucionario han sufrido los partidos proletarios, se encierran en su torre de marfil de las concepciones puras y dogmatizan en medio de la indiferencia general y perdiéndose en la esterilidad. Las luchas obreras de nuestro tiempo, por lo mismo que se desenvuelven en la mayor confusión política, exigen también una comprensión real de los factores en presencia que el sectarismo extremado impide discernir. Precisamente porque el peligro es más grande, es más necesaria una táctica eficaz.

El socialismo sólo puede concebirse como el heredero de la democracia burguesa, que eleva a un plano superior los problemas morales planteados por ésta y les da una solución material derivada de las propias relaciones económicas entre los individuos. El socialismo no es meramente una doctrina económica que trata de establecer sobre nuevas bases el proceso de producción, sino también una concepción filosófica que, al afirmar la independencia económica del individuo, hace posible la total libertad de éste, no marcándole más límite que aquél que pueda afectar al interés colectivo o a la libertad de los otros. Es decir, el socialismo es la auténtica culminación de la libertad individual, la defensa del verdadero desenvolvimiento de la personalidad humana. Si el individualismo es combatido por el socialismo, lo es sólo en nombre de la colectividad y de la auténtica libertad: la libertad de todos limitada racionalmente por el deber social de cada uno.

La historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases. Intereses económicos dispares han sido el fondo que, bajo apariencias diversas, han suscitado todos los conflictos de la historia de los países y de los individuos. El marxismo ha aportado el análisis científico de las luchas de todas las épocas, que aparecieron hasta entonces como cruzadas meramente ideales o producto de determinaciones o impulsos personales de los más poderosos.

Sin embargo, la interpretación materialista de la historia formulada por el marxismo es también la confirmación de que, a través de los siglos, los hombres han luchado constantemente por sus libertades nacionales e individuales. El hombre tiene el instinto nato de su independencia que se adapta a la fuerza de las circunstancias, pero a la que no renuncia en su deseo íntimo. El socialismo le ofrece la expansión de su libre arbitrio porque el socialismo tiende a liberar al hombre de todas las fuerzas de coerción, de oscurantismo y de opresión; trata de hacer del hombre una realidad efectiva y no un esclavo material y moral.

El socialismo aspira a emancipar al hombre de todas las tiranías interiores y de todas las coacciones exteriores; tiende a la exaltación de la conciencia individual, desafiando la tiranía e incluso la muerte. Los socialistas sitúan la personalidad humana por encima de todo, al contrario de la burguesía que coloca en la cima de todo la propiedad, base de la esclavitud económica y moral de la mayoría de los hombres. El socialismo es también una concepción general de la vida moral y social del porvenir. Es todo un conjunto de concepciones que constituyen una doctrina, es decir, es una nueva civilización.

La realidad de una clase no se compone sólo de relaciones económicas. Partiendo de la base de estas relaciones se establecen todo un conjunto de opiniones y de concepciones jurídicas y morales. El capitalismo tiene toda una concepción filosófica basada en la necesidad de la existencia de una clase superior en la sociedad. Todos sus principios jurídicos y preceptos morales no son otra cosa que una justificación del derecho de propiedad y de la división de los hombres en explotadores y explotados. Los pensadores burgueses son aquellos individuos de inteligencia no común que, sometiéndose ellos mismos a la tiranía material de los dominantes, se encargan de justificar la esclavitud moral y material de las masas asalariadas.

La democracia burguesa proclamaba derechos hipotéticos a favor de todos los ciudadanos, y entre ellos también del esclavo económico moderno que es el productor en una sociedad de clases. La burguesía ha transigido con las libertades esenciales de la vida social mientras la clase trabajadora, a través de sus organizaciones sindicales y partidos políticos, no había adquirido una conciencia y una fuerza que la habilitaban para

impulsar sus aspiraciones hasta sus últimas consecuencias. El despertar en masa del proletariado, como reflejo del desarrollo industrial, ha dotado a la clase obrera no sólo de la conciencia de la necesidad de mejorar sus condiciones materiales de existencia, sino también de romper su esclavitud moral elevándose a la categoría de ciudadanos libres.

El trabajador encontraba antes en sus organizaciones y partidos como una especie de anticipación del respeto a la personalidad y a la libertad individual, que mañana debe ser y será la norma de un régimen socialista. Ninguna presión interior se imponía material o moralmente a su criterio. Era un hombre libre en medio de otros hombres libres. La educación que recibía allí estaba inspirada en dar una conciencia y una responsabilidad a su instinto de independencia, para hacerle más eficaz a la obra colectiva; pero no sustituir una esclavitud moral por otra.

El socialismo ha de llevarse a cabo por la acción continua y mancomunada de los socialistas. Éstos son individuos que por su situación en el proceso de producción, por su mayor sensibilidad de protesta ante la injusticia social o simplemente por generosidad humana hacen el sacrificio de su actividad y hasta de su vida a favor de los proletarios, en particular, y de la colectividad, en general. Cumplen, por tanto, una misión histórica y civilizadora en el mundo. La igualdad económica por la que luchan producirá inexorablemente nuevas relaciones de vida para todos, colocando a los hombres ante una nueva concepción de la sociabilidad.

Sin embargo, el socialista, aun debatiéndose en medio de las trabas de la sociedad capitalista, debe esforzarse por ser como una imagen del hombre del mañana. Su conducta debe estar inspirada en nociones éticas y en costumbres y métodos totalmente diferentes de los imperantes en una sociedad de clases. Si se trata de superar las maneras y los hábitos del régimen burgués, no es utilizando éstos y rivalizando con la burguesía en su empleo como los socialistas pueden llevar a cabo su tarea histórica. Porque el fin no justifica los medios; sino, por el contrario, el fin está siempre en relación con los medios utilizados para alcanzarlo.

Todas estas nociones elementales hubiera sido innecesario repetir las a últimos del siglo pasado o principios de éste. El so-

cialismo se encontraba entonces en un periodo de propaganda, y estos conceptos eran aceptados como esenciales por todos y no habían pasado de la teoría a la práctica. Pero hoy es necesario repetirlos, ampliarlos, revalorizarlos, porque se han olvidado y se han falseado. El eclecticismo, y a veces el cinismo, se ha convertido en la palanca de propaganda, cuando no de dominación, de algunas corrientes socialistas entre las masas obreras. Todos los bajos sentimientos que el socialismo ha combatido siempre en la sociedad y en el individuo, se reflejan ahora en ciertos métodos de los partidos obreros y hasta en la conducta de sus propagandistas.

Desde hace ya años las minorías del movimiento obrero revolucionario se ven obligadas a luchar como a últimos del siglo pasado por las libertades políticas más elementales. Esta vez no sólo contra la tiranía política de la clase dominante, sino también contra un sector obrero que ha heredado sus costumbres y sus métodos, completándolos y modernizándolos. La libertad de pensar, de opinar o de asociarse es negada a los grupos que desean mantener su independencia y su espíritu crítico, es decir, a aquellas tendencias que siguen fieles a la razón de ser del movimiento socialista desde su cuna. Y la persecución contra las minorías adquiere caracteres de ferocidad que jamás había alcanzado hasta ahora.

Las nuevas generaciones políticas de la clase obrera no han sido educadas en el espíritu crítico o independiente que les permita situarse libremente ante las tareas de cada día. El concepto totalitario de la disciplina y la obediencia, el sentido ultimata de la propaganda, los métodos monstruosos de lucha política en el movimiento obrero, que condenan al anatema infamante y hasta a la muerte al discrepante, han acompasado al ritmo de los más poderosos la casi totalidad de la opinión de los trabajadores. Los formidables medios modernos de propaganda y difusión que la técnica y el progreso han facilitado a los hombres, se convierten en un instrumento de dominación moral al servir estrictamente a la mentira, la impostura o la confusión.

Es extraordinario el alcance proselitista del hecho afirmado de la causa triunfante, del poder de dominio. Son mayoría los seres que, sin discernir su bondad o no, reconocen como bueno todo aquello que en un momento dado ha tenido

suficiente fuerza para consolidarse. Para ellos tiene razón todo cuanto triunfa o que meramente se impone por la coacción o el terror. Es la explicación del ascendente que toda dictadura, una vez establecida, suele encontrar entre las grandes masas de población. Es también el secreto del fetichismo, sabiamente explotado, que se ha alimentado entre los trabajadores hacia el régimen soviético ruso; esa fe ilimitada que se ha fomentado en ellos, presentando las cosas como maravillosas y los hombres como genios.

Sin embargo, toda la evolución de la humanidad se ha operado a consecuencia y a costa de minorías que en cada época han interpretado nuevos intereses y sentimientos, que, a través de luchas incesantes, terminaron por imponerse como ley fatal de la historia. Los partidos socialdemócratas se han desarrollado en el mundo, en sus comienzos, en lucha abierta contra el capitalismo, pero también en pugna con una gran mayoría de la clase obrera que no tenía noción de sus verdaderos intereses de clase, que hacían suyas las concepciones de la burguesía y giraban en torno a su órbita. Los partidos comunistas dieron a la clase trabajadora más avanzada el arma de la teoría y la táctica marxista revolucionaria, en combate, incluso sangriento, contra la capitulación socialdemócrata, que se mantenía en el límite de las reformas dentro del marco de la sociedad capitalista. En la actualidad, una minoría resuelta, aunque no todavía coherente, batalla en el mundo por mantener en el proletariado su fe en el socialismo y conducirlo hacia él. Jamás movimiento histórico alguno tuvo que marchar por un camino más lleno de espinas que el que siguen las minorías actuales, en pugna con los intereses creados y con el fanatismo desenfrenado.

La experiencia de los últimos años nos demuestra, palpablemente, que el régimen de producción no es independiente de las condiciones libres de existencia. La dependencia económica, base de la sociedad burguesa, no puede crear hombres libres. Sin embargo, un régimen que, en principio, sea de economía colectiva, no supone en sí, como la práctica lo demuestra, una sociedad de autónomo desenvolvimiento de las libertades humanas. El régimen colectivo de la economía no debe dar nacimiento a un aparato estatal mastodóntico al servicio de los intereses de la jerarquía de la posición social de una

minoría surgida de las entrañas de la clase obrera. El proletariado triunfante en un país no puede olvidar la necesidad de internacionalizar las formas de producción y de practicar la solidaridad mundial del socialismo, para encerrarse en un solo país y proyectar su influencia exterior únicamente en relación con sus intereses nacionales y sacrificando a éstos incluso el curso de la revolución en otros países.

Para ningún socialista puede ser indiferente, no sólo el desarrollo de la economía sino también las nuevas formas de convivencia humana del desarrollo de las libertades individuales y de las concepciones de vida, en el único país que, en principio, se orienta hacia el socialismo. Es para los socialistas una lección a imitar, rectificar o repudiar, y no puede aceptarse «a priori» que se nos imponga un acatamiento ciego sin derecho a examen.

El problema de la libertad en relación con el socialismo había sido planteado hasta ahora casi exclusivamente por profesores socialdemócratas o simplemente burgueses, que lo situaban sólo en un terreno especulativo. La idea de libertad política, en su sentido más abstracto, se oponía a la del socialismo en cuanto éste somete al interés colectivo todos los egoísmos particulares. Es decir, para combatir la verdadera independencia del individuo se hablaba de libertad abstracta, ocultando la libertad real. Sin embargo, como decía Marx, «para liberarse no es suficiente elevarse en espíritu y dejar planear sobre su cabeza real y sensible el yugo real y sensible que no se deja destruir por simples ideas».

El tema de la libertad adquiere ahora para los socialistas una nueva actualidad porque, deformada la práctica, es necesario reivindicar su verdadera concepción. Entiendo por libertad, en el dominio de socialismo, no sólo lo que se refiere a la crítica general de la libertad individual en sociedad burguesa; tampoco meramente la concepción en torno al desenvolvimiento libre del individuo en la sociedad del futuro, o el conjunto de reglas que estipulan las normas de conducta en el interior de los partidos que se reclaman del socialismo.

Todos estos aspectos del problema de la libertad están al orden de día para los socialistas revolucionarios, de una manera más intensa que nunca, en todos los países. Pero nos interesa también muy esencialmente, a la luz de la experiencia

de estos últimos años, estudiar la calidad política y moral del militante actual, su mentalidad, su sensibilidad y su propio criterio ante los diversos problemas de la vida colectiva e individual. Porque el conjunto de sus actitudes, sentimientos y reacciones pueden constituir los diversos aspectos de una concepción general que se intente imponer como anhelo a que los socialistas en general aspiramos. A través de la crítica de los errores, se impone restablecer el sentido libertario del socialismo, en cuanto a la colectividad y al individuo. Partiendo de ello debe formarse la verdadera educación socialista del militante, que le sitúe en la vida con la misma actitud de independencia que distinguió a nuestros maestros.

Hay bastantes socialistas revolucionarios independientes que sólo plantean sus discrepancias con el estalinismo en un terreno rigurosamente político, es decir, en el plano de sus divergencias con su actuación política general. En mi concepto, es un error circunscribir a esto el problema de nuestra época, y no comprender y destacar el abismo tremendo que se ha abierto entre la moral, los métodos, las costumbres y la ideología del verdadero socialismo y de algunas de sus corrientes actuales. A través de sus desviaciones fundamentales, una de estas corrientes ha ido dando forma a una filosofía cínica que, partiendo de la desconfianza en la facultad creadora de las masas y en su instinto de libertad, establece una mentalidad gregaria que da por resultado la esclavitud moral de los trabajadores.

El estalinismo es un fenómeno internacional, hijo degenerado del movimiento obrero, que tiene características similares en todos los países y que responde a la misma concepción ecléctica y a idéntica amoralidad política táctica en todos los sitios. Es una corriente que se ha desarrollado en una coyuntura histórica en que la pugna entre dos civilizaciones no ha sido resuelta, y esta contradicción ha creado una desmoralización en la más progresiva. Situar la crítica del estalinismo en el terreno estrictamente de la discrepancia política, de la desviación de su punto de partida o de sus procedimientos, significa analizar o comprender el aspecto objetivamente más importante del problema, pero equivale también a subestimar toda una serie de aspectos subjetivos cuya consideración puede conducirnos a establecer un diagnóstico y una terapéutica política.

La lucha de nuestro tiempo se ventila, pues, por el socialismo y por la libertad. Por la socialización de los medios de producción que hagan desaparecer la coacción económica sobre los hombres y facilite su libre desenvolvimiento en todos los órdenes de la vida. Pero también contra las tendencias oligárquicas de los partidos obreros que arrebatan a los trabajadores el derecho a pensar libremente, que le hacen víctima de sofismas dogmáticos, que le obligan a adorar ídolos, mitos y leyendas y les convierten prácticamente en pobres de espíritu que precisan someterse a la autoridad de una minoría de déspotas ilustrados.

10 Homenaje a André Breton

[Publicado en *La Batalla*, 157, noviembre de 1966]

El sábado 1 de octubre acompañamos al cadáver de André Breton hasta el pequeño cementerio parisiense de Batignolles, para la despedida definitiva. Caras desconocidas, amigos y camaradas, viejos y muy jóvenes, que ya nos habíamos reunido hace cuatro años en el Père-Lachaise para rendir el último tributo a Natalia Trotsky, ejemplo de fidelidad revolucionaria, volvimos a encontrarnos para este postrer homenaje a un gran maestro de la poesía, de la sensibilidad, que fue además un gran campeón de la revolución artística.

La suma de comentarios que su muerte ha suscitado en el mundo entero, sinceros algunos, farisaicos los más, prueba que su alto valor y su irreductible lucha han dejado profunda huella en la literatura contemporánea. Lo mismo que toda la pintura más moderna parte del cubismo, toda la literatura actual de vanguardia debe algo al surrealismo, a su crítica contra las fórmulas, contra lo convencional, contra lo más o menos interesado. Y su sentido de rebelión contra «el escándalo del mundo» ha impregnado la conducta de muchas de las viejas generaciones intelectuales e inspira aún a los jóvenes más inconformistas.

Después de haber participado en el movimiento dadaísta, que fue también una corriente de renovación artística, pero que caía en el esteticismo. André Breton creó con los más grandes poetas de su tiempo el surrealismo, irrumpiendo con violencia en las aguas mansas de la poesía, la literatura y el arte de entonces. Sus «manifiestos del surrealismo», constituyeron una declaración de guerra a todo el medio siglo pasado y a todo lo burgués. Fue una revolución artística de alcance mundial. Sus repercusiones se manifestaron también en España, y muchos de la generación poética del 26 recibieron su influencia. En primer lugar Rafael Alberti, que escribió bajo su inspiración: «Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos», que es su obra de poesía más pura. Estaba muy lejos de pensar que años después escribiría: «¡Kleber, mi

general!», «¡Quién tuviera tu pistola, general Líster!», y los alejandrinos dedicados al cumpleaños de la Lola. Sin embargo, el conjunto de los poetas españoles estaba muy lejos de aceptar la concepción surrealista francesa de la revolución total y de la toma de conciencia política, y sólo descubrieron esta última al iniciarse el período estalinista, es decir cuando ya era reproductiva para los literatos panegiristas del déspota. Hasta entonces, José Bergamín rezaba más que poetizaba, y Alberti era todavía un joven honrado.

Los años pasan, la sensibilidad se modifica y la adaptación vuelve a causar sus estragos con el tiempo. El surrealismo, en su conjunto y sus promesas, no es ahora un movimiento de fuerza, de aceptación completa, y el propio Breton no lo ignoraba. Sin embargo, manteniendo su espíritu, con su radicalismo personal, perseveraba en la defensa de la libertad eterna e infinita de la creación artística. Y esta pugna desigual no culminaba en él en la amargura sino en la satisfacción porque la pantalla de la historia proyecta todo en su veracidad, y termina también todo por verificarse, y el tonto es reconocido como tonto y el granuja como tal.

Eran numerosísimos los que no le perdonaban, principalmente aquellos para los que no hay satisfacción íntima en lo que se realiza en la obra de arte, sino meramente vanidad externa. Aunque grande es el narcisismo del literato, no es menor el de la mayoría de los políticos profesionales, e incluso el de muchos... revolucionarios. La intolerancia salvaje, que es a veces el estandarte de expresión de los más prestigiosos adelantados y de los verdaderos creadores de todas las épocas, es la más elevada cualidad de una moral, aunque para los pillos y los ignorantes sea una manifestación de mal carácter, la permanencia en la impugnación es una garantía.

Uno de los mejores elogios que se le han rendido, con motivo de su muerte, ha sido el del amanuense literario de *L'Humanité*, al decir que durante los últimos treinta años, al encontrar a Breton fortuitamente en algún acto, había sentido ganas de tenderle la mano, pero que no lo había hecho seguro de que se la habría rechazado. Actitud de intransigencia, que era el signo de pureza revolucionaria, lo mismo que su protesta y su combate contra el «realismo socialista», imagen del mismo conformismo en estilo de aleluyas. Su espíritu de opo-

sición a todo oportunismo es el mismo que hace que hoy día un viejo marxista de toda la vida vea con más comprensión la provocación anarquizante de un «provo», que la sensatez de un joven comunista thoreziano que juzga provocación todo lo que no es conservador, aunque a veces este «militante» se disfraza de yeyé para las necesidades del partido.

Independientemente de lo que ha sido Breton para el arte contemporáneo y para su valorización, para nosotros fue también un revolucionario político, un defensor de la clase obrera española durante la guerra civil y un amigo del POUM. No era el afiliado de ningún partido, pero era un guerrillero individual. Su voz estaba siempre presta para elevarse contra toda tiranía y su pluma suscribía toda protesta. Definió su posición así: «Transformar el mundo, dijo Marx; cambiar la vida, dijo Rimbaud: estas dos consignas son una sola para nosotros». Expresión no meramente literaria, sino plena de aspiración socialista, porque el marxismo es un combate total y paralelo para transformar la sociedad y cambiar la vida, porque el comunismo no puede compensar nada hasta que restaure el espíritu abierto hacia toda libertad creadora y toda libertad individual, al mismo tiempo que exprese una hostilidad continua contra la explotación capitalista y la sumisión del productor, del hombre.

Al principio de la guerra civil seguía los acontecimientos españoles a través de las cartas que le enviaba, desde Barcelona, su amigo incondicional y noble de siempre Benjamin Péret, algunas de las cuales han sido reproducidas en *Introduction à la lecture de Benjamin Péret*, de Claude Courtot. Péret trabajó en los primeros meses muy cerca de nosotros, aunque después hubo una ruptura a consecuencia de discrepancias tácticas. En agosto del 36 escribía a Breton: «Los anarquistas son prácticamente los dueños de Cataluña, y la única fuerza que tienen enfrente es el POUM...»; «me ocupo de mil cosas para el POUM...». Y en otra carta del mes de octubre agregaba: «Trabajo aquí para el POUM en la radio, donde hago —no lo tomes a broma— la emisión portuguesa».

Cuando la barbarie represiva se desencadenó contra nosotros, fue de los primeros en denunciarla. Su adhesión moral y su solidaridad personal estuvieron siempre a nuestro lado. Su interés por la causa española no se había acabado con la

derrota, y seguía al día su curso. Como tampoco olvidaba a los verdugos que secundaron a Stalin en su furor persecutorio, aunque pertenecieran al campo de la poesía como Neruda, cuyos desenfrenos inquisitoriales durante la guerra y después conocía bien.

Precisamente ese afán de inadaptación a las situaciones imperantes, ese sentido de superación del transcurrir de la vida, es lo que hacía que llegáramos a coincidir mucho Breton y sus últimos amigos, y los que consagramos nuestra actividad militante a la revolución. O sea, en la decisión de una lucha sin premio contra los que aspiran a los honores y la Academia, y contra los burócratas que quieren detener a la locomotora del progreso en cuanto han encontrado un puesto al sol en el aparato de un «Estado socialista» o en el del partido. Su manifiesto *Por un Arte revolucionario independiente*, escrito con Trotsky en 1938, en Méjico, sigue siendo la declaración de principios mejor definida del arte y la revolución: «La oposición artística es actualmente una de las fuerzas que pueden contribuir de manera útil a la ruina de los regímenes, bajo los cuales se aniquila totalmente, al mismo tiempo que el derecho para la clase obrera de aspirar a un mundo mejor, todo sentimiento de la grandeza, e incluso de la dignidad humana».

Hace dos años, comparecí ante el tribunal, como testigo, en un proceso emprendido en París contra tres jóvenes surrealistas, amigos míos, que habían castigado con la violencia a un calumniador de Benjamin Péret. El querellante, pretendiendo neutralizarme, exclamó: «Pero veamos, usted no es surrealista, usted es marxista». «Cierto», le respondí, «pero la acción de rebeldía total de los surrealistas, me acerca mucho a ellos». Y esto es lo que me unía en amistad a André Breton, frente a otras nefastas conductas.

Es precisamente lo que desearon expresar algunos de sus amigos, en la pequeña esquila que repartieron en el mismo terreno donde le abandonamos para siempre, y que decía:

«André Bretón ha muerto.
Aragón vive...
Es una doble desgracia
Para el pensamiento honrado.»

11 Ante la reaparición de 'Comunismo'

Un cordial saludo y un recuerdo

[Esta carta, del 22 de octubre de 1977, fue publicada en el número 1 de la revista *Comunismo*, diciembre 77-enero 78, editada por la LCR]

Aunque bien sabéis que no comparto enteramente vuestra filosofía teórica, y que preveo además que no siempre estaré de acuerdo con vuestras opciones tácticas, deseo felicitaros muy calurosamente por vuestra decisión de hacer reaparecer la revista *Comunismo*, dedicada a estudiar y determinar los problemas políticos, económicos y sociales del ahora, lo mismo que su antecesora estuvo consagrada a analizar los de su época.

Desde el punto de vista que podría llamar sentimental, *Comunismo* me recuerda la mejor época de mi vida de militante. A los ochenta años de edad, cuando me asomo ahora a mi pasado, aquella modesta revista de cubierta roja se me aparece como mi mayor orgullo, y como la prueba de que aquel esfuerzo no fue completamente baldío, puesto que dejó un impacto del que de momento no nos dábamos cuenta, pero que ahora sirve de referencia para muchos de las jóvenes generaciones.

Pero recordar *Comunismo* me llena también de tristeza al darme cuenta de que quizás soy el único de aquel reducido núcleo de redactores y colaboradores, unidos en la compenetración ideológica y la amistad humana. Además de los camaradas desaparecidos por muerte natural, recordaré principalmente a los ejecutados por el franquismo y el estalinismo: Luis Rastrollo, condenado a muerte en agosto de 1936 por un consejo de guerra en La Coruña y ejecutado en dicha ciudad; José María Arenillas, condenado a muerte en Bilbao en 1937, por un consejo de guerra, fue agarrotado en el penal de El Dueso; su hermano José Luis, asesinado alevosamente por los estalinianos cuando la derrota de Asturias de 1937, en condiciones que no se han podido aclarar nunca. Y sobre todo el más talentoso y querido de todos nosotros, nuestro querido y llorado Andrés Nin, cuyo asesinato permanecerá en las

páginas de la historia universal del socialismo como el hecho más ignominioso y significativo de los tiempos de degeneración estaliniana y que las nuevas generaciones socialistas españolas no olvidan.

En su primera etapa, fue posible la publicación de *Comunismo* gracias a una suscripción realizada a nuestro favor en Francia por los camaradas de la Oposición Comunista, y se mantuvo después mediante las aportaciones españolas, y debido también, a continuación, a una administración muy severa, que permitió durante más de tres años y puntualmente, todos los meses, editar el número correspondiente a cada mes. O sea, desde mayo de 1931 hasta octubre de 1934, en que fue suspendida la revista por decisión de un juez militar, pero también cuando nosotros mismos nos disponíamos a cesar en su publicación, a consecuencia de los acuerdos de fusión de la Izquierda Comunista y el BCO, para la constitución del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Como dato informativo y curioso, diré que entonces *Comunismo* costaba 950 pesetas de gastos de imprenta (composición, tirada, papel y encuadernación) de 1500 ejemplares. Era poquísimo en comparación con lo que tendréis que pagar ahora, pero mucho si se tiene en cuenta que el jornal medio diario de un obrero en aquella época en Madrid era de 6,50 pesetas.

La aparición de *Comunismo* en 1931 coincidió con una circunstancia en la vida nacional que se da ahora a su reaparición, aunque en proporciones totalmente diferentes: al final de una dictadura militar de siete años, que a decir verdad poco tuvo de sangrienta. Vuestra aparición se produce después de la caída de un régimen militar-fascista que llenó a España de tumbas y sometió al país durante más de cuarenta años a una larga noche de tinieblas.

También es cierto que en las dos épocas los problemas políticos, tal y como se presentan en la actualidad, son totalmente diferentes. En los primeros años 1930, *Comunismo* luchaba todavía por la reintegración nuevamente en el partido de todos los que habíamos sido expulsados de él, por delito de opinión, a consecuencia de denunciar la política de aventura e irresponsabilidad de sus dirigentes. Pero al propio tiempo, la revista llevaba a cabo el combate contra la degeneración que se manifestaba ya en la Internacional Comunista, y

hacía suyas las críticas y posiciones de la oposición internacional.

Nuestra organización se desarrollaba desgraciadamente, de una manera lenta, igual que le sucedía al partido comunista oficial, que en aquellos tiempos rebasaba difícilmente los ochocientos afiliados. No se había llegado todavía al grado de politización que ha alcanzado en los últimos tiempos y hasta hoy la clase trabajadora, y sobre todo los medios intelectuales y estudiantiles. El poder de influencia del mito de la URSS se encontraba en pleno apogeo, no admitía la menor crítica, y menos, oposición, contra los que usufructuaban oficialmente el prestigio de la Revolución de Octubre. Realizamos en *Comunismo* un análisis teórico y de educación política, pero nuestro reclutamiento se resentía de su lentitud de desarrollo en las conciencias, y cuando precisamente la contrarrevolución se mostraba más envalentonada y presentaba mayores peligros.

En el ambiente general de la clase obrera después de la revolución asturiana de 1934, era pura inconsciencia quedar reducidos a meros contempladores, ejerciendo el papel de críticos inexorables, lo que resultaba de hecho adoptar la conducta más cómoda. Estimamos que, en lugar de aceptar la táctica del «entrismo», que preconizaban Trotsky y la organización internacional a la que habíamos pertenecido nosotros hasta entonces, era preciso intentar la creación del «tercer partido obrero», buscando el entendimiento o la fusión con el partido o grupo más afín a nosotros que, en el caso de España, era el Bloque Obrero y Campesino. Y así llegamos a la constitución del POUM, determinación que, como es bien sabido, desencadenó la exasperación de Trotsky y del Secretariado Internacional, dando lugar a la polémica, de triste memoria, aunque la formación del POUM nos permitió estar presentes durante la guerra civil y en los acontecimientos políticos que siguieron.

No hay comparación posible entre la situación de aquella época pasada y la actual. Pero hay un problema que se presenta necesariamente con mayor urgencia imperiosa: el de la formación del «tercer partido obrero». El proceso de politización socialista que se ha operado en España durante el largo dominio de la dictadura franquista facilita la necesaria tarea, que se ve ahora favorecida, al propio tiempo, al ponerse al des-

cubierto claramente el carácter verdadero, de superoportunismo, del carrillismo, que presenta al desnudo su arribismo maquiavélico y sin escrúpulos.

Los partidos o grupos marxistas no pueden limitarse ya a una especie de concurso nacional de purismo revolucionario. Su aspiración no puede ser otra que crear el arma adecuada que haga posible la lucha eficaz por el socialismo; pero a esta aspiración no se puede llegar queriendo imponer a los demás su predominio en la unión, ni pasando la vida en conversaciones preliminares, a las que generalmente se acude con más amor propio y patriotismo de organización que con propósito de entenderse.

Os reitero mi saludo fraternal y el deseo de que *Comunismo*, esta vez, tenga una larga vida y llegue a ser la tribuna de encuentro de todos los marxistas revolucionarios que tengan algo teórico que decir.

Esta edición de
Juan Andrade, vida y voz de un revolucionario
terminó de imprimirse
durante el mes de mayo
de 2011.



LA OVEJA ROJA

